Cincuenta años no son nada

Óscar Hernández-Campano

Prólogo de Ramón Martínez

13

Cincuenta años no son nada para el amor verdadero o para el rencor más profundo.

Durante el verano de 1970, Marcos descubrió su homosexualidad, vivió un amor inmortal y conoció la intolerancia y el odio. Medio siglo después de los hechos narrados en *El viaje de Marcos*, el autor nos lleva de vuelta a Molinosviejos para reencontrarnos con Marcos, que ha rehecho su vida y se ha casado con Félix. Su nieto, también llamado Marcos, y Ariel, su novio, visitan el pueblo, donde se toparán con un Gobierno municipal de extrema derecha que pretende apropiarse de la figura y la memoria del famoso poeta Alejandro Torres, de cuyo suicidio se cumplen cincuenta años, e impedir que su secreto salga a la luz.

Cincuenta años no son nada aborda algunos problemas actuales de la comunidad LGTB en un contexto histórico-político en el que se siguen cuestionando los logros del último medio siglo. La novela es también un canto a la vida, al amor, a la libertad y a la amistad. En ella, además de nuevos personajes, encontraremos a viejos conocidos, como la abuela Palmira, Gus, Elena, David o el inolvidable Álex.

Óscar Hernández-Campano

Cincuenta años no son nada

Título original: *Cincuenta años no son nada*
Óscar Hernández-Campano, 2021

Prologo: Ramón Martínez
Diseño de cubierta: Juanma Samusenko

-

Revisión: 1.0
Fecha

NOTA DEL AUTOR

Estimado lector, estimada lectora: la novela que estás a punto de comenzar no es una segunda parte, una continuación o una secuela al uso. Prefiero referirme a ella como un reencuentro, muchos años después, con los personajes y los lugares que conocimos y amamos en *El viaje de Marcos*.

En el tiempo transcurrido desde que escribí ese libro, tanto este autor como el mundo que lo rodea han cambiado y evolucionado. Por esa razón, la historia narrada en *Cincuenta años no son nada* es nueva y diferente, pese a regresar a unos espacios que el lector reconocerá y reencontrarse con viejos conocidos. Puede leerse y disfrutarse, por tanto, como un todo independiente.

Por otra parte, me gustaría señalar que, como autor, en ocasiones la realidad me resulta incómoda y decido alterar o modificar el mundo o sus circunstancias para acomodarlas a las necesidades de la historia que estoy escribiendo. Esto es lo que se conoce como *licencias literarias*. Así pues, me gustaría señalar que las alteraciones que he introducido al mundo circundante, y que construyen por tanto una realidad diferente a la que, por desgracia, hemos vivido en 2020, son fruto de decisiones conscientes. Confío en la indulgencia de quien lea esta novela y espero que comprenda que estos cambios nacen de la capacidad que, como demiurgo del pequeño mundo encerrado en estas páginas, me permite llevarlos a cabo.

Quiero dar las gradas a las editoras de Egales, Mili Hernández, Connie Dagas y Helle Bruun, por volver a confiar en mí y por hacer

que Marcos, sus circunstancias y el mundo de Molinosviejos vuelvan a la vida. También quiero dar las gracias a todas las personas que me han contestado, con paciencia y amabilidad, a las cuestiones que han ido surgiendo durante la redacción de esta novela: Marisa, Ramón, Naza, Esther y Miquel. Gracias, por descontado, a Josep por leer el manuscrito y señalarme las mejoras que, en su docta opinión, requería. Y un millón de gracias, por último, a todos los lectores y lectoras de *El viaje de Marcos*, quienes, desde hace casi veinte años, me han hecho llegar sus cartas, *emails*, mensajes, regalos y toneladas de cariño. Sin sus palabras, sus confidencias, su generosidad, sus ánimos y su aliento, *Cincuenta años no son nada* nunca habría sido escrita.

Por último, deseo dejar claro que las personas, organizaciones, instituciones, lugares, situaciones y hechos narrados en este libro son ficticios y fruto de la imaginación de su autor. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A todos los lectores y lectoras de
El viaje de Marcos.

Los doctores de la Edad Media pretendían
que el tiempo era una ilusión,
y que su transcurso, que hace suceder el efecto a la causa,
no era debido más que a la naturaleza de nuestros sentidos,
que el verdadero estado de las cosas era un presente
inmutable.

La montaña mágica, Thomas Mann

—El amor eterno no existe. Hasta la
más fuerte pasión tiene su tiempo de vida.
Llega su hora, se acaba, nace otro amor.
—Justamente por eso es eterno el amor
—concluyó Joao Fulgéncio—.
Porque se renueva. Terminan las
pasiones, el amor permanece.

Gabriela, clavo y canela, Jorge Amado

MÁS ALLÁ

Más allá de las sombras, más allá del viento
detiene el avance de aquello que viene dado por la sonrisa.
Más allá de la luz del sol, de la luna, de las estrellas,
brilla un sentimiento que no puede gritar,
brilla un lamento que no sabe callar…
Más allá de lo que pueda decir
se ilumina el corazón amargo,
buscando, buscando un poco de agua fresca,
agua que siembra paz, agua que obliga a callar;
agua, ¡maldita!, que apaga el brillo…
Pero el fuego que se vierte sobre la sonrisa
no puede escapar, no puede volar…
Más allá de las voces que el viento arrastra
brilla algo pequeño que germina y crece,
pero provoca miedo, miedo y dolor.
Su brillo ciega, duele,
aunque el dolor es dulce y tan bello
que ni una marea podría ganarle un centímetro.
Más allá del bien y del mal,
siempre,
a pesar del tiempo y del viento…
brillará…

Peregrino de Sendas

PROLOGO

Lo que de verdad importa

¿Es *buena* la literatura gay? Si hay una pregunta que se nos hace una y otra vez a quienes investigamos o escribimos literatura de temática LGTB es esa, que rara vez se formula con verdadera curiosidad, con la intención sincera de conocer el valor estético de una obra. Recuerdo nítidamente una de las muchas ocasiones en las que tuve que enfrentarme a esa maldita cuestión. Sustituía en la universidad a la profesora responsable de una asignatura llamada «Novela española actual» y, como la docente me dio carta blanca para explicar lo que yo considerase más interesante de todo aquel temario, pensé que al alumnado le parecería útil conocer algunas cuestiones en tomo a cómo funciona el mercado del libro y acerca de géneros hoy tan en boga como la literatura histórica, la narrativa policíaca y la novela rosa. Aproveché entonces —siempre lo hago— para incluir en el guion de mis clases otro género tan interesante como poco conocido en el ámbito universitario: lo que entonces llamábamos «literatura gay» y que hoy, por imperativo de representación, denominamos ya al menos con las siglas «LGTB». Recuerdo que, tras exponer detenidamente las características de la narrativa de Corín Tellado, una alumna que ya peinaba ciertas canas confesó ser una incondicional de la autora. Recuerdo también que, en la siguiente sesión, cuando yo explicaba los rasgos fundamentales de *El viaje de Marcos*, esa misma alumna levantó la mano y formuló la pregunta: «¿Pero esa novela es *buena*?».

Para comprender la novela de Oscar Hemández-Campano es preciso conocer su contexto. Casi por arte de magia, en el mismo 1995 que vio desaparecer los últimos retazos de la antigua *Ley de peligrosidad y rehabilitación social*, nace en España la primera editorial dedicada de forma exclusiva a la temática LGTB: Egales. Gracias a su valentía comienzan a publicarse en su colección «Salir del armario» una serie de títulos, casi todos traducciones durante aquellos primeros años, que ofrecían a lectores lesbianas, gais, bisexuales y trans historias que les fueran cercanas, que reflejaran las vivencias que cualquiera hubiera podido disfrutar o padecer y que fueran ayudando a construir un imaginario común, un imaginario específicamente LGTB. Nacía un género narrativo específico, caracterizado por la presencia de esas identidades LGTB tanto en la autoría de los textos como en su edición y sus lectores ideales. Poco a poco fueron apareciendo las novelas en castellano hasta que, en 1999, se publicó *Algún día te escribiré esto*, de Luis Algorri, que se convertiría en el primer modelo hispánico para toda aquella narrativa marcada por lo identitario.

El éxito de Egales sirvió como ejemplo y pronto nacieron otras editoriales destinadas a ese mismo público, que empezaba a ser cada vez más numeroso y visible. Los primeros Orgullos multitudinarios se convertían también —quién lo diría— en una comunidad de lectores en busca de aquellas novelas que les explicaban quiénes eran y qué vivencias podrían tener siendo quienes eran. Apareció entonces Odisea, que a partir aquel 1999 convocó un premio literario de narrativa gay y lésbica. Gracias al certamen, la nueva editorial fue publicando una serie de títulos que permitieron el desarrollo de aquel canon iniciado por Algorri: *El gran salto*, de Alberto Ciáurriz en 1999, y *El lago*, de Carlos Armenteros en 2000, hicieron más fértil el jardín donde pronto iba a florecer la que estaba destinada a ser la novela canónica definitiva: *El viaje de Marcos*, ganadora del IV Premio Odisea en 2002. Con ella Óscar Hemández-Campano fijó para siempre las claves constitutivas de esa literatura gay que inundaba nuestras librerías en los años previos a la aprobación del Matrimonio Igualitario. Estructuras sencillas

para presentar unas tramas que nunca escondían la sexualidad y que, en ocasiones, se recreaban en ella, cruzándola además con otros géneros literarios. La narrativa gay y lésbica no solo bebía de la literatura romántica y erótica, también se extendía hacia la novela policíaca, e incluso hasta la novela histórica. No obstante, el tiempo preferido para la narración era siempre aquella apasionante época de vertiginoso avance en derechos y visibilidad, en tanto que el espacio predilecto era la ciudad, no sin sus oposiciones clásicas con el campo. Para terminar la fórmula mágica de aquellas novelas era necesario también un estilo claro y conciso, que no renegaba de algunas veleidades poéticas más o menos intensas para tratar determinados asuntos; y una pequeña corte de personajes perfectamente dibujados, casi arquetípicos, narrados casi siempre en el momento del descubrimiento de la propia identidad, entre la adolescencia y los primeros años de la treintena. Eran novelas jóvenes para lectores jóvenes que buscaban un espejo en el que mirarse mientras aprendían una forma de ser libres siendo quienes eran. Pero, a pesar de lo necesarias que eran —y siguen siendo— ni se libraron ni pueden todavía librarse de la maldita pregunta: «¿Son *buenas* esas novelas?».

Casi treinta años después, llega ahora a nuestras manos *Cincuenta años no son nada*, la continuación de la historia de aquel *El viaje de Marcos* que supuso un antes y un después en la narrativa gay en castellano. Fiel a la narración original, Óscar Hemández-Campano avanza y profundiza en la trama de aquella novela que tan rápido se convirtió en un *best-seller* y actualiza sus intereses, incorporando algunas de las muchas preguntas que nos han surgido desde entonces. De nuevo, asistimos a la aparición de un clásico, pero estoy convencido de que volveremos a ver aparecer aquella cuestión insidiosa en cualquier momento. Espero que, tanto tiempo después, hayamos aprendido ya que se trata de una polémica falsa. Si se pone en tela de juicio la literatura LGTB no suele haber un interés crítico, un intento de análisis de la historia literaria de nuestra lengua y su forma de exponer temas sobre sexualidad y género. No, la pregunta sobre la calidad literaria de nuestra narrativa

no tiene otra motivación que la sospecha sobre toda aquella expresión cultural que podamos clasificar como propia; no tiene más causa que el prejuicio con el que se analiza nuestra existencia como lesbianas, gais, bisexuales y trans. Es lesbofobia, homofobia, bifobia y transfobia, ni más ni menos. Puede que en los manuales encontremos técnicas para la rigurosa medición de la calidad literaria que descansen sus análisis en los usos del lenguaje, la disposición de las tramas, la construcción de los personajes o las referencias a los clásicos. ¿Pero depende de esas cuestiones que la literatura sea *buena*?

Quiero pensar que una novela es buena cuando lo hace bien, cuando consigue el difícil objetivo que cualquier persona persigue cuando escribe: comunicarse. Y quiero creer que pasa de ser buena a ser excelente, a ser un clásico, cuando no solo establece ese vínculo tan especial, sino que también logra una transformación en quien la lee, la *katarsis* de la que nos hablaban los griegos. Aquellas novelas de hace ya tanto tiempo, junto a *El viaje de Marcos* y ahora *Cincuenta años no son nada*, alcanzan ese objetivo tan difícil. Son narraciones que nos enseñan, que nos cambian, que nos permiten vivir de una forma nueva y mejor nuestras vidas. Son obras *buenas* porque son necesarias, porque de ellas dependen las vidas de más personas de las que cualquier autor puede llegar a imaginar. La literatura gay es *buena* porque sirve para el fin más elevado que alguien puede perseguir: garantizar la felicidad y los placeres de sus lectores. Y es en ese joven lector que busca en un libro su propia historia en quien hemos de pensar cuando escribimos y valoramos las novelas que otros escriben, porque si escribimos —lo dijo Lope — es «para darle gusto».

Ramón Martínez
4 de marzo de 2359 d.Q.

CAPITULO I

Ariel K. Heredia: «*Cuando Marcos me propuso pasar unos días en el pueblo de su abuelo, no podía ni imaginar lo que nos esperaba. Verá, inspector, yo resumiría lo que ocurrió en Molinosviejos con las palabras que llevaba tatuadas en los nudillos Harry Powell, el personaje de Robert Mitchum en La noche del cazador: "AMOR" y "ODIO"*».

En cuanto dejó de llover, se detuvieron en el arcén y bajaron la capota del coche. Deseaban sentir el viento en sus rostros, la lluvia de sol que se esparcía sobre el mundo tras aquel breve y revitalizador chaparrón y la sensación de velocidad que colmaba de adrenalina sus cuerpos jóvenes, ávidos de sensaciones y de vida.

Se incorporaron al tráfico. Marcos pisó el acelerador, rasgando la desértica autovía con su rutilante Beetle rojo como si de una gota de sangre recorriendo una herida se tratase. Ariel, por su parte, conectó su teléfono móvil al sistema de sonido del vehículo y, tras seleccionar una colección de canciones, pulsó el «*Play*». Marcos miró sonriendo a su novio en cuanto escuchó las primeras notas, apartando un segundo la mirada de la carretera vacía. Tras volver a fijar su atención en la calzada, retiró una mano del volante y la posó en la mejilla de su acompañante para acariciar aquella cara imberbe, la piel tersa y clara que adoraba y que enmarcaba unos ojos del color de la miel de azahar que nunca se cansaba de mirar. El cabello del chico, de un tono claro, casi trigueño, y ondulado, era revuelto por el

aire, confiriéndole un aspecto lozano y despreocupado. Ariel canturreaba aquel éxito de ventas, cuyo estribillo invitaba a disfrutar de la vida como si cada día, en vez del último, fuera el primero, tal como había leído no hacia mucho en una novela. Marcos deslizó sus dedos por el rostro de su amado, acariciando sus labios carnosos, quien aceptó el juego y procedió a mordisqueárselos. Marcos reía, sintiendo la excitación inundando su cuerpo. Deslizó su mano derecha hacia abajo desde la boca de Ariel. Le acarició el cuello, el hombro, el pecho, el vientre y recaló, con un golpe seco, en la entrepierna de su novio, que descubrió dura. El joven emitió una mezcla de grito y gemido, una expresión de sorpresa y placer entrelazados, una efusión de alegría, felicidad, gozo y deseo. Marcos se entretuvo unos momentos en aquellas prometedoras regiones y Ariel, dejándose hacer, aprovechó el estribillo de la canción para desgañitarse la garganta al tiempo que alzaba los brazos al viento. Entonces Marcos prorrumpió en una sonora carcajada y volvió a aferrar el volante con ambas manos. La promesa de placer se haría realidad esa misma noche, y a la mañana siguiente, y al otro día. Porque se querían, se gustaban, se deseaban y se sentían libres para amarse. Porque tenían toda una vida por delante y, después del año extraño y catártico que habían pasado, como el resto del mundo, deseaban vivir y disfrutar sin pensar en el mañana y olvidando el ayer. Molinosviejos, el pueblo donde vivía el abuelo de Marcos, de quien le venía el nombre, no quedaba lejos. El casi septuagenario les había pedido, incluso insistido en que lo visitaran aquella semana; ni antes ni después. Por esa razón, habían tenido que pedir permiso en sus respectivos centros de estudios. El curso acababa de comenzar y, aunque las clases eran presenciales y obligatorias, tanto en la universidad a la que asistía Marcos como en el ciclo formativo que estudiaba Ariel no habían puesto pegas para que los chicos faltaran unos días. El motivo de la insistencia del abuelo de Marcos era que aquel próximo 30 de septiembre de 2020 iba a cumplirse el quincuagésimo aniversario del fallecimiento de Alejandro Torres, el poeta universal que había nacido, crecido y vivido su pasión y muerte en aquel pueblito de la Mancha. La obra del malogrado

poeta, muerto de forma dramática medio siglo atrás, había conquistado a la crítica y a los lectores desde que sus cuadernos de poemas salieran a la luz. Sus versos se habían convertido en himnos —sobre todo entre la comunidad LGTB— y habían inspirado canciones, libros, películas y obras de arte plásticas y figurativas. Las biografías del poeta, encabezadas por las escritas por hispanistas británicos, iban desentrañando los secretos de la corta aunque apasionante vida del joven molinense, pese a que aún se desconocía quién se escondía tras el enigmático apelativo «Dulce M» con el que Alejandro designó al amor de su vida e inspiración de sus mejores versos. Aquella «M» era un arcano, aunque los especialistas pensaban que se trataba de un hombre. No obstante, había catedráticos que ponían en tela de juicio que Alejandro Torres hubiera sido gay. Eran los menos, es verdad, cercanos a partidos y conglomerados culturales de la órbita de las derechas conservadoras, pero estaban ahí. Además, no hacía mucho, una tal Matilde López, vecina de Las Termillas —aldea cercana a Molinosviejos—, había aparecido en *El programa de Clara Boya*, la reina de la televisión matinal, para jurar por lo más sagrado que «Dulce M» era ella. La mujer, casi jubilada ya, había relatado con pelos y señales —tantos o más que los ceros del cheque que le pagaron— sus amores adolescentes con el poeta. Según su versión, Alejandro Torres iba y volvía a Las Termillas para vivir noches de pasión con ella, entonces quinceañera. La mujer lamentaba en lo más profundo de su ser —de ahí los largos y luctuosos años de silencio— que la enemistad de sus familias hubiera provocado la fatal decisión del poeta enamorado que lo empujó a poner fin a su vida de una forma muy shakespeariana.

Matilde había paseado su historia por varios platos, radios y semanarios, aunque la mayoría de los expertos no daba crédito a sus palabras. *Sir* Liam Gibbons, el más solvente de todos los estudiosos de la figura del poeta, estaba preparando la que él calificaba como la biografía definitiva de Alejandro Torres y ya se había manifestado en contra de la versión de aquella mujer, quien, en su opinión, era una oportunista.

El abuelo Marcos, cuya salud era delicada tras el grave infarto que había sufrido hacía tres años y, sobre todo, después del tiempo ingresado en cuidados intensivos a causa del virus que había asolado el mundo, sentía rabia, desasosiego y dolor cada vez que escuchaba aquellas declaraciones. De modo que, cuando le pidió a su nieto que lo visitara, añadió, sin que este comprendiera bien de qué se trataba, que había llegado la hora de que se supiera la verdad.

Molinosviejos era un pueblo pequeño, insignificante en tamaño y población, aunque ejemplo perfecto de los desmanes de la especulación, la corrupción inmobiliaria y los males de la España vacía, vaciada, viciada y esquilmada. La popularidad del municipio, que no albergaba ni mil almas, se debía a sus molinos de viento, que formaban parte de la ruta del Quijote. Uno de ellos había sido propiedad y hogar de Alejandro Torres. Tras muchos años cerrado a cal y canto, había pasado a ser de titularidad pública y se había restaurado para albergar la casa-museo del poeta.

En segundo lugar, el pueblo se había hecho mundialmente famoso por ser cuna y tumba del escritor, convirtiéndose en imán de intelectuales, estudiosos, románticos y turistas ávidos de selfis que compartir en las redes sociales. El municipio, gobernado durante años por un amigo del rapsoda, contaba con varios enclaves que homenajeaban su figura y obra. Además del mencionado museo, Molinosviejos había inaugurado en Z009 la flamante Biblioteca y Centro Cultural Alejandro Torres, un edificio diseñado por un polémico arquitecto cuyos sobrecostes y defectos aún lastraban el presupuesto municipal. A aquel palacio del saber, que ocupaba toda una manzana y que presidía la otrora pintoresca plaza de España, un foro circular, porticado, centro geográfico y corazón de Molinosviejos, se le sumaban una estatua del poeta a la entrada del pueblo, una avenida a su nombre flanqueada de palmeras y la escuela pública, en la que cada curso había menos alumnos. Si el colegio seguía abierto era gracias a la lucha encarnizada que había protagonizado el grupo de madres —madres, sí, solo ellas, porque los padres de la comarca aún creían que esos asuntos eran exclusiva competencia de las mujeres— que se oponía a la clausura, lo cual

supondría el desplazamiento diario de los estudiantes a muchos kilómetros de casa.

Molinosviejos era también famoso por haberse convertido, como se evidenció a partir de la crisis financiera de 2008, en ejemplo paradigmático de la ambición desmedida del sector inmobiliario, de la corrupción profunda de la clase política y de la ruina de un pueblo y un paisaje idílicos en otro tiempo.

Marcos y Ariel, cantando a pleno pulmón, disfrutando de sus diecinueve y veintiún años, se acercaban a toda velocidad a un pueblo herido, con viejas cicatrices que nunca se habían cerrado y con nuevas llagas que podrían acabar con lo poco que quedaba de aquel lugar.

La autovía circulaba paralela a las vías del AVT, en las que los chicos vieron un tren que los adelantaba y que pararía en Molinosviejos, en su estación nueva, carísima y alejada del centro; otro agujero más por el que se había colado la corrupción, un desagüe más para la exigua riqueza del pueblo.

Julia, hija de un Marcos y madre del otro, no había querido que su vástago viajara en tren, como habían hecho en otras ocasiones. Al igual que el resto del mundo, sufría el trauma de la reciente pandemia y arrastraba los miedos que se habían instalado en el subconsciente de casi todos. Así que la idea que tuvo el novio de su hijo de alquilar un coche le había gustado y tranquilizado. Por fortuna, ella era funcionada del Estado y su puesto de trabajo estaba garantizado; no así su sueldo. En cualquier caso, pagar el transporte privado la tranquilizaba. Su hijo, que estudiaba Periodismo, podría recuperar las clases a su regreso y Ariel, que soñaba con ser director de cine, aprovecharía aquellos días de relax para practicar enfoques con su dron y conocer exteriores para futuros proyectos. Los chicos vivirían aquel viaje como una aventura. Conocerían gente nueva y saldrían de la ciudad. «Seremos como Thelma y Louise, con la melena al viento», había bromeado Marcos al ver el coche descapotable. «Ay, sí, cari. Solo nos falta encontrar un Brad Pitt», había añadido Ariel, guiñándole un ojo de manera picara.

Unos días con su abuelo, pensó Julia, le vendrían bien a Marcos.

No habían podido estar a su lado durante su hospitalización debido al confinamiento. Solo ella consiguió visitarlo brevemente en junio y se había quedado preocupada porque lo encontró desmejorado. Su padre era un sufridor, un hombre que había tenido una vida triste e insatisfecha durante demasiados años. Ella había visto su dolor y se había alegrado cuando, tiempo atrás, le dijo que se iba a vivir a Molinosviejos para cuidar a su abuela Palmira, que estaba enferma. Aunque la atendió con todo el cariño del mundo, la anciana acabó falleciendo un gélido día de febrero de 2006. En el funeral, el más multitudinario que se recuerda en toda la provincia, Marcos le comunicó a su hija que había decidido quedarse definitivamente en el pueblo. Le dolía separarse de ella y de su nieto, pero había descubierto que vivir en Molinosviejos le hacía sentirse en paz. Además, acababa de conocer a alguien con quien quería intentar poner un poco de verdad en su existencia.

No fue fácil para Julia vivir lejos de su padre ni criar a Marcos sin la presencia de su abuelo, ya que era divorciada. Pero, al fin y al cabo, había sido ella quien le pidió, quien le rogó tras fallecer su madre a mediados de los años 90, que buscara en su pasado una luz que iluminara el resto de su vida. Él había buceado en sus recuerdos, había excavado en el abismo de dolor acumulado bajo montañas de mentiras, sentimientos fingidos y realidad disimulada y había encontrado algo que le impelió a volver al pueblo de la abuela Palmira, donde un verano de 1970 había ocurrido algo terrible: el asesinato de su hermano gemelo Gus. Después de aquello, Marcos nunca había regresado a Molinosviejos. Veinticinco años más tarde y tras la muerte de Cristina, su mujer, Marcos le dijo a su hija que había encontrado en su pasado un resquicio de esperanza para poder seguir viviendo y que esa promesa estaba en el pueblo. Así que un día, aprovechando que iba a ser el cumpleaños de la abuela Palmira, Marcos compró un billete de tren. Julia nunca supo qué había hallado entre sus recuerdos, qué luz había vislumbrado en aquella penumbra en la que vivía. Solo vio el cambio. Su padre parecía otro tras el viaje. No es que lo viera alegre, sino que lo encontró sereno. Su rostro, normalmente ceñudo y con la mirada perdida, se había

relajado. Sus ojos, oscuros y profundos, ya no rehuían la mirada, sino que abrazaban a su interlocutor. Sus noches se libraron de pesadillas. El botiquín se vació de somníferos y tranquilizantes. Julia recordaba que su madre le había contado que su padre, de joven, había caído en las garras del alcohol, que ella lo había conocido cuando tocaba fondo y que lo había ayudado a salir a flote. Julia temía que aquella vieja adicción se trocara por otra. Marcos había sido médico y tenía fácil acceso a todo tipo de fármacos. Por suerte, aquel viaje en 1995 lo había salvado y, aparentemente, había sanado las heridas de su mente o de su alma.

Coincidiendo con el cambio de siglo, la abuela Palmira enfermó y Marcos volvió a hacer la maleta. Por aquellas fechas Julia se quedó embarazada. La noticia se vio empañada por la crisis de su matrimonio. La pareja no logró reconducir sus sentimientos, deseos y prioridades y la situación desembocó en un divorcio mal avenido antes del primer cumpleaños del pequeño. Marcos deseaba ayudar a su hija. Durante cinco años estuvo yendo y viniendo del pueblo a la ciudad. Fue en aquella época cuando le retornó el gesto ceñudo. La abuela se volvía más dependiente cada día y Julia se veía desbordada. Elena, la prima de Marcos, se encargó de cuidar a la abuela para que este pudiera acompañar a su hija durante un tiempo. Julia veía impotente cómo su padre somatizaba cada sufrimiento y se juró a sí misma hacer todo lo posible para que su pequeño nunca fuera un niño triste.

Cuando el pequeño Marcos acababa de cumplir cuatro añitos, la abuela Palmira se puso peor. La anciana tenía noventa y cinco años y se había ido encogiendo hasta convertirse en un puñado de huesos envueltos en una piel repleta de arrugas y con aspecto de pergamino. El pelo, de un blanco plateado bellísimo, coronaba su enjuta figura en un moño que recordaba a un ovillo de lana. Sus ojillos, sin embargo, mantuvieron la vivacidad y la lucidez hasta el último momento. Aquella mujer murió tranquila. No sufrió dolores y tampoco padeció remordimientos. Su familia la sobrevivía en paz, en calma y medianamente feliz. Su nieto, por quien tanto había rezado y sufrido años atrás, sobre todo después de los

acontecimientos de 1970, parecía haber bailado la paz interior y, de repente, había empezado a sonreír. Ella sospechaba —y seguramente falleció con esa certeza— que aquel recién llegado al pueblo, Félix Capdevila, tenía algo que ver con el nuevo brillo en los ojos de su nieto.

Murió la abuela Palmira en su cama, tranquila, rodeada de su familia, en paz con su alma, con sus familiares y con su Creador. El mundo, su pueblo y su casa quedaban en manos de los vivos. Ella descansaría ya junto a su marido, Francisco, cuya vela, perennemente encendida en el recibidor de la casa en recuerdo del difunto, se apagó aquel mismo día sin que nadie supiera cómo.

Marcos se quedó con la casa de la abuela Palmira. Compró sus respectivas partes a sus primos, algunos venidos por primera vez a Molinosviejos y sospechosamente afligidos por el fallecimiento de la anciana, y se mudó definitivamente al pueblo. Prometió y cumplió que estaría presente en la vida de su nieto, quien resultó ser el niño más alegre y locuaz que él había visto. El pequeño heredó de su abuelo no solo el nombre, sino también los rasgos físicos. La excepción fueron sus ojos, que eran de un verdor hipnótico, como los del malogrado gemelo de su abuelo, Gus. Si Marcos fue un niño guapo, conforme se convirtió en un hombre devino un adonis alto, atlético, bello y cautivador.

La abuela Palmira tenía razón. Félix Capdevila era el causante del nuevo brillo en los ojos de Marcos. Se trataba de un hombre maduro, aproximadamente en la mitad de la cincuentena por aquel entonces, con barba cerrada y abundante cabello gris cortado a cepillo. Observaba el mundo desde unos ojos celestes de gato, protegidos por los cristales de unas gafas sin montura que le conferían aire de intelectual. Aunque disfrutaba con un buen libro y leía mucho y bien, su manera de ganarse la vida se había desarrollado lejos de la cultura. Originario de Tarragona, había vivido lo que muchos gais de su edad: un armario del que no pudo salir hasta mucho después de superada su juventud. Pero, a diferencia de Marcos, Félix no llegó a casarse con una mujer para disimular. Los diferentes negocios que había ido montando a lo

largo de su vida lo habían llevado de aquí para allá y eso le permitió inventar un rosario de novias y amantes de cara al público —formado por familiares, vecinos, amigos y conocidos— y, al mismo tiempo, disfrutar de un sinfín de aventuras amorosas y sexuales con un ejército de hombres de todo tipo. Esa doble vida lo curtió y mantuvo alta su autoestima. Era atractivo, inteligente, interesante, cautivador y embelesaba con su verbo ágil y perspicaz. No tenía pelos en la lengua, aunque sabía qué decir y qué callar. Con el paso de los años se había decantado por callar cada vez más y descubrió que eso le ahorraba muchos problemas. En lo económico era honesto; por eso tuvo que cambiar de vida y dejarlo todo atrás, recalando a principios del nuevo milenio en un pueblito desconocido de Ciudad Real. Si dirigió sus pasos a Molinosviejos y no a Las Termillas o a cualquier otro lugar, fue porque admiraba la obra de Alejandro Torres. Lo que nunca pudo imaginar es que la fama del poeta desesperado apuntalaría su nueva aventura empresarial. Félix afirmaba que la suerte es una actitud y que él no la buscaba, sino que la provocaba.

Marcos el joven y su pizpireto novio llegaron a Molinosviejos a media tarde del jueves 24 de septiembre de 2020. El Beetle descapotable irrumpió en la apacible vida del pueblo con la música a todo volumen, atrayendo las miradas de los oriundos del lugar, quienes, con cautela y disimulo tras los visillos o girándose en medio de la acera y escrutando sin reparos a la desconocida pareja, se preguntaron quiénes serían aquellos muchachos y qué problemas acarrearían a sus monótonas y rutinarias vidas.

El coche se deslizaba tranquilo y con suavidad por aquellas calles silenciosas, flanqueadas por hileras de casas sólidas, muchas de ellas muy antiguas y otras tantas de construcción más moderna. Estas se alzaban tres y cuatro plantas por encima de la típica vivienda tradicional del pueblo. Aquellas nuevas edificaciones, levantadas sobre los viejos cimientos de casas centenarias, proyectaban su sombra sobre las calles, empequeñeciendo el espacio por el cambio de proporción entre las distancias y, sobre todo, oscureciendo la vía pública. Pero así había sido el progreso en un pueblo que Marcos

conocía de forma superficial e idealizada, ya que los recuerdos de los veranos de su infancia se iban erosionando en su mente con el paso del tiempo, deformándose hasta ser tan hermosos como exagerados. Además, desde que entró en la adolescencia y cayó bajo el embrujo del huracán hormonal y del deseo irresistible de independencia y autoafirmación, sus viajes al pueblo se habían vuelto esporádicos y breves. Aparte de sus poco fiables recuerdos, lo que sabía sobre Molinosviejos provenía de su madre y de los relatos que unos y otros le habían ido contando a lo largo de los años, historias que él había referido a su novio durante el viaje, entre canción y canción.

Ariel, tras apagar el reproductor de música en un acto reflejo, después de sentir como afilados puñales las miradas censoras que los recibían, observó a su alrededor las casas, los pocos porches con pilares de madera que quedaban, los raquíticos árboles que pugnaban contra el cemento por sobrevivir, los nudos de cables enrollados que serpenteaban sobre las fachadas repartiendo electricidad, línea telefónica y, en algunos casos, fibra óptica a viviendas que, en su mayor parte, carecían de estos adelantos cuando fueron erigidas. Pese a toda la información que había recibido de su pareja durante el viaje y los días previos a embarcarse en aquella aventura rural, como la había definido ante sus amigos del bar Arcadia feliz, lo que veía lo llenaba de asombro. También se sintió intimidado por las miradas reprobatorias que los recibieron. No comprendía, si ya había apagado la música, por qué observaba hostilidad en la mirada de los vecinos. Deseó, cuando una ráfaga de viento le hizo tiritar, haber subido la capota antes de entrar a Molinosviejos.

La calle que llevaban desembocó en una enorme plaza redonda con arcos de piedra en los bajos de muchos de sus edificios. Lo primero que le llamó la atención, tanto que no pudo reprimir una expresión de sorpresa, fue el mastodóntico edificio que, presidiendo aquella plaza —que más bien era una enorme rotonda tras haberse reabierto recientemente al tráfico después de muchos años siendo peatonal—, se elevaba el equivalente a cuatro pisos sobre las edificaciones que formaban el perímetro de aquel foro. Se trataba de

la Biblioteca y Centro Cultural Alejandro Torres. En un abrir y cerrar de ojos reconoció el sello inconfundible del arquitecto que había diseñado aquella mole. Las formas futuristas rompían de forma dolorosa con el entorno, que protagonizaban los sillares de piedra, las vigas de madera y el ladrillo caravista. El hormigón blanco y el cristal, con formas que recordaban a extraños esqueletos de prehistóricos cetáceos, parecían más claros y brillantes en contraste con los tonos oscuros, grises, ocres y marrones de las casas que envolvían la plaza de España, incluido el viejo ayuntamiento, un edificio con doble columnata en su entrada, identificable solo por la enorme bandera que ondeaba en su balcón. Para realzar el conjunto, la vieja fuente que otrora presidiera la plaza y de la que Marcos había oído hablar como lugar predilecto donde refrescarse en las achicharrantes jornadas estivales había sido sustituida por una gigantesca estructura de caños, surtidores y enrevesados conductos. El fontanal producía el estruendo propio de unas cataratas, aunque, en realidad, ni refrescaba ni era bonito.

—Voy a parar aquí y le doy un toque a mi abuelo. En su calle no se puede aparcar —dijo Marcos mientras estacionaba frente a aquel ostentoso palacio.

Ariel se limitó a asentir con un sonido gutural. Se desabrochó el cinturón y saltó fuera del descapotable sin dejar de mirar boquiabierto a su alrededor.

—¿Has construido una máquina del tiempo con un Volkswagen? —preguntó a Marcos, reproduciendo un diálogo de una de sus películas preferidas.

—Bueno —dijo su novio saliendo del coche, habiendo captado la referencia al instante—, yo creo que, si vas a construir una máquina del tiempo en un coche, ¿por qué no hacerlo con clase?

—Che, Marcos —se lamentó entonces Ariel, abandonando el guion de *Regreso al futuro*—, ¿adónde me trajiste? ¿Has visto cómo nos miran? Y eso que hoy voy discreto —preguntó moviendo de forma espasmódica la cabeza y los ojos, señalando con un extraño disimulo las ventanas de las casas que se asomaban a la plaza y tras las cortinas de las cuales había distinguido por lo menos seis rostros

que los escrutaban.

—No hagas caso, cari, es un pueblo pequeño. Cualquier desconocido les llama la atención —repuso Marcos, apoyándose en el Beetle mientras manipulaba su teléfono.

—Nos descubrieron —le susurró Ariel al oído, colocándose a su lado—. Esta gente dispone de un radar para detectar a los gais. Es como el nuestro, solo que el suyo se alimenta del odio que nos tienen. Nos miran como en *La invasión de los ladrones de cuerpos* —añadió con los brazos cruzados.

—¡Abuelo! ¡Ya estamos aquí! —exclamó Marcos cuando le respondieron al teléfono—. Sí, hemos aparcado en la plaza, delante del edificio este tan feo. Vamos para allá. ¿Qué? Te oigo mal. ¡Ah! No hace falta, de verdad. Solo hemos traído cuatro cosas. ¿Qué? ¡Ah!, que ya estáis en la calle. Bueno, como quieras. Okey. Os esperamos —dijo, y colgó—. Ya vienen. Me ha dicho que esperemos aquí —le informó a Ariel—. Ya verás, te van a encantar —añadió acompañando sus palabras de un codazo cariñoso, que su novio recibió con una sonrisa que lo distrajo un momento de sus pensamientos, de ideas temerosas sobre los vecinos que los observaban tras sus ventanas, como aves de presa preparadas para precipitarse desde sus atalayas en el momento oportuno.

—Si nos miran así a nosotros, imagina cómo reaccionarían si vieran a la Willow o a la Pocahontas —continuó Ariel recordando a sus amigos de la ciudad, tan libres para expresarse como rompedores en lugares menos habituados a la diversidad.

—No sería para tanto —respondió Marcos distraído, comprobando que la señal llegaba a su teléfono móvil de forma irregular—. Casi no tengo cobertura, y eso que estamos delante de la biblioteca.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Ariel sacando el móvil de su bolso de mano tan deprisa como un vaquero desenfundando su arma en una película de John Ford—. Es verdad. *Oh, my God!* —se lamentó, temiendo no poder acceder a sus redes sociales, donde tenía una legión de seguidores ávidos de sus fotografías, vídeos, anécdotas y posados.

—¡Marcos!

Se volvieron y descubrieron a dos hombres que se acercaban caminando a buen paso y saludando con la mano. El que lo hacía con más efusividad era su abuelo. Hacía casi un año que no lo veía, desde las últimas Navidades, y lo encontró bastante avejentado. Se acercaba con rapidez, aunque se apreciaba cierta debilidad en el andar, la espalda curvada hacia delante y el gesto de esfuerzo en el rostro. Su ropa, un pantalón beis, una camisa clara y una chaqueta gris, le quedaba grande. Siempre había sido un hombre tirando a delgado, pero el mes largo en la UCI lo había dejado en los huesos y, como le había advertido Félix por teléfono, no había recuperado más que un par de kilos. Tenía la fatiga impregnada en el rostro. La mirada, marrón oscuro, estaba cubierta de un velo ligerísimo que anunciaba unas cataratas de las que tendría que operarse en el futuro. El rostro, enjuto y céreo, acusaba la falta de sol y de vitaminas. Había perdido pelo. El que aún conservaba, encanecido y ralo, lo peinaba hacia atrás, aunque el viento que se había levantado se lo estaba revolviendo. No obstante su primera impresión, tamizada por todo lo que le habían contado y por la imagen que se había hecho en su imaginación, vio que su abuelo sonreía y que esa sonrisa le transformó la cara: el arrebol sobrevenido por la caminata disipó el tono de cera y sus ojos parecieron iluminarse. Incluso, cuando llegaba a su lado, abriendo los brazos como un ave despliega sus alas al tomar tierra, le pareció que se le enderezaba el cuerpo y hasta que rejuvenecía.

Nieto y abuelo se fundieron en un abrazo tierno y sentido. Ambos rompieron a llorar. Los dos habían llegado a pensar, durante la pasada pandemia, que no volverían a verse. Aquel abrazo conjuraba el miedo, y las lágrimas calmaron la ansiedad acumulada. Félix y Ariel los miraban, conmovidos a su vez. Veían en ese abrazo dos realidades complementarias y divergentes. Tenían ante sí a dos hombres de la misma estatura, del mismo nombre y de igual orientación sexual, aunque separados por medio siglo y por realidades históricas bien diferentes. Cuando se había hablado de estos temas en familia, el abuelo se había mostrado taciturno y había

incidido en el abismo de tiempo que los separaba. Un momento clave fue el día en que el chico cumplió los catorce años y aprovechó la celebración en familia para salir del armario. Su abuelo, con un trozo de tarta en la mano, miró a Marcos, relajado y alegre, y fue consciente de súbito del abismo que mediaba entre sus respectivas generaciones. La naturalidad con la que se aceptó que el joven Marcos fuera gay le resultó grata y dolorosa a partes iguales; se alegraba por su nieto y lo sentía por él mismo, que había necesitado más de medio siglo para dar aquel paso. Tras felicitar a su nieto por su coraje, volvió a señalar el tiempo que los distanciaba. Entonces el chico, con aquella voz adolescente que fluctuaba entre los agudos y los graves, en medio de esa transformación física y mental que para muchos es un verdadero trauma, comentó: «Bah, abuelo, cincuenta años no son nada». Todos rieron la ocurrencia del muchacho, su inocente percepción del tiempo y la descarada ceguera que le hacia creerse eterno desde su atalaya de juventud. El abuelo reflexionó sobre aquellas palabras en los días que siguieron. Lo habló con Félix y con Julia. Ellos opinaban que el niño lo había dicho sin pensar, pero él sabía que para un crío tal cantidad de años representa una vida entera. Sin embargo, su nieto había hecho una afirmación más propia de un anciano que de un adolescente. El tiempo se ve diferente al iniciar el camino que cuando uno se aproxima al final. Ser capaz de vislumbrarlo en su justa medida al principio del viaje le pareció extraordinario.

Félix Capdevila, el marido del abuelo Marcos —o la pareja, como ellos preferían decir, aún reticentes a utilizar ciertos términos que comportaban una revolución en el esquema de las cosas aprehendido desde la infancia—, saludó a Ariel con un rotundo apretón de manos, enérgico y cálido. Acompañó el saludo de una sonrisa apenas esbozada con la boca, aunque enorme en la mirada. Ariel comprobó que la descripción de Félix que su novio le había hecho era acertada: alto, robusto, atlético y hasta atractivo, vestido con deportivas, vaqueros, un polo blanco y una americana gris perla. Todo un portento de setenta y dos años que le recordaba al maduro Paul Newman de *Camino a la perdición*, aunque con más pelo, barba

y gafas. Acto seguido saludó con otro fuerte apretón de manos a Marcos.

—Te has dejado barbita a la moda, ¿eh? —le comentó Félix palmeándole la cara y fijándose en lo guapo que estaba el muchacho, al que consideraba nieto suyo también.

—Sí, creo que me queda bien, y así no parezco tan crío.

—Te queda muy bien, Marcos. Ya eres todo un hombre —afirmó rotundo su abuelo, orgulloso—. Y tú eres Ariel, ¿verdad? El muchacho que le ha robado el corazón a mi nieto.

—Encantado, señor —saludó el chico con timidez, estrechándole la mano al abuelo de Marcos, de quien tantas historias había escuchado desde que salían juntos.

—Me gusta tu mirada. Ojos grandes y transparentes. Bienvenido, Ariel, al pueblo y a la familia —añadió el abuelo tras examinar al joven, que se había ruborizado y sonreía avergonzado al patriarca, ante la divertida mirada de su novio.

—Perdonad que no os demos un par de besos —dijo entonces Félix, mirando desde detrás de sus gafas alternativamente a ambos jóvenes con sus pequeños y lúcidos ojos azules—, pero desde la pandemia ya no somos tan efusivos.

—¡Ah! Pensé que era por la gente —comentó Ariel, mirando de soslayo hacia todas aquellas ventanas que parecían observarlo—. Pero, si es por eso, no se preocupen: ya somos inmunes; estamos vacunados —explicó enseñándoles un certificado digital expedido hacía pocos días por la autoridad sanitaria que así lo certificaba—. Enséñales el tuyo, cari —le pidió a su novio, cosa que este hizo al instante.

Ambos jóvenes mostraron, con el brazo extendido hacia la otra pareja, la imagen del certificado digital de vacunación e inmunidad.

—Parece que con la vacuna se acabó la pesadilla —comentó el nieto.

—Sí, aunque cualquier día de estos nos despertaremos siendo zombis, como en las pelis de George A. Romero —bromeó Ariel, imitando entonces el andar patoso y el gesto salvaje de los no muertos de *La noche de los muertos vivientes*, hasta que su novio le

hizo parar con una mirada reprobatoria—. Lo siento. Es solo una teoría friki de los antivacunas que leí en Internet… —añadió en un susurro, avergonzado.

—Lo importante es que todos estamos bien —concluyó Marcos el viejo—. Félix también lo pasó, aunque con síntomas leves. Y, como ya nos han vacunado a todos, lo mejor es que pasemos página.

—Como escribió Goethe: «La vida está por delante para seguir adelante» —apostilló Félix, sonriendo.

—Cierto. Y ahora vamos a casa, que está refrescando —propuso el abuelo—. Y contra el resfriado no hay vacuna que valga —añadió abrochándose la chaqueta de lana.

Marcos y Ariel cogieron sus maletas y, tras subir la capota del coche y cerrarlo bien, se encaminaron por una calle lateral hacia la casa que había sido, en tiempos, de la abuela Palmira.

—Has traído mucha ropa, ¿no? —le preguntó Félix a Ariel viendo el tamaño de su maleta y las otras dos bolsas que arrastraba calle arriba, además de una mochila—. ¿Piensas quedarte a vivir aquí?

—¿Aquí? ¡Che, ni loca! —respondió espontáneamente el muchacho, sintiendo en el cogote las miradas de los vecinos.

Unos minutos después llegaron a la casa. Antiguamente, la vivienda había tenido una estructura similar a las que llenaban las calles de Molinosviejos: un rectángulo de unos seis metros de fachada por unos doce de profundidad. Algunas solo constaban de una planta, con un patio al fondo, y otras de planta baja y un piso. La de la abuela Palmira había sido de este último tipo. Abajo había tenido el recibidor, un aseo, la salita-comedor y la cocina, además del patio trasero, que muchos usaban de corral. Arriba, tres dormitorios y un baño completo. Sin embargo, la vivienda a la que llegaron Marcos y su gemelo Gus cincuenta años atrás no tenía nada que ver con la que este otro Marcos y su novio Ariel estaban contemplando en septiembre de 2020. Y aquella metamorfosis tenía un responsable, alguien cuya sonrisa se podía vislumbrar entre el bigote y la barba: Félix.

Quince años atrás, un curtido Félix Capdevila echó anclas en

Molinosviejos desde su Tarragona natal. Había probado suerte con diferentes negocios a orillas del Mediterráneo. Sus estudios en mercadotecnia y empresariales, sazonados con una vasta cultura general —que era lo único que agradecía a los jesuítas, en cuyo colegio internado se educó y donde, además de leer a los clásicos, poesía mística y *El capital*, había perdido la virginidad a los catorce años y aprendido todo sobre el sexo entre hombres—, le permitieron lanzarse a diferentes aventuras en el sector de la hostelería. Regentó dos bares, un restaurante, un *pub*, una taberna andaluza y hasta un chiquipark junto al teatro romano. Se arruinó tres veces y amasó deudas y beneficios que reinvertía en otros tantos proyectos y en amortizar deudas. Sus competidores no lo comprendían, ya que sus precios bajos hasta rayar el de coste le impedían hacer fortuna pese a acaparar clientela. Lo que ganaba lo gastaba en generosos sueldos para sus empleados y en disfrutar de la vida. Dilapidó una fortuna en los novios y amantes que encadenó a lo largo de los años, a los que adoraba y agasajaba, aunque siempre lo acababan abandonando. Disfrutó como si no hubiera un mañana durante los 80 y tocó fondo en los 90, cuando los bancos dejaron de concederle créditos y algunos clientes lo engañaron. Vendió lo que le quedaba, incluida la casa de sus padres, que habían fallecido con el fin de siglo, y tras pagar sus últimas deudas decidió alejarse del mar, al que en secreto culpaba de su mala suerte por el influjo irresistible que le achacaba sobre los humores y los deseos.

De modo que se sentó al volante de su viejo Citroen y consultó el mapa. Cuando sus ojillos garzos se posaron sobre un pueblito llamado Molinosviejos, escrito en letras pequeñitas para indicar que era una localidad minúscula, recordó que el recién descubierto poeta Alejandro Torres había sido de ese lugar de la Mancha de cuyo nombre no era fácil acordarse. Observó con atención el mapa y comprobó que en un radio de muchos kilómetros solo se encontraban algunas aldeas, pedanías aisladas y campos de cultivo. También había algunos lagos o estanques, que el mapa representaba rodeados por zonas boscosas. Su mente de emprendedor comenzó entonces a elucubrar posibilidades de negocio. La capital de

provincia se hallaba lo suficientemente lejos para no ser competencia y, al mismo tiempo, el pueblo estaba bien comunicado por tren y carreteras nuevas, de manera que era sencillo que llegasen los visitantes. Además —y sus ojos se abrieron como platos al fijarse en ello—, Molinosviejos albergaba en su término municipal varios molinos históricos. En resumen: un pueblo pequeño, ambiente tranquilo, buena gastronomía, aire limpio, espacios abiertos, campo, un lago, restos arqueológicos en las aldeas vecinas, molinos de viento y un poeta recién descubierto con una historia tan trágica como romántica a sus espaldas. El proyecto tomaba forma en su mente. Tenía suficiente dinero para empezar. Solo necesitaba un poco de suerte. Y, quizá, un socio. Inspiró hondo y, al exhalar, sintió que los problemas se alejaban. La sonrisa se dibujó en su rostro. Entonces arrancó y condujo sin parar hasta Molinosviejos.

Marcos y Ariel contemplaban el edificio de piedra resultado de aquella idea de Félix. El cartel sobre la puerta, tallado en madera e iluminado por focos de luz led decía:

Hospedería —Casa rural DULCE M

—¡Es relinda! —exclamó Ariel—. No me dijiste que era tan hermosa —le reprochó a su novio.

—Todo es mérito de Félix —intervino el abuelo Marcos—. Cuando llegó a Molinosviejos lo tenía todo planeado.

—En realidad nada de esto hubiera sido posible sin tu abuelo —explicó el aludido, abrazando a su marido por la espalda, gesto que enterneció a los muchachos.

—La casa de mi abuela Palmira —le explicó entonces Marcos el viejo a Ariel mientras agarraba las manos de Félix, cuyos brazos lo rodeaban como un cinturón de seguridad— era solo una tercera parte de lo que es hoy la hospedería. Dio la casualidad de que las dos viviendas contiguas estaban a la venta en aquella época.

—Y además muy baratas —terció Félix.

—Sí. De modo que las compramos y las unimos —recordó

Marcos.

—El turismo rural estaba de moda y la oportunidad era única —añadió el empresario.

—Vamos dentro —propuso el abuelo—. He dejado la tetera en marcha.

Abrieron la puerta de cristal, que lucía algunas pegatinas y certificados de calidad de diferentes webs de turismo rural y de entidades hosteleras, y después el viejo portón de madera, que habían restaurado para mantener el estilo tradicional de la hospedería. Entraron en la casa. El antiguo recibidor era una bonita recepción en la que a la izquierda había paneles con folletos turísticos y a la derecha vieron un paragüero de latón con varios paraguas, tal vez olvidados por sus propietarios, seguido de un bonito mueble para cubrir un radiador sobre el que descansaba un jarrón de cristal repujado con un hermoso ramo de jacintos azules. Entre este y el mostrador de recepción, que ocupaba el frontal de aquella primera estancia junto a las escaleras que daban acceso al piso superior, se abría un arco escarzano que conducía a la sala de estar y al comedor.

El abuelo Marcos los invitó a pasar. Su nieto, abrazado a Ariel, quien contemplaba la decoración rústica como si hubiera viajado a otro planeta, respiraba aliviado al ver caminar a su abuelo con agilidad, bastante erguido y lleno de energía. La primera impresión que le había producido había sido preocupante. Su madre ya le había advertido de que el abuelo había dado un bajón tras tres años de problemas de salud. No era un anciano a las puertas de la muerte, ni mucho menos. Tenía sesenta y nueve años, había encontrado un amor que le hacía feliz y el negocio parecía irles bien. Sin embargo, el infarto y el coronavirus habían debilitado un cuerpo que ya había cargado con una mochila de sufrimiento y amargura durante demasiado tiempo. Además, y esto el joven Marcos todavía no lo sabía, las preocupaciones recientes habían mellado su capacidad de resiliencia.

Félix les explicó, como solía hacer con los huéspedes, los elementos, espacios y virtudes de la casa. Se habían respetado las

escaleras originales, aunque el resto de la construcción era nueva. La planta baja disponía de un comedor amplio y una sala de estar con sillones, chimenea y varias estanterías con libros, juegos de mesa y revistas para que los clientes pasaran las tardes de invierno. También albergaba la cocina, donde el abuelo Marcos preparaba los desayunos, las suculentas cenas, así como sus famosos postres; todo con el sello inconfundible del buen hacer de la abuela Palmira, de quien aprendió a cocinar. Además, se había conservado y ampliado el patio al aire libre, un espacio fresco para el verano, con unas pocas mesas, unas butacas de hierro forjado pintadas de blanco, plantas y una fuente cuyo rumor, constante e hipnótico, convertía aquel rincón en un oasis de tranquilidad. Al fondo contaban con una habitación adaptada para huéspedes con problemas de movilidad, bautizada precisamente con el sugerente nombre de Oasis y cuya ventana daba al patio. Más al fondo, otra puerta comunicaba con la cochera. En el piso superior estaban el resto de las habitaciones. Una era la de los propietarios, que ocupaba la mitad de la superficie de la antigua vivienda de la abuela. El resto de la planta se repartía en cuatro habitaciones dobles con baño y una *suite*. Las cuatro primeras se denominaban como cada uno de los libros de poemas del autor molinense: Primavera, Verano, Otoño e Invierno. La *suite*, en cambio, se llamaba Dulce M. Cada habitación, decorada con elementos propios del campo y del mundo manchego, lucía una poesía de Alejandro Torres escrita en la pared, sobre la cabecera de la cama, representativa del libro que daba nombre al cuarto. Aquellos poemas hacían las delicias de los turistas, quienes, casi sin excepción, acababan memorizando los versos y comprando algún ejemplar de los poemarios que se vendían en recepción. Por último, una puerta al fondo del pasillo daba acceso a la lavandería y almacén de ropa limpia y de productos de limpieza.

Se sentaron a tomar el té en una de las mesas del comedor. El abuelo les sirvió la infusión y Félix trajo un plato con galletas artesanas que los chicos devoraron.

—¿Eso qué es? —preguntó entonces Ariel, señalando una especie de tenedor gigante de madera que adornaba la pared que

tenía frente a él.

—Es una herramienta agrícola. Un apero de labranza. Se llama *bieldo* —le explicó el abuelo Marcos—. Sirve para aventar el cereal y separar el grano de la paja.

—Todo es reguapo aquí, che —expresó el joven urbanita con aquella mezcla de formas de hablar y su ligero acento argentino, herencia de su madre.

—Eso es un trillo. Aquello, dos yugos; allí, una rueda de carro —añadió Félix señalando más lejos—. Al fondo, un rastrillo y una azada… Queríamos que los huéspedes se imbuyeran de la atmósfera rural. De ahí la piedra tosca caravista, la pintura de estuco viejo, las ventanas y vigas de madera… —explicó señalando los elementos constructivos y decorativos que los chicos fueron descubriendo a su alrededor.

—Las cortinas son muy lindas —admiró Ariel.

—Mi abuela Palmira dedicó sus últimos años de vida a hacer mucho ganchillo y bordados. Siempre estaba sentada delante de su máquina de coser o haciendo punto con sus manitas huesudas. Y si no, leía. Se pasaba el tiempo en el sillón orejero o en la máquina —recordó Marcos—. Así todos los días.

—Muchas de las cortinas que hay en la casa las bordó ella. Las conservamos porque son preciosas y auténticas. Lástima que la abuela no llegara a conocer la hospedería —musitó Félix, cogiéndole la mano a su Marcos.

—¿Y no hay clientes ahora? —intervino el nieto, desviando el tema para ahorrarle tristezas a su abuelo.

—Ahora mismo, no. El fin de semana tenemos un par de reservas, pero la cosa está bastante floja fuera de temporada. El verano, en cambio, estuvo muy bien. La gente tenía ganas de viajar a zonas poco pobladas y eso nos benefició. Sin embargo, desde que empezó septiembre solo hemos tenido reservas de fin de semana, y ni siquiera llenamos. Y eso que hacemos ofertas: paquetes de dos noches, pensión completa y vuelo incluido —explicó Félix.

—¿Vuelo? ¿Qué quiere decir? —intervino Ariel, con la mirada llena de curiosidad.

—¿No se lo has contado? —le preguntó Marcos a su nieto.

—Era una sorpresa —se excusó el aludido.

—¿Se puede saber de qué hablan? —urgió Ariel, repentinamente nervioso.

Félix se levantó y con un gesto le indicó al muchacho que lo acompañara. Ariel corrió tras él. El abuelo y el nieto los siguieron. Mientras se acercaba a la cochera, Félix sacó las llaves de su bolsillo. Frente a la puerta, donde el joven lo alcanzó, eligió una y abrió. El garaje estaba a oscuras, así que, hasta que las lámparas fluorescentes no dejaron de parpadear y lo iluminaron por completo, Ariel no vio lo que le habían anunciado como una gran sorpresa.

Frente a ellos había una camioneta con la parte trasera descubierta. Y allí, tapado con una lona, descubrió algo bastante voluminoso y difícil de identificar. El vehículo, de color crema, tenía un logotipo dibujado en la puerta del copiloto que Félix ocultó rápidamente con su cuerpo. Ariel protestaba; intentaba adivinar de qué se trataba. Solo distinguió un arcoíris; Félix se movía hacia donde lo hacía el joven, en un juego inocente que aumentó varios grados el nivel de nerviosismo del muchacho. Entonces llegaron las parejas de ambos, que prorrumpieron en una carcajada al descubrirlos jugando al gato y el ratón.

—Yo que tú miraría bajo la lona —le animó el abuelo Marcos.

Ariel sonrió y saltó sobre la parte trasera de la camioneta. Se percató solo entonces de lo grande que era lo que fuera que ocultaban allí. Se trataba de un objeto más estrecho por arriba que en su base, de forma que, cubierto por la lona azul, parecía una tienda de campaña o una jaima. Con cierta reverencia, abrió los mosquetones que la anclaban al suelo, tomó los extremos y la levantó.

Debajo apareció una estructura de mimbre, grande y rectangular. Al alzar más la tela descubrió que se trataba de una cesta enorme. Concretamente de una barquilla. Siguió destapándola y vio una estructura sobre la cesta. Se trataba de cuatro barras de acero forradas de lona acolchada que, partiendo de las cuatro esquinas de la barquilla, se elevaban poco más de un metro. Sobre ellas

descasaba un cuadrado del mismo metal, desnudo a esa altura, con dos barras más formando una equis que unía sus ángulos. Y encima de esa cruz descubrió los quemadores y su mecanismo de encendido. El chico lanzó un grito. Se cubrió la cara con ambas manos y se puso a saltar de alegría.

—Ya te dije que reaccionaría así —le recordó Marcos a su abuelo, quien observaba la histriónica reacción del muchacho sin poder evitar las carcajadas.

—¡Un globo! —exclamó por fin Ariel— ¡Un globo! ¡¿Viste?! ¡Me muero! —gritaba saltando y acariciando el mimbre de la barquilla—. ¡Marcos, me contaste que una vez volaste en globo, pero no que fuera en el de tu abuelo, che! —le dijo a su novio, quien no podía parar de reír—. ¡Pero qué maravilla! ¡Quiero volar! ¡Por favor! ¿Nos llevarán? ¡Por favor! —imploró a sus anfitriones desde lo alto de la camioneta, con muchos aspavientos y gesticulaciones.

—Si el tiempo lo permite, mañana temprano haremos un vuelo de reconocimiento —respondió Félix, apartándose de la puerta del vehículo y dejando a la vista el logo de la empresa de vuelos en globo aerostático: «Rainbow Globo Tours».

—Pero eso mañana por la mañana —terció el abuelo Marcos—. Ahora vamos a dejar las maletas en vuestra habitación y a preparar la cena —añadió haciendo una señal para que lo siguieran al interior de la casa.

Ariel saltó de la camioneta y se abrazó a su novio, colmado de alegría y nervios por la sorpresa que, efectivamente, se había llevado. Se dieron un beso y salieron de la cochera cogidos de la mano. Félix los siguió, sonriendo y sacudiendo la cabeza al tiempo que apagaba las luces y cerraba con llave.

Marcos y Ariel ocuparían durante su estancia en el pueblo la *suite* Dulce M, que estaba al fondo del pasillo y contaba con una salita de estar, el dormitorio y un baño con *jacuzzi*. Sobre la mesita de centro que había junto al sofá, un búcaro de cerámica con motivos clásicos contenía un ramillete de jacintos azules cuyo perfume los sobrecogió.

—Jacintos otra vez —advirtió Marcos.

—Sí, las preferidas de Félix —le explicó su abuelo—. Simbolizan el cariño y la constancia. Dice que me conquistó así. A mí me gustan por el mito de los amantes: Jacinto y el dios Apolo.

—¿Eran gais? —preguntó sorprendido Ariel.

—Bueno, en la Antigua Grecia no usaban esa palabra, ni ninguna semejante —matizó el abuelo—, pese a que vivían la homosexualidad con cierta naturalidad, como parte de la vida. Filos hablaban de *amantes, amigos, amados…* Este mito también trata sobre la muerte y resurrección por amor… —comentó con la mirada perdida en las hermosas flores de tonos azulados.

La cama, gigante, recibió a Ariel, quien se lanzó sobre ella de un salto tras dejar las maletas en medio de la salita. Marcos y su abuelo lo encontraron leyendo en voz alta el poema que decoraba la cabecera.

—*… tras una noche de pasión, mi vida sin ti no tiene norte ni sur, ni luna ni sol…*

—*… y la vida contigo, solamente corazón* —recitó el abuelo atrayendo sus miradas.

—¿Este no es el poema que hizo que se descubriera la desaparición de la poesía 57 del libro *Invierno*, el que desató la polémica sobre la identidad de «Dulce M»? —preguntó el nieto.

—Eso es —le respondió lacónicamente su abuelo sin apartar la mirada de los versos pintados con delicada caligrafía en la pared.

—Mi Marcos es un empollón —apostilló Ariel, guiñándole un ojo a su novio—. ¿«Dulce M» no es esa señora que fue al *Cuéntame Luxury* hace un par de semanas?

—Eso afirma ella —se limitó a responder el viejo Marcos con la mirada perdida.

—Abuelo —medió el nieto—, voy a mandarle un wasap a mamá para decirle que estamos bien. Nos damos una ducha y bajamos a cenar. Quince minutos, ¿de acuerdo?

—No hace falta que corráis tanto. Tomaos media hora. Félix quiere deleitaros con sus famosos canelones a la catalana —les explicó sonriendo. Luego se acercó a su nieto y atrajo su cabeza hacia sí para darle un beso en la frente al tiempo que le revolvía el

pelo—. Eres la viva imagen de tu tío abuelo, ¿te lo había dicho alguna vez?

—Sí, abuelo, cada vez que nos vemos —le respondió el nieto, condescendiente.

Marcos dejó a los chicos en la habitación. Ariel se levantó de la cama y abrazó a su novio, que lo correspondió estrechándolo con fuerza. Sus labios no tardaron en encontrarse y sus lenguas hablaron el idioma del deseo. La ropa empezó a caer a los pies de los jóvenes, que, entre risas y gemidos, se recordaron que disponían de media hora antes de la cena. Se revolcaron desnudos y entrelazaron sus cuerpos anhelantes de caricias y placer. Les urgía alcanzar cada rincón del físico de su amante, vestir de lametones cada centímetro de la piel de su amigo, besar el alma de su amado. Marcos descansó su espalda sobre el lecho. Ariel lo siguió, sin poder despegar sus labios de aquellos que adoraba. En un movimiento sincronizado, uno levantó las piernas y el otro se acopló al cuerpo que lo recibía. La conjunción amorosa y sensual comenzó y terminó en pocos minutos, primero la del uno en el otro y seguidamente, tras un clímax en el que bregaron por mantenerse y una media vuelta perfecta en aquella enorme cama, la del otro en el uno. Fue un encuentro breve, pero tan intenso y feliz que sus cerebros replicaron aquellos espasmos de placer como si fueran ondas que rebotasen en cada recoveco de sus cuerpos durante mucho más tiempo del que duró el acto en sí mismo. Continuaron sintiendo aquel gozo y bienestar mientras se duchaban, limpiándose mutuamente, acariciando con jabón perfumado sus cuerpos firmes; mientras se secaban el uno al otro con níveas toallas de algodón que los abrazaron con suavidad, y mientras cenaban y charlaban animadamente de sus estudios, de sus proyectos y de sus sueños.

Más tarde regresaron a aquella misma cama. Vieron la televisión un rato —la última media hora de aquel delicioso drama histórico de la siempre divina Garbo, *La reina Cristina de Suecia*— y, arrastrados por el calor de su piel, por su juventud y por el encantamiento de Eros —o quizá de Jacinto y Apolo—, sus cuerpos se incendiaron de nuevo. Alguno de los dos apagó la televisión y

ambos se buscaron con urgencia, como si les faltara el aire y solo pudieran respirar a través de la boca del amado.

Follaron. Entre risas, con complicidad, con ímpetu y lanzando gemidos que no eran capaces de disimular. Después de alcanzar un clímax compartido, se abrazaron, agotados, relajados, tranquilos. Y, sin más preocupación que la de imaginar la maravillosa experiencia que los aguardaba a la mañana siguiente, se sumieron en un sueño profundo.

Al mismo tiempo, en el otro extremo de la hospedería, dos hombres mayores se amaban a su vez, de una manera menos impetuosa tal vez, pero tan profunda y sentida como lo habían hecho los jóvenes. Cuando entraban a su dormitorio tras recoger y limpiar abajo, les había alcanzado el eco de una risa, de un jadeo. Se habían mirado y habían sonreído con complicidad, con una envidia que los aguijoneó en lo más profundo de su ser. Ambos sintieron el deseo de hacer el amor. Porque ellos no se referían a sus relaciones íntimas con el verbo *follar*. Eso quedaba para los jóvenes, o para encuentros rápidos, urgentes y explosivos acordados mediante una aplicación móvil. En cambio, lo que ellos hacían era el amor, con tiempo, sin prisas, con calma. Sea como fuere, aquellos dos hombres mayores, saltándose la rutina de aseo, lectura, beso de buenas noches y sueño irregular e impelidos por la certeza de que la pasión se había desatado bajo su techo, sintieron la necesidad de demostrarse a sí mismos que todavía podían romper el ritmo sosegado de sus vidas y dedicar un rato entre semana al goce sensual.

Aunque no lo expresaron con palabras, ambos pretendían demostrar que la pasión seguía viva entre aquellas paredes que los veían abrazarse cada noche desde hacía catorce años. Y, para su sorpresa, se amaron como lo habían hecho los jóvenes: follaron. No siguieron los acostumbrados pasos ni lo hicieron de la forma habitual, sino que se dejaron dominar por una chispa de deseo tan embriagadora como sorprendente. Sin embargo, lo hicieron en silencio, amordazando los gemidos, silenciando el goce, disimulando de manera involuntaria la expresión de su sensualidad y del placer por culpa de una conducta aprendida, impuesta y arraigada en lo

más profundo de su ser desde hacía demasiado tiempo como para lograr extirparla. A pesar del placer que sintieron, no pudieron evitar pensar, aunque fuera solo durante un momento —igual que una idea molesta que se espanta de un manotazo como si fuera una mosca tozuda—, que aquella manifestación de su amor y de su deseo tenía algo de malo, algo de prohibido, de escandaloso o de inmoral; algo, en definitiva, que la hacía reprochable a ojos de los demás.

CAPÍTULO II

Félix Capdevila*: «Marcos y yo necesitábamos que el Orgullo fuera un éxito. Aunque parezca mentira, nuestra generación debe hacer un último esfuerzo. Los jóvenes viven sumidos en un individualismo y una despreocupación que amenazan sus libertades. Pero usted, inspector, sabe tan bien como yo que las cosas tienden, de manera natural, a torcerse».*

Marcos y Ariel no podían disimular su nerviosismo. Daban saltitos con los pies muy juntos, arrebujados en sus cazadoras. Y reían de Forma compulsiva mostrando sus respectivas dentaduras perfectas, talladas por profesionales odontólogos desde su más tierna infancia. No obstante, en medio de aquella fría alborada otoñal, sus dientes castañeteaban igual que los de cualquiera. El cielo, sereno, de un azul intenso en poniente y rosado en el levante, había recogido ya las estrellas, que esperaban guardadas en el cajón de las constelaciones a que volviera la noche. El día iba derramándose desde el horizonte, pintando de colores el campo. Los muchos tonos del verde y del amarillo se posaban en las copas de los árboles, que se desprendían ya de sus hojas preparándose para el próximo invierno. La tierra era un lienzo de ocres y pardos repartidos en parcelas geométricas, segadas y agostadas en espera de la futura labor que renovara su vigor y le concediera los dones de Deméter. Los grises y blancos de las peñas despuntaban aquí y allá. Y al fondo, sobre el páramo, erguidos y vigilantes, hieráticos cual soldados de guardia, los

molinos encalados escudriñaban la llanura, con sus aspas enhiestas y desnudas, con su chinesco sombrero cónico y sus ventanucos oscuros como ojos vigilantes, a punto de abrazar los nuevos rayos del sol.

La llamarada los asustó. Félix, ayudado por Alfredo, el joven que trabajaba esporádicamente para la hospedería, estiraba de un cabo para mantener abierta la boca de la vela. La tela, extendida sobre la tierra, ondulaba desde hacía rato, empujada por el chorro de aire del ventilador, que producía olas de vivos colores en la superficie del globo. El fuego surgió como un ronco bufido seguido de una llamarada que Ariel calificó como de dragón. El muchacho soltó un grito de sorpresa; Marcos, una carcajada contagiosa, como una fuente que gorjea. Su abuelo los miró sonriendo, encaramado a la barquilla, con la mano presta a abrir de nuevo la llave del quemador de gas en cuanto Félix le diera la señal.

Inflar un globo requería un buen rato. Se habían despertado a las seis y media de la mañana. Diez minutos más tarde, el abuelo Marcos llamaba a la puerta de la *suite*. Después de cenar, los muchachos habían estado viendo la televisión y, a continuación, habían vuelto a amarse con fogosidad. La medianoche los había alcanzado a las puertas del clímax. Durmieron abrazados, desnudos, envueltos en sábanas limpias que ya se habían impregnado del aroma de sus cuerpos. Durmieron profundamente, como es normal a su edad, exhaustos, felices, de manera despreocupada. No obstante, poco más de seis horas no eran suficientes para recobrar las energías consumidas por sus vigorosos organismos. Justo lo contrario que el abuelo Marcos y Félix, que si conseguían dormir seis horas seguidas lo celebraban y que desde las cinco y media habían tratado sin esperanzas de robarle al dios Hipnos unos minutos más de sueño.

Tras llamar a la puerta y no escuchar nada, el abuelo había insistido con más energía y una advertencia: «¡Si no salís en cinco minutos, os saco yo mismo de la cama!». No hizo falta más. Los chicos se presentaron en el comedor a los cinco minutos exactos, algo despeinados, con los ojos entornados, legañosos, y sin poder evitar los bostezos, que contagiaron a los mayores. Félix había

preparado café, tostadas y leche caliente. Marcos les ofreció dos tarros de mermelada que elaboraban ellos mismos a principios del verano, de ciruela y melocotón. Los chicos desayunaron mientras los otros, que ya habían acabado cuando ellos bajaron, trajinaban de aquí para allá, entrando y saliendo de la cochera, de donde provenía el ruido inconfundible del traslado de bultos y el olor a una aventura en ciernes. Terminaron enseguida y recogieron las tazas, los platos, cucharas y vasos. Luego subieron corriendo a la habitación para lavarse los dientes.

—No os olvidéis algo de abrigo. Hace frío a estas horas —les indicó el abuelo cuando se encaminaban hacia las escaleras.

Al bajar, los mayores ya los esperaban en la camioneta junto a Alfredo. Hicieron las debidas presentaciones y, sin pérdida de tiempo, hacia las siete y cuarto, arrancaron. Se deslizaron por las calles silenciosas de Molinosviejos y, en pocos minutos, abandonaron el pueblo, adentrándose en el campo. Las farolas aún arrojaban su mortecina luz anaranjada sobre el asfalto. Las ventanas, casi todas a oscuras, se iban quedando atrás, en fachadas vetustas o en otras más modernas, en edificios de piedra, de ladrillo, de acero y cristal.

Tomaron una circunvalación que hacía las veces de muralla invisible. A su derecha se extendía el pueblo; a la izquierda, una telaraña de calles fantasma, de parcelas delineadas llenas de matojos, maleza, arbustos y malas hierbas, calles con sus aceras y farolas iluminando la nada, algún parque infantil donde nadie había jugado nunca, con columpios tristes y silenciosos, y varios edificios desnudos irguiéndose como esqueletos de columnas y vigas de hormigón a la espera de obreros y de habitantes que no llegarían.

—Este es el Molinosviejos que no fue, los barrios que se planificaron, que se empezaron a construir y que se quedaron en lo que veis a causa de la crisis de 2008.

—Qué pena da verlo todo abandonado —señaló Marcos en respuesta a lo que había dicho su abuelo.

—¿A quién pertenecen estas parcelas? —preguntó Ariel.

—A los bancos —respondió Félix—. Cuando las constructoras

fueron quebrando se lo quedaron todo. Aunque ellos tampoco pueden terminar las obras. Ni quieren. Los inversores privados no están muy interesados. Aquí se planificó una ciudad entera.

—Yo trabajé en aquel rascacielos —les dijo Alfredo desde el asiento del acompañante, señalando un mastodonte de pilares grises —. Iban a construir cinco más, en hilera, como los molinos del páramo. Nos despidieron de un día para otro —se lamentó.

—Fue el cuento de la lechera. Cuando se proyectó la estación del AVE, dijeron que Molinosviejos se convertiría en área metropolitana de Madrid. Aseguraron que aquí podrían vivir hasta cincuenta mil personas. ¡Qué locura! El Ayuntamiento recalificó gran parte del suelo rústico —añadió Félix a la explicación de su compañero—. Al final pasó lo mismo que en todas partes: corrupción, sobrecostes, especulación, endeudamiento, burbuja y ruina.

—Desde el aire lo entenderéis mejor. El alcalde Juan Pozuelo lo destruyó todo. Convirtió un pueblo idílico en una suerte de Frankenstein de hormigón y grandes proyectos —dijo Marcos con tono grave.

Los chicos escuchaban sin atreverse a intervenir. Detectaron rabia en la voz de los mayores. Habían estudiado en el instituto la época de la crisis económica. También la habían vivido, aunque entonces eran niños que no comprendían del todo lo que pasaba. No obstante, habían crecido escuchando palabras como *paro, desahucio* o *hipoteca*. Pese a vivir en una provincia que había resistido el impacto mejor que otras zonas, sabían que aquel *tsunami* económico había destruido familias enteras.

Tras unos minutos por aquella circunvalación, Félix giró hacia la izquierda. Se adentró por un camino a medio asfaltar que era, sin duda, la base sobre la que debería haberse construido una carretera que llevaba a uno de esos barrios muertos antes de nacer. Unos cientos de metros más lejos giró a la izquierda y tomó un sendero de gravilla que desembocaba en un campo de avena. 1,1 cereal, segado a ras de tierra, esperaba ya la próxima primavera para renacer.

Aparcaron y se pusieron manos a la obra. Bajaron la cesta de la

parte de atrás de la camioneta. La base era de madera reforzada por barras de acero que la atravesaban en una doble cruz que dividía la superficie en ocho partes. Además, todo el perímetro de la base contaba con una madera pulida que era la que tocaba tierra, a modo de patín o parachoques. Colocaron la barquilla recostada sobre uno de sus lados y bajaron seguidamente una enorme bolsa de lona en la que iba el globo propiamente dicho. Félix les daba instrucciones precisas. Tenían que desplegar toda la vela o *envoltura* —así llamaban a la tela que forma el globo— y extenderla sobre la tierra. Medía más de veinte metros de largo por otros tantos de ancho y la formaban franjas verticales de nailon de colores. El joven Marcos, Alfredo y Félix se encargaron de aquella operación. Cuando la vela formó una alfombra de vivos tonos sobre el campo pardusco, el empleado ató una cuerda a lo que llamó *válvula de desgarre* —una pieza de tejido móvil que se podía abrir y cerrar a voluntad desde la cesta para posibilitar la salida del aire caliente del globo y, así, descender—. Pero, antes del inflado, aquella cuerda, que Alfredo estaba atando al extremo superior del globo y cuyo otro cabo Félix llevó varios metros más lejos y clavó al suelo con una alcayata de hierro, iba a permitirles mantener la vela en tierra y proceder a llenarla de aire sin que sufriera movimientos bruscos hacia los lados que acabaran convirtiendo el globo en una antorcha gigante cuando encendieran el fuego.

Hecho eso, Félix corrió hacia la abertura del globo, delimitado por un aro de metal de unos dos metros de diámetro del cual partían los cabos de acero que sostenían la barquilla. Marcos el viejo estaba con Ariel, quien le ayudaba a colocar un potente ventilador alimentado por un generador de gasoil. Al encenderlo, el chorro de aire se propulsó hacia el interior de la vela a través del enorme anillo que Félix sostenía por un lado y el joven Marcos, por el otro. El aire empezó a abombar el globo. Con la válvula del extremo superior cerrada, la envoltura comenzaba a tomar forma, sacudiéndose lentamente, como un enorme y perezoso animal que despertara de su letargo.

Cuando la vela estuvo lo suficientemente inflada, gracias al

potente flujo de aire que el ventilador proporcionaba y que producía un estruendo semejante al de un avispero furioso, Félix le hizo una señal a su marido, amigo y amante. Había luchado para amarrarlo a su lado igual que había fijado aquel globo a tierra, aunque fuera siempre consciente de que Marcos no podría amarlo como él lo hacía. Supo desde el principio que aquel hombre guapo y doliente ya no era un todo, sino un pedazo incompleto, roto por varios lados y vuelto a reconstruir, con fisuras imposibles de disimular, cicatrices que el tiempo y la voluntad habían vuelto hermosas, como en la cerámica *kintsugi*, la delicada artesanía nipona que hace de la grieta un elemento de belleza cubriéndola de oro. Por eso Félix se conformó con el torrente de cariño que aquel hombre herido podía darle, tal como el ventilador sacudía el nailon del globo, con energía, pero sin tanto calor como el que el propano de los quemadores insuflaría al interior de la envoltura en cuanto aquel Marcos del que se enamoró en apenas un par de días abriera la espita.

Así surgió la llamarada que había asustado a Aniel, aunque el espanto se había trocado en carcajada de inmediato. Su novio Marcos, que se había colocado a su lado por indicación de Félix para que viera el proceso de inflado, lo abrazó contagiado de su risa nerviosa y observó los chorros de fuego, que, en pocos minutos, hicieron que el globo engordara, se volviera oblongo y exigiera ponerse en pie para eclipsar el cielo que los cubría.

Para que el ingenio inventado por los hermanos Montgolfier a finales del siglo XVIII se irguiera en todo su esplendor, Félix mandó a Alfredo que corriera hacia el extremo superior de la vela para liberarla de su anclaje. Entonces, un nuevo chorro de fuego alimentó al gigante, que se alzó con majestuosidad. La barquilla, con Marcos dentro, se enderezó y quedó en pie. Más fuego, a intervalos breves, sostuvo la inmensidad de la aeronave en posición vertical. Félix pidió a los chicos que le ayudaran a guardar el ventilador y el generador en la camioneta y le dio la llave a Alfredo para que los siguiera. Luego los tres volvieron a la barquilla. Marcos seguía alimentando la bolsa de aire caliente para que no ganara densidad, aunque evitando que despegase. Félix abrió una portezuela en uno

de los lados de la cesta y, con un gesto ceremonioso, como si fuera un lacayo decimonónico ataviado con sombrero de copa y librea, invitó a los muchachos a embarcar.

—¡Qué remoderno! Con puerta y todo —señaló Ariel.

—Es una barquilla adaptada. Si viene alguien en silla de ruedas puede acceder y vivir la misma experiencia que los que caminamos —le explicó Félix.

—Muy bien pensado —apuntó Marcos, acomodándose en el interior de la cesta junto a su abuelo.

—Bueno, ¿preparados? —preguntó este con la mano en la llave del quemador.

Ambos jóvenes se miraron, nerviosos y sonriendo. Entonces, espontáneamente, se abrazaron, sellando el momento con un beso que provocó que los mayores se miraran, conmovidos por aquel gesto libre y cariñoso. Aunque también sintieron una punzada de envidia, no por no poder hacerlo a su vez, que habrían podido, sino porque ese algo inculcado desde la infancia que los obligaba a hacer el amor en silencio se lo impedía.

—¡Adelante! —ordenó Félix, llevando su mirada a una tableta electrónica colgada de uno de los cuatro mástiles que convergían en la equis de acero sobre la que descansaban los quemadores, cuyos tubos de goma forrados con metal, parecido al de las duchas, descendían hasta las botellas de propano que el viejo Marcos tenía a sus pies.

El abuelo abrió la espita y un chorro de fuego rugió sobre sus cabezas. El ruido ensordecedor los impelió a mirar la llamarada, que ascendía hacia la boca del globo e iluminaba su interior. El calor no les resultó molesto; al contrario, agradecieron aquella calidez que conjuraba el frío de la mañana. Solo entonces se dieron cuenta de que se alejaban del suelo. El despegue, imperceptible, los sorprendió y emocionó.

—¡Che! ¡Miren la camioneta! —exclamó Ariel señalando el vehículo, que empequeñecía por momentos en medio del campo.

—¡Hasta luego, Alfredo! —se despidió el joven Marcos saludando con ambos brazos al empleado de su abuelo, quien se

disponía a seguirlos hasta dondequiera que el viento los llevase.

—Ascenderemos quinientos metros y luego giraremos —les anunció Marcos.

—Abuelo, ¿sigues pilotando?

—No, ya no puedo, desde el infarto —respondió, bajando la mirada.

—Puede, pero solo si va con otro piloto. A veces lo acompaña Alfredo, que, aunque no tiene licencia, conoce perfectamente cómo funciona el globo y en caso de emergencia podría aterrizar —matizó Félix, que se había sacado la licencia junto con Marcos, a quien embarcó en el sueño del turismo rural y los vuelos aerostáticos al poco de conocerlo—. Tu abuelo está mejor de lo que dice. Míralo, en realidad está pilotando ahora mismo.

El globo se elevaba con suavidad. Los pasajeros miraban a su alrededor, tratando de abarcar el paisaje que se extendía, cada vez más inconmensurable, ante ellos. Enseguida vieron la trama de calles de los barrios sin edificar. Más allá, la circunvalación y, tras ella, el manto de casas abigarradas del pueblo, que empezaba a despertar.

Eran las ocho y cuarto de la mañana. El día se abría camino. El sol vertía ya sus rayos sobre Molinosviejos y las sombras de los edificios más modernos, de cuatro y cinco plantas, se arrojaban sobre las viejas casas centenarias, a las que habían robado el privilegio de la luz solar.

El pueblo se extendía como una mancha oscura y rojiza, como de sangre seca, sobre el campo amarillento que dominaba el paisaje. A un lado, siguiendo la indicación de Félix, vieron los molinos, señores y guardianes de la historia, como ángeles a las puertas de un edén, aunque también podría ser que estuviesen de espaldas y que el paraíso quedara fuera de su alcance. Al otro, el pueblo. Sobre la masa de tejados y edificios de viviendas sobresalía la estructura futurista u onírica del centro cultural, con sus espinas, huesos, plumas o escamas de hormigón blanco elevadas hacia el cielo. Un poco más lejos, la torre de la iglesia. El viento los arrastraba suavemente hacia allá.

—Esta aplicación nos indica las corrientes de aire a diferentes altitudes —explicó Marcos mostrándoles la tableta que consultaba cada pocos segundos—. Puedo ascender o descender a voluntad para enganchar el globo a cualquiera de ellas. Es divertido.

—Solo se puede controlar la altura —aseveró Marcos, esperando la confirmación de su abuelo.

—También podemos girar sobre nuestro eje estirando de esta cuerda para estrangular la vela, lo que obliga al globo a girar sobre sí mismo —les explicó haciendo una demostración—. Aparte de eso, nada más. Estamos a merced del viento. Antes se volaba aplicando la intuición a los conocimientos teóricos, a la previsión meteorológica y a la observación. Hoy en día disponemos de toda esa información en tiempo real —explicó el abuelo—. De todas formas, seguimos llevando a bordo el altímetro, el termómetro, la brújula, un mapa topográfico, un *walkie-talkie* y un teléfono vía satélite. No dependemos por entero de la tecnología; seguimos confiando en nuestra pericia para surcar los cielos —añadió imprimiendo lirismo a su afirmación—. Ahora vamos a sobrevolar el pueblo.

El quemador lanzó otra ráfaga hacia el interior del globo y la aeronave se elevó deprisa. Ariel fotografiaba todo, se hacía selfis y abrazaba a su novio para inmortalizarse juntos.

—¿Viste? ¡Van a flipar! ¡Van a flipar! —exclamaba una y otra vez, pletórico, pensando en sus amigos de la ciudad.

El globo sobrevolaba la plaza de España. Los chicos se asomaron para escrutar el mundo, diminuto desde allá arriba. Reconocieron su coche aparcado frente a la biblioteca y las figuras, seguirlas de alargadas sombras, de muchos molinenses que iniciaban sus quehaceres. Algunos alzaban la vista cuando la sombra de la aeronave los cubría. Marcos y Ariel saludaban con efusividad, aunque se extrañaron al comprobar que casi nadie les devolvía el saludo. Pensaron que volaban demasiado alto como para que se apreciara su gesto desde tierra. En efecto, el abuelo les informó de que estaban ya a novecientos metros de altura. Les sorprendió no sentir frío, ya que sabían que con la altitud desciende la temperatura,

pero, entre los cálidos rayos del sol que los abrazaban desde el horizonte y el fuego de los quemadores, empezaron a sentir incluso que les estorbaba el abrigo.

Pasaron sobre la iglesia, una construcción robusta aunque menuda, con aspecto de fortaleza, de planta rectangular, elementos románicos y una torre campanario coronada por un nido de cigüeñas —en esa época vacío— que les arrancó una sonrisa. Detrás del muro lateral del templo descubrieron un solar que se les antojó una especie de vertedero, pues se distinguían montañas de chatarra, coches abandonados y escombros. Más lejos comenzaban las calles rectas, las avenidas nuevas y los edificios altos de reciente construcción.

—Ese descampado era lo que antaño llamábamos la *trasera* de la iglesia. Era el límite del pueblo —explicó Marcos a los jóvenes—. Ahí, en ese solar, asesinaron a mi hermano hace cincuenta años —añadió, dejando a los chicos con la sonrisa helada.

—Me lo había contado mamá —balbució al cabo el nieto.

—Lo lamento muchísimo —logró decir Ariel—. Espero que el tiempo le haya ayudado a sanar las heridas —apostilló el muchacho.

—Ojalá. Pero cincuenta años no son nada. Sigue doliéndome como el primer día —se limitó a responderle Marcos, con la mirada perdida en aquel solar en el que su gemelo sacrificó su vida por él.

—Ahora empieza el espectáculo —apuntó Félix, tras unos momentos de silencio, señalando el horizonte.

Sin embargo, el espectáculo al que se refería era un nuevo barrio fantasma, toda una ciudad dibujada sobre el terreno, a varios kilómetros del casco antiguo de Molinosviejos. Se trataba de una urbanización completa, con sus calles y avenidas, con sus pasos de peatones, con sus rotondas y farolas, con sus aceras y rampas, con las marquesinas de las paradas de autobuses que nunca llegaron y las señales de tráfico para vehículos que nunca circularon por esas calzadas, con sus parques infantiles mudos, llenos de columpios, toboganes, bancos, fuentes, papeleras, pipicanes y alcantarillas. En los solares, enormes socavones excavados en el terreno y orlados de matorrales, basura y desolación, vieron charcos de agua acumulada tras las últimas lluvias. En muchos despuntaban varias columnas de

hormigón, con sus extremos de acero retorcido y oxidado. En otros solares descubrieron estructuras más complejas, de dos o tres plantas, de media docena de pisos vieron otra más allá y de siete alturas acullá; todo un mar de esqueletos de hormigón gris oscuro, cubierto de moho en los lados orientados a septentrión, como un bosque muerto y húmedo. Y, en medio de aquel monumento a la ambición, el ojo del huracán, la joya que resultó perdida, la perla que robaron: media docena de torres de doce pisos, desnudas, solo alguna con ladrillos rojizos cubriendo las paredes de las primeras plantas, dispuestas en círculo, rodeando un amplio espacio central que bien podría haber sido una plaza. Pero no. Marcos abrió la válvula de desgarre, la escotilla del extremo superior del globo, estirando de la cuerda al efecto. Lo hizo con suavidad, con una delicadeza de amante, y el globo obedeció al instante. La aeronave descendió en silencio. El aire caliente se escapaba y la densidad del interior de la vela y del exterior se igualaban gradualmente. El viejo piloto observaba con atención, buscaba acercarse lo suficiente; quería que su nieto viera lo que habían llegado a hacer la codicia y la falta de escrúpulos de los hombres.

Los chicos permanecían en silencio. En medio de aquellas seis torres descubrieron un pequeño lago, un estanque con varios árboles enormes a su alrededor. La laguna había tenido forma de pera, contorno pintoresco que aún se distinguía. La sombra del globo coincidió con la forma del lago. Volaban pocos metros por encima de los edificios. Veían perfectamente que aquel enclave, antaño un lugar hermoso en medio de la naturaleza, había sido integrado en el proyecto urbanístico. Habían arrancado docenas de árboles centenarios, nivelado el terreno, canalizado el agua, plantado rosales y palmeras, instalado fuentes de agua potable, caminos asfaltados desde cada edificio, bancos, papeleras, farolas y juegos infantiles. En definitiva, como explicó Marcos mientras los jóvenes lo escuchaban con atención, habían destruido un paraje natural, un entorno idílico, llegando incluso a profanar el lugar de reposo de un difunto. Los chicos se miraron sin comprender. El abuelo les explicó, con palabras que le costaba pronunciar, que las cenizas del poeta

Alejandro Torres se habían esparcido junto al estanque medio siglo atrás. Aquel había sido un lugar muy especial para él en vida y allí pidió que reposaran sus restos. Durante años, una pequeña lápida había recordado al poeta cerca de la orilla. Con el inicio de las obras, la estela se trasladó al cementerio municipal hasta que se inauguró el museo, tiempo después.

Aunque hubo protestas, el paraje fue pasto de las excavadoras. Ya no llegaba el agua fresca del río, ya no había peces ni vida. El agua para el lago debía haber llegado canalizada y tratada para que los vecinos del nuevo enclave urbanístico pudieran bañarse con garantías sanitarias, como si se tratase de una piscina. Aunque con la paralización de la obra no se terminó la nueva infraestructura y el agua nunca llegó. La que veían desde el globo, y que apenas llenaba un tercio del antiguo estanque, era de lluvia. Agua estancada, turbia e insalubre. La fuente original, la que había alimentado la laguna durante miles de años tal vez, había sido desviada y canalizada para el proyecto de ciudad deportiva, al otro lado del pueblo.

—Esto iba a ser la urbanización ínsula Baratada —citó Marcos, sin disimular su amargura—. Y supuso el principio del fin.

—¿Qué quieres decir, abuelo?

—Es largo de contar —respondió mirando con intensidad a Félix, que asintió levemente—. Pero, mientras flotamos hacia el otro extremo del pueblo, si su majestad Eolo lo permite, os lo contaré lo mejor que pueda.

La pericia de su abuelo sorprendió a Marcos. Lo observaba controlando aquella inmensa aeronave, dominando las fuerzas de la naturaleza para dirigir el ingenio hacia donde deseaba. Abría los quemadores liberando al dragón de propano para insuflar calor y altitud al globo. Consultaba los instrumentos y estudiaba los datos para enganchar la vela a la corriente que más conviniera a sus propósitos. Y oteaba el mundo a sus pies para no perder la dirección correcta. Marcos admiraba a su abuelo. Lamentó entonces no haber disfrutado más tiempo de su compañía, no haber compartido más tiempo con él. De niño lo añoró, aunque su madre se aseguró de que se vieran dos o tres veces al año y de que hablaran por teléfono a

menudo. El muchacho se alegró de estar ahí, de poder acompañarlo durante los días que los esperaban y que, intuía, iban a resultar más difíciles de lo planeado. Pensó que era bueno que ambos fueran gais. Porque para su abuelo él era un espejo de libertad en el que mirarse y la prueba de que se podía vivir la propia identidad afectivo-sexual con naturalidad. Y para él su abuelo era el ejemplo de los errores que se debían evitar. Sabía lo que le había costado admitir la verdad, el precio que la familia había pagado por vivir en una época llena de prejuicios y prohibiciones. Conocía lo suficiente —lo que su madre le había contado— para imaginar el dolor de su abuelo. De forma instintiva, se acercó y le pasó un brazo sobre los hombros. Este lo miró. Tardó un segundo en sonreír. Tiempo suficiente para sentir una punzada en su corazón. Su nieto se parecía de forma dolorosa a su hermano Gus. Los mismos ojos verdes, el cabello negro, el rostro amable y atractivo. Verlo tan de cerca, con los recuerdos a flor de piel tras sobrevolar el descampado y el paraíso perdido donde descubrió sus sentimientos, le hizo dudar de sus sentidos. Quizá era la falta de sueño, las emociones, la salud quebradiza o lo que había pasado últimamente en el pueblo. Pero Gus estaba siempre presente, como una sombra que se le acercaba y que lo rehuía. Su nieto se le parecía mucho, demasiado. Y eso le asustaba.

—A ver, miradme —les pidió Félix con el móvil en la mano—. Una foto para la posteridad.

Ambos Marcos, nieto y abuelo, sonrieron a cámara. Su imagen se grabó de inmediato. Entonces Ariel se unió a ellos y repitieron el posado. Luego Félix los abrazó y los cuatro se arracimaron mientras uno estiraba el brazo para que el objetivo abarcara a ambas parejas, a las dos generaciones, a los muchos mundos que representaban aquellos cuatro hombres.

—Lástima no haber traído el paloselfi —dijo Marcos el joven.

—¡Cari! ¡El dron! ¡Casi lo olvidé, che! —exclamó Ariel rebuscando en su mochila.

Entonces les enseñó un artilugio del tamaño de un folio con cuatro hélices en sendos ángulos y una esfera transparente que sobresalía por ambos lados en su parte central. El joven desplegó las

cuatro patitas del ingenio, una en cada esquina, y les mostró que la esfera contenía en su interior una pequeña cámara sobre ejes que le permitía disponer de una visión de 360º en calidad 4K incluso de noche. Los mayores no entendían todos los extremos de la explicación, pero estaban embelesados con la manera de explicarse del muchacho, tan sugerente, divertida, espontánea y alegre.

Ariel no ocultaba, ni se le hubiera ocurrido, que tenía pluma. Sus gestos, sus expresiones y su actitud dotaban de un color especial al conjunto de la personalidad del joven. Se refería a sí mismo en masculino o en femenino, sin orden ni lógica, como y cuando le apetecía, y aquella libertad de movimientos, aquella gesticulación dinámica, ágil, nada encorsetada, le confería una gracilidad que despertaba la simpatía de todo el que lo conocía. Además, su ligero acento y algunas palabras sueltas que delataban su ascendencia argentina añadían encanto al novio de Marcos. El abuelo observaba cómo su nieto miraba a aquel otro joven y notó el amor que desprendía su mirada. Aquella imagen le produjo una inmensa ternura y tuvo que luchar para no emocionarse.

—¿Esa cosa vuela? —inquirió con incredulidad Félix.

—Esta hermosura vuela hasta los dos mil metros de altitud. Tiene una hora de autonomía y puede alcanzar los ochenta kilómetros por hora. Además, lleva incorporado micrófono y altavoz.

—Así que tú también eres piloto, ¿no? —dijo Félix.

—Por supuesto. Y muy bueno: gané el título de Dron Queen España el año pasado en el campeonato LGTBIQ+. Me propongo rodar mi primer largometraje usando solo drones. Ahora verán —explicó Ariel, mordisqueándose el labio inferior, mientras encajaba su teléfono en el mando de control remoto del dron.

—No creo que debas ponerlo en marcha aquí —señaló Marcos el viejo—. Podría acabar succionado por el quemador y desgarrar la vela —le advirtió.

—Imposible —repuso el joven, preparado para accionarlo—. Las hélices tienen mallas protectoras a ambos lados. Aunque pusiera la mano encima no le dañaría los dedos. Es totalmente seguro.

¿Puedo? —solicitó de ambos pilotos, con mohín lastimero.

—¿Se le puede negar algo a este muchacho tan zalamero? —preguntó a su vez Félix al joven Marcos, quien se encogió de hombros al tiempo que le plantaba un beso en la mejilla a su novio.

Ariel sonrió y le entregó el dron a su pareja para que lo sostuviera mientras él iniciaba la aplicación. Entonces un zumbido intenso, como el de un moscardón, brotó del aparato. Parecía que había cobrado vida, ya que empezó a temblar sobre la mano de Marcos. Ariel sostenía con firmeza el móvil, usando sus pulgares para pulsar los diferentes comandos. En la pantalla de su teléfono, transformado al efecto en panel de control del artilugio, apareció la imagen que retransmitía la cámara del dron. Giró el ojo mecánico hacia delante con un gesto suave de su dedo, deslizándolo hacia arriba por la pantalla, y se dispuso a despegar. Le hizo una señal a su novio para comunicarle que ya tenía el control del aparato. Marcos notó que este se sostenía en el aire por sí solo. Los mayores lo miraban con expectación. Ariel esbozó media sonrisa y comenzó el vuelo. El dron flotaba en medio de la barquilla. De súbito se elevó y se lanzó hacia delante.

—¡Dale! ¡Vamos allá! —gritó Ariel—. Algún día rodaré con drones la escena de la avioneta de *Con la muerte en los talones*, pero desde el punto de vista del piloto —añadió el muchacho, verbalizando uno de sus sueños como futuro cineasta.

Félix se puso a su lado para ver en la pantalla las imágenes que enviaba aquel chisme y se descubrió a sí mismo escrutando un control remoto por encima del hombro del joven. Alzó la vista y vio el dron frente a la cesta, suspendido en el aire, bamboleándose suavemente, como flotando en un mar tranquilo, y enfocándolo mientras zumbaba como un avispero.

Siguiendo las órdenes de su piloto, el ingenio voló alrededor del globo, subiendo y bajando, rodeando la envoltura y enfocando la aeronave desde abajo. Ariel tomaba fotos constantemente. Pedía a los demás ocupantes del globo que sonrieran a su juguete volador e inmortalizaba aquella excursión desde todos los ángulos posibles. Luego quiso presumir de su título de Dron Queen España y arrojó

en picado el ingenio sobre el campo. El globo flotaba suavemente a unos setecientos metros del suelo, deslizándose hacia el norte a apenas diez kilómetros por hora. El dron lo seguía como un insecto revoloteando alrededor de un elefante que, pacientemente, caminara hacia algún lugar donde reposar.

Molinosviejos había despertado por completo. Sus habitantes caminaban por las estrechas calles del centro y por las anchas avenidas de los barrios nuevos. La plaza era un hervidero de mujeres que hacían la compra arrastrando sus carritos y de hombres que o paseaban sin rumbo fijo —jubilados y parados: almas errantes con pasos lentos y destino incierto, buscadores de rincones soleados protegidos del viento— o caminaban deprisa, pues eran trabajadores de servicios o *in itinere*.

Aquella sociedad continuaba dividiendo por géneros las obligaciones. Ellas eran amas de casa y ellos, cabezas de familia. Era un orden tan cómodo, sencillo y secular como injusto. Las revoluciones, la igualdad de oportunidades, de derechos, y el progreso social, en definitiva, eran ideologías que no habían penetrado en una sociedad demasiado impermeable a los cambios. Por eso, la historia de las últimas décadas en el pueblo había provocado frustración, desilusión y dolor.

Marcos, cuando la emoción causada por el dron se hubo disipado como la niebla matinal y el globo los aproximaba a la llamada de forma pomposa Ciudad Deportiva Juan Pozuelo, retomó el hilo de la explicación que había iniciado en la fantasmagórica e infausta urbanización ínsula Barataria.

—Durante treinta años, Molinosviejos estuvo gobernada con mano de hierro y guante de seda por un hombre que se dejó corromper y que no dudó en utilizar todas las chaquetas que fueran precisas para mantenerse en el poder —comenzó con una rabia y amargura en su voz difíciles de ocultar—. Juan Pozuelo entró en el Ayuntamiento como edil del Partido Obrero Marxista en 1979. Repitió en 1983, ascendiendo a teniente de alcalde y concejal de Urbanismo. En 198$ el alcalde sufrió una embolia y el joven número dos se hizo con el poder. Después, en las elecciones del 87,

encabezó la candidatura de Unidos en la Izquierda, la coalición que integró al Partido Obrero Marxista, y arrasó. Entonces emprendió las reformas que, poco a poco, conformaron su idea para el futuro de Molinosviejos y su ética del poder. Tejió, con paciencia, simpatía y elocuencia, una extensa red de intercambio de favores que no tardó en ampliarse a toda la comarca y, más tarde, a la provincia. Resultó que era muy ambicioso, aunque pronto se dio de bruces con la realidad de la política. Desde los diferentes niveles jerárquicos de la coalición advirtieron enseguida que el joven alcalde, famoso por su idealismo y vehemencia, era un ambicioso tiburón, de modo que no le permitieron medrar y él, que había luchado contra el franquismo en la clandestinidad y estaba habituado a los cambios de escenario y a adaptarse para salvar el pellejo, captó al instante la situación y supo que nunca llegaría más allá de la Diputación de Ciudad Real. Así que dejó de lado sus ambiciones territoriales y se centró en su proyecto personalista en el pueblo. En 1991 repitió con la coalición de izquierdas y ganó, pero a mitad de la legislatura, en un golpe de efecto que luego se supo premeditado, rompió con ella. Esta le exigió la dimisión, aunque la sorpresa vino cuando todos los concejales de su lista lo siguieron en su ruptura con el partido. El nuevo alcalde, de la Alianza Socialdemócrata, duró apenas un mes, ya que todo el grupo de no adscritos, que tenía mayoría absoluta, presentó una moción de censura contra él. Juan Pozuelo volvía al sillón de alcalde sin ataduras ni compromisos.

—Me encanta —apuntó Ariel, que no quitaba ojo de la pantalla pilotando el pequeño dron, que volaba en círculos alrededor del globo—. Se pasó al lado oscuro, como Darth Vader.

—No andas desencaminado, pero todavía falta un poco en esta historia —repuso Marcos al tiempo que abría el quemador para lanzar una nueva llamarada que elevara la aeronave, que se acercaba a otra zona de edificaciones modernas y equipamientos deportivos —. En 1995 Juan y sus concejales se presentaron con un partido nuevo: Progreso y Unión Molinense, el PUM, un partido que, programa en mano, aglutinaba elementos de la coalición de izquierdas y de los socialdemócratas. La gente lo adoraba. El pueblo,

es verdad, había mejorado mucho. Yo volví aquel mismo verano, después de veinticinco años sin venir, y me maravilló cuánto habían cambiado las cosas: el asfaltado de las calles, la peatonalización, el alumbrado, dotaciones y servicios, transporte público, servicios sociales… Sin embargo, todo, hasta los detalles más insignificantes del mantenimiento del mobiliario urbano, pasaba por sus manos. Todo dependía de su voluntad y magnanimidad. Recuerdo que la abuela Palmira nos lo advirtió: había conocido a muchos hombres con buenas intenciones que acabaron corrompidos y nuestro alcalde iba por los mismos derroteros. El caso es que el PUM arrasó; consiguió seis de los siete concejales del Ayuntamiento. La oposición quedó reducida a la derecha tradicional, que acabó pactando todas las ordenanzas con el todopoderoso alcalde para llevarse algo del mérito. En las elecciones de 1999 repitió éxito con un programa cada vez más moderado, conservador y liberal en lo económico. El cambio ideológico ya era evidente y entonces cambió también su aspecto: se cortó el pelo, que siempre había llevado largo, sustituyó sus gafas a lo John Lennon por otras de marca y comenzó a vestir de traje y corbata. Poco antes se había mudado a un chalé de lujo con su familia. En definitiva, hacía ostentación de la riqueza que iba amasando. Se codeaba con empresarios, con gente tan poderosa como siniestra, y todos le creían cuando afirmaba que era para mejorar el pueblo. Así empezó la era de los grandes proyectos. Aparecieron las empresas constructoras, los arquitectos estrella, las recalificaciones, los festivales y las grandes estrellas en las fiestas patronales.

—Es verdad —apostilló Félix—. El año que me mudé a Molinosviejos trajeron a los Rolling Stones.

—¿De verdad? —preguntó el joven Marcos, sin poder creerlo.

—El alcalde se convirtió en una especie de déspota ilustrado. Todo para el pueblo, pero sin el pueblo. La gente le dio un cheque en blanco y él le correspondía con pan y circo. Todo era posible en la arcadia feliz del alcalde Pozuelo —añadió el abuelo, irónico.

—¡Che! ¡«Arcadia feliz»! —exclamó Ariel—. Como el bar de la Corcho.

—¿De quién? —preguntó Félix, deseando escuchar la respuesta.

—La Corcho, un amigo nuestro. Tiene un *pub* de ambiente gay muy agradable. Ponen música *vintage* y los fines de semana hay actuaciones de drags —explicó Marcos.

—Bueno, estamos sobrevolando la Ciudad Deportiva —indicó el abuelo—. Esas piscinas al aire libre son antiguas, de finales de los años sesenta. Mi hermano y yo fuimos allí a nadar cuando estuvimos aquí en 1970. Marcos, tú también te bañaste ahí de pequeño, ¿recuerdas? —le inquirió a su nieto, que asintió observando aquellas instalaciones con cierta nostalgia—. Este verano abrieron solo en julio y agosto, y con aforo limitado, por el virus. El proyecto faraónico del alcalde consistió en integrar las piscinas en un complejo deportivo colosal. Como veis —añadió señalando toda el área—, se construyó un estadio olímpico, con sus pistas de atletismo, un velódromo cubierto, que el nuevo alcalde ha reconvertido en plaza de toros, y un polideportivo con piscina cubierta, salas de aparatos de gimnasia, sauna y *spa*. Aquí es donde trajeron el agua que alimentaba el estanque que hemos visto antes. Así destruyó Juan Pozuelo el oasis del poeta —añadió.

—¿Nadie hizo nada para detenerlo? —preguntó el nieto.

—Claro. Yo lo intenté —respondió el viejo Marcos.

—¡Qué bárbaro! Usted se erigió en el Batman de Molinosviejos, el justiciero —comentó divertido Ariel, quien no quitaba ojo de la pantalla de control del dron, que había lanzado a inspeccionar de cerca aquella urbe deportiva.

—En cierto modo quería hacer justicia, pero admito que me movía algo menos honorable: la venganza.

—¿«Venganza»? —preguntaron ambos jóvenes, mirándolo fijamente.

—No descuides el moscardón •—le advirtió Félix a Ariel, quien retomó el control del aparato de inmediato.

—No sé si habéis deducido ya que Alejandro y yo nos conocimos. —Los chicos asintieron—. Fue también aquel verano del 70 —añadió con la mirada perdida en una espiral de recuerdos —. Veréis, Alex y yo… Él y yo… Nosotros fuimos… algo —dijo

titubeando.

—¿«Algo»? —inquirió Marcos el joven.

—Se enamoraron —aclaró Félix, quien conocía al detalle aquella historia de amor.

—Así es. Nos enamoramos —admitió el abuelo cerrando los ojos, como si hiciera una confidencia largamente postergada. Luego añadió—: Fue una historia muy breve, pero…

—Pero, como decía tu tatarabuela, jovencito —dijo Félix poniéndole una mano sobre el hombro al nieto de su marido—, hay amores eternos que duran un fin de semana —sentenció, consciente de las implicaciones de aquella verdad. Todos lo miraron y el silencio se apoderó de la barquilla—. A ver, tu abuelo me quiere. Y mucho, además. Eso también es verdad. Pero el primer amor marca de una manera especial. No estoy celoso, en absoluto. Pero soy consciente de que aquella historia lo marcó para siempre —añadió.

El abuelo Marcos le sonrió, agradeciendo que volviera a pronunciar unas palabras que, de vez en cuando, Félix necesitaba decir y él precisaba escuchar.

—Un día, durante aquel verano de 1970, Alejandro me invitó a ir de excursión con él. Me llevó al estanque que hemos visto antes, al oasis, como lo llamábamos nosotros. Fue un día muy especial, un día inolvidable. Creo que allí nos enamoramos. Y el alcalde lo sabía. Sabía lo importante y especial que era para nosotros ese lugar. Además, era un enclave de un valor ecológico y paisajístico único. Le dio lo mismo. Su proyecto, el dinero, lo era todo. De modo que protesté, claro que protesté. Hablé con él, le insté a buscar alternativas para la ubicación de la ínsula Barataria. Le telefoneé, intenté que su mujer mediase, me entrevisté con el concejal de Urbanismo, incluso con el constructor. Nada le hizo rectificar. Así que presioné más. Llamé a los ecologistas, a los periódicos y a los otros partidos políticos. Por último, organicé sentadas, protestas e incluso me encadené a uno de los árboles el día que empezaban las obras. Solo conseguí ganar algo de tiempo. Un par de diarios regionales enviaron a sus reporteros; me entrevistaron e hicieron fotos. Estando yo allí encadenado, procedieron a retirar la lápida de

Alex. El alcalde presidió la comitiva profanadora sin importarle que yo estuviera presente. Fue humillante. Al pasar a mi lado, le increpé. Nuestra amistad se había acabado. Él se limitó a ordenar a la policía que tomara nota de mis declaraciones.

—Menudo personaje —comentó Ariel, que había hecho ascender el dron hasta la cesta para desconectarlo.

—Sí. La ambición lo cambió por dentro y por fuera. Además de la forma de vestir, engordó y pasó de fumar porros a fumar habanos. Era la personificación de la ambición. Y encima tenía suerte. Sus proyectos salían adelante. Se trazaban avenidas, se levantaban edificios, se construyó la estación del AVE, que fue otro chanchullo, y se fotografió con el presidente del Gobierno cuando inauguraron la línea. Pienso que volvió a creer que su futuro podía estar en la política nacional.

—Pero ¿usted siguió encadenado a aquel árbol durante todo ese tiempo? —preguntó Ariel de la manera más inocente.

—¡Qué bobada, cari! —espetó Marcos, abrazando a su novio y estrujándolo de broma, como si lo castigara.

—No, no. Eso fue después. Y duró solo unas horas. La policía me arrestó y pasé una noche en el calabozo. Me condenaron a pagar una multa. No fue grave.

—Eso no fue grave. Pero el alcalde te la guardó y, cuando comenzamos las obras de la hospedería, el Ayuntamiento nos puso todas las pegas habidas y por haber. No lo olvides —apuntó Félix.

—Es verdad. Mi tozudez casi nos lleva a la ruina —se lamentó Marcos—. Aunque, como Félix es perro viejo, se sabía todos los trucos para sortear las trabas de Urbanismo.

—¡Regrande! —exclamó Ariel chocando su palma con la de Félix, que reía.

—De todas formas, eso fue más tarde. Me he adelantado en mi historia. Primero —continuó Marcos—, Juan Pozuelo ganó en 2003 con aplastante mayoría, aunque su programa dejaba claro que había olvidado las propuestas progresistas y que se iba a centrar en los deseos de los inversores. Lo del estanque ocurrió en 2005, un año antes de que muriera la abuela Palmira, pobrecita —recordó

Marcos, sin poder evitar la emoción—. El brazo del río que alimentaba el lago lo habían desviado antes, así que el ecosistema estaba ya muy dañado. No obstante, las protestas retrasaron las obras y, para cuando se retomaron, la crisis económica había comenzado. Aunque el alcalde volvió a ganar en 2007, con mayoría simple esa vez, y necesitó el apoyo de los dos concejales de la derecha para gobernar, los socialdemócratas habían regresado al Ayuntamiento con otros dos representantes que le hicieron una oposición muy dura. Entonces su política se tornó tan errática como ambiciosa. En pocos meses se dio luz verde a varios proyectos urbanísticos estancados, como el de la Ínsula Barataria, al que solo se le aplicaron cambios estéticos para aparentar que les preocupaba el medio ambiente. Naturalmente, no lo creímos. Fueron meses terribles. Organizamos protestas, sentadas, manifestaciones…

—Tu abuelo se convirtió en un líder de masas. Deberías haberlo visto —apuntó Félix, acodado en la cesta y sonriendo.

—Recuerdo que mamá comentaba que estabas metido en algún lío —dijo Marcos, recuperando con dificultad algunos recuerdos de su infancia.

—A tu madre no le gustaba que me significara tanto ni que me enfrentara al alcalde. La familia entera se resintió. Y lo lamento. Pero no podía consentir que destruyeran nuestro oasis. O al menos que les saliera gratis —añadió apartando la vista, dolido por no haber podido evitar la destrucción del paraíso que vio nacer su amor.

—Hiciste lo que pudiste, abuelo —trató de consolarlo Marcos, poniendo su mano sobre el hombro del único valiente que se había enfrentado al alcalde.

—Hizo más que eso —apostilló Félix—. Consiguió que lo metieran en la cárcel.

—¡No me jo…! —exclamó Ariel, tapándose la boca con ambas manos para evitar la expresión malsonante que le había salido de forma espontánea—. ¡Perdón, perdón!

—No te disculpes —rio Félix—. Se lo merecía el cabronazo.

—El poder lo embriagó y lo cegó —dijo Marcos al poco, mirando a su nieto.

—Como en *El político*, la peli de Robert Rossen: un joven idealista corrompido hasta el tuétano por el poder —recordó Ariel.

—No la he visto, aunque imagino que será parecido a lo que pasó aquí —concedió Marcos—. Juan Pozuelo había sido un chico lleno de ideales, de sueños de libertad, de teorías para mejorar la vida de sus vecinos. Luchó contra la dictadura. Nos habíamos enfrentado juntos a los Hijos del General, pero tantos años de poder, tantos palmeros a su alrededor, tantas tentaciones lo transformaron —se lamentó con la mirada perdida.

—¿Los Hijos del General? —preguntó Ariel—. ¿Era una banda de *rock*?

Todos prorrumpieron en una carcajada que relajó el ambiente. El globo flotaba casi sin desplazarse sobre aquella ciudad deportiva parcialmente abandonada. Marcos abrió ambos quemadores para ganar altura y enganchar la vela a alguna corriente de aire que los arrastrara, con suerte, lejos de tantos recuerdos dolorosos.

—No. Ojalá lo peor hubiera sido que cantaran mal. No, los Hijos del General eran una banda de matones al servicio de la dictadura —explicó, y bajando la vista añadió—: Ellos asesinaron a mi hermano Gus.

Todos guardaron silencio. El globo se deslizaba suavemente, en un silencio armonioso solo roto por algunos estorninos que gorjeaban revoloteando sobre los campos, buscando lombrices para sus crías. Los tejados de las casas brillaban bajo los rayos del sol, oblicuos y cálidos. Las sombras, alargadas y tristes, se deslizaban despacio sobre el asfalto de las calles del pueblo, que ya había despertado del todo.

—Me habría gustado conocer a tu hermano, abuelo.

—Te pareces mucho a él —señaló Marcos una vez más—. Tienes sus mismos ojos.

—¿No dijo que eran gemelos? —preguntó Ariel, recibiendo un leve asentimiento como respuesta—. Pero sus ojos son oscuros —objetó.

—Sí. Era lo único en lo que nos diferenciábamos. Aquella tarde, cuando lo mataron, Gus acudió a una cita mía. Se hizo pasar por mí

poniéndose gafas de sol. Quería protegerme y cayó en una trampa que me habían tendido. Era un chico extraordinario. No merecía morir así.

—¿Atraparon a los asesinos? —preguntó Ariel, intrigado y fascinado por aquella historia, aunque Marcos el joven le dirigió una mirada reprobatoria, ya que sabía que esa herida seguía supurando en el alma de su abuelo—. Perdóneme. Soy un cotilla. No hace falta que… —trató de disculparse el muchacho captando el mensaje de su novio.

—No te preocupes, majo. Me gusta hablar de mi hermano, aunque me duela. Al hablar de él lo traigo a la vida —le dijo Marcos —. Sí, sí los cogieron. Los juzgaron y los encarcelaron. El jefe, David, salió de prisión hace años. Sigue viviendo en Molinosviejos. Alguna vez nos hemos cruzado, pero nos evitamos. Para mí el que está muerto es él —añadió con ira en la mirada—. Pero bueno, volvamos al alcalde y a sus andanzas. ¿Sabéis que hasta tuvo su propio equipo de fútbol? —preguntó el viejo Marcos de forma retórica cuando alcanzaron la altitud precisa en la que una brisa del oeste los empezó a empujar hacia el levante—. Todo político ambicioso necesita su equipo de fútbol.

—¿Para vender camisetas? —aventuró Marcos el joven.

—Para blanquear dinero de comisiones ilegales, para poner a la opinión pública a su favor, para justificar la construcción de una ciudad deportiva innecesaria en una aldea de pocos cientos de habitantes. Las razones son variadas. Y todas esconden ambiciones turbias —explicó Félix.

—¿Qué hiciste, abuelo? ¿Cómo lo enviaste a la cárcel?

—Esperé. Tarde o temprano cometería un error —respondió—. La crisis económica paralizó las obras. Ya habéis visto las urbanizaciones a medio construir y el abandono generalizado. La oposición arreciaba en sus críticas, pero él culpaba al Gobierno central, a la Unión Europea, a los mercados internacionales…, a cualquiera menos a su pésima gestión. Molinosviejos estaba en bancarrota. Aun así, en las elecciones de 2011 volvió a ganar en votos, aunque empató con los socialdemócratas a tres concejales. El

edil que desempataba pertenecía a una lista independiente. Todo el mundo supo que el alcalde compró el voto de aquel recién llegado. Fue un escándalo. No se podía aguantar más, así que actué. Un día fui a su casa para hablar con su mujer. Félix llamó por teléfono cinco minutos después, como habíamos planeado. Conocía la casa, así que, mientras ella estaba distraída al teléfono, me colé en su despacho. No tardé en encontrar documentos que fotografié.

—¡Che! Como James Masón en *Operación Cicerón* —bromeó Ariel.

—Me temblaban las manos de lo nervioso que estaba. No obstante, logré mi objetivo. No eran pruebas de peso, pero la oposición, que las recibió de forma anónima, pudo denunciar irregularidades ante la Fiscalía. Esta pidió una orden de registro al juez y ese fue el principio del fin del todopoderoso alcalde Juan Pozuelo.

—Tú no irás a decir nada de esto, ¿verdad? Has visto mucho cine de espías y sabes lo que les pasa a los chivatos —le advirtió Félix a Ariel, quien soltó una risa floja, queriendo creer que aquel hombre barbudo de rictus serio bromeaba—. Porque las caídas desde esta altura son mortales de necesidad —añadió, y el muchacho palideció.

—Félix, no asustes al chico —le riñó Marcos, guiñándole un ojo al novio de su nieto, que recuperó entonces la sonrisa.

—Los jóvenes os lo creéis todo. Qué fácil es manipularos —comentó Félix apretando el hombro de Ariel con fuerza al tiempo que soltaba una sonora carcajada.

—Abuelo, ¿cómo acabó la historia?

—Bueno. Nuestro amigo el alcalde aún resistió el resto de la legislatura enrocado en su puesto. Luego se supo que durante aquel tiempo se dedicó a esquilmar lo poco que quedaba en las arcas municipales. Se llevó hasta los cuadros de la sala de juntas, que había comprado a artistas famosos con dinero público y que aparecieron escondidos en su chalé —explicó Marcos—. Al final, aunque tuvo tiempo de destruir pruebas, los registros dieron su fruto y evidenciaron que había cobrado comisiones, desviado fondos,

falsificado documentos… En fin, el paquete completo del político corrupto. Lo peor, lo que más me dolió —añadió frunciendo el ceño, con verdadero malestar—, fue que había implicado en sus tejemanejes a sus dos hijos mayores: Juan, al que desde pequeño llamaron John, por Lennon, uno de los músicos preferidos de su padre cuando era *hippy*, y Pedro. Eso no me lo esperaba. No sé si habría hecho lo que hice de haberlo sabido. Todo se volvió desagradable en el pueblo. Sus seguidores empezaron una caza de brujas que no tardó en señalarme, ya que yo había protagonizado muchas de las protestas. Y sus detractores llegaron a hostigar a su mujer y a sus dos hijas pequeñas: Palmira y Agustina, a la que todos llamábamos Tina. Además, como la policía judicial se incautó de todos sus bienes para hacer frente a los pagos millonarios que se preveían, su mujer y las chicas se marcharon a vivir a Valencia, de donde ella era originaria.

—¿Y quién gobierna ahora el pueblo? —preguntó el nieto.

—¿No se presentó usted? —añadió Ariel.

—No, no, en absoluto. Yo no tengo estómago para la política. Félix pudo haberse presentado con el partido asambleario, Venceremos, pero no quiso.

—Me pilló mayor. Acudí a algunas reuniones, pero solo vi ilusión. Y con eso no basta. Necesitaban mucha ayuda para organizarse y yo estaba centrado en sacar adelante la hospedería y la empresa de viajes en globo —contó el aludido.

—Y lo hizo muy bien. Logramos sortear lo peor de la crisis gracias a sus campañas y ofertas en Internet —reconoció con orgullo Marcos.

—Fue un trabajo en equipo —replicó Félix guiñándole un ojo —. Las recetas de la abuela Palmira nos salvaron de la quiebra. Marcos es un gran cocinero.

—Dale, habrá que degustar alguna de esas delicias —propuso Ariel.

—Tendremos tiempo durante estos días —dijo el abuelo, oteando el horizonte y consultando a continuación sus instrumentos de vuelo—. Vamos a aterrizar ahí. Hay que avisar a Alfredo —les

anunció, alcanzándole a Félix el *walkie-talkie* para que lo llamara—. Me habías preguntado qué pasó cuando cayó el alcalde —dijo Marcos, retomando el hilo de la narración—. Para sorpresa de todos, que esperábamos que los socialdemócratas se hicieran con la mayoría, resultó que el partido Vecinos se presentó y ganó.

—¡¿Vecinos?! —exclamó con desagrado Ariel haciendo el gesto de la victoria con los dedos, como hacían los seguidores de ese partido, convirtiendo un gesto universal en su seña de identidad—. No me gustan. Los veo muy chaqueteros. El presidente del partido está rebueno, pero eso da igual en política; si no, gobernaría Manuel Angel Agreste.

—¿El actor? Es verdad —secundó Félix, riendo—, está tremendo.

—Lo dije siempre. Es relindo —insistió Ariel.

—Vecinos gobernó en minoría con el apoyo de la derecha tradicional y se dedicó a recortar de aquí y de allá con el pretexto de sanear las cuentas. Privatizó muchos servicios, canceló otros, bajó impuestos, redujo inversiones y al final se dispararon las deudas. Eso causó mucho malestar. El ambiente se enrarecía por momentos. Parecía que no había salida. El pueblo se volvió terriblemente desconfiado y conservador. Que los socialdemócratas perdieran nos debería haber hecho ver que los treinta años de gobierno de Juan Pozuelo habían transformado a los molinenses.

—El campo siempre ha sido más conservador que la ciudad, abuelo.

—Tal vez. Pero es que el año pasado ganó TOS, y por mayoría absoluta.

—¡¿TOS?! *Trabajo y Orden Social, con TOS conseguirás…* —canturreó Ariel, dándose una palmada en la frente acto seguido—. ¿Viste? No consigo quitármela de la cabeza. ¿Quién compondrá esas canciones tan pegadizas?

—*Marketing* puro —explicó Félix—. Está todo pensado para lavarnos el cerebro. Por eso hay que leer a los clásicos y apagar la tele, como decía el gran Marx.

—¿Marx? ¿El de los comunistas? —inquirió Ariel.

—No, hombre, no —rio Félix—. Aunque ese también lo habría dicho si en su época hubiera habido televisión. Para él la religión era lo que lavaba el cerebro a la gente. Yo me refería a Groucho. Me extraña que no lo sepas.

—Sí, sí, sí —dijo Ariel—. Vi todas sus películas. Pero no conocía esa anécdota.

—No sabía que había ganado TOS. Qué mal, ¿no? —comentó Marcos volviendo al tema que estaban tratando—. Son de extrema derecha. ¿Tanta gente así hay aquí?

—No, ni mucho menos —terció Félix—. Tengo la impresión de que los votantes de derechas, en general, son menos conservadores que los partidos a los que votan y los votantes de izquierdas, en cambio, son más progresistas que los partidos en los que confían —explicó—. En este pueblo la mayoría de la gente somos mayores o muy mayores. Los de derechas son conservadores, pero no fascistas. Han vivido la dictadura. No quieren volver a ella y no creen que ni TOS ni otros la vayan a traer de vuelta.

—Otra cosa es lo que hagan los partidos una vez en el poder —apostilló el abuelo.

—Como recortar derechos y estigmatizar a colectivos —apuntó Ariel.

—Sí, por eso necesitamos vuestra ayuda. Marcos, recordarás que hace dos años te conté que íbamos a organizar una manifestación del Orgullo.

—Me acuerdo, abuelo. Siento no haber venido —dijo el chico, avergonzado por no haberlo ayudado entonces.

—No te preocupes. Veréis, eso ocurrió durante la legislatura de Vecinos. Ya sabéis que estos ondean la bandera del arcoíris cuando les conviene, así que aprovechamos la coyuntura para dar el paso de mostrar nuestra existencia. La pena es que fuimos cuatro gatos. El año anterior, después de mi infarto, Félix y yo pensamos que era el momento de aprender una lección fundamental: la vida es un bien tan precioso como efímero. Hoy estás aquí y mañana no. Por eso debíamos vivir sin máscaras, sin sentir vergüenza, y ayudar a otras personas en nuestra situación.

—De modo que se nos ocurrió hablar con un par de chicas que conocíamos y que sabíamos que eran *de los nuestros* —continuó Félix —. Y les propusimos fundar una asociación de gais, lesbianas, trans…

—¡Eso es genial! —aplaudió Ariel.

—Lo es —convino Marcos el viejo—, aunque solo hemos logrado reunir a media docena de personas. Literalmente.

—Es un principio, abuelo. Hay más gente, con toda seguridad —aseveró Marcos—, pero necesitan veros para encontrar el valor y dar el paso.

—Lo sé. Necesitábamos visibilidad, así que convencimos a los demás para salir a la calle, para manifestarnos.

—Fue difícil y extraño, pero lo conseguimos. El año pasado repetimos sin problemas porque el nuevo Gobierno municipal de TOS acababa de entrar y tuvo que respetar los eventos que ya estaban programados. Salimos con la camioneta adornada y con varios altavoces en la parte trasera —recordó con un tono nostálgico Félix.

—Tampoco pude venir —musitó Marcos, sintiéndose mal consigo mismo.

—Ya te he dicho que no pasa nada. Lo importante es que este año sí estás aquí. Y además has venido con este novio tan maravilloso que tienes y al que teníamos tantas ganas de conocer —insistió el abuelo, dándole un par de palmadas en el hombro, para quitar hierro a aquellas ausencias que, en realidad, sí le habían desilusionado—. El caso es que este año ni siquiera pudimos iniciar los trámites debido a la pandemia —explicó—. Ahora, con la situación bajo control, hemos decidido celebrar la manifestación el sábado de la semana que viene, coincidiendo con los actos del quincuagésimo aniversario de la muerte de Alejandro. El problema es que el Ayuntamiento nos está poniendo trabas.

—¿Por qué? —preguntó su nieto—. No pueden prohibir una manifestación. Es un derecho fundamental.

—Conocemos la Constitución, chaval. Tu abuelo y yo pertenecemos a la minoría que la votó y que sigue viva. Es nuestro

derecho. Lo sabemos. Pero nos odian, lisa y llanamente —respondió Félix—. Hay muchas formas de boicotearnos. De momento han alegado que no debería hacerse en la plaza porque hay mucha oposición social a cortar el tráfico y eso podría generar desórdenes públicos… Pretextos para que nos rindamos.

—Queremos que nos ayudéis a organizar este Orgullo. Vosotros vivís en una ciudad. Conocéis el mundo asociativo y el activismo. Nosotros estamos cansados y los otros miembros de la asociación tienen miedo —les explicó el abuelo, mostrando desesperación—. Marcos, Ariel, os necesitamos.

—Por supuesto, abuelo. Contad con nosotros —les prometió el chico mirando a ambos hombres, que habían depositado sus esperanzas en aquella pareja.

—Además —añadió el abuelo—, hay otro motivo que nos preocupa. TOS quiere aprovechar la efeméride y heterosexualizar la figura de Alejandro a toda costa.

—Pero si esa gente odia los libros. Imaginen la poesía —ironizó Ariel.

—Tienes razón —apuntó Félix—. La cultura les da igual. Sin embargo, Alejandro Torres es una figura famosa, es el orgullo del pueblo, atrae el turismo y no van a permitir que se afirme que era gay.

—Uy, uy, uy. Primero el virus y luego TOS; menudo año, ¿viste? —bromeó Ariel, arrancándoles una sonrisa que les supo amarga.

—Sujetaos —les advirtió Marcos—, vamos a tomar tierra —añadió al tiempo que veían la camioneta acercándose a lo lejos, dejando tras de sí una estela de polvo.

La cesta flotaba a pocos metros del suelo. Desde esa altura se dieron cuenta de que se movían más deprisa de lo que parecía. No era muy rápido, pero suficiente para que el globo arrastrase la barquilla sobre la tierra unos metros mientras el peso se apoyaba completamente en el suelo; de ahí la importancia de aquellos patines de madera en la base que hacían las veces de parachoques. Marcos había apagado los quemadores y, en cuanto estuvieron en tierra,

Félix y él salieron de la cesta con sendas cuerdas que desenrollaron y clavaron al suelo. Alfredo acababa de aparcar y corría hacia allí, cargando la saca de lona del globo, para ayudarlos en las maniobras de desinflado. La vela, con la válvula abierta del todo, no tardó en deformarse y comenzar a ondularse, deshinchándose y arrugándose. Félix, Marcos y Alfredo agarraron los cabos que unían la vela a la cesta y tiraron hacia sí para que el globo cayera extendido sobre la tierra. El otro Marcos y Ariel observaban desde la barquilla, abrazados por la cintura, haciendo visera con la mano libre y sonriendo. Los mayores les hicieron una señal con la mano. Entonces salieron y corrieron para ayudarlos a desinflar completamente la vela y comenzar a plegarla. Debían recogerla con cuidado para guardarla en óptimas condiciones en su saca. Un globo como aquel costaba mucho dinero y cualquier desperfecto suponía gastos y la imposibilidad de obtener beneficios hasta que la reparación se hubiera llevado a cabo con todas las garantías de seguridad. Los permisos y controles eran tan exigentes como para cualquier otra aeronave. Marcos y Félix no solo habían invertido sus ahorros y los préstamos que habían tenido que solicitar, sino también ilusión, tiempo, esfuerzo y mucho trabajo. La hospedería y los viajes en globo habían supuesto un reto, un desafío, pero también el medio para seguir teniendo ganas de levantarse cada día.

Como Félix había explicado, la crisis económica no les había afectado demasiado, porque el turismo rural había sido uno de los sectores que había crecido durante aquellos años. Los viajeros llenaban la casa cada fin de semana y casi nadie se resistía a la posibilidad de volar en globo. De forma que, en poco más de diez años, habían amortizado todas las deudas y los préstamos. El infarto de Marcos y la reciente crisis sanitaria, en cambio, sí habían afectado al negocio. Solo a partir de julio, tras varios meses sin actividad y viviendo de ahorros, las reservas habían vuelto a aparecer. Esa situación no solo les había afectado a ellos, sino también a los dos empleados que habían tenido contratados durante casi diez años: Alfredo, a quien ya solo llamaban esporádicamente, y Mari Carmen, que ayudaba en la hospedería con la limpieza y en la cocina y que de

trabajar a tiempo completo había pasado a hacer solo horas sueltas. Félix y Marcos deseaban continuar unos años más. Solo unos pocos, el tiempo necesario para atesorar los ahorros suficientes y poder disfrutar de una jubilación cómoda y tranquila.

El globo había quedado reducido a un cubo de colores de forma irregular. Entre los cinco no tardaron en introducirlo con cuidado en la saca y subirlo a la camioneta. A continuación, Félix, Alfredo y Ariel levantaron la cesta mientras abuelo y nieto tiraban de ella desde lo alto del vehículo. Enseguida la colocaron en su sitio, la anclaron a la estructura de la camioneta y se felicitaron por el trabajo en equipo. Antes de bajarse del vehículo, Marcos el viejo se aseguró de que las válvulas del gas estuvieran bien cerradas. Soltó los cabezales de las bombonas y cubrió la barquilla con otra lona que su nieto le ayudó a asegurar al suelo mediante mosquetones.

—Desde 1783, tal como hicieron Pilátre de Rozier y el marqués d'Arlandes después de sobrevolar París en globo por primera vez, al aterrizar se brinda con champán —anunció Félix de forma pomposa, sacando de la camioneta una cesta de picnic y, de esta, cinco copas y una botella que se mantenía fría en el interior de una funda helada—. Brindemos pues, mis queridos aeronautas —propuso descorchando la botella con pericia y vertiendo el dorado y burbujeante caldo en las copas.

—¡Bravo! —aplaudió Ariel—. ¡Chinchín! —exclamó alzando su copa.

—Por estos jóvenes, que iluminan el futuro con su ejemplo —brindó Félix.

—Porque todos tengamos prosperidad —deseó Alfredo.

—Por mi nieto y su novio, porque sean felices muchos años.

—Por mi abuelo —dijo en último lugar Marcos, con su copa levantada, mirándolos a todos—, porque ya nada vuelva a hacerte sufrir.

—¡Salud! —exclamaron todos chocando sus copas, que sonaron como campanillas alegres y despreocupadas.

—¡Selfi! ¡Selfi! —chilló Ariel tras beberse de un trago el champán, organizando al grupo para que cupieran todos.

—Delante de la puerta de la camioneta —indicó Félix—. Que se vea el logo y la web. Así nos haces publicidad en redes sociales —añadió guiñándole un ojo.

Todos rieron, posaron junto al vehículo y volvieron a llenar sus copas, al menos tres de ellas, ya que Félix y el abuelo Marcos apenas probaban el alcohol.

Entraron en la cochera pasadas las diez de la mañana. Los mayores tenían cosas que hacer en la hospedería, compras y correos que contestar. Como habían comentado, el negocio estaba recuperándose poco a poco. Félix pagó a Alfredo y le dijo que en cuanto necesitaran su ayuda lo telefonearían. El joven no ocultó la inseguridad y el desasosiego que aquella situación tan precaria le producía. Estaba casado y tenía dos hijos pequeños. Apenas tenían ingresos y cada euro le resultaba vital. Marcos y Félix le prometieron que intentarían darle más trabajo en cuanto la situación mejorara. Se estrecharon la mano y, aunque con cierto regusto amargo, se sonrieron.

Los chicos, por su parte, preferían aprovechar que era pronto para pasear por el pueblo. Ariel ansiaba encontrar un poco de cobertura para subir las fotos del globo a las redes sociales y enviar algunos mensajes. Pero antes de salir quiso resolver una duda que lo rondaba desde que Marcos les había contado la historia del alcalde.

—Perdone que se lo pregunte. Es que me fijo mucho en los detalles —se excusó, acompañando sus palabras de un elocuente gesto que consistía en colocar la palma de la mano abierta sobre el pecho—. No comprendo por qué usted y el alcalde se enzarzaron en esa guerra. Y entiendo lo del estanque, que era un lugar especial para Alejandro y para usted, pero ¿qué los unía? ¿Por qué su familia se resintió? ¿Y qué tuvo que ver la mujer del alcalde en todo esto?

—Cari, ya nos lo ha contado todo —intervino Marcos, preocupado por la delicada salud de su abuelo, a quien había visto alterado al remover todos aquellos recuerdos.

—No, no. Está bien. Son cuestiones importantes que requieren una pequeña explicación —concedió Marcos el viejo en tono indulgente, con la bolsa de la compra en una mano—. Veréis, el

alcalde Juan Pozuelo y yo nos conocimos aquel verano de 1970, cuando mi hermano y yo vinimos al cumpleaños de la abuela Palmira —rememoró, bajando la mirada—. Fue el primer molinense que vimos al llegar. El autobús nos había dejado a varios kilómetros del pueblo; entonces las comunicaciones eran muy malas. Gus y yo veníamos andando por una carretera estrecha, la que pasa por Las Termillas, que ahora tiene dos carriles, arcenes y buena señalización. Aquel muchacho conducía un seiscientos a toda pastilla y casi se nos lleva por delante. Entonces era un *hippy*, llevaba el pelo largo, gafas redondas y se hacía llamar Max, en honor a Karl Marx, no a Groucho —explicó Marcos, guiñándole un ojo a Ariel —. Enseguida nos hicimos amigos. Como os he dicho en el globo, peleamos juntos contra los Hijos del General. También fue él quien me llevó a la estación de Ciudad Real cuando abandoné el pueblo, después de que mataran a Gus. Creo que siempre se sintió culpable de la muerte de mi hermano, ya que aquellos matones supieron que Alex y yo habíamos pasado una noche juntos por un comentario que hizo Max delante de ellos a la mañana siguiente. Veréis, yo no había avisado a nadie de que no iba a dormir en casa. La abuela estaba preocupada, como es natural. A primera hora mandó a todos que me buscaran y Max (o Juan: me cuesta llamarlo Max tras tantos años) me encontró. Solo que un poco antes lo habían hecho los Hijos del General. Yo llevaba la bici de Alex y ellos la reconocieron. Me pidieron explicaciones. Inventé algo y me creyeron. Ya me escabullía cuando apareció Max y me preguntó en voz demasiado alta dónde había pasado la noche… En fin, que aquellos asesinos lo escucharon y David, su jefe, ató cabos. Decidió quitarme de en medio por celos, porque resulta que estaba enamorado en secreto de Alejandro —explicó dejando a los muchachos boquiabiertos—. Me tendieron una trampa. Deslizaron una nota por debajo de la puerta citándome en la trasera de la iglesia. Gus encontró la nota y, creyendo que era de Alex, acudió allí para hablar con él. Aunque éramos gemelos, él se comportaba como si fuera mi hermano mayor. Estaba preocupado por mí, quería protegerme; por eso pensó en ir a hablar con Alex y cayó en la trampa en mi lugar. Creo que, cuando

se dio cuenta de lo que pasaba y de que aquellos matones me estaban esperando, decidió hacerse pasar por mí. Llevaba gafas de sol y sus asesinos creyeron que me mataban a mí —recordó Marcos, envejecido de repente, encorvado, con el rostro más arrugado y la mirada quebrada—. En definitiva, pienso que Juan se culpó de la muerte de Gus por haber hablado demasiado. Y las personas, a menudo, convertimos una culpa mal digerida en agresividad. Cuando no sabemos pedir perdón, atacamos. Lo he visto muchas veces. Creo que eso, en parte, explica la ojeriza que me cogió el alcalde. —Marcos miró a los muchachos. Sabía que aún quedaba otro detalle importante por explicar—. En cuanto a lo que he comentado de nuestra familia y de su mujer, veréis, ella es mi prima Elena, que también era nieta de la abuela Palmira. Además, cuando ocurrió todo esto, en 1970, Elena estaba perdidamente enamorada de Alejandro.

—*Oh-my-God!* —exclamó Ariel, recibiendo en el acto un codazo de su novio.

—Así que mi prima tiene razones de sobra para odiarme. Su amor de juventud me prefirió a mí y años después, aunque no tenga pruebas ni lo sepa con seguridad, yo maniobré para acabar con la carrera de su marido.

—¿Cómo quedó aquello, abuelo?

—Como todos los casos de corrupción en este país: un proceso largo y farragoso repleto de recursos y apelaciones, pruebas desestimadas, prescripciones de delitos, pactos, acuerdos y ni un euro reembolsado. Ahora mismo está en la cárcel cumpliendo la primera condena. Dos o tres años, creo —barruntó mirando a Félix, que controlaba mejor esos detalles y que asintió desde el mostrador de recepción—. Tiene otros juicios pendientes, así que pasará una temporada más o menos larga entre rejas. Intentó exculpar a sus hijos asumiendo toda la responsabilidad. A pesar de ello, al mayor lo condenaron a un año de prisión, que conmutó por una multa, y al segundo lo absolvieron. Él es el único que todavía vive en Molinosviejos. Y ha heredado todo el odio que me profesan sus padres.

—Ojalá no nos lo encontremos por ahí —deseó Ariel.

—Pues mucho me temo que sí lo veremos. Pedro Pozuelo es el concejal de Cultura y Fiestas de TOS.

CAPITULO III

José Antonio Iribarren *(alias la Corcho): «Yo corrí delante de los grises; me apalearon en las primeras manifestaciones del Orgullo, en la Transición. Me han llamado maricón toda la vida. Y aquí estoy, con la cabeza bien alta. Magullada, pero digna. Vine a Molinosviejos a ayudar, inspector, a defender los derechos que nos habíamos ganado a hostias».*

Los muchachos pasearon por el pueblo durante el resto de la mañana. Caminaban sin rumbo, como *flaneurs* que observan cada detalle del camino, de cada edificio, de cada rostro con el que se cruzan. Recalaron en su Volkswagen para comprobar que estuviera bien y, sobre todo, para conectar sus teléfonos a la red gratuita de Internet del centro cultural. Las notificaciones arribaron como un ejército invasor que penetrara en una fortaleza por todas las brechas y flancos posibles. Cada aplicación sonaba con un tono diferente para indicar un nuevo mensaje, el ansiado «Me gusta» o un comentario que leer. Ariel contraatacó de inmediato con fotos de la excursión como aeronauta, con bromas e iconos que remedaban emociones y con mensajes de voz para ahorrarse demasiadas palabras escritas que, al pronunciarlas, conservaban todos los matices que el chico imprimía a sus anécdotas.

Pasaron así un rato, con la cabeza gacha, la cerviz inclinada y la vista concentrada en aquel rectángulo de cristal oscuro que absorbía gran parte de sus vidas. Las de los viandantes que pasaban por la

plaza, en cambio, que no obviaron la presencia de aquellos forasteros, encontraron un elemento novedoso del cual hablar con sus parientes, vecinos o amigos: los dueños del coche descapotable desconocido que había aparecido en la plaza eran dos chicos jóvenes de ciudad. Uno de ellos visiblemente amanerado y el otro con un semblante que les resultaba familiar. Era probable que se alojaran en la hospedería de los *mariquitas*. Era muy posible que estos muchachos también lo fueran. «Qué vergüenza, adonde vamos a llegar». «Cada uno que haga lo que quiera; tú no te metas». «Así va este país; luego que a ver de dónde vienen los virus». «Anda, anda, no digas bobadas». «Ya pasó con el sida; alguien debería hacer algo». «Confundes churras con merinas». «Qué dirán sus madres, pobrecillas». «Y encima quieren hacer un desfile. ¡Degenerados!».

Marcos intercambió algunos mensajes con su madre, que estaba preocupada por la salud del abuelo. Ojalá pudiera haber ido con él y con Ariel, pero el trabajo se lo había impedido, le recordó. Marcos le habló de la excursión en globo e insinuó algunos extremos de la historia sobre el alcalde, su esposa (y prima del abuelo) y la guerra silenciosa que llevaba tantos años gestándose. No quiso dar demasiados detalles porque desconocía hasta qué punto su madre estaba al corriente de todo. Descubrió que ella sabía muchas cosas. Había ido incontables veces a Molinosviejos y había trabado amistad con dos o tres vecinas que se convirtieron en sus confidentes. Julia era consciente del celo con el que su padre —característica que también había heredado su hijo— protegía su intimidad. Y por intimidad ambos hombres entendían todo lo que tenía que ver con su vida, fueran estudios, trabajo, salud o amores. De modo que Julia consiguió que aquellas amigas, seleccionadas tras haber analizado su respectiva capacidad de observación y la fiabilidad de sus informaciones, la mantuvieran más o menos al tanto de los aconteceres de la vida de su padre. Habría sido más lógico preguntarle a Félix. Sin embargo, Julia descubrió enseguida que su lealtad hacia Marcos era inquebrantable. Félix solo la avisaría en caso de urgencia, como hizo el infausto día del infarto, tres años antes, o la pasada primavera, cuando lo atrapó aquel maldito virus,

pero no le daría cumplidos informes de su día a día. «No es un viejo senil —le había espetado—. Confía en tu padre y en mí», había añadido, zanjando el asunto.

Tras hablar con su madre y con sus amigos, Marcos le sugirió a Ariel visitar el famoso molino de Alejandro. El muchacho, reacio a abandonar ya el área de cobertura de Internet, rezongó, pero al final accedió. Guardaron los teléfonos y caminaron calle arriba, siguiendo las indicaciones de las señales. Había una caminata hasta el molino, aunque con el desarrollo urbano de las últimas décadas la mayor parte del trayecto discurría por calles flanqueadas de casas. En el casco antiguo de Molinosviejos muchas de ellas estaban cerradas a cal y canto desde hacia mucho, como evidenciaba el deterioro de puertas, ventanas y el aspecto de abandono general. El pueblo formaba parte de esa larga lista de poblaciones condenadas, desangradas de habitantes y vacías de esperanza. Los ancianos iban muriendo y sus casas se cerraban, se intentaban vender y sucumbían al abandono y la ruina. Los vecinos del pueblo eran en su mayor parte jubilados cuyos descendientes emigraron para no volver. Las ínfulas de desarrollo urbano de los gobernantes no habían dado resultado. Los nuevos barrios, que expandieron Molinosviejos como una mancha de aceite, solo pudieron alojar a una pequeña parte de los anhelados habitantes que o no nacieron o se marcharon o no llegaron. Sin embargo, eso no detuvo a las empresas inmobiliarias y constructoras. De modo que Marcos y Ariel caminaron primero por calles estrechas y, seguidamente, por otras donde encontraron modernos edificios de viviendas con bajos comerciales y garajes —muchos de ellos cerrados y en venta— que se asomaban a aceras anchas con bancos para sentarse a ver pasar la vida y árboles raquíticos en cuyas ramas desnudas piaban algunos gorriones.

Se acercaban al viejo molino. Marcos deseaba conocer más sobre aquel poeta cuya vida y obra había estudiado en el instituto y que había resultado ser el amor imposible de juventud de su abuelo. Esperaba, y así se lo confió a Ariel, que aquella visita le permitiera conocer mejor al hombre que había marcado el destino de su familia.

En otro lugar del pueblo, el otro Marcos también se encaminaba hacia el pasado. Los recuerdos que había sacado a la luz durante el viaje en globo seguían anudados a su garganta. Era una sensación que lo visitaba de vez en cuando y que lo embargaba durante algunas horas. Una melancolía espesa que lo aturdía. En esos momentos de nostalgia se refugiaba en dos o tres lugares. Visitaba el molino a primera o última hora, cuando no había turistas, aunque solo lo observaba desde los alrededores, ya que nunca se atrevió a entrar. Otras veces se encerraba en su habitación para abrir la caja fuerte en la que conservaba algunos papeles importantes. No obstante, lo más habitual era escabullirse hasta el solar ubicado detrás de la iglesia. Era hacia este último lugar adonde dirigía sus pasos tras haber dejado a Félix en la hospedería atendiendo las reservas y el teléfono y con la excusa de acercarse al mercado.

Marcos sorteó la valla metálica, que se abría sin esfuerzo, salvo el necesario para sostenerla sobre sus goznes y evitar así un desagradable chirrido. En cuanto entró en el descampado, se acercó hacia el lugar donde habían matado a su hermano para dejar unas flores en el punto exacto en el que su gemelo falleció. Susurró una breve oración y después se encaminó hacia aquel viejo coche que visitaba de vez en cuando.

El seiscientos de Max, el mítico Peacemóvil en el cual Marcos y su hermano Gus habían llegado a Molinosviejos aquel verano de 1970, reemplazado por otros vehículos más grandes y caros cuando el antiguo *hippy* se hubo convertido en el honorable alcalde Juan Pozuelo, había acabado abandonado allí a principios del siglo XXI. Tras más de treinta años recorriendo las calles del pueblo y asistiendo a la transformación de las carreteras de la provincia, el coche había aparecido en el descampado, donde fue desvalijado por ávidos buscadores de restos que revender.

En realidad, la suerte del pequeño utilitario la había decidido el hijo mayor del mandatario, con quien además de compartir el nombre le unía la pasión por el dinero y la forma personal de interpretar las normas. Cuando el primogénito del alcalde se licenció del servicio militar, su padre le concedió el primer deseo que

le pidió: el viejo Peacemóvil. Juan Pozuelo sentía predilección por su hijo mayor, a quien le consentía todo. No tuvo reparos en acompañarlo a la jura de una bandera que había considerado ilegítima durante casi toda su vida ni en fotografiarse con todas las autoridades allí presentes, tanto militares como eclesiásticas. Su incoherencia y pragmatismo eran sus nuevas señas de identidad.

El coche llevaba un par de años en el garaje del inmenso chalé en que moraba la primera familia molinense desde mediados de los noventa. Los viejos adornos con proclamas antifascistas, *hippies*, antinucleares, anarquistas y a favor del amor libre que habían convertido el pequeño vehículo en toda una institución entre los jóvenes idealistas de la comarca contrastaban cada vez más con el rumbo ideológico y político de su propietario. En pocas palabras, Juan sentía vergüenza de los lemas y principios que había defendido en su juventud, cuando se hacía llamar Max. Así que el seiscientos se quedó aparcado en aquella inmensa cochera, relegado al ostracismo, viendo con impotencia cómo sus dueños preferían ponerse al volante de vehículos más grandes, lujosos y caros.

Aun así, el joven John le pidió a su padre que le regalara el seiscientos. Este accedió, aunque acordaron que no podía circular con aquellas pegatinas tan comprometedoras o con cualquier otro detalle que recordara el pasado ideológico del alcalde. El muchacho se puso a trabajar y, no contento con eliminar todo elemento decorativo de relevancia política, decidió cambiar la tapicería y pintar el coche de azul marino.

Una semana después, tras ponerle baterías nuevas y someterlo a una revisión integral, el alcalde arrancó su viejo Peacemóvil, al que ya nunca se refería así porque aquellos ideales le resultaban utópicos y poco pragmáticos. Durante unos minutos, sentado al volante de su viejo compañero de lucha antifranquista, Juan fue de nuevo Max, se sintió otra vez joven y, por un momento, añoró los adornos, las pegatinas y las tardes al volante de aquel automóvil, cuando escuchaba música de Jimi Hendrix, Janis Joplin, Serrat o Lluís Llach a todo volumen y soñaba un futuro democrático y socialista. Recordó los días en los que entonaba «L'estaca» mientras se fumaba

un porro bien cargado. Allí sentado, Juan Pozuelo se preguntó dónde estaba Max. Se miró al espejo retrovisor y, por un segundo, creyó ver al muchacho delgado, con el pelo largo y las gafas redondas similares a las del líder de los Beatles. Sin embargo, tras pestañear, descubrió un rostro con papada y bigote, menos pelo en su cabeza, unas gafas con montura dorada y un cuello ceñido por una corbata azul que hacía juego con la nueva pintura del coche. Supo entonces que Max había muerto, igual que el Peacemóvil y unos ideales que exigían demasiados sacrificios para tan pocos beneficios.

El alcalde sacudió la cabeza, encendió la radio y sintonizó la emisora municipal, que emitía una selección de música ligera. Su hijo lo miraba con impaciencia. John era un joven alto, fornido y guapo. Había heredado el cabello rubio de su padre y la belleza de su madre. Llevaba meses planeando su vuelta al pueblo y las visitas pendientes que iba a hacer a varias chicas con las que había estado carteándose. Sus colegas lo esperaban en la plaza. Aquel momento cargado de sentimentalismo pueril que estaba protagonizando su padre lo empezaba a poner nervioso. Abrió la portezuela y urgió al alcalde a que saliera del coche. Este se dio cuenta entonces de cuánto había engordado en los últimos años, ya que requirió la ayuda de su vástago al quedarse atascado en el seiscientos.

John no tenía permiso de conducir, pero ¿qué más daba aquel detalle si el seguro estaba en regla, si el coche estaba a nombre de su padre y si el chico, que había aprendido a conducir por los caminos del pueblo acompañado por su madre, circulaba solo por carreteras comarcales y sin correr mucho? Además, había prometido tener cuidado. Qué demonios, pensaron sus padres, su hijo acababa de pasar un año en Cartagena formándose para defender a la patria. ¿No merecía un poco de diversión? Era normal que los jóvenes quisieran estar con sus amigos y conocer chicas. Había mucha gente con el carné en regla que merecía que se lo quitaran. John, en cambio, era un buen chico y el primogénito del alcalde, además. Hacerle esperar varios meses hasta que aprobase aquel ridículo examen era absurdo. El muchacho conducía bien y la policía, a las

órdenes del regidor, no lo amonestaría en el improbable caso de que cometiera alguna falta.

No obstante, el alcalde no esperaba enfrentarse a lo que ocurrió: el coche corría demasiado por una carretera estrecha, sin arcenes y de noche. Sus siete ocupantes, cinco varones y dos chicas de entre diecisiete y veinte años, iban bebidos, amontonados y sin cinturón de seguridad. La curva era cerrada y el firme, antiguo y en mal estado, no ayudó. Se escuchó un derrape y un golpe. Luego solo se oyó la música que, a través de las ventanillas rotas, se desparramaba por el campo.

Una de las chicas falleció y uno de los chicos quedó parapléjico. Los demás sufrieron roturas, contusiones y traumas craneoencefálicos. La patrulla de la policía local que acudió al lugar del accidente pertenecía a Molinosviejos y, antes que a nadie, antes incluso que a una ambulancia, telefonearon al alcalde.

Aquella noche nadie durmió en la casa familiar. Juan Pozuelo pensó con celeridad. Mandó trasladar a los jóvenes al hospital comarcal en lugar de al de la capital, mejor equipado pero menos discreto. Ordenó a la grúa llevarse el seiscientos y quitarle las matrículas. Envió a su hijo a Burgos, con una tía suya, hasta que escampara la tormenta y pagó generosas indemnizaciones a las familias afectadas a cambio de que no hubiera denuncias. Le costó una fortuna y varios meses de preocupaciones, pero se salió con la suya.

Cuando hubo pasado un tiempo prudencial, una mañana cualquiera, un seiscientos destartalado y sin matrículas apareció en el descampado. Lo habían dejado junto a otros dos coches y una furgoneta Ebro Siata de color marrón.

Marcos descubrió el coche una mañana al volver de la farmacia, a la que iba cada semana a por las medicinas que necesitaba la abuela Palmira. Siempre que pasaba cerca de la antigua trasera de la iglesia, reconvertida en un descampado y vertedero, se acercaba impelido por el recuerdo de su hermano. Sabía exactamente el lugar donde

había sostenido el cuerpo exánime de su gemelo y solía llevar flores para dejarlas donde su sangre había empapado el suelo. Aquella mañana descubrió un perro merodeando por allí. Sin duda lo habían abandonado. El chucho, flaquísimo, se le acercó meneando la cola y con las orejas gachas, anhelando una caricia. Marcos le dio más que eso. Le dio una loncha de jamón cocido, que el can devoró. Las gracias del animal lo distrajeron más de lo habitual en sus visitas al descampado. El perro correteaba y Marcos lo siguió. Detrás de un montón de chatarra sobre el que estaba la furgoneta se encontró un seiscientos azul marino, abollado y maltrecho. No le habría dado importancia si no hubiera sido por un detalle: la funda del asiento del acompañante estaba rajada y debajo se distinguía la tapicería original: un tejido que imitaba la piel de leopardo. Una corazonada le hizo acercarse. Abrió con dificultad la portezuela y comprobó lo que había sospechado. Aquella tapicería que estaba oculta bajo fundas nuevas era igual a la del viejo Peacemóvil de Max. Pero podría estar equivocado. Ese coche no tenía matrículas, era de otro color y carecía de las pegatinas que habían caracterizado el mítico vehículo del que fuera su amigo. Ya se disponía a marcharse cuando recordó que Max solía ocultar panfletos de propaganda política y bolsitas de marihuana en un escondrijo en el suelo del coche, bajo la alfombrilla del asiento trasero. Marcos deslizó el asiento del conductor hacia delante con mucho esfuerzo, pues el mecanismo había sido dañado en el accidente. Levantó la alfombrilla mugrienta y descubrió que el escondite estaba allí. La tapa era un rectángulo de diez por siete centímetros que se retiraba sin esfuerzo y que daba acceso a un doble fondo no muy grande, aunque lo suficiente como para ocultar los folletos y documentos que Max llevaba por toda la comarca en sus años de lucha antifranquista como miembro de la oposición clandestina en la zona. Nada quedaba en aquel compartimento secreto, nada que probara que aquel desvencijado seiscientos era el Peacemóvil. Tan solo la mera existencia de aquel escondite, obra de un camarada de Max en 1969, demostraba que aquel era el viejo seiscientos en el que Marcos y Gus habían llegado a Molinosviejos; el mismo en el que él había huido del pueblo,

abandonando a Alex; el mismo que, pintado de azul, había segado la vida de una muchacha y destrozado la de otro joven. El alcalde Juan había conservado oculto el coche, había eliminado cualquier marca, señal o número de serie que lo identificara y, pasado el tiempo, lo había trasladado a aquel descampado, donde solo entraban perros abandonados, gatos callejeros, drogadictos y un hombre que dejaba flores en el suelo.

Desde aquel día, Marcos siempre se detenía un rato en el Peacemóvil cuando llevaba flores a su hermano. El perro estuvo una temporada por allí. Dormía sobre un viejo y mugriento sofá, de raídos y malolientes cojines, hasta que un día ya no lo vio más. Deseó que hubiera encontrado un hogar, el que él no pudo darle, ya que con la abuela enferma no se atrevía a meter un perro en casa, pero en el fondo se resignó a imaginar que el cariñoso chucho habría sido atropellado o envenenado.

Marcos dejaba las flores y se dirigía al coche. Se sentaba en el asiento del acompañante, el mismo que había ocupado el día que Max los recogió en la carretera para acercarlos a Molinosviejos, y se quedaba allí un rato, con la sola compañía de sus recuerdos.

Durante años repitió aquella rutina al menos un par de días a la semana. El descampado se había ido llenando de chatarra, escombros, muebles desvencijados y basura. La vieja Siata había desaparecido y los otros dos coches fueron perdiendo piezas hasta quedar reducidos a un chasis con asientos. De forma milagrosa, en cambio, el Peacemóvil se había mantenido casi intacto pese al trascurso del tiempo. Marcos lo agradecía a la providencia o a quienquiera que mantuviese alejado de las manos de chatarreros y buscadores de piezas ese reducto de su pasado en forma de coche.

Aquel día de finales de septiembre de 2,020, Marcos, tras despedirse de su nieto y su novio y después de comprar algunas cosas en el mercado, entre ellas un ramillete de margaritas, había entrado en el descampado, había depositado las flores en el lugar habitual y se había encaminado hacia el seiscientos, en el que entró lleno de inquietud.

—Ese chico se parece demasiado a ti. Me duele mirarlo —dijo

tras unos momentos de silencio.

—¿Y qué esperabas? Mis genes se han abierto camino a través de mi sobrina —imaginó que le decía Gus, con quien hablaba horas sentado en aquel coche y a quien veía por el retrovisor con el aspecto que tenía antes de morir, con diecinueve años, recostado en el asiento trasero, rotundamente joven, atractivo, vivaz y sonriente, como lo fue en vida.

—La verdad es que me alegro —reconoció Marcos—, porque tiene tu carácter, aunque es más comedido. Así compensa la arrolladora personalidad de su novio.

—Somos una familia irresistible, hermanito. Y ese chico no soy yo, así que no sufras cuando lo mires o cogerá la maleta y no lo verás más.

—Lo sé. No debo agobiarlo con mis traumas.

—Exacto —convino Gus, abriendo una lata de cerveza—. Y otra cosa: ¿crees que debes involucrarlo en el asunto de la manifestación del Orgullo? Pedro, el Hijísimo, va a por ti. Y la prima Elena no va a frenar a su hijo —le advirtió.

—Lo sé. No debería pensar en que ella medie en mi favor. Eso es imposible, tienes razón. Pero lo del Orgullo es importante; Félix y yo no podemos hacerlo solos.

—¿Y los de la asociación? ¿Cómo es…? Espera: «Quijotas y Dulcineos» —recitó Gus, con sorna—. Es muy patético, Marcos.

—Lo sé. Pero ¿qué quieres? Somos cuatro gatos y Félix y yo preferimos que lleven las riendas los jóvenes. Querían un nombre que aludiese al Quijote, que fuese transgresor, que fuera divertido… Era eso o «Asociación LGTB de Molinosviejos», que sonaba muy institucional.

—Madre mía…

—Son buenas personas. Son valientes, pero desde que gobierna TOS tienen más miedo del que ya tenían, que era mucho. Se han replegado. Nunca ha sido fácil para ellos ser gay o lesbiana. Imagina lo que habrá sufrido la pobre Ina siendo transexual en un pueblo tan pequeño y con una mentalidad cada vez más conservadora. Nos quieren volver a meter al armario, Gus. Félix y yo somos viejos y ya

tenemos la vida hecha. Solo tenemos que preocuparnos el uno por el otro y por nuestro negocio. Pero Marga, Amparo, Martín, Ina y los que aún siguen escondidos, esos chicos y chicas, necesitan que alguien les muestre la forma de luchar…

—Tú no eres el responsable de sus vidas, hermanito. No eres un caballero andante que se enfrenta a las injusticias y debe «desfacer entuertos» —le recordó Gus.

—No quiero que los Hijos del General vuelvan a linchar a nadie por ser maricón.

—Como hicieron con Alex. —Recordó aquella proyección mental del recuerdo de Gus.

—Exacto. Por eso le he pedido ayuda a mi nieto. Ellos viven con una naturalidad pasmosa su homosexualidad. Ariel es tan… tan…

—¿Mariquita?

—Libre y encantador. Es un chico que me da mucha envidia. Es tan auténtico, se siente tan libre —enfatizó Marcos—. Ellos organizan manifestaciones del Orgullo cada año. Pueden insuflar energía, esperanza e ideas a las Quijotas y Dulcineos.

—Y además está el tema de Alex —añadió Gus, metiendo el dedo en la llaga.

—Sí. Sabes que no puedo dejar que mancillen su memoria, que lo hagan heterosexual por hechos consumados, que lancen las mentiras de la tal Matilde López a los cuatro vientos. No —afirmó Marcos apretando los puños—. Yo soy «Dulce M». Alex escribió aquellos poemas pensando en mí.

—Entonces tendrás que demostrarlo. Porque tu idea de unir el Orgullo LGTB con la celebración del quincuagésimo aniversario de la muerte de Alejandro para reivindicarlo como poeta homosexual necesita pruebas.

—¿Pruebas? —inquirió Marcos.

—Sí. Ningún poema de Alex dice claramente que fuera gay ni que «Dulce M» fueras tú —afirmó Gus, recibiendo la mirada furiosa de su hermano a través del espejo—. Ya sé que eras tú, Marquitos, no me mires así, pero el resto del mundo no lo sabe. De modo que, si aparece una loca que cuenta su romance juvenil con Alex,

inventado pero verosímil, los medios construyen el relato y los políticos defienden esa historia, Alejandro Torres será el poeta heterosexual enamorado más importante de finales del siglo XX. Y tú no podrás evitarlo.

—A menos que…

Marcos miraba la figuración de su hermano por el retrovisor. Sabía lo que debía hacer. Pero no sabía si reuniría el valor. Bajó la mirada. Cuando la devolvió al espejo, la imagen de Gus había desaparecido. Cerró los ojos y respiró hondo. Aquellas charlas imaginarias con su gemelo lo ayudaban a ordenar sus pensamientos, a mantener la cordura y a tomar decisiones. Sabía que si alguien lo hubiese visto hablar a solas lo habrían tomado por loco, pero precisamente aquellos ratos en el interior del Peacemóvil, como si de una cápsula del tiempo se tratara, lo habían ayudado a mantener la cabeza en su sitio.

Salió del coche y abandonó el descampado, encaminándose hacia la hospedería. Félix lo estaría esperando para preparar la comida. Al pensar en su pareja, en su marido, en su compañero, no pudo reprimir que una sonrisa iluminase su cara. Y eso lo rejuveneció.

Marcos y Ariel se detuvieron a escasos metros del molino. La casa-museo de Alejandro se alzaba imponente al final de una calzada con sus aceras, sus bancos para descansar, sus moreras para dar sombra, sus farolas para iluminar el trayecto y sus papeleras para no ensuciar el campo que se extendía hacia el horizonte. La construcción agrícola, antaño aislada, estaba unida al espacio urbano como una minúscula península de cemento cuyo istmo partía del último barrio periférico y se adentraba en el páramo. Contaba incluso con una parada de autobús junto a la puerta, a un lado de la pequeña rotonda que, presidida por una escultura de hierro forjado y de factura abstracta —titulada *Amor maldito* y que había costado un riñón al pueblo del poeta—, daba acceso a un pequeño aparcamiento en la parte de atrás de la edificación.

Junto a la puerta había un panel explicativo que además indicaba el horario de visitas y el precio de la entrada. Ariel tomó varias fotos de sí mismo posando ante el molino y otras de los dos abrazados y dándose un beso en los labios.

Al entrar, una vez su vista se hubo habituado a la iluminación interior, descubrieron un mostrador en el que, acodada y con gesto aburrido, leía una novela una mujer de mediana edad. La saludaron y ella, como un autómata, recitó las normas e indicaciones para disfrutar de la visita. Luego les cobró mediante pago virtual y les recordó que no tocaran nada.

Marcos y Ariel, cogidos de la mano, deambularon por la planta baja del molino. Vieron en las paredes algunos paneles enormes con información sobre el poeta, un par de imágenes borrosas que, según las notas a pie de foto, eran las únicas instantáneas que existían del gran aedo molinense y algunos versos de sus poemas impresos en unas letras que imitaban la caligrafía humana. También estaba allí su lápida, aquella que durante años lo recordó junto al lago en aquel perdido e idílico paraíso natural que el abuelo Marcos les había descrito en el globo y que yacía destruido en el corazón de la inacabada y fantasmagórica urbanización ínsula Barataria.

Se entretuvieron un rato leyendo los carteles. En realidad, se sabía bastante poco de Alejandro Torres Quesada. Su biografía se había podido reconstruir parcialmente gracias a los testimonios de vecinos y conocidos: huérfano desde niño, se había criado con su único tío, quien no lo trataba bien. Desde muy joven se mostró taciturno y melancólico. Aunque vivía en una casa en el pueblo, había convertido aquel viejo molino en desuso de sus padres en su verdadero hogar. De hecho, como pudieron comprobar enseguida, Alejandro había transformado el interior del molino en una vivienda. A unos tres metros del suelo descubrieron una entreplanta semicircular a la que se accedía a través de una escalera adosada a la pared. Los chicos se miraron y sonriendo con complicidad subieron a lo que fue el dormitorio del poeta.

El pilar de madera que sirvió en su día de eje para el funcionamiento de la muela de piedra y que ascendía verticalmente

hasta conectar con otro eje, horizontal en este caso y que se unía a las aspas, hacía de apoyo principal para la plataforma de madera en la que hallaron un dormitorio completo. Marcos y Ariel se sorprendieron al ver una cama grande, con su cabezal de madera labrada con motivos geométricos, y una mesita de noche, sobre la cual reposaban un candelabro de tres brazos y un cenicero. Frente a la cama y colocada contra la balaustrada, había una cómoda sobre la que descansaba una caja de hojalata abierta que guardaba varios cuadernos en su interior. Estos remedaban los que el poeta usó para escribir sus versos. Flanqueando el hueco de la escalera, dos armarios de madera tallada mostraban, con una de sus puertas abiertas, algunas de las prendas originales del escritor. Más allá, en la pared, tres estantes sostenían algunas de las antologías poéticas de los autores preferidos del malogrado manchego que habrían inspirado su pluma. Por fin, protegiendo y delimitando todo aquel espacio, la famosa barandilla, en cuyos barrotes de madera maciza Alejandro ató la cuerda con la que se ahorcó aquel lejano y fatídico 30 de septiembre de 1970.

En un atril de metal colocado junto al pie de la cama, un cartel explicaba lo que había ocurrido aquel infausto día en que el prometedor poeta decidió quitarse la vida. Ariel, contraviniendo las normas, se sentó en el borde de la cama, sobre una colcha de lana adornada con rombos de colores. Marcos, de pie a su lado, leía en voz baja aquellas líneas, que, con una prosa épica y algo hortera, ensalzaban los motivos amorosos y shakespearianos que empujaron al muchacho a dar aquel salto al vacío. Se nombraba a «Dulce M», el misterioso amor de Alejandro, por quien resolvió morir tras ensalzar los mágicos momentos vividos a su lado. Se hablaba también del misterio del desaparecido poema número 57, perteneciente al cuaderno *Invierno*, su cuarto y último libro de poesías. En aquel mismo volumen, concretamente en el poema 78, unos versos sugerían que había compuesto una poesía para «Dulce M», nunca hallada y que alguien —esto se descubrió tras los estudios periciales — había arrancado del cuaderno. Si el hecho se trataba de un robo, de un expolio cultural o de un acto de arrepentimiento del propio

poeta, concluía el panel, era algo que, con toda probabilidad, nunca se sabría.

—Ay, mi madre —exclamó Ariel—. Suicidarse por amor, como Gene Tierney en *Que el cielo la juzgue*. Habiendo tantos tíos por ahí.

—Pero esa era una bruja. Ella lo hacía para hacer mal. Además, era una película. No es lo mismo —le corrigió Marcos—. Este hombre se suicidó en la vida real. Y además lo hizo por mi abuelo —añadió pensativo.

—No me extraña que tu abuelo se quedara destrozado. Pobre hombre. ¿Qué pasaría entre ellos?

—Ya me gustaría a mí saberlo, cari, pero no sé si debo preguntárselo.

—Mejor no —opinó Ariel—. Pasase lo que pasase, quitarse la vida por amor es entender mal el amor —sentenció el muchacho.

—Quién sabe qué se le pasaría por la cabeza —se limitó a preguntarse Marcos, sentándose junto a su novio, a quien cogió de la mano, entrelazando sus dedos con los del chico al que amaba—. Tú no harías eso, ¿verdad? Si yo te dejara, digo.

—¿Yo? Yo me iría de fiesta, cariño, y me follaría al primero que se me pusiera delante. O a los dos primeros. Sí, haría un trío, ¿viste?, para joderte bien.

—Tú y los tríos —pudo decir Marcos antes de prorrumpir en una carcajada que resonó por todo el molino.

Después, se lanzó sobre Ariel para hacerle cosquillas. Este trató de zafarse y, juntos, sin dejar de reírse, rodaron sobre la misma cama —restaurada, como el resto del molino— en la que su abuelo y Álex habían compartido risas, amor, deseo, confidencias y lágrimas medio siglo atrás.

—¡Chicos! —exclamó en tono reprobatorio la voz de la encargada de la casa-museo desde el mostrador de abajo.

—Disculpe, disculpe —dijo Ariel conteniendo apenas la risa mientras tapaba la boca a Marcos, quien no podía contener las lágrimas de felicidad, que cayeron sobre la colcha, uniéndose, aun de forma simbólica, a las que en su día derramara su abuelo allí mismo, no de felicidad, sino de dolor, cuando contaba su misma edad.

Los jóvenes se recompusieron, respirando a grandes bocanadas para conjurar el ataque de risa que habían sufrido, uno de esos golpes de hilaridad que les entraba a veces y que ligaba sus vidas con lazos poderosos e invisibles de una forma tan tierna como extraordinaria.

Se levantaron, arreglaron la colcha y, tras terminar de recuperar el resuello y la calma, se fundieron en un beso, se estrecharon con fuerza, se palmearon el culo y, después de echarle una última mirada a la entreplanta y fotografiarse desde todos los ángulos posibles, dieron por finalizada la visita.

Al salir del molino descubrieron que se había nublado y que el viento se había levantado, soplando de gregal, fresco y húmedo. Echaron a andar a paso ligero hacia el pueblo y llegaron a la hospedería veinte minutos después.

Encontraron al abuelo Marcos y a Félix atareados. El primero, en la cocina. El otro, en la recepción, cerrando algunas reservas para el fin de semana y respondiendo correos electrónicos. Los chicos les contaron su visita al molino y la impresión que les había causado. Marcos, aduciendo que estaba demasiado ocupado, no se acercó a mirar las fotografías. Félix sabía que no querría verlas, que desde 1995 no había vuelto a entrar en el molino, que desde aquel día en que regresó tras veinticinco años de ausencia no había querido adentrarse en el escenario de sus recuerdos. Sabía que aquella última visita le había servido para descubrir la verdad y el poema que Alex le escribió, «Carta a Dulce M», la poesía número 57 del cuaderno *Invierno*, los versos desaparecidos que Marcos había arrancado para quedárselos, para conservar aquella postrera epístola de amor, aquellos versos íntimos que Alejandro le había escrito y que traían de cabeza a los estudiosos del molinense más universal, versos que Marcos guardaba con cariño, con dolor y con celo junto a la carta que Alejandro le había escrito y que su prima Elena había guardado durante tantos años. Ambas cartas reposaban al lado de un montón de folios que Marcos había ido rellenando de su puño y letra, por consejo de Félix, para contar su historia, para narrar aquellos hechos que tanto le habían marcado y tratar así de mitigar el dolor. Le

había hecho bien verter sus recuerdos en papel. Aun así, aquellas heridas continuaban tiernas y las costuras de sus cicatrices podían desgarrarse en cualquier momento. Félix lo había sabido desde el principio. Marcos nunca le ocultó su historia y ese amor supremo que seguía sintiendo por Alex. Lo aceptó. Lo escuchó, lo valoró, lo sopesó y lo asumió. Solo le pidió que lo quisiera cuanto pudiera, porque él lo querría el resto.

Fue un pacto, un acuerdo entre dos hombres que habían dejado atrás la cincuentena, que estaban solos y heridos por diferentes batallas: uno por numerosas decepciones y el otro por un golpe mortal cuando era demasiado joven. Se habían encontrado cuando ya no pensaban hallar a nadie a quien abrazar durante las noches de invierno. Se habían caído bien, se admiraron, se encontraron atractivos, se empezaron a gustar y a necesitar y, sin premeditación, una mañana, durante el vuelo inaugural en globo, se miraron a los ojos y se descubrieron besándose como si el aire para vivir procediera de la boca del otro.

A partir de aquel día hablaron de sus respectivos pasados, se contaron mil y una confidencias, compartieron íntimos y delicados secretos, entrelazaron sus vidas, sus almas y sus destinos y aceptaron sus debilidades, manías y traumas, prometiéndose ayuda y sostén mutuos para el resto de su existencia.

No era el amor apasionado que desde fuera se podría imaginar. Ambos habían vivido ya esa pasión alienante en su juventud. Era, en cambio, un cariño profundo, un amor generoso, una estima entregada, comprensiva y comprometida. Félix acompañó a Marcos durante los últimos meses de vida y en los rituales de muerte de la abuela Palmira. Juntos la enterraron y honraron su memoria. Después transformaron y ampliaron la vieja casa. Se embarcaron juntos en un negocio humilde y entregado. Superaron juntos los problemas burocráticos, económicos y de salud: los cólicos de Félix, el infarto de Marcos y su paso por cuidados intensivos no hacía tanto.

Sí, era un amor sólido, de esos en los que ambos amantes se conocen tan bien que saben qué le preocupa al amado sin que sea

preciso explicarlo con palabras. Por eso Félix comprendía que Marcos no deseara ver aquellas fotos del interior del molino. De hecho, los folletos sobre la casa-museo estaban escondidos detrás de los mapas de la comarca, en el panel de información turística que había en la recepción, de modo que Marcos no tuviera que verlos cada día. Así que Félix recondujo la conversación para que la visita al molino de los muchachos no pesara demasiado sobre los cansados hombros de su marido.

Se sentaron a comer un potaje especialidad de la casa —receta de la abuela Palmira, por supuesto, que Marcos cocinaba especialmente bien— y acompañaron el plato con un tinto excelente. Marcos y Félix apenas se mojaron los labios, como habían hecho con el champán por la mañana. El pasado de ambos, marcado por problemas con el alcohol, los impelía a ser extremadamente moderados.

—He hablado con Marga, la presidenta de Quijotas y Dulcineos, para que os reunáis esta tarde con ellos —les informó Marcos—. La manifestación del Orgullo es el sábado de la semana que viene y me gustaría que les echaseis una mano con la organización. Seguro que tenéis muchas ideas.

—¿Dentro de una semana? —preguntó Ariel, sorprendido—. ¿No organizaron nada todavía?

—Tienen ya mucho trabajo adelantado —terció Félix, siempre más atento a los detalles de una negociación—. Se trata solo de ayudar con los últimos flecos.

Tras una siesta reconstituyente, que en el caso de los jóvenes tuvo como preludio una hora de encendida pasión, la cual comenzó recordando su visita al molino y el divertido momento sobre la cama, la pareja tomó una ducha y se preparó para salir. El abuelo Marcos les había explicado que los acompañaría a las siete de la tarde a la heladería de la plaza, donde Marga le había dicho que iban a estar. Ariel deshizo toda la maleta sin acabar de decidir qué ponerse. Con la toalla envuelta a la cintura primero y en calzoncillos

después, corría a la ventana, la abría, se fijaba en el aspecto del cielo, asomaba medio cuerpo para comprobar la temperatura y el viento, volvía dentro y, cuando parecía haberse decidido, caía rendido ante las dudas y volvía a empezar.

Marcos se estaba recortando a máquina la barba de tres días que le gustaba llevar. Se apoyaba en el mármol del lavabo para acercar su rostro al espejo y sonreía al escuchar a su novio trastear por toda la habitación. Aquel carácter huracanado lo divertía y le encantaba. Sabía que Ariel era un terremoto de energía, de pasión y de vida.

Desde el día en que se conocieron al comenzar segundo de bachillerato, Marcos había caído rendido ante la personalidad arrolladora del muchacho. Su acento ligeramente argentino, además de algunas expresiones de su tierra que conservaba a duras penas, ya que llevaba casi toda la vida en España —era hijo de un bilbaíno y de una argentina que había fallecido siendo él un niño—, su fuerza irresistible y una bondad que impregnaba todo lo que hacía lo habían conquistado. No tardaron en fijarse el uno en el otro, en atraerse, en gustarse. Marcos no había tenido nunca un prototipo de hombre que lo atrajese de forma especial. Había mantenido idilios y romances breves con chicos muy masculinos, con otros más femeninos, con ávidos del deporte, con un informático regordete, con un jugador de baloncesto que le sacaba una cabeza o con un compañero de la academia de inglés que necesitaba muletas para caminar. Entre todos aquellos chicos había habido rubios y morenos, guapos y feos, altos y bajos, delgados y gordos, imberbes y velludos, varoniles y afeminados. Marcos se enamoraba de una mirada, de un comentario ingenioso o de un gesto tierno y apenas se fijaba en nada más. Con Ariel había pasado igual. Se cayeron bien. Empezaron a sentarse juntos, a quedar para hacer los deberes, a ir juntos a la biblioteca a estudiar, a tomar un refresco, a dar una vuelta o a ir al cine, afición que los entusiasmaba. Así, después de un curso entero, un día, justo después de dejarlo con un campeón de atletismo y antes de que sus respectivos estudios superiores los distanciaran, Marcos le explicó a Ariel que había roto aquella relación porque sentía algo por él. De eso había pasado un año.

Doce meses intensos. Trescientos sesenta y cinco días más un par de semanas más en que tontearon, se acostaron y pasearon juntos sin que se comprometiesen a mantener una relación. Un año largo que los había unido y que los había puesto a prueba. Marcos adoraba la alegría de vivir de Ariel. Sus comentarios espontáneos, su desinhibición, su firmeza cuando era preciso. Todas esas cualidades lo completaban, porque él solía ser sensato, cauto, discreto, vitalista, fuerte, viril y divertido. Y eso, lo había comprobado, resultaba atractivo para los demás. Pero sabía que necesitaba un empujón para hacer locuras, para saltarse las normas o para desmelenarse. Y ese arrojo lo había encontrado en Ariel. Por eso pensaba que habían durado juntos todo un año y podrían durar mucho más, porque se complementaban de una manera que le resultaba deliciosa.

Habían vivido un periodo complicado durante los meses del confinamiento, como todo el mundo. A pesar de que residían bastante cerca, las primeras semanas solo pudieron comunicarse por teléfono y por Internet. Al cabo de un mes empezaron a quedar en el supermercado. Cada uno llegaba por su lado, entraban y se veían en el pasillo del papel higiénico, arrasado y desértico. No se atrevían a tocarse, pero se hablaban en voz baja, se miraban a los ojos y se sonreían, aunque las mascarillas ocultasen su alegría. Después, en casa, se encerraban en sus respectivos dormitorios y se llamaban por videoconferencia para decirse lo que no habían podido expresar en el súper y acababan teniendo sexo virtual. Con el paso de las semanas y la mejora de la situación, se reencontraron físicamente. Aquel primer encuentro en casa de Marcos —aprovechando que su madre se había reincorporado al trabajo presencial y que las clases seguían suspendidas— fue como una primera vez. Pasaron seis horas en la cama, trescientos sesenta minutos, exprimieron cada uno de aquellos veintiún mil seiscientos segundos regalándose todos los besos que se habían prometido por teléfono, devolviéndose cada caricia que la pandemia les había robado y compartiendo todos los orgasmos que se habían procurado en solitario durante aquella separación.

Así, desde que regresó la vida social, no se habían separado ni un solo día. Sus familias se conocieron poco después y congeniaron.

Julia, la madre de Marcos, era una divorciada alegre y vitalista que prácticamente adoptó a Ariel. Unai, el padre del muchacho, músico de profesión, y Oihana, su segunda esposa, madrastra del joven y profesora de yoga, se enamoraron de Marcos. Todas las bendiciones habían caído sobre la joven pareja y eso resultaba una suerte rara y valiosísima.

Marcos sonreía ante el espejo pensado en lo afortunado que era. Más aún tras considerar lo que su abuelo y Álex, cuando tenían más o menos su edad y la de Ariel, habían sufrido. Muchas personas no habían podido vivir su amor y su sexualidad con la libertad con la que él y su novio lo hacían. Muchos habían padecido lo impensable e incluso, como el poeta, habían acabado quitándose la vida. Pero otros muchos seguían viviendo con temor. Las cosas no habían progresado al mismo ritmo en todos los sitios. Su abuelo y Félix eran héroes en cierta manera por vivir con bastante naturalidad su relación en un contexto social complicado. Habían tenido la fortuna de encontrarse, aunque hubiera sido en la madurez. Muchos, en cambio, no tendrían nunca esa oportunidad. Marcos recordaba las historias que les contaba su amigo José Antonio —la Corcho, el dueño del bar Arcadia feliz—, un superviviente algo más joven que su abuelo, pero que había pasado las de Caín para poder ser él mismo incluso en un ambiente urbano.

Sí, Ariel y él eran unos privilegiados. Y serían unos irresponsables y unos desagradecidos si no echaban una mano a las Quijotas y Dulcineos.

—Cari, ¿qué me pongo? —le preguntó Ariel entrando al cuarto de baño con dos conjuntos diferentes—. Ya no hace viento y vuelve a hacer calor, así que me pondría corto —explicó enseñándole un pantalón vaquero minúsculo con peto y camiseta rosa. Marcos asintió—. Lo que pasa es que tu abuelo dice que al anochecer refresca bastante —añadió mostrando un traje de vestir gris perla con una camisa turquesa.

—Estás guapísimo con cualquier cosa —respondió Marcos mirándose al espejo, tratando de domar los mechones de su cabello, aún húmedo.

—¡Dale! ¡Hazme caso, boludo! —protestó Ariel arrancándole la toalla de la cintura y escapando con ella al dormitorio, donde enseguida lo alcanzó Marcos, corriendo desnudo por la *suite*.

Rieron divertidos y volvieron a besarse. Sus manos, expertas, sabían cómo despertar la pasión del amado en cualquier momento. A punto estuvieron de dejarse llevar por un deseo incontenible. No obstante, el timbre del teléfono sobre la mesita de noche los interrumpió.

El abuelo los esperaba, de modo que se vistieron sin demora. Aguantaron las ganas de lanzarse a la cama convencidos de que en unas horas se resarcirían. Bajaron trotando a la recepción. Al final Ariel había optado por el conjunto gris, pero conjuntándolo con la camiseta rosa y unas zapatillas de deporte. Marcos era un chico clásico y menos sofisticado que se limitaba a combinar los sempiternos vaqueros con diferentes camisetas, las cuales, desde que salía con Ariel, habían aumentado en originalidad y colorido y reducido su tamaño a fin de insinuar mejor su musculatura.

Félix se quedó en la hospedería. Esperaban a unos clientes y tenía que tener todo a punto. Mari Carmen, la señora que los ayudaba, no había podido ir, así que los propietarios tenían que arreglárselas solos. Marcos les comentó de camino a la plaza que él no entraría a la heladería. No explicó los motivos. Solo añadió que, en cuanto llegasen, volvería a casa para ayudar a Félix.

Los chicos franquearon la puerta del local después de despedirse del abuelo y se encontraron con un establecimiento que imitaba el estilo de sus homólogos norteamericanos de los años 50. El suelo, de losas blancas y negras en forma de damero, contrastaba con unas paredes de colores pastel decoradas con enormes fotografías de helados de fantasía y de chicas con estilismo *pin-up*. El mobiliario, dispuesto junto a los ventanales del lado izquierdo del local, estaba formado por mesas rectangulares blancas con dos bancos enfrentados, acolchados y tapizados con escay de color azul celeste. Cada conjunto de mesas y bancos delimitaba un espacio pensado para grupos de seis personas. En total había media docena de mesas que llegaban hasta el fondo de la heladería. En el lado derecho, una

barra que hacía juego con el resto de la decoración se extendía a lo largo del establecimiento. Los taburetes, de largas patas blancas, estaban coronados por mullidos asientos redondos forrados del mismo color que los bancos. Detrás del mostrador trajinaba un elegante, fornido y guapo muchacho negro vestido con una camisa de manga corta, de color azul claro, sobre la que destacaba una chapa con su nombre: «ABDOU C.». Llevaba también un gorrito tipo bonete del mismo color. El camarero, al verlos entrar, los saludó con una sonrisa blanca espectacular.

A primera vista, solo parecía haber un cliente, un anciano de aspecto huraño, vestido con chaqueta de punto gris y boina calada, que estaba sentado en el banco más cercano a la entrada y que tenía un poleo humeante entre las manos, en el que hundía su nariz y la mirada huidiza. Solo entonces repararon en que en la mesa del fondo había otras cuatro personas. Dedujeron, por las indicaciones del abuelo, que se trataba de los otros miembros de la junta directiva de la asociación LGTBIQ+ de Molinosviejos, Quijotas y Dulcineos. Estos reconocieron enseguida a Marcos y Ariel, cuya descripción les había facilitado el abuelo, y les hicieron gestos para que se acercaran. Se saludaron y se presentaron. Alrededor de la mesa, en la que reposaban varias bebidas a medio consumir, estaba Marga, la presidenta de la asociación, una mujer de cuarenta y muchos, lesbiana, alta, grande, corpulenta, con los ojos del color de las avellanas y el cabello gris, corto. Vestía un pantalón vaquero y un jersey granate de cuello alto. Tenía el ceño fruncido permanentemente y miraba con una intensidad que imponía respeto. Su gesto, no obstante, resultaba amable.

A su derecha estaba Amparo, una chica de veinte años, morena, menuda, tímida, vestida de oscuro, muy guapa, aunque la bonita melena ondulada que enmarcaba su rostro también tendía a ocultarlo. Su mirada parecía atrapada por una gravedad particular que le impedía levantar unos sensibles ojos negros que se escondían tras los cristales de sus gafas.

A la izquierda de la presidenta apuraba ya un sorbete de limón Martín, un chico de veintitantos, guapo, con una larga barba rubia y

cabello ondulado del mismo color. Vestía pantalón de chándal azul marino y una sudadera negra que no impedía intuir un cuerpo muy musculado, aunque lo más llamativo eran sus ojos, grandes y muy juntos, de un color azul liviano, como el agua de la orilla de un mar caribeño. Su cuello, bovino, dejaba entrever un tatuaje misterioso que se perdía camiseta abajo. Debía de ser un dibujo simbólico o ideogramas orientales, pensaron Marcos y Ariel, a quienes les resultó muy atractivo y les recordó a un vikingo.

Frente a él, con las piernas y los brazos cruzados, el talle erguido, un cuerpo esbelto y huesudo, el cabello corto teñido de rubio platino y engominado, los pómulos salientes, sombreados, la mirada clara, gris, como de plata vieja, desafiante, enmarcada por una elegante línea negra que estilizaba aquellos ojos escrutadores, casi tártaros, y los labios pintados de rosa, los observaba Ina. Al nacer la habían llamado Ignacio. No obstante, desde que hubo aprendido a hablar se había referido a sí misma en femenino y lloraba cuando no le ponían la ropa de su hermana. La incomprensión la había acompañado desde que nació, hacía ya casi diecinueve años.

—Qué guapa estás. Me encanta ese color —le dijo Ariel sentándose a su lado, refiriéndose al tono burdeos de su camisa, que conjugaba a la perfección con unos pantalones ajustados de color oro.

Con esas palabras la muralla defensiva en los ojos de Ina se derrumbó, cambiándole incluso el gesto. La muchacha sonrió y, con la caída de sus defensas, el hielo de todo el grupo, que recelaba en principio de aquellos jóvenes de ciudad en los que Félix y Marcos habían depositado sus esperanzas, se resquebrajó del todo. Se acomodaron, pidieron otra ronda de helados, horchata y sorbetes y se zambulleron en el tema que los había reunido.

Marga les explicó que, en los dos años anteriores, los actos del Orgullo se habían limitado a una pequeña manifestación que recorría la plaza portando una pancarta cuyo lema siempre aludía a la igualdad de derechos para el colectivo. A continuación habían leído un manifiesto frente al ayuntamiento y la jornada había terminado con una pequeña fiesta en el bar Don Quijote, en la

otrora calle Fantasía, rebautizada por el nuevo Gobierno de TOS como calle Mártires de la Patria. La concejala de Igualdad de la anterior legislatura, cuando gobernó Vecinos, los había acompañado en representación del consistorio en 2018. Les habían puesto incluso un micrófono. No había sido un acto multitudinario pese a los carteles que anunciaron el acto durante toda la semana. Aparte de quienes se sentaban en aquella mesa, de Félix y Marcos, de la citada concejala y de la oposición de izquierdas, solo una docena de conciudadanos se había unido a la protesta. En el Orgullo de 2019, en cambio, habían concitado a una veintena de personas, aunque el nuevo Gobierno municipal, ya de los *tóxicos*, como los llamaba con agudeza e ingenio Ina, ni cortó el tráfico —que había devuelto a la plaza tras treinta años siendo peatonal— ni les puso megafonía ni nada. Pese al nulo apoyo institucional, la fiesta en el Don Quijote había reunido a mucha gente. El gerente había adornado el histórico local con banderas del arcoíris y fotos de famosos del colectivo. El DJ —que allí denominaban *pinchadiscos*— había animado la noche con los éxitos más recordados y aplaudidos por el colectivo LGTB: desde los himnos de Gloria Gaynor, Alaska o Madonna hasta la incombustible Raffaella Carra, pasando por Cher, Mónica Naranjo, La Casa Azul, Camilo Sesto o Raphael. La noche estuvo a punto de irse al traste cuando un grupo de jóvenes, vestidos con el inconfundible estilo de la llamada Cantera Juvenil de TOS, pero a los que apodaban sencillamente Cachorros Tóxicos, irrumpió en el local insultando a todo el mundo por su orientación sexual y de género. Los guardias de seguridad y algunos asistentes lograron expulsarlos y la fiesta pudo continuar. Desgraciadamente, explicó Marga, su presencia en el pueblo y su poder habían aumentado exponencialmente durante el último año, utilizando su mayoría absoluta como patente de corso. De hecho, aduciendo que la situación social y económica tenía otras prioridades, el Ayuntamiento había eliminado la Concejalía de Igualdad y había cancelado de la agenda institucional todos los actos relacionados con el colectivo LGTBIQ+: jornadas conmemorativas, días contra las fobias que amenazan al colectivo y, por descontado, los actos del

Orgullo. No obstante, lejos de limitarse a no colaborar en su organización, el consistorio les estaba poniendo impedimentos para la cita de 2020.

Los problemas eran muchos. Además de la oposición del Gobierno municipal —valga la paradoja—, el Don Quijote había cerrado. Tras más de medio siglo alegrando las vidas y las noches de Molinosviejos, el bar no había superado el obligado cierre durante el estado de alarma. Las deudas se habían ido amontonando y sus dueños —ya mayores— habían decidido bajar la persiana y prejubilarse. El pueblo entero anhelaba que algún valiente tomara las riendas del icónico bar asumiendo el traspaso. En todo caso, para el día del Orgullo iba a estar cerrado.

—Menos mal que solo teníamos que ayudar con unos flecos —le susurró Ariel a Marcos de forma disimulada, recordando las palabras de Félix y enarcando una ceja con gesto de preocupación.

—Bueno —les dijo entonces Marcos, frotándose las manos tras pensar durante un momento en las palabras de su novio—, parece que hay mucho que hacer. Será mejor que nos pongamos manos a la obra.

CAPÍTULO IV

Margarita Pérez (Marga): «*Solo pretendíamos reivindicar nuestros derechos: a la vida, a la existencia, a la libertad, a amar a quien nos dé la gana. ¿Cómo íbamos a imaginar algo así? Inspector, somos personas pacíficas y trabajadoras. Estoy consternada, triste y furiosa. Exijo que se haga justicia*».

Durante más de una hora, las ideas, las propuestas, los pros, los contras y las alternativas fueron amontonándose sobre la mesa que compartían aquellos seis activistas de la igualdad de derechos. Abdou, el camarero, sonriente y siempre solícito, les sirvió sucesivas rondas de refrescos, helados y granizados. Lo único que tenían claro era que el derecho constitucional de manifestación obliga a los ciudadanos a informar del acto, no a pedir permiso. Y Marga había enviado la notificación a la Delegación del Gobierno hacía una semana. La Administración solo podrían prohibir la manifestación si supusiera una alteración del orden público o si pusiera en peligro a personas o bienes. Por ello, lo que el Gobierno municipal hizo en su preceptivo informe fue alegar que cortar el tráfico de la plaza, centro neurálgico de la población, constituía una molestia inasumible por los habitantes y comerciantes y que eso amenazaba el orden público. La autoridad superior había aceptado esta argumentación y había instado a la asociación a recurrir ante los tribunales o a proponer una ubicación alternativa. Estaban seguros de que todo era un despropósito y de que si recurrían les darían la razón. Sin embargo,

como reza el dicho, «las cosas de palacio van despacio», y aquella maniobra del Ayuntamiento podía lograr que cuando obtuvieran el beneplácito fuera demasiado tarde. El tiempo apremiaba. Lo más sensato era proponer otro emplazamiento al que el Ayuntamiento no le pudiera poner reparos. Marcos y Ariel, que escucharon con mucha atención, se miraron y sonrieron al darse cuenta de que estaban pensando lo mismo: habían encontrado el lugar idóneo.

—¿No quedará muy apartado? —dudó Amparo.

—Un poco tal vez, pero se llega enseguida —repuso Ariel, que había asumido el papel de coordinador del evento—. Además, podríamos poner música y nada mejor que un buen jolgorio para atraer a la gente.

—¡Sí! —exclamó Martín, con un vozarrón grave y profundo—. Yo tengo unos altavoces grandes y un generador de gasoil.

—Y el dueño del Don Quijote nos dijo que nos podía prestar los módulos para montar un escenario de unos veinte metros cuadrados —recordó Ina.

—Podríamos poner focos usando el generador de Martín —apuntó Marga.

—Bueno, la verdad es que el sirio es perfecto si queremos aprovechar el Orgullo para reivindicar al poeta —señaló Amparo.

—El aparcamiento estará vacío a esas horas; la casa-museo cierra a las seis. Es un espacio amplio y no hay vecinos cerca que puedan quejarse del ruido… —recapituló Marcos.

—Necesitamos aprovechar ese tablado. Habría que conseguir alguna actuación musical —pensaba Ariel en voz alta.

—Pero, si estamos allí, ¿cómo llamaremos la atención, cómo se enterará la gente? Aunque pongamos música, estaremos lejos del centro —se quejó Marga.

—Pondremos carteles. Empapelaremos el pueblo. Y lo haremos la víspera, por la noche, o el mismo día por la mañana, para que no les dé tiempo a arrancarlos —propuso Amparo.

—Bien pensado. También se me está ocurriendo una forma rebuena de que se nos vea… —murmuró Ariel con una sonrisa picara y los ojos entornados.

No pudo continuar hablando, pues una voz potente a su espalda, seguida de carcajadas y pasos atropellados, que más que de personas parecían de una manada de bestias descontroladas, irrumpieron en el local con gran estruendo.

—¡No miréis! —les advirtió Marga, aviso que logró justo lo contrario, volviéndose de inmediato hacia la entrada Marcos, Ariel e Ina.

Un grupo de jóvenes acababa de irrumpir en la heladería. Estaba formado por media docena de muchachos que rondaban la veintena, vestidos como cualquier chico de su edad, aunque todos ellos lucían una pulsera con el logotipo y los colores de la enseña del partido TOS, que se entrelazaba con la bandera española, como si una surgiera de la otra o como si aquella fuera causa o efecto de esta, en un todo indisoluble y excluyente.

Los Cachorros Tóxicos, como los llamaban en el pueblo, se abalanzaron contra la barra, recostándose en ella y comportándose de forma altanera, descarada y maleducada. Reían sin parar, imposible saber de qué broma o ingenioso comentario. Proferían carcajadas abruptas, exageradas, acompañadas de sonoros golpes de camaradería en pecho y espalda, como si necesitaran demostrar lo fraternales que eran con los suyos, la elevada cantidad de testosterona que corría por sus venas y la hilaridad que dominaba su existencia. Todo resultaba cómico, incluso patético, aunque cualquiera con un algo de sensatez habría evitado esbozar siquiera una media sonrisa, ya que un grupo así ríe y apalea en manada.

—¡Eh, Kunta Kinte, granizados de limón para los seis! ¡Ya! —ordenó el que parecía liderar aquella grey y al que apodaban el Bullas, según les dijo Ina en un susurro.

—¡El mío, de café! —bramó uno de ellos, bajito y con enormes orejas de soplillo, dando una sonora palmada sobre la barra.

—¿«Kunta Kinte»? —inquirió otro, riéndose, sin que el líder le respondiera.

Abdou comenzó a servir los granizados. Los fue colocando en fila, poniéndoles a continuación una pajita de bambú. El que lo había exigido de café se molestó al ver que todos eran de limón.

—¿No me has oído, Kunta? ¡He dicho que el mío de café!

—Sí, te he oído. Lo iba a servir ahora. Hay cinco en la barra, los de limón. Ahora iba a poner el de café. Y mi nombre es Abdou —respondió al fin el camarero, justo después de intercambiar con el anciano de la boina, que apuraba un segundo poleo, una mirada significativa—. Lo pone en mi chapa —añadió señalando el rectángulo de metal negro prendido a su camisa, a la altura de sus robustos pectorales, en el que, en mayúsculos caracteres blancos, se veían perfectamente las letras que formaban su nombre—. ¿No sabes leer?

Marcos y los demás contuvieron la respiración. Ariel se revolvía en el banco, a punto de intervenir. Su novio lo sujetó con disimulo. Marga meneaba con sutileza la cabeza, rogándoles que no se entrometieran. El aire, impregnado de miedo, se había vuelto denso y hasta se podía respirar el temor que provocaban los Cachorros.

—¿Qué has dicho, negro? —lo desafió el Bullas, apoyando ambas manos en la barra.

—Que me llamo Abdou. Ya lo sabéis. Llevo años trabajando aquí. Que en el pueblo nos conocemos todos —señaló el imprecado, mirando a aquella banda no con miedo, sino con rabia.

—Se llama Abú, tíos, ¡como el mono de Aladdín! —bramó el bajito, provocando la carcajada ofensiva de sus compinches, que no tardaron ni un segundo en ponerse a imitar al aludido mamífero con gestos y muecas simiescas que los hacían llorar de risa ante la mirada seria y atribulada del resto de los presentes.

El Bullas, entonces, miró fijamente a Abdou, quien le sostuvo la mirada desafiante mientras bajaba con disimulo una mano hasta el bate de béisbol que su jefe le había llevado un día no hacía mucho, cuando resultó ya innegable que aquellos nuevos fascistas se enseñoreaban del pueblo y que un trabajador migrante y negro era, maldita sea la paradoja, un blanco perfecto para sus irracionales y enfermizos odios supremacistas.

El jefe de los Cachorros, asaltado por la duda de si sus superiores aprobarían que destrozasen precisamente aquel establecimiento, y más en pleno día, resolvió unirse a las carcajadas

de sus colegas de correrías y se limitó a decir señalando las bebidas:

—Ponlos para llevar, Abú.

Pareció, por un momento, que aquel conato de violencia había pasado y que el aire volvía a fluir fresco y limpio. Sin embargo, el líder sentía que el resquemor de la adrenalina no derramada le acidificaba el aliento. Acodado entonces de espaldas a la barra, en un vano intento de mostrar desprecio al camarero, su mirada revoloteó por el local. Aquellos colores pastel le horrorizaban; le parecían demasiado femeninos, blandos, horteras. Sus ojos recalaron en el viejo, que se había terminado la segunda infusión de la tarde y observaba disimuladamente, con las manos en su bastón, que descansaba sobre su regazo, todo lo que ocurría en la heladería a través del reflejo que le devolvía el ventanal, dado que fuera estaba oscureciendo.

El Bullas sonrió. Sabía quién era aquel viejo, quién había sido. Y sintió pena. Como esa clase de sentimientos le provocaban rechazo, alzó su escrutadora mirada desde el ya inofensivo bebedor de poleo, la desplazó por todo el local y, atraída por los murmullos, la llevó hasta el grupo del fondo. Entonces sus ojos se abrieron como platos. La rabia insatisfecha había hallado por fin nuevas víctimas. Se despegó de la barra y dio unos pasos hacia el fondo del local, lentos, desafiantes, rotundos. Sus colegas, que seguían intercambiando bromas y golpeteos de macho, al ver que su líder se alejaba, lo siguieron con la mirada. Este esbozó una sonrisa, pero solo dibujó el gesto en el lado derecho de su rostro. Con los pulgares en los bolsillos de su vaquero y la cabeza ladeada, se detuvo junto a la mesa de las Quijotas y Dulcineos.

—¡Mierda! —farfulló Marga.

—¡Vaya! Si tenemos aquí al arcoíris de Molinosviejos —comenzó el cachorro—. Las Quejicas y los Desviados —añadió queriendo burlarse—. Panda de degenerados —masculló con desprecio.

—¡Ya están los granizados! —alertó Abdou desde la barra.

—Vosotras sois nuevas, ¿no? —preguntó dirigiéndose a Marcos y Ariel.

Este no pudo resistirlo más. Se levantó de un salto, desembarazándose del brazo de Marcos, que habría preferido eludir el enfrentamiento, y se plantó ante el Bullas con los brazos en jarra y sosteniéndole la mirada.

—¿Cuál es tu problema, Clanton? —le preguntó Ariel, llamándolo como el antagonista de *Duelo de titanes*, referencia que aquel macarra no entendió.

Los colegas del Bullas acudieron presurosos junto a su jefe para escoltarlo en el nuevo enfrentamiento y colocarse en formación de ataque. Reían con sorna y gesticulaban de forma desenfadada, tocándose sin disimulo sus atributos.

—¿Cómo te llamas, princesa? No nos conocemos. Y mira que tenemos fichados a todos los desviados del pueblo: la vacaburra de Marga; Nacho o Nacha o como sea que se haga llamar ese engendro, y luego la parejita feliz: el pajillero Martín y la mosquita muerta de Amparo —enumeró señalando uno a uno a los aludidos con gesto despectivo—. Estos dos dicen que son novios, aunque yo no me lo trago. Ah, bueno, nos faltan las viejas glorias: Félix y su señora. ¿Dónde estarán? Seguro que en la hospedería, dándose por el culo —añadió remarcando cada sílaba, con la intención de provocar—. A ti y a tu amiguito no os habíamos visto antes —insistió despacio, como si las palabras se le hiciesen pasta en la boca —. Así que respóndeme: ¿cómo te llamas?

Ariel sonrió sin ceder un milímetro en su posición ni desviar la mirada, fija en los ojos del Bullas, quien solo buscaba un pretexto para dar rienda suelta a su sed de violencia.

—Me llamo Ariel —respondió al fin, con firmeza.

—¡¿Ariel?! ¡Como *La sirenita*! —gritó el bajito del grupo, prorrumpiendo todos en sonoras carcajadas—. Entonces Marga debe de ser Ursula —añadió para irrisión de sus compañeros.

—A ver, vos, el de las referencias cinematográficas infantiles —le espetó Ariel, con las pulsaciones aceleradas y el acento argentino desatado—. Imagino que tus colegas te llamarán Dumbo.

El silencio cayó como una losa. Las carcajadas cesaron de inmediato. El aludido pareció empequeñecer. Se tocó las orejas,

objeto de las burlas de todo el pueblo desde que empezara a ir a la escuela. Marcos se incorporó, cogiendo del brazo a Ariel.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó uno de aquellos descerebrados a su jefe.

—Porque la gentuza como ustedes siempre ataca a lo más fácil y evidente. No suelen tener imaginación —espetó Ariel, sin conseguir contenerse.

—Cari, por favor —le rogó Marcos, que temía un enfrentamiento en el que estaban en clara desventaja.

—¡¿«Cari»?! —replicó el Bullas, con cara de repugnancia—. ¿Sois novios? ¿Conque tú también eres maricón? ¿Eres el churri de esta marica sudaca?

—Sí, ¿qué problema tienes? —respondió Marcos, resignado ya a la idea de que tendría que resolver aquella situación con los puños, como no había vuelto a hacer desde los quince, cuando se enfrentó a un compañero de clase que lo acosaba.

—Princesa, seguro que haces muy buenas mamadas. ¿A que te gustaría chupármela? —continuó el Bullas, ignorando a Marcos y pasándose las manos por la entrepierna de manera obscena.

—Para nada. Además, como dice un amigo, conforme la nariz, el regaliz, y con esa napia de *bulldog* que veo en tu cara no creo que tuviera ni para empezar —rebatió Ariel, maestro en aquellas batallas dialécticas, confiando en que los Cachorros Tóxicos se cansaran.

—¡Los granizados ya están! —insistió Abdou, saliendo de la barra y colocándose entre los contendientes.

La tensión resultaba insoportable. El Bullas, herido en su orgullo, deseaba darle una lección a aquel descarado, pero lo habían aleccionado para evitar los enfrentamientos que pudieran generar una corriente de opinión adversa al proyecto de dominio social que inspiraba al partido. Los correctivos debían ser discretos, no públicos. Lo preferible, le habían explicado, era ir de víctimas. Así se extendían las simpatías y el control. Paciencia y autodisciplina, le habían aconsejado. Se esforzó en sonreír, queriendo hacer ver que no le afectaba la provocación de Ariel, y se limitó a decir:

—Gallardo, págale las bebidas al negro.

Entonces se retiró dando unos pasos hacia atrás, escoltado por sus chicos, hasta llegar a la altura de la barra, donde Abdou había dejado media docena de vasos de cartón con sus correspondientes tapas y pajitas. El tal Gallardo, un muchacho robusto y cejijunto, dejó el dinero sobre el mostrador y cada uno cogió un refresco. Se marcharon sin dejar de mirar de forma desafiante a Ariel y a Marcos, que no se movieron del sitio hasta que la manada abandonó la heladería.

Cuando la puerta se hubo cerrado, un suspiro de alivio brotó de todos los presentes, salvo del anciano, que seguía con la mirada fija en el reflejo que le devolvía el cristal y sus manos de piel cuarteada en el bastón, que había aferrado con fuerza.

—¡Muy bien! Les habéis parado los pies —aprobó Ina, aplaudiendo.

—No. Ha sido un error —opinó Marga.

—¿Por qué? ¿Acaso es mejor callarse y dejar que esos boludos nos insulten? —cuestionó Ariel.

—Nosotras vivimos aquí todo el año. Vosotros os iréis y nos quedaremos solas.

—Por eso debéis aprender a hacerles frente —apuntó Marcos.

—Tienen razón, Marga. No podemos permitir que nos acojonen —opinó Martín.

—Como tú eres funcionario no tienes miedo, pero las demás no tenemos las espaldas cubiertas —repuso la presidenta.

—¿Vamos a cenar a la pizzería y lo discutimos allí? —sugirió Amparo.

—Sí, genial —convino Ina—. Además, Ariel nos tiene que contar su idea para que el Orgullo sea bien visible.

Se acercaron a la barra y pagaron las consumiciones para salir a continuación a la plaza. Marcos se quedó el último, esperando las vueltas de sus bebidas y de las de Ariel. Abdou tuvo que ir a buscar cambio a la pequeña oficina que había detrás del almacén, al que se accedía por una puerta estrecha al fondo del local, junto a los aseos. Marcos aguardaba en la barra, sentado en una banqueta y con los codos sobre el mostrador. Jugueteaba con el billete de veinte con el

que pretendía pagar y pensaba en la injusticia que suponía que una diferencia en el pigmento de la piel, en un cromosoma o en el deseo pudiera dar lugar a odios y enfrentamientos, a violencia y desconfianza, a miedo y división. Notó que alguien se sentaba a su lado. Giró la cabeza y descubrió al anciano que había estado inmóvil en su banco desde que habían llegado. El viejo, enjuto y arrugado como un pergamino, lo miraba fijamente desde sus dos pequeños ojos oscuros, que brillaban como perlas negras. Sus manos, un puñado de sarmientos largos, sostenían entre los dedos el bastón que poco antes se disponía a usar para detener la pelea si no le hubiese quedado otro remedio. La boina, cuya sombra se cernía sobre sus ojos, ocultaba un escaso cabello cano, por lo que se entreveía en sus sienes.

—Hola, chaval —saludó sin sonreír.

—Buenas tardes —respondió tímidamente Marcos.

—No eres de por aquí —afirmó.

—No, no. Estoy… estamos —se corrigió— de visita.

—¿Os alojáis dónde los maricas? —le interrogó, sin apartar su mirada de friego.

—En la hospedería de mi abuelo, sí —respondió Marcos, a la defensiva.

—¿Tu abuelo? ¿Quién? ¿Félix? —insistió el anciano, con la voz trémula.

—No, Marcos.

En ese momento volvió el camarero con un par de paquetes de monedas que depositó en los diferentes compartimentos de la caja registradora.

—No le cobres, Abdou —ordenó el anciano, acompañando su instrucción de un gesto que no admitía discusión—. Invita la casa.

—Disculpe. No comprendo.

—Es el señor Cortés, el dueño de la heladería. Y mi padre adoptivo —explicó Abdou sonriendo.

—Ah. Pero no hace falta que nos invite, señor. Gracias.

—Guarda tu dinero, chaval —le ordenó el viejo, apartando la vista por primera vez, como si se hubiese quedado exhausto al mirar

al muchacho—. Ya me parecía que me sonaba tu cara —masculló.

—Dicen que me parezco a mi abuelo, aunque más a su gemelo, por los ojos, sobre todo —explicó de forma ingenua Marcos, como si aquello no tuviese importancia.

—¡Gus! —exclamó entonces el señor Cortés, alzando sus ojillos de carbón encendido hasta escrutar los de Marcos.

—Papá, ¿estás bien? —inquirió Abdou, extrañado al ver cómo le temblaba el labio inferior al hombre que, trece años atrás, lo había acogido en su casa primero y luego, tras un viacrucis administrativo, se había convertido en su padre adoptivo.

—Sí, sí —respondió de palabra y con un gesto de la mano.

—Tengo que irme. Me están esperando —dijo Marcos poniéndose en pie, dispuesto a salir, cuando el hombre lo aferró por un brazo.

—Tened cuidado con esos Cachorros; son peligrosos. Hazme caso, sé de lo que hablo —le advirtió.

—Lo tendremos. Descuide. Muchas gracias. Saludaré a mi abuelo de su parte. Adiós, Abdou —se despidió desde la puerta, levantando la mano y recibiendo el mismo saludo junto con una inmaculada sonrisa por parte del camarero.

—No, mejor no le digas que me has visto —murmuró el señor Cortés cabizbajo, sin posibilidad alguna de que Marcos lo escuchara ya—. Hijo, ponme un café.

—¿Café? ¿A estas horas? Luego dices que no duermes.

—No quiero dormir. Debo estar atento —replicó mirando significativamente hacia la puerta del local—. Llévalo a mi mesa. Voy a mear —le indicó encaminándose hacia los baños con pasos cortos.

La cena, en la pizzería La Tridentina d'Oro, se desarrolló entre bromas y anécdotas. Ariel desplegó todos sus encantos y conquistó a todas las quijotas y dulcineos. Les habló de sus amigos del Arcadia feliz, de los acosadores a los que había parado los pies desde que llegó a la pubertad y —según sus palabras— floreció y del

movimiento asociativo *queer* en el que militaban en la ciudad. Marcos y él les explicaron su experiencia como gais, como pareja y como activistas. Martín seguía en el armario, que en su caso era un baúl con siete candados. Era cartero. Vivía con su madre, una dama viuda y muy beata. Llevaba años soportando un interrogatorio cada vez más intenso sobre sus amistades. Para acallar los rumores, que en una población como Molinosviejos corrían como la pólvora, Martín y Amparo habían pactado fingir que eran novios. Aunque los padres de la chica sabían que era lesbiana, le habían pedido que no se lo contara a nadie. De esa forma, ambos se protegían fingiendo ser una pareja encantadora, aunque con amistades cuestionables. Marga e Ina, por su parte, ni siquiera podrían haberse planteado quedarse en el armario: la vida de ambas era bien conocida en el pueblo. La primera cuidaba de su madre incapacitada y la segunda, para la mayoría de los molinenses, era una marica travesti y una desgracia para su familia. La amistad de Martín y Amparo con ellas y con los dueños de la hospedería —les contaron que se decía en el pueblo— se enmarcaba en los parámetros de lo aceptable, incluso deseable desde una óptica cristiana y caritativa, ya que era bueno ayudar a los demás siempre que aquello «no fuera a más». Ninguno entendía bien a qué se referían sus familiares y vecinos con aquella advertencia, aunque intuían que sus allegados temían que «lo de esas amistades», como aludían a la orientación sexual y a la identidad de género de sus amigos, se les fuera a pegar, contagiar o comoquiera que pensaran que funcionaban aquellas diversidades a las que en el pueblo calificaban de «rarezas», «desvarios», «perversiones», «desviaciones» o «vicios».

Alrededor de medianoche se despidieron. Salvo Marga, que vivía cerca de la plaza de España con su madre octogenaria, dependiente y aquejada del mal de Alzhéimer, los demás se dirigieron hacia los barrios nuevos. De modo que Marcos, Ariel y la presidenta de la asociación pasearon hacia el centro compartiendo confidencias.

Marga, que a sus cuarenta y ocho años no había mantenido ninguna relación estable, se mostraba pesimista respecto a la

situación política, social y económica. Era la menor de cuatro hermanos y la única mujer. El machismo que respiró desde niña le hizo creer que su destino natural era servir a sus hermanos, ayudar a su madre en casa y, aunque encontrara marido y le diera muchos hijos, hacerse cargo de sus padres cuando estos se hicieran mayores. Sin embargo, un día, poco después de cumplir los diecisiete, durante el verano de 1989, descubrió que le gustaban las mujeres. Había ido con una amiga a bañarse al mismo estanque donde en 1970 había aflorado el amor entre el abuelo Marcos y el poeta Alejandro, el mismo oasis que años después arrasaría la codicia del alcalde Pozuelo. Marga y esa otra muchacha eran muy buenas amigas y aquella tarde, dejándose llevar por una atmósfera de intimidad, confianza y curiosidad, las adolescentes unieron sus labios en un beso trémulo que denotaba el nerviosismo y la excitación que las embargaba. Aquel primer contacto físico derrumbó una muralla que había mantenido la vida de Marga sumida en las tinieblas y bañó en luz una realidad que solo había intuido. Sintió que la verdad, al igual que aquel placer dulce y embriagador que descubrió en la boca de su amiga, se derramaba por su cuerpo y por su vida. Supo entonces, como una aparición irisada que se abriera camino entre sus estremecimientos, quién era realmente.

Ambas jóvenes disfrutaron de un verano inolvidable en el que, amparadas por la permisividad que la sociedad concedía a la intimidad entre féminas, pudieron pasar noches juntas y descubrir las posibilidades que sus cuerpos les ofrecían para el placer. Eran buenas amigas, grandes amigas, íntimas e inseparables, de modo que nadie sospechó nada.

A pesar del amor que nació entre ellas, con el inicio del curso escolar, la otra —que era un año mayor que ella y cuyo nombre no quiso pronunciar porque le dolía demasiado— se marchó a Madrid a estudiar la carrera de Medicina.

Marga no iba a estudiar en la universidad; ni siquiera había cursado el bachillerato. Su padre opinaba que las chicas solo necesitaban saber leer, escribir y las cuatro reglas. No hacía falta más para llevar el hogar, cocinar, coser y cuidar a su familia. Lo que tenía

que hacer —le recomendó su progenitor— era encontrar un buen chico antes de que se le pasara el arroz y se quedara para vestir santos. Pero a Marga los chicos le importaban un pimiento y, como el dolor que le atenazaba el corazón la dejó sin capacidad de reacción, se dedicó a ayudar a su madre y a aprender a ser una eficiente ama de casa.

Así se habían sucedido las estaciones y los calendarios con la efigie de la Virgen de la Resignación que cada nuevo año colgaban en la cocina. Sus hermanos se fueron casando y abandonando el hogar familiar, su padre falleció a finales de siglo en un accidente de tractor y ella se hizo adulta en una casa de la que tuvo que hacerse cargo en cuanto su madre empezó a mostrar síntomas de demencia. Cuando alguien le preguntaba si tenía novio, Marga contestaba que solo tenía tiempo para cuidar a su madre.

Su aspecto físico y su forma de vestir, demasiado masculina para los estándares del lugar y que además ella reivindicó como único acto de rebeldía, hicieron correr el rumor de que era lesbiana. Naturalmente, nadie usaba esa palabra. La llamaban *tortillera; camionera* o *bollera*. Una señora que presumía de ser la socia número uno de la Asociación Ibérica de Lectores y de atesorar más de tres mil volúmenes en los anaqueles de su casa se refería a ella como *sáfica*. Marga reconoció que aquellas habladurías la aliviaron, porque pudo ser un poco más ella misma. Nunca lo confirmó ni lo desmintió; sencillamente dejó que la gente le abriera la puerta del armario. Hubo quien afirmó que mejor bollera que solterona. Las habladurías no le dolían. Sus hermanos se habían ido del pueblo y su madre ni sentía ni padecía. Cuando la pobre ya no se valía por sí misma, Marga contrató a una chica colombiana, Gladys María, para que la cuidara algunas horas, de modo que ella tuviera algunos ratos libres. Muy de vez en cuando había hecho alguna escapada de fin de semana a Madrid o a Barcelona, donde descubrió las librerías especializadas en publicaciones para el colectivo y, sobre todo, los bares para mujeres como ella: bolleras, tortilleras, sáficas, lesbianas, bellísimas todas y, ante todo, libres. Allí tuvo algunas aventuras tan breves como intensas, pero solo destellos de amor que, como

estrellas fugaces, se extinguían enseguida. Su vida afectiva, lamentaba, se había quedado anclada en aquel verano de 1989.

Marcos y Ariel quisieron animarla y le hicieron ver que la misma existencia de la asociación era importante para que otras lesbianas, y el resto de los componentes de un colectivo que se amparaba bajo unas siglas que eran mucho más que letras, pudieran reunir el valor para dar un paso al frente y salir de las sombras a las que el tradicional esquema de las relaciones humanas las había relegado. Era cuestión de tiempo, le aseguraron, que, como habían hecho Amparo, Ina y Martín, más personas se acercaran a esa familia de Quijotas y Dulcineos que estaban construyendo.

—Si nos fiamos de las estadísticas más conservadoras, el diez por ciento de la población es homosexual —le dijo Marcos bajando la voz, como si fuera un secreto.

—Eso significa que en Molinosviejos habría casi cien gais y lesbianas —dedujo Marga con asombro—. ¿Y dónde coño están? —se preguntó, confusa.

—En el fondo del armario, entre bolsitas de naftalina y pachulí, cariño —respondió Ariel—. Aunque te aseguro que el diez por ciento son pocos. Por experiencia te digo que uno de cada tres seguro, y otro tercio, si lo prueba, repite —aseveró.

—¡Exagerao! —rio Marga, incrédula.

—Mi novio piensa que todo el mundo es gay hasta que se demuestre lo contrario —bromeó Marcos, pasándole el brazo sobre los hombros a su amado.

—Dile, dile cuántas veces me equivoqué. Dale, díselo —lo retaba Ariel.

—La verdad es que a veces nos hemos sorprendido —reconoció Marcos ante una Marga que parecía estar asistiendo a una epifanía.

—Y no me equivocaré mucho si digo que esos Cachorros —susurró Ariel— cantan sus himnos haciendo el saludo fascista con un brazo mientras le palpan el paquete al macho de al lado con la otra mano.

—¡Calla, calla! —le pidió ella en un arrebato de risa.

A la altura de la heladería, donde a través de los ventanales

vieron a Abdou terminando de fregar el suelo tras la larga jornada laboral, se despidieron de Marga. Luego cruzaron la plaza y siguieron calle arriba, por la parte derecha del centro cultural, iluminado por potentes focos que realzaban la fealdad del edificio y que aumentaban la sensación de oscuridad de la calle que conducía a la hospedería.

Un par de minutos después, mientras Marcos y Ariel caminaban abrazados, intercambiándose susurros cariñosos y besos, escucharon unos pasos a su espalda. Ambos sintieron un escalofrío. Se volvieron para mirar, para escrutar la noche. La oscuridad, apenas rota por los conos difusos de luz anaranjada que derramaban unas farolas dispersas, no ocultaba la presencia de varias figuras que se acercaban, proyectando sus sombras hacia delante, como si estas, dotadas de voluntad, se adelantaran a sus propietarios de carne, hueso y sangre, reptando sobre los adoquines, para alcanzar a la pareja.

—Sigue andando —masculló Marcos entre dientes, aferrando hacia sí el cuerpo de su novio, al que abrazaba por la cintura, y apretando el paso.

Ariel, acostumbrado a caminar de noche solo y despreocupado, notó un extraño y desconocido estremecimiento que le recorrió el cuerpo. Su respiración se aceleró y, sin apenas percatarse, apretó el brazo de Marcos como si fuese un salvavidas y la noche, un mar embravecido. Entonces los alcanzó un silbido, agudo y veloz como un puñal. Unas risas mal disimuladas acompañaron aquel sonido bisbiseante. Los pasos que los seguían se avivaron. Eran cinco o seis. Imaginaron quiénes serían. La hospedería estaba al final de la calle. La claridad de los focos que iluminaban el nombre de la casa ya se distinguía al fondo a la izquierda. Si daban una voz, tal vez Marcos y Félix los oirían. De nuevo los alcanzó el silbido, que interpretaba la clásica tonadilla usada para piropear. Sin embargo, a ellos les sonó a amenaza, a mal augurio, a burla que precede a una absurda y cruel violencia.

Ariel se paró en seco. Marcos sintió que tiraban de él hacia atrás. Su novio se había vuelto y parecía anclado al suelo. Se giró y los distinguió. Se habían detenido a unos metros. Permanecían en la

penumbra, a medio camino entre la luz de dos farolas. Distinguían un brazo iluminado, la pierna de otro de ellos, pero solo la silueta del resto. Había refrescado bastante y a Marcos le pareció ver el vaho de las exhalaciones. Pero no podía ser. No hacía tanto frío. Entonces comprendió. Dos puntos rojos que parecían flotar en el aire, que se inflamaban y revoloteaban sin sentido, precedían a las vaharadas: dos de ellos estaban fumando. También notó la respiración acelerada de Ariel, su pulso encabritado en la muñeca, de donde lo agarraba. Nunca lo había visto así.

—¡¿Quieren chuparme la pija, pelotudos?! —bramó de repente, con un rotundo acento argentino que solo le renacía en tamaño esplendor cuando perdía el control, como si el niño que era cuando hablaba de aquella forma, como su madre, a la que tanto adoraba y que falleció tan inesperadamente, lo poseyera y hablara a través de su boca—. ¡Dale! ¡Vengan acá, boludos! —los interpeló, chillando más fuerte.

—¡Vamos, vamos! —le urgió Marcos estirando de aquella mano temblorosa mientras Ariel fulminaba con su mirada centelleante aquellas sombras inmóviles, paralizadas tal vez por aquel haz de orgullo, valor y coraje que vislumbraron en el muchacho y que, de alguna forma, neutralizó su chulería y su fuerza, las cuales nacían solo del miedo que trataban de infundir.

—¡Cagones! ¡La puta que los parió! —espetó al fin, antes de echar a correr de la mano de Marcos y alcanzar, en unos segundos eternos en los que las piernas de ambos muchachos los llevaron casi en volandas, como si sus vidas dependieran de ello, la puerta de la hospedería.

Cerraron tras de sí y se quedaron apoyados en el viejo portón de madera maciza, recuperando el resuello con los ojos cerrados, preguntándose por qué los odiaban, comprendiendo de golpe el temor de Marga y del resto del grupo.

—Nunca te había escuchado hablar así, y con tanto acento —balbució Marcos, buscando su mirada y esforzándose por sonreír.

—Cuando follamos también me sale, ¿nunca te diste cuenta? —repuso Ariel, sonriendo a su vez e incorporándose para recuperar el

control.

—¿Hola? —escucharon decir a una voz que procedía del salón.

—¿Abuelo? —preguntó Marcos reconociéndola y encaminándose hacia allí.

—Os estaba esperando. ¿Cómo ha ido con las Quijotas? —inquirió cuando se encontraron junto a la entrada del comedor.

Marcos el viejo se acercaba con un libro en la mano y las gafas de leer en la otra. Se percató enseguida de que algo perturbaba a la joven pareja. Su semblante se contagió de la preocupación de los chicos. Les preguntó qué ocurría. Su nieto era reticente a explicárselo. Sabía que su abuelo sufría mucho y que los disgustos se le acumulaban en el cuerpo, como si engordara con cada revés, solo que aquella grasa no se acomodaba bajo su epidermis, sino que le presionaba el corazón, estrangulándolo, como había sucedido tres años atrás. Su madre se lo recalcaba siempre: pasara lo que pasara, nunca debía darle disgustos a su abuelo. La vida le había dado ya demasiados. Pero ¿quién podría detener al huracán Ariel?

—¿Queréis que llamemos a la policía? Félix lo tiene claro: dice que hay que denunciar —les propuso cuando conoció lo ocurrido en la heladería y en la calle.

—No, abuelo. Ha sido solo un susto y tampoco sabemos seguro quiénes eran.

—Claro que lo sabemos —intervino Ariel—. Eran esos Cachorros Tóxicos. El jefe es ese que llaman el Bullas, ¿cierto? —quiso confirmar, aunque recordaba perfectamente el mote del líder del grupo. Marcos asintió—. Pues eso: el Bullas, el Dumbo y las hienas que se ríen como estúpidos a su alrededor. Vi la pulsera que llevan todos para que los encuentren sus papás si se pierden —añadió con toda la rabia e ironía que pudo reunir.

—Los conozco —aseveró el abuelo con preocupación—. Siempre van buscando líos y montando alboroto. Desde que gobiernan los suyos, se creen los amos del pueblo.

—Tranquilo, que no van a poder conmigo.

—Los ha llamado *bolados, pelotudos* y *cagones* —recordó Marcos a su abuelo, con el rostro iluminado y la mirada enamorada—.

Cuando se enfada le sale la vena porteña.

—No conviene provocarlos, Ariel. Es peligroso —afirmó el abuelo, que no compartía el triunfalismo de los jóvenes—. De todas formas, me alegra que no haya ido a más. Ahora acostaos y descansad. Y no hagáis ruido, que tenemos huéspedes en la habitación Verano.

Subieron a la *suite*, se lavaron los dientes, se desnudaron en silencio y se acostaron. Pusieron la televisión y dejaron de cambiar de canal cuando se toparon con un documental sobre las aves migratorias que recalan cada año en las Tablas de Daimiel. Mirando aquellas idílicas imágenes, abrazados y acurrucados bajo las mantas, Marcos le acariciaba el pelo a su novio y depositaba besos en su frente.

—No creo que pudiera vivir así —reconoció Ariel al cabo de unos minutos—. Acabaría peleándome con todo el mundo.

—O disimulando, como Martín y Amparo.

—Homófobos de mierda —farfulló recordando a los Cachorros.

—LGTBÍfobos.

—Pánfobos —pronunció Ariel a los pocos segundos—. Porque odian a todo el mundo. Por eso hay que poner el prefijo —*pan*—. Son pánfobos.

—Y pánfilos —añadió Marcos.

Entonces les entró la risa y se achucharon para saberse juntos y a salvo, ya que, a menudo, el lugar más seguro del mundo son los brazos de la persona amada.

—Oye, ¿qué hora es?

—Pues… —quiso responder Marcos estirando el brazo para alcanzar su móvil, que descansaba sobre la mesita de noche—. Las dos menos cinco.

—En el Arcadia estarán de fiesta —continuó Ariel con la mirada que ponía cuando estaba tramando algo—. ¿Por qué no les pedimos ayuda?

—¿Ayuda? ¿A quién? ¿Para qué?

—A la Corcho, a la Willow y a la Pocahontas. Nadie mejor que ellos para organizar un evento. Además, no se dejarán amedrentar.

Creo que nos vendrían bien refuerzos —le explicó Ariel tras encaramarse sobre el cuerpo de Marcos para tenerlo cara a cara y rodearlo con sus brazos.

—Desde luego, si quisieran venir sería estupendo. Ellos solos montarían la mani, la fiesta y una orgía en la plaza si se lo proponen.

—Cari, nunca tuve miedo por ser gay y hoy sí. Mira que en el colegio y en el instituto me enfrenté y peleé con idiotas que se burlaban de mí y que se reían de mi pluma, pero nunca sentí miedo —murmuró Ariel abrazando con fuerza a Marcos—. Pero hoy me sentí mal, frágil y avergonzado.

—¿Avergonzado? —repitió Marcos, sin comprender—. ¿De qué?

—De repente me asaltó esa idea que se nos inocula desde pequeños, a veces sin querer y muchas otras queriendo, y que consiste en hacernos creer que ser lo que somos está mal, que es pecado, que no es lo normal o, qué se yo, que va contra la naturaleza. Cuando esos cabrones de mierda nos persiguieron, sentí que me alcanzó la idea horrible de que algo en mí está mal. Es una idea que se te marca a fuego en el cerebro, ¿viste?, y es algo que me costó muchísimo quitarme de la cabeza cuando supe que era homosexual, cuando tuve que enfrentarme a mis propios prejuicios, a las palabras que escuché y usé. Que si *marica*, que si *puto*, que si *maricón*, que si *pervertido*… Pensé que ya me había librado de todo eso para toda mi vida, pero esta noche regresó el miedo y la vergüenza.

—Nosotros nunca nos hemos avergonzado de ser gais. No nos han educado así. Mi abuelo y Félix son de otra época. Y Marga y los demás viven en un sitio muy pequeño y cerrado. Pero ¿nosotros? Ariel, tú y yo siempre hemos sido libres.

—No te creas, Marcos. Nosotros también estamos marcados. Porque un día tuvimos que salir del armario, cari. En cuanto nacimos nos etiquetaron como heteros. Igual que a Ina la etiquetaron como niño. Luego tuvimos que arrancarnos esa etiqueta. Tuvimos que pelear contra muchas convicciones interiorizadas y contra muchas personas. No fue fácil. Y eso que nosotros tenemos

familias modernas, comprensivas y respetuosas. Tuvimos suerte, Marcos. Solo la suerte nos diferencia de Martín y Amparo, que se tienen que hacer pasar por pareja para ahorrarse problemas. Tuvimos suerte de vivir en una ciudad, de vivir en esta época, de vivir en un país con leyes igualitarias y movimientos sociales. La suerte nos diferencia de tu abuelo, de Marga o del poeta que escribió estos versos —añadió señalando con los ojos las palabras pintadas en la pared— y que se ahorcó por no poder vivir su amor. Aunque, en realidad, nunca nos terminamos de arrancar la etiqueta ni nunca acabamos de salir del armario. Cada vez que conocemos a alguien, que llegamos a un sitio, que comenzamos nuevos estudios o el día de mañana cuando trabajemos, cari, cada puta vez tendremos que salir del armario —añadió Ariel—. Toda la vida tendremos que explicar que no somos heterosexuales. Hoy me di cuenta de que más que salir del armario lo ampliamos, ¿viste? Nos movemos en un círculo en el que todos nos conocen, pero en cuanto nos alejamos resulta que estamos de nuevo dentro del armario. Y otra vez somos heteros hasta que digamos o demostremos lo contrario. El mundo entero es un puto armario del que nunca terminaremos de salir.

Marcos abrazó a Ariel con fuerza, tan intensamente que sintió los latidos acelerados, nerviosos, inquietos del corazón de aquel hombre lúcido y valiente que había tenido la inmensa suerte de conocer y amar.

Suerte, otra vez.

Besó aquellos labios carnosos y, antes de que sus cuerpos sucumbieran al incendio que empezaba a propagarse bajo las sábanas, cogió su móvil, buscó el número del bar Arcadia feliz y lo marcó en el terminal de la mesita, ya que seguía sin cobertura.

Tras varios tonos, alguien descolgó. Aquella voz, que reconoció como la del fornido camarero del *pub*, le llegó envuelta en un manto de música, voces, aplausos y risas. Qué placer sintió al escuchar aquel murmullo humano, que tanto había añorado durante meses. Preguntó por sus amigos. Era noche de actuaciones. Habían presentado a una nueva artista y había sido un éxito, le explicó el camarero, a quien conocía desde hacía un par de años y con quien

vivió una noche loca tiempo antes de empezar a salir con Ariel.

Por fin se puso uno de sus amigos al teléfono: era la Pocahontas. Marcos le explicó lo que ocurría, dónde estaban, lo del día del Orgullo, lo de su abuelo, lo de las Quijotas y Dulcineos y lo del susto que les habían dado los Cachorros Tóxicos.

—Venid, por favor. Os necesitamos.

—No te apures, cariño, que aunque sea arrastrándolas de los pelos te prometo que yo me llevo a la Corcho y a la Willow y os ayudamos a montar el mejor Orgullo rural del mundo mundial —le prometió la Pocahontas antes de colgar.

Marcos le contó a Ariel lo que su amigo común le acababa de decir. Ambos sonrieron aliviados. De repente, como si aquella voz familiar hubiera conjurado las sombras que los acechaban, se sintieron mucho más tranquilos. Entonces volvieron a besarse, apagaron la luz y ya nada contuvo el deseo que los desbordaba.

CAPÍTULO V

Abdou Cortés: «*Mis padres me enviaron a Europa para que escapara de los fundamentalistas, del odio y de la muerte. Es una pena que aquí no se valore la paz y el respeto. Inspector, yo creía que había dejado atrás todo aquello. Me entristece muchísimo haberlo encontrado otra vez*».

Como habían quedado con las quijotas y los dulcineos a las siete y media de la tarde, de nuevo en la heladería de Abdou, Marcos y Ariel quisieron aprovechar aquel sábado y hacer un poco de turismo por la comarca. No es que madrugaran, en absoluto. La noche anterior, para cuando quisieron echarse en brazos de Morfeo tras un largo rato de pasión desenfrenada que se prolongó más de lo habitual —quizá por el estado de nervios al que los indujo la ingrata experiencia con aquella cuadrilla de matones—, eran casi las cuatro de la madrugada. Ellos mismos se preguntaron, al acurrucarse entre los brazos del amado para dormir, regodeándose en un estado placentero y relajante que se les antojaba una envoltura sedosa, liviana y cálida, lo mismo que si flotaran entre las nubes a bordo del aeróstato de la hospedería, cómo era posible haberse sentido tan despiertos y tan colmados de excitación si llevaban perdidos por el mundo —excepción hecha de una hora mal contada de siesta— casi un día entero. La única respuesta que hallaron fue que la suma de vivencias, estímulos, descubrimientos y situaciones nuevas debían de haber sobrecargado su psique y sobreexcitado su sistema nervioso.

El despertador del móvil sonó a las diez de la mañana. Marcos le dio un manotazo y el teléfono salió despedido, aterrizando junto a la puerta del cuarto de baño. Cinco minutos más tarde, cumpliendo a rajatabla su programación, volvió a sonar. El tono seleccionado era un pitido agudo, punzante, desagradable y estresante que aumentaba el volumen con el que se afanaba en despertar al propietario del teléfono cada cinco segundos. Veinte segundos después, Ariel trepó sobre el cuerpo de su novio, reptó por la cama hasta deslizarse al suelo, gateó hasta que localizó el móvil y, si no lo arrojó por la ventana y se limitó a apagarlo, fue porque sabía que Marcos aún estaba pagándolo a plazos. Entonces lo recorrió un escalofrío. Se dio cuenta de que estaba en pelota picada. Se levantó y corrió a la cama, saltando bajo las sábanas para abrazar y absorber el calor que desprendía el cuerpo desnudo de su pareja y dejar que el arrullo de su respiración lo adormilara. Sin embargo, no sintió el sopor del sueño apoderándose de sus sentidos. Se había desvelado. Vio una franja de sol que se arrojaba sobre el lecho desde la ventana. Eso significaba que el día llevaba un rato en liza con el mundo, ya que la luz caía desde encima del tejado de la casa de enfrente. Entonces recordó que habían puesto el despertador a las diez. Maldijo aquella decisión. Querría haber dormido un par de horas más. Una mañana de sábado en la cama con su novio no podía considerarse perder el tiempo. Podrían haber descansado, remoloneado y follado como lo habían hecho unas horas antes. Ariel sonrió al recordarlo. Y se excitó. Luego habrían podido haber llenado el *jacuzzi*, haber jugado con la espuma y haberse secado el uno al otro antes de vestirse y bajar a comer. El día habría comenzado después. Un paseo, una breve excursión, una merienda, contemplar el atardecer junto a los molinos del páramo y llegar a la reunión en la heladería a tiempo para organizar algo divertido. Aunque esa posibilidad ya se había esfumado. Una vez que Ariel se desvelaba, ya no era capaz de volver a conciliar el sueño. Así que nada de descansar. Tal vez lo demás aún pudiera salvarse. Deslizó una mano por debajo de las sábanas hasta posarla sobre el torso de Marcos; lo sintió subir y bajar al ritmo de una respiración lenta, aunque no tanto como para pensar

que dormía. La llevó hasta su vientre para juguetear con el sendero de vello que nacía en el ombligo y bajaba hacia el pubis, ensanchándose lentamente, volviéndose frondoso y cálido conforme se adentraba en tierras más húmedas. Los dedos de Ariel fueron la avanzadilla de una mano avezada que se internó entre los muslos y halló enseguida lo que buscaba. Un gemido le indicó que sus caricias eran bienvenidas. Lo siguieron una risita que transmitía tanto pereza como alegría y un cambio de postura para buscar los labios de quien lo había sacado del letargo. De esa manera, los planes de Ariel para un sábado por la mañana no se arruinaron por completo.

Bajaron al comedor un par de horas después. Se encontraron con una mujer de escasa estatura, gruesa, con el cabello rubio teñido recogido en una coleta corta y una franja gris de raíces que denotaba la ausencia de una visita a la peluquería durante, al menos, tres meses. Sus ojos, alegres y de un color parecido al del cerezo, miraban el mundo desde debajo de unas cejas depiladas, orlados de múltiples y diminutas arrugas que semejaban los rayos de un sol dibujados por un niño. Vestía un uniforme blanco, de personal de limpieza.

—¡Buenos días! O casi buenas tardes ya. Soy Mari Carmen —saludó con una voz alegre, como una bandada de pájaros que piara a la vez.

Mari Carmen parecía saber quiénes eran aquellos jovenzuelos guapos y recién duchados. Les explicó que Félix se había ido con los huéspedes llegados la víspera a montar en globo y a enseñarles el pueblo y el museo, y que Marcos estaba en el mercado. Tenía instrucciones de servirles el desayuno, el almuerzo o la comida, dependiendo de la hora a la que se levantasen. Estaba acabando de hacer la limpieza. No obstante, los atendería de inmediato, les informó solícita. Los chicos, que mientras disfrutaban de un baño de espuma bien caliente habían estado hablando sobre qué hacer aquel sábado, le pidieron un par de cafés con leche, tostadas y mermelada. Se habían decidido por un desayuno frugal porque preferían irse de excursión cuanto antes. Mari Carmen les indicó que esperasen en una mesa, aunque, cuando ella desapareció tras la puerta de la cocina

tarareando una bonita melodía que les era desconocida, se acercaron a la recepción para curiosear el mostrador de folletos turísticos.

—Tu abuelo tiene que llamar a un teleco. Casi no me llega la *wifi* —se quejó Ariel.

—Cari, ¿te apetece que visitemos las Tablas de Daimiel? —le preguntó Marcos enseñándole un folleto sobre el parque nacional—. No creo que se tarde más de una hora en coche.

—Este es el parque que vimos en el documental anoche, ¿no? —recordó Ariel, y Marcos asintió.

—Podemos comer un bocata en cualquier sitio.

—¡Fantástico! ¡Un plan relindo! —convino Ariel, aplaudiendo y saltando junto a su novio, como un niño que fuera a ver la cabalgata de Reyes.

Desayunaron con apetito canino, para mayor regocijo de Mari Carmen, quien revoloteaba alrededor de la mesa de los chicos entonando aquella cantinela con su voz de gorjeo. Al acabar, subieron a la *suite* a aliviarse y lavarse los dientes. Antes de marcharse, buscaron a la risueña empleada y le pidieron que informara a sus jefes de que se iban de excursión.

—¡Qué bonitas las Tablas! Con todos esos pájaros. ¡Qué listos son los jodíos! Justo ahora estarán llegando desde allá, de Rusia o de un país de esos —les explicó con aspavientos, gestos y muecas—. ¿Cómo sabrán venir hasta aquí? Si desde el aire to es igual. Que yo fui una vez a Mallorca en avión, con la Paqui y las mujeres del Clus de Lectura y, oye, to se ve igual desde el aire. To verde, pardo o azul, pero una no sabe si está en Cuenca o en la Cochinchina.

—Es el instinto —aventuró Marcos—. Nacen sabiendo.

—¡Pues qué suerte! —exclamó dándose una sonora palmada en la cadera—. Porque nacer sabiendo es un don. Que yo he tenío que estrujarme los sesos pa las cuatro reglas que sé. Eso del instinto té guasa. Les cabe to en el celebro, y eso que los pájaros tienen la mollera asín, pequeñita, como un garbanzo —dijo con vehementes gesticulaciones para adornar su explicación—. Pero, oye, el instinto, qué misterio. Será como un gepese de esos, ¿no? Oye, ¿y qué vais a comer en las Tablas? Anda, venirse a la cocina. He hecho una

tortilla de patatas pa chuparse los dedos. Os preparo unos bocadillos y sanseacabó, que estáis en los huesos. No tenéis ni chicha ni na —dijo con autoridad de madre abadesa, dando media vuelta y dirigiéndose a la cocina al tiempo que se aseguraba de que la siguieran los divertidos muchachos.

—¿Hace mucho que trabaja para mi abuelo? —le preguntó Marcos mientras ella preparaba los bocadillos.

—Hará diez años en diciembre. Tenía cuarenta y seis y acababa de separarme. Oye, hablando del instinto. Mi Paco me decía eso cuando se iba con unas y con otras: «Mari, que es el instinto, mi instinto de macho», decía el joputa. Porque sería el instinto, pero mi Paco ha sido siempre mu tonto. Cada vez que volvía tarde a casa me encontraba la camisa manchá de carmín de alguna pilingui. Y él, dale que te dale: «Mari, que es el instinto de macho, que no se pue soportar». Y yo aguantaba: ¿qué podía hacer? Él trabajaba. Yo, ama de casa, criada de él, en resumidas cuentas. Asín que empecé a ir con las del Clus del Lectura pa distraerme, que la tele me vuelve loca. Tol día gritando y que si líos, que si cuernos… Un horror. Antes había pogramas bonitos: *Cantares, 300 millones, Gente joven*… Pa cantar y alegrar el espíritu, oye. Pues lo que os decía: en el clus m'entretengo y s'aprende. En los libros hay de to y me lo paso mu bien. Sin en cambio, mi Paco s'enfadaba porque a veces llegaba y estaba la cena sin hacer. El clus es de tardes y, claro, una no pue estar en toos laos. Entonces le salió otro instinto al joputa. Un día me pegó cuatro hostias. Yo chillaba y él: «Mari, es el instinto de macho, que te tengo que atar corto. Tú eres mi mujé. Ties que estar en casa y hacer las cosas de mujé: la cena hecha y to limpio. Na d'irte con esas libertinas». Ya ves tú, libertinas las del Clus de Lectura. Media docena de viejas de misa, mercao y labor. Que aquel año habíamos leído *El conde de Montecristo* y *Luces de Bohemia*, válgame el cielo. Así que yo le dije a mi Paco que me tenía como al conde, encarcelada, pero que yo no iba a soportar aquello tantos años, y que él era un esperpento y un putero. Y, oye, me dio cuatro hostias más. Pero la Mari es dura, por eso sigo aquí. Me fui a la policía con la Paqui y lo denuncié. Como me presenté en el

cuartelillo con la cara amoratá, fueron a detenerlo *iso fatto*. Y mi Paco, alma de cántaro, bruto pero tonto, va y me pregunta: «¿Por qué, Mari? Si yo te pego porque te quiero». Y yo: «¿Porqué? ¿Por qué, joputa? Pues por instinto, Paco, por instinto de supervivencia».

Ariel prorrumpió en aplausos y vítores. Marcos la abrazó, por instinto, por admiración y porque sintió una alegría profunda al tiempo que se aguantaba las lágrimas. Mari Carmen puso los bocadillos y un par de refrescos en una bolsa, añadió un par de servilletas de papel y los acompañó a la puerta.

—¿No tuvo hijos? —preguntó Ariel.

—No. Y, oye, menos mal. Porque si no estaría atada a ese miserable de mi Paco toa la vida. Parece que el joputa tenía tanto de putero como de estéril. Así que na, me quedé sin críos. Pero bueno. La vida es asín. Yo cuido de toos. De tu abuelo y Félix, que ya son unos vejestorios y necesitan que los cuiden. Son unos santos varones. Aunque les va flojillo el negocio, me llaman pa que limpie y cocine; asín me gano cuatro perras. Ya sé que esto no es un hotel de Madrid de mil habitaciones y que ellos solos se las arreglarían, pero me quieren y me llaman pa que trabaje unas horillas los fines de semana. Entre esto, las casas que limpio y la ayuda del cura, voy tirando. No me quejo, ¿eh?, que con mi Paco era mucho peor. ¡Hala, hala! Fuera ya, que si no no os dará tiempo a ver los pájaros —los conminó empujándolos hacia la calle—. ¡Ah! Al volver pasad por Las Termillas y visitad las piscinas románicas, que son mu bonitas.

—Lo intentaremos. Gracias, Mari Carmen. Disculpe, una pregunta: ¿qué canción tarareó antes? —le preguntó Ariel desde la puerta—. No la conozco y es relinda.

—¡Ay, muchacho! —exclamó ella riéndose de forma estentórea —. ¿Cómo la vas a conocer, si es una canción más vieja que la Tana que me cantaba mi madre? «La canción del molino», se llama. Una historia de amor mu triste, mu triste. Pero yo el amor solo lo veo como algo triste, así que me siento identificá. Otro día te la canto entera, guapetón. ¡Qué guapo es el zagal! —le dijo a Marcos, que asintió divertido—. Con esa piel, esos ojos, ese pelo y ese acento.

Eres como un bailaor de tango.

—No anda desencaminada —bromeó Marcos, abrazando a su novio para dar un par de pasos torpes que querían ser de tango y provocando la hilaridad de Mari Carmen, quien, riendo a carcajadas gorjeantes, se adentró de nuevo en la casa.

Salieron de Molinosviejos poco después. El día era espléndido. Un tiempo templado y soleado iluminaba la carretera por la que circulaba el Beetle con la capota bajada. Iban escuchando música, cantando e imbuidos de una extraña felicidad que les confería un brillo especial a la mirada. Marcos conducía con precaución. De vez en cuando, alargaba la mano hacia Ariel para acariciarle la mejilla. Este la atrapaba y la besaba, sin dejar de canturrear, con más o menos acierto, las canciones que emitía aquella emisora que la radio había captado por casualidad.

A mediodía el sol se arrojaba con rotundidad sobre el campo manchego. Las sombras habían desaparecido y todo era luz. Los colores parecían brillar de manera especial. El azul del cielo derramaba tonalidades nuevas sobre los chicos. El campo era una paleta impresionista colmada de matices que alegraban el alma joven de aquella pareja. Incluso el coche parecía brillar más. Su carrocería recordaba una llamarada roja, rutilante, deslizándose por la llanura. Se miraban, sonreían, se decían «Te quiero» y «Yo a ti más» y no añadían nada, porque con eso era suficiente.

Entonces el teléfono de Marcos empezó a sonar con el tono estridente que anunciaba una llamada entrante. Ariel lo sacó del bolsillo trasero del pantalón de su novio, quien ahuecó las posaderas para que el otro pudiera alcanzarlo. Al mirar la pantalla, abrió mucho los ojos. Era la Corcho, el alias de José Antonio Iribarren, el dueño del Arcadia feliz.

—¡Corcho! ¡Puta! ¡Qué alegría! —espetó como saludo Ariel.

—¿Ariel? ¿Y Marcos? ¡Desátalo de la cama, perra! —respondió la Corcho en tono jocoso.

—Qué más quisiera. Lo tengo aquí al lado, conduciendo esta lata de sardinas descapotable. Vamos de excursión a ver las aves nómadas —le explicó.

—Pon el manos libres, pájara. Que menuda pajarraca eres tú, ¡urraca!

Ariel se desternillaba. Su relación con sus amigos del Arcadia se basaba en una confianza y cariño ilimitados ornados con un constante intercambio de barbaridades. Era una forma de quererse histriónica e hiperbólica, de compartir y de expresarse, incomprensible para mucha gente. Habían sufrido insultos lacerantes, humillaciones crueles e incluso, al menos en el caso de la Corcho y sus socios del Arcadia, desprecios públicos y violencia física. Esa forma de hablar, convirtiendo aquellos improperios en chanza cariñosa, era una vía para cicatrizar las heridas que aquellas mismas palabras, cuando se las habían arrojado con odio visceral, les habían causado. Los más jóvenes se habían subido en marcha a un tren que llevaba años recorriendo un camino difícil, repleto de prejuicios y castigos.

José Antonio Iribarren, *la Corcho*, había recibido incontables golpes, patadas e insultos desde la infancia cuando iba con pantalones cortos y jersey verde de punto al colegio de curas, allá por los años sesenta. Con la democracia y, sobre todo, con los movidos años ochenta, convirtió aquellos golpes en escamas y espinas con los que enfrentarse al mundo. Por dentro era tierno y sensible, un hombre culto y amoroso, pero esa faceta la mantenía a buen recaudo del público en general. Solo unos pocos elegidos, sus socios y algunos amigos, entre ellos Marcos y Ariel, además de su nonagenaria madre, su hermana y un sobrino, tenían el privilegio de ver y disfrutar de su lado más auténtico. Como él solía decir: «Para desnudarse delante de alguien se necesita un contrato de confidencialidad».

—¡Habla, Corcho! —le dijo Ariel tras pulsar el botón del altavoz.

—Te escuchamos los dos, guapísimo —añadió Marcos.

—¡Marcos, cariño! ¿Qué tal por el campo? Ten cuidado con los bichos, que ya sabes que tienes la piel muy delicada.

—Sí, sí. Se le irrita el culito enseguida —bromeó Ariel.

—Para eso no hay que ir al campo, zorra —sentenció la Corcho,

prorrumpiendo en una carcajada de villana de cine de terror de serie B—. A ver, que tengo prisa, escuchadme —les dijo después—. Aquí las tres Marías lo hemos estado hablando y hemos decidido que vamos a ir al pueblo ese de los molinos el viernes que viene a ayudaros con lo del Orgullo. ¿Bien?

—¡Genial! —exclamaron a la vez Marcos y Ariel, quien también aplaudió, como era su costumbre.

—Pero tenéis que decirnos exactamente a dónde vamos. Y necesitamos algún sitio para dormir. Y que no sea un corral de vacas, ¿eh?, que ya tenemos una edad.

—No os preocupéis. Le diré a mi abuelo que os reserve tres habitaciones en la hospedería.

—¿O preferís dormir las tres juntas en plan orgía? —preguntó Ariel conteniendo la risa, ya que preveía la respuesta.

—¡Qué dices, loca! ¡Ni jarta! La Willow, aunque es pequeña, ronca como un buey. Y la Pocahontas se pasa horas en el váter alisándose el pelo. Ni hablar. Habitaciones separadas, que igual me ligo a algún granjero buenorro.

—Eso, eso. Vas a triunfar, Corcho.

—Ah, y son cuatro habitaciones. Que llevamos a un amigo, una artistaza que debutó anoche en el Arcadia y que cantará en vuestro Orgullo rural, si os parece bien.

—¿«Bien»? —repuso Marcos—. ¡Es maravilloso! ¿Quién es?

—Se llama Erundino, es un profesor jubilado. Creo que os habéis visto por aquí este verano. Su nombre artístico es Dina Azul. Os va a encantar —aseveró la Corcho.

—Gracias, es una noticia fantástica. De verdad. Aquí la gente de la asociación está acobardada por los de TOS —añadió Marcos.

—Yo corrí delante de los grises, niñas. A esos aficionados me los como con patatas.

La señal era débil y la voz empezaba a entrecortarse. Se despidieron antes de que se perdiera la comunicación. Quedaron en que le enviarían la dirección y colgaron. Era una noticia estupenda saber que vendrían. Marcos y Ariel habían asumido, de forma inconsciente, la responsabilidad de organizar aquel Orgullo de

Molinosviejos y de encabezar una reivindicación que, aunque era tan suya como de las Quijotas y Dulcineos, correspondía a quienes vivían todo el año en el pueblo. La asistencia de sus amigos no cambiaba la situación, pero la mejoraba de forma sustancial por la enorme visibilidad que aquellos veteranos iban a conferir a una celebración que preveían inolvidable.

No podían imaginar cuánta razón tenían. Iba a ser inolvidable, sí, aunque no por los motivos que ellos pensaban.

Llegaron al Parque Nacional de las Tablas de Daimiel casi a la hora de comer. Como no tenían hambre, metieron la bolsa de los bocadillos en la mochila de Ariel y pasearon un rato. Contemplaron los humedales, bastante recuperados tras años de sequías que habían privado al lugar de sus característicos lagos y estanques, en los que las aves del norte de Europa anidan en su larga travesía hacia el sur en invierno y hacia el norte en verano. Finales de septiembre era una época de arribada de aves y el espectáculo resultó sobrecogedor. Se sentaron en una de las pasarelas de madera con las piernas colgando sobre las aguas y se acodaron en los travesaños de la barandilla para disfrutar de un paisaje de idílica belleza.

El sol convertía aquellas aguas desbordabas de los ríos Guadiana y Gigüela en un estanque dorado. Las refulgentes olas que impulsaba el viento, que también mecía los tallos de los matorrales que había todo en derredor, producían un plof-plof hipnótico al golpear los pilares de madera. Los patos, garzas, grullas y otras muchas aves, tanto residentes como migratorias, graznaban en una sinfonía repleta de matices. Llamadas de celo, quizá, se mezclaban con el zumbido de los insectos y el chapoteo de los pájaros en su inacabable búsqueda de alimento.

La vegetación —compuesta por arbustos, masegares, eneas, olmos, matorrales y algas, entre otras muchas especies—, tan hermosa como frágil, amenazada siempre por la incansable codicia humana, envolvía a la joven pareja, que contemplaba admirada aquel paisaje único. Ariel no tardó en sacar su móvil y fotografiar, en un vano intento por encapsular toda aquella inabarcable belleza, algunos parajes, rincones y estampas que le resultaron especialmente

llamativos. Su pasión por la imagen, fija o en movimiento, además de por la edición fotográfica, era bien conocida. Publicaba muchas instantáneas en sus redes sociales y lograba los aplausos de sus miles de seguidores. También fotografiaba a su adorado Marcos. Lo hacía en cualquier circunstancia, dormido o despierto, vestido o desnudo, en una pose ensayada o sin que aquel fuera consciente de estar siendo retratado: en la ducha, lavándose los dientes, leyendo, bostezando, atándose los cordones, eligiendo un refresco en el supermercado, añadiendo el cacao a la leche, en el baño o incluso en pleno acto sexual. Marcos encontraba divertido ser el modelo de su novio; se sentía querido, cuidado, admirado y, por qué no admitirlo, le gustaba gustar.

De modo que Ariel, después de concederle a su pareja el deseo de sacarse un par fotos juntos, con varias garzas revoloteando y chapoteando a sus espaldas, lo retrató en mil y una posiciones y lugares: a los pies de una encina, a través de los arbustos, recostado sobre el sendero de madera, tocando el agua con las yemas de los dedos, acodado en la barandilla o escrutando el paisaje. Después sacó el dron de la mochila y lo hizo volar sobre la laguna, consiguiendo unas imágenes tan hermosas como inolvidables. Acercó con precaución el ingenio a las aves, que echaban a volar en cuanto el zumbido del invento se les aproximaba demasiado. Ariel lo guio en un vuelo rasante, esquivando tallos y arbustos, adentrándose entre los juncos, emulando —como le hizo saber a su novio— el último viaje de la barcaza de *La reina de África*.

Más tarde se sentaron a comer en otro de aquellos senderos sobre el humedal y admiraron el paisaje en silencio. Pronto las migas atrajeron a los peces: cachuelos, carpas y gambusias, sobre todo. Ariel arrancaba trocitos de pan, los dividía y los arrojaba al agua para ver arracimarse a aquellas criaturas en una batalla por el sustento que les resultó divertida, aunque tamizada de trascendencia.

Cuando ya no les cabía más belleza, recogieron todos los residuos en una bolsa y la llevaron hasta la salida del parque, donde habían visto contenedores de reciclaje. Se habían adentrado en la naturaleza durante algunas horas que se les habían pasado volando al

compás del aleteo de las especies que allí vivían y recalaban. Se marchaban henchidos de felicidad, de aire puro y de imágenes indelebles grabadas en su memoria. Dejaban a las aves, a los peces y al resto de la fauna en su vida rutinaria, indómita, sencilla y repleta de instintos. Ellos se marcharían a continuar con sus preocupaciones complejas, artificiales y sofisticadas mientras la naturaleza, en su eterna y salvaje simplicidad, se quedaría allí, con sus ritmos, sus estaciones, sus ciclos de lluvias y sequías, sus especies autóctonas e invasoras, sus aves residentes y migratorias. En definitiva, sin conocer ni temer lo que le depararía el futuro.

Condujeron despacio. Esta vez era Ariel quien estaba al volante. El sol, inclinado ya hacia el oeste, señalaba que la tarde estaba mediada. Confiaban en poder visitar Las Termillas y sus famosos baños romanos (no románicos, como había señalado Mari Carmen en una divertida confusión). Una visita breve y luego, sin demora, pondrían rumbo a Molinosviejos, a la reunión en la heladería.

Las Termillas era una aldea minúscula, tan pequeña e incolora que casi pasaba desapercibida en el paisaje, confundiéndose los muros de sus casas con las rocas que emergen de la tierra, de tonos grisáceos, parduscos y terrosos. Durante los últimos siglos había albergado a campesinos, pastores y algunos apicultores cuya miel tenía fama de sanar la inflamación de garganta. Se discutía sobre si don Quijote había recalado en aquel villorrio en el transcurso de sus aventuras, si había sido Cervantes o tal vez Avellaneda quien había dirigido los pasos de Rocinante hacia aquel grupúsculo de casas. Nadie lo sabía a ciencia cierta. Lo que no admitía duda alguna era que la población era la más antigua de la comarca y que, como se sospechaba desde antiguo, su origen se debía a los romanos. En efecto, antes de la existencia de los molinos a que debía su nombre Molinosviejos, Las Termillas ya estaba allí. Y, como se podía deducir, la aldea gozaba en tiempos pretéritos de unas termas en las que la población hispanorromana se aseaba y pasaba el tiempo. Los antiguos baños desaparecieron con el fin del imperio y el correr despiadado del tiempo. Los sillares que formaban los muros de sus estancias sirvieron bien a otros propósitos y fueron siendo acarreados

a otros lugares. El reciclaje es cosa antigua. De aquellas termas, orgullo de sus pobladores, pese a que debieron ser de pequeño tamaño, solo quedó el eco de su nombre y algunos cimientos y sillares que nadie tuvo interés en expoliar o reutilizar. Estos acabaron cubiertos de tierra, que, como suele suceder, germinó y sostuvo hierbas, flores, setos, plantas y cultivos. Los siglos enterraron aquellos restos, no así su memoria. Y, pese a que apenas contara con un par de cientos de almas desde finales del siglo XX, Las Ternillas se resistía a morir. La fortuna se presentó en forma de proyecto arqueológico patrocinado por el Banco de Ahorros de Hispania, el BAH, y dirigido por una catedrática de Historia Antigua de la Universidad Libre Intelectual. Según las descripciones de Ticio el Manco, historiador romano del siglo III, los baños de Las Ternillas estaban ricamente decorados con escenas de exquisita sensualidad. Deidades y héroes mitológicos danzaban en los murales invitando al goce y el disfrute de la vida. Los arqueólogos que aterrizaron en la localidad a principios del siglo XXI no tardaron en localizar el muro norte del *caldarium*, con su correspondiente caldera subterránea y los restos de las canalizaciones de plomo. A partir de ahí, se excavó a trote y moche y se descubrió un tesoro arqueológico extraordinario. Años después, un historiador y divulgador realizó un programa de televisión con infografías en tres dimensiones que, como por arte de magia, devolvían el esplendor al conjunto. Con todo el detalle que la informática era capaz de recrear, los espectadores pudieron ver los murales que adornaban las estancias, las pinturas, teselas, cortinajes, mármoles, luminarias y demás elementos ornamentales de los baños romanos de Las Termillas. Aquel vídeo se pasaba en bucle, junto con la muestra de maquetas, esquemas, dibujos y algunos restos originales, en el pequeño museo construido al efecto gracias a los fondos europeos.

Cuando Marcos y Ariel llegaron al pueblo y se disponían a aparcar en la entrada del museo, vieron que, un poco más lejos, un enjambre de personas se amontonaban alrededor de algo o alguien que no distinguieron a primera vista. Lo primero que se les vino a la mente fue que se acababa de producir un accidente. Sin embargo,

pronto descubrieron que se trataba de periodistas y reporteros gráficos que, lejos de interesarse por los restos históricos, acribillaban a preguntas al protagonista de alguna noticia. Decidieron acercarse atraídos por la curiosidad y porque Marcos era estudiante de Periodismo. Al unirse al corro, abriéndose paso entre pértigas de micrófonos, brazos extendidos con teléfonos móviles registrando el sonido y cámaras de televisión, distinguieron la figura menuda que era objeto del deseo de los reporteros. Se trataba de una mujer. Tendría unos sesenta años, si no más, aunque su estilo de vestir era muy juvenil. Delgada, maquillada en exceso para realzar unos pómulos huesudos y con unos párpados pintados de azul que se derramaban sobre sus ojos claros, perfectamente circunscritos en una gruesa línea negra, tenía un rostro agradable enmarcado en una melena azabache, corta y con flequillo de cortinilla a juego. La ropa, colorida, con brillos y ceñida, le confería un aspecto alegre. El tono de su voz era también vivaracho y respondía a las preguntas de los periodistas sonriendo y mirando fijamente a la cámara, como una profesional de los medios.

—¿Sabes quién es? —preguntó Marcos en voz baja a Ariel.

—Sí, Matilde López, esa que asegura ser «Dulce M». Lo que nos contó tu abuelo.

En efecto, más que por sus restos arqueológicos, Las Termillas se había hecho conocido en todo el país desde que una de sus vecinas, la allí presente Matilde López, había asegurado ser la destinataria del amor del poeta de Molinosviejos, Alejandro Torres. Juraba que ella fue la causa, muy a su pesar, del suicidio romántico del magnífico trovador. Siendo una muchachita, una adolescente virginal, habría vivido un tórrido romance con el poeta, entonces de veintidós años. El idilio, colmado de pasión, promesas y suspiros, había topado con la férrea oposición de los progenitores de la López, enemigos acérrimos del tío de Alejandro y que descansaban en paz desde hacía treinta años. Ellos ya no podían confirmar ni desmentir la historia de su hija. Pero ni falta que hacía, porque la interesada lo juraba por toda la pléyade de vírgenes y habitantes del santoral. Si ninguno de los supervivientes de la época sabía nada del

romance, aseguraba la de Las Termillas, era porque este había sido llevado en secreto por los apasionados amantes manchegos. Por esa razón, para proteger a Matilde, el poeta había escondido la identidad de la muchacha tras una simple «M». No obstante, el tiempo lo cura todo y ella sentía que el mundo tenía derecho a conocer la verdad.

—¿Qué opina sobre las declaraciones del prestigioso hispanista Liam Gibbons en las que asegura que Alejandro Torres era gay? —le arrojó el reportero de *Las mañanas de Julia María*.

—Que son falsas. Mi Jandro, porque yo lo llamaba Jandro, era mu macho. Mucho. Que fue él quien me desfloró —respondió Matilde sin pestañear.

—Afirma el hispanista que, según sus investigaciones, Alejandro ocultaba tras la letra «M» el nombre de un hombre —insistió la periodista de *¡No me digas! Weekend edition*.

—Díganle a ese hispalista, españista o lo que sea que se vaya a tomar el té con la reina Isabel y que nos deje en paz —espetó—. Alejandro era un hombre hecho y derecho, un macho español. No va a venir ahora un inglés a ponerlo en duda. Ya lo explicaré yo con todo detalle en mi libro —amenazó.

—Menuda pájara —le susurró Ariel al oído a Marcos.

—El miércoles que viene se cumple el cincuenta aniversario del suicidio del poeta. ¿Va a acudir al homenaje que se le dará en Molinosviejos? —inquirió el informador de la revista *Gossip España*.

—Por supuesto. Yo fui la musa de mi Jandro, su inspiración. En cierta manera soy su viuda. ¡La viuda de la Mancha! —exclamó—. Si mis padres y su tío no se hubieran opuesto a nuestro amor, hoy sería su mujer y el poeta seguiría vivo. Fue un drama terrible, ¡terrible! —aulló cubriéndose la cara con ambas manos, como si llorara.

—¿Y qué opina de todo esto su actual marido? —preguntó oportunamente la reportera enviada por el *Cuéntame Hot Chilli Pepper Edition*.

—Mi marido no tiene nada que ver. Nosotros nos conocimos en los años ochenta. Él me apoya en todo. Estoy luchando por la

verdad. Y por la verdad daría la sangre de mis venas —aseguró, mostrando la parte inferior de sus muñecas a los reporteros en un gesto teatral efectista.

—Me encanta. Es como Norma Desmond, pero en rústico —susurró Ariel, arrancándole una sonrisa a su novio, quien consideró atinada la comparación con el mítico personaje del film de Wilder —. Ahora verás.

—¿Qué vas a hacer? ¡No, no, no! —le rogó Marcos, tratando en vano de detener a su novio, que se acercaba con decisión a la mártir.

—¡Matilde! ¡Guapa! —exclamó Ariel abriéndose paso entre los periodistas—. Soy tu fan *number one*. ¡Te adoro! Eres la más «Dulce M» del mundo —recitó hasta que pudo arrimarse a la aludida—. ¿Me firmas un autógrafo? —añadió arrancándole la libreta a uno de los reporteros en un gesto preciso y veloz, digno de un ataque felino —. Me llamo Ariel.

—¡Ariel! ¡Qué mono! Como *La sirenita* —dijo ella sonriendo—. Pero no eres pelirrojo —señaló, revolviéndole los cabellos.

—No. Me lo pusieron por la cola —bromeó Ariel, provocando la hilaridad de la nueva celebridad.

—Eres divino. ¿Sabes?, a mis niñas les encanta esa película. *¡Un mundo ideaal!* —se lanzó a cantar, confundiendo princesas, mientras chasqueaba los dedos en un elocuente gesto para solicitar un bolígrafo al reportero de *Rumores sin fronteras*.

Matilde garabateó entornando los ojos: «Para Ariel, con mucho cariño, de parte de Matilde López, alias Dulce M». Luego le entregó la libreta al joven. Este arrancó la hoja, se la guardó, le dio dos besos a la nueva diva y, tras devolver el cuaderno al reportero, se abrió paso entre los ávidos periodistas para coger a Marcos del brazo y alejarse de allí.

—¿Por qué has hecho eso? —le interrogó este, algo molesto—. Sabes que esa mujer está haciendo daño a mi abuelo con sus fantasías.

—Ya lo sé. Pero tuve un presentimiento. Confía en mí, cari —le respondió Ariel, plantándole un beso en los labios para conjurar el enfado de su novio—. Dale, vamos a ver las termas, que se hace

tarde.

La visita arqueológica les resultó deliciosa. Teniendo en cuenta que el expolio de siglos apenas había dejado nada para la posteridad, el trabajo de los especialistas, arqueólogos e historiadores les permitió sentirse transportados en el tiempo. La visita permitía no solo imaginar, sino ver cómo habían sido los baños, sus diferentes salas y usos, sentir la humedad, el calor y hasta el olor de los inciensos y aceites perfumados que usaban los romanos para aromatizar sus instalaciones, conocer la tecnología que utilizaron para lograr la temperatura deseada y la canalización del agua, así como deducir el tamaño de la antigua ciudad y los diferentes edificios que formaron parte de ella. Marcos y Ariel disfrutaron y aprendieron hasta que, a las siete y veinte, les informaron de que iban a cerrar.

Al salir no quedaba ni rastro de los reporteros ni de la nueva famosa y sus historias. Volvieron al coche y en diez minutos llegaron a Molinosviejos. Como no encontraron aparcamiento en la plaza, estuvieron dando vueltas hasta que hallaron un hueco al lado de la iglesia. La hospedería quedaba lejos de allí, así que, como llegaban tarde a la reunión con las Quijotas y Dulcineos, decidieron ir directamente a la heladería.

Marga, Amparo y Martín ya estaban apurando los refrescos que habían pedido. Abdou saludó a Marcos y Ariel regalándoles una enorme y rutilante sonrisa. Su padre adoptivo y dueño del establecimiento lanzó algo parecido a un gruñido al verlos entrar; los chicos lo interpretaron como un saludo. Era una suposición generosa, ya que el anciano, con su boina calada, su chaqueta de punto y la cachaba sobre el regazo, apenas levantó la cabeza amorrada a la taza humeante de menta poleo.

Se sentaron junto a los demás en la acostumbrada mesa del fondo. Antes se habían desviado brevemente hacia la barra para pedir un par de horchatas granizadas. Una vez sentados, echaron en falta a Ina.

—No ha querido venir —explicó Marga—. A veces desaparece unos días. No es que se vaya del pueblo, no. Simplemente que no

tiene ganas de ver a nadie y no sale de casa. Vive con su hermana desde que sus padres la echaron. Y hoy, como es sábado, puede que haya habido comida familiar y discusión de postre.

—¿Eso es habitual? —preguntó Marcos.

—En la escala de lo que la gente corriente puede entender, la transexualidad está en el último escalón. Y en Molinosviejos sería más acertado decir que en el sótano. Ina era el hijo deseado y el tema del hombre de la casa pesa mucho por aquí. No pudo salir del armario hasta que cumplió la mayoría de edad, aunque no sorprendió a nadie. De todas formas, fue un drama terrible. Pero ella siempre ha sido muy echada para adelante. Ya tenía fecha para empezar el tratamiento hormonal cuando nos confinaron. Y esos dos meses encerrada en casa con sus padres casi la vuelven loca. Le cortaron el pelo, le registraron la habitación, tiraron a la basura toda su ropa y la obligaron a vestirse de hombre. Hubo incluso violencia física. Hasta que un día se fue de casa con lo puesto. Se mudó donde su hermana. No tiene nada, ni dinero ni trabajo. Y eso la aterra. Depende completamente de su hermana. Encima ahora parece que sus padres la están presionando para que la eche.

—Hay redes de asistencia, pisos de acogida. Podemos asesorarla —dijo Ariel.

—Lo sabemos. Podría haberse marchado a vivir a Ciudad Real el mes pasado, pero no quiere irse de momento —explicó Marga, sin que los chicos lo entendieran.

—Ina estaba muy unida a su madre. Cuando la rechazó, se deprimió mucho. Piensa que con el tiempo la aceptará —añadió Amparo.

—Yo no lo creo. He oído que sus padres quieren desheredarla. Dicen que su hijo ha muerto. No me preguntéis cómo, pero me consta que han consultado a un abogado —apuntó Martín.

—Es horrible. Qué injusto —murmuró Marcos, sintiendo impotencia e ira.

—Ina es la mujer más fuerte que conozco —aseguró Marga—. En un par de días la tendremos en plena forma. Me pasaré a verla esta noche.

Todos se avinieron y entonces se centraron en lo que los había llevado allí. Marcos y Ariel les explicaron que sus amigos de la ciudad iban a viajar a Molinosviejos para ayudarlos en el acto del Orgullo. Les contaron que aquel peculiar trío que formaban la Corcho, la Willow y la Pocahontas llegaría acompañado por el nuevo artista que acababa de debutar en el Arcadia feliz. Las quijotas y el dulcineo se mostraron entusiasmados con la ayuda que los chicos habían conseguido. Acordaron entonces que circunscribirían los actos del Orgullo a una concentración reivindicativa, a una fiesta que alternara música y la lectura de manifiestos.

Marga, como presidenta de la asociación, pronunciaría el pregón y el abuelo Marcos —ya lo había comentado con anterioridad— leería un texto para reivindicar al poeta Alejandro Torres como gay y miembro honorífico del colectivo LGTBIQ+, dado que sus versos hablaban del deseo y del amor entre hombres. Intercalarían todo con música —la Willow era un excelente DJ— y la actuación estelar de Dina Azul.

Tomaron nota, para recapitular, del material que iban a necesitar: pancartas, banderas arcoíris y trans, luces de colores, micrófono y altavoces, un generador eléctrico y el escenario. Martín les recordó que él tenía altavoces y un generador y se comprometió a pedirle al dueño del Don Quijote los módulos del escenario. Amparo disponía del micrófono y otro par de altavoces de cuando su madre hizo pinitos como cantautora. Marga añadió que en algún lugar de su casa había tres o cuatro focos del tiempo en que sus hermanos tuvieron un puesto de churros ambulante con el que iban por las fiestas de los pueblos de la zona. Solo sería necesario encontrarlos, comprobar que funcionasen y ponerles alguna pantalla de color para crear una atmósfera más festiva. Y Ariel les habló de su plan para llamar la atención y para que la distancia al centro del pueblo no impidiera que todo el mundo supiera que iban a estar allí. Era una idea que dependía de varios factores, pero que, si no surgían inconvenientes y Félix y Marcos estaban de acuerdo, convertiría aquel día del Orgullo en una jornada memorable.

El problema que más les apremiaba resolver era el de conseguir las banderas del colectivo. Necesitaban muchas y muy grandes. En Molinosviejos resultaba imposible encontrarlas. La asociación disponía de alguna banderola pequeña, insuficiente si no querían que la decoración quedara deslucida. La solución radicaba en confeccionarlas ellos mismos. Necesitarían telas de colores, hilo, tijeras y máquinas de coser. Cuando Marcos enumeró aquella lista, Marga y Martín alzaron la mano al mismo tiempo y prorrumpieron en una carcajada cómplice. A ambos les encantaba coser. Los dos tenían maña y máquina.

—¿Dónde conseguiremos las telas? —insistió Ariel.

—En la mercería de la tía Concha —respondió Amparo aludiendo a un negocio de los de toda la vida—. Aunque no sé si tendrá todo lo que necesitamos.

—Si faltara algo, nos acercaremos a Ciudad Real el lunes por la tarde. Yo salgo de trabajar a las dos y media; podemos ir algunos después de comer —resolvió Martín, entusiasmado.

—De acuerdo. El lunes por la mañana Amparo y yo pasaremos por la mercería de la tía Concha, ¿de acuerdo? —preguntó Marga, y la aludida asintió con firmeza.

—Queda pendiente lo del Ayuntamiento —les recordó Marcos.

—Sí, hay que ir el lunes e informar del cambio de ubicación. Pasaré a primera hora —dijo la presidenta, apuntándolo todo en una pequeña libreta que siempre llevaba consigo.

Para celebrar que el Orgullo 2020 iba tomando forma, pidieron otra ronda de refrescos, frutos secos y patatas fritas para picar y se quedaron casi una hora más charlando de forma distendida. Se caían bien, habían conectado enseguida y compartían el anhelo común de la libertad de ser, de vivir y de amar. La Corcho les había explicado una vez que los desheredados de la tierra solo han mejorado sus desdichadas vidas cuando se han unido, cuando han colaborado para luchar contra las injusticias, cuando han ayudado al congénere discriminado a levantarse y seguir peleando por sus derechos, cuando han remado en la misma dirección y cuando han creído en ellos mismos. Por eso, pensaban Marcos y Ariel, personas tan

distintas como ellos y las quijotas y dulcineos estaban tan a gusto charlando, conociéndose y compartiendo bromas y confidencias, ya que, por encima de otras circunstancias, tenían en común su lucha por el derecho a existir, a vivir en paz, a poder ser como era cada uno de ellos, a poder dormir con tranquilidad y a poder pasear sin miedo. Esos anhelos habían hermanado a millones de personas en todo el mundo desde hacía, al menos, cincuenta años. Había ocurrido en metrópolis inabarcables repletas de rascacielos, como la Nueva York del Stonewall Inn y de la primera manifestación del Pride, o en pequeños pueblos, como ese Molinosviejos de una España donde, medio siglo atrás, al mismo tiempo que la dictadura aprobaba la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, surgía el Movimiento Español de Liberación Homosexual.

No importaba si eran millones en las calles de una capital o un puñado de valientes en un pueblo. Aquellas telas de colores que iban a reunir para formar la bandera que en su día diseñara Gilbert Baker y que mejor representa el respeto y la solidaridad humanas lucirían con igual fuerza junto a un viejo molino de trigo que en lo alto del Empire State Building. La suya era ya una lucha de por lo menos medio siglo, una batalla por el derecho a ser que había costado, como en la guerra, sangre, sudor y lágrimas. Los sacrificios de muchos y el esfuerzo de muchos más habían logrado avances que, en algunos países, eran extraordinarios. Sin embargo, como pronto aprenderían, para las dinámicas de la Historia cincuenta años no son nada.

CAPÍTULO VI

Amparo Carrillo: «*Mis padres siempre me dicen que procure pasar desapercibida. Pero luego sucede lo que ocurrió aquí y pienso que, si todos diéramos la cara y se supiera cuántos somos, las cosas serían diferentes. No, no volveré a esconderme. Dígame, inspector, ¿cuántas víctimas hacen falta para que los que no somos cisheteros podamos vivir en paz?*».

El golpe hizo que sintiera una turbación intensa, un pitido agudo en ambos oídos, como si varios taladros perforaran su cabeza. Todo le empezó a dar vueltas. Se sintió desfallecer. Sin embargo, aunque sus piernas perdieron fuerza, no cayó al suelo. Lo sostenían por ambos brazos. Empezaron a arrastrarlo. Las voces a su alrededor se confundían. Parecían risas, susurros que transmitían órdenes, insultos e instrucciones atropelladas del que iba abriendo camino. Le pesaba la cabeza y era imposible saber a dónde lo llevaban. Escuchaba el ruido de algo metálico arrastrado por el suelo. Sus párpados se empeñaban en mantenerse cerrados, como si así conjurara el peligro, como si no ver conllevara no padecer, cuando de todos es sabido que solo el corazón queda protegido por la ceguera.

Lo dejaron caer sobre algo mullido, aunque maloliente. El contenido de la bolsa se derramó y le llegó un dulzón aroma a naranja. Abrió los ojos. Se urgió a espabilarse, a reaccionar, a intentar escapar o pedir auxilio, a luchar, a pelear, a morir matando

si fuera preciso. No podía permitir que su vida fuera cercenada sin dar batalla, como había aprendido desde pequeño, como le habían enseñado a hacer para no repetir los errores de sus mayores, de aquellos que, por miedo, por vergüenza o por imperativo de la ley y de la moral, habían dejado de ser ellos mismos para vivir vidas ajenas.

Sacudió la cabeza y los vio delante de él, desafiantes, dispuestos a cualquier cosa, sintiéndose poderosos. Aunque se confundían en una cosa: él no tenía miedo.

Veinticuatro horas antes, Marcos y Ariel habían vuelto a cenar a la hospedería tras la reunión con las Quijotas y Dulcineos. Les hubiera gustado quedarse con Marga y los demás, pero todos tenían algo que hacer. Martín fue el único que, después de acompañar a Amparo a casa, se mostró dispuesto a salir a tomar una cerveza. El problema era que no había a dónde ir. En un país de bares, el *tsunami* de la pandemia se había llevado por delante muchos de ellos, dejando a los pueblos pequeños en un estado de abulia y apatía que convertían la vida en un páramo sin alicientes. De modo que un sábado por la noche, y con el mítico bar Don Quijote cerrado hasta que alguien se decidiera a asumir el traspaso, Molinosviejos se convertía en un pueblo fantasma. La heladería no servía alcohol y las dos cafeterías que había en el centro preferían abrir temprano y dedicarse a servir desayunos y aperitivos. La noche era arriesgada. Y la normativa, draconiana. En esas condiciones, los pocos bares que abrieron en su día en los barrios nuevos o se habían reconvertido en cafeterías o habían bajado la persiana.

Así que Martín se encogió de hombros y les explicó que la única opción para una buena farra era ir a Ciudad Real o, si se lo proponían, hasta Madrid, pasar la noche y volver por la mañana. Ariel y Marcos se miraron sorprendidos. Martín se sonreía. «Un marica de pueblo no tiene muchas más opciones —les dijo—. A veces me voy a pasar la noche, a divertirme, a ligar, a echar un polvo. Aquí no hay nada y no es fácil conocer gente».

Pasearon un rato por el centro, sumido ya en un silencio espeso. Las farolas vertían su luz anaranjada, confiriendo una atmósfera lúgubre a las calles viejas, adoquinadas y con grandes voladizos y porches que aumentaban la sensación de enclaustramiento. La temperatura había bajado, aunque el fin de semana estaba siendo bastante cálido para la época. El clima cambiaba, como lo había hecho la vida en los últimos meses. Solo un año atrás, recordaba Martín caminando entre sus nuevos amigos con las manos en los bolsillos y la mirada perdida, un sábado por la noche se podía escuchar música, beber unas copas y bailar hasta la madrugada. Molinosviejos parecía haber sucumbido al dominio de una forma de vida que lo retrotraía hasta la posguerra.

—Es el triunfo de la derecha más rancia —se lamentó el cartero, que opinaba que los ultraconservadores habían aprovechado las circunstancias provocadas por la pandemia para instaurar un modelo social gris y timorato.

—¿Y a dónde va la gente joven a divertirse? —le interrogó Ariel.

—A Ciudad Real, a Tomelloso, a Alcázar de San Juan o a Madrid, depende de lo que busques —respondió regalándole una intensa mirada celeste que invitaba a zambullirse en el océano de sus ojos.

—¿Quieres cenar con nosotros en la hospedería? —le propuso Marcos—. Luego podemos tomar un par de cervezas en la habitación y poner música.

—Sí —se avino rápidamente Ariel—. O ver una peli. Será una burda imitación de una farra, pero es mejor que nada.

—De acuerdo —dijo Martín tras intercambiar sonrisas con ambos.

En la casa rural se encontraron con un comedor muy diferente al que habían visto esos días. Tres de las mesas estaban ocupadas por otras tantas parejas. Una de mediana edad, marido y mujer con alianzas de oro y complementos caros, que masticaban con deleite su cena mientras observaban con ojos entornados a su alrededor, como si escrutaran cada detalle de la estancia y de los demás comensales, llevando su mirada de mesa en mesa y evitando encontrarse con la

de su propio acompañante. Más allá había una pareja joven formada por una chica de larga melena cobriza y maquillada de forma sofisticada que vestía un elegante traje de noche y tacones de vértigo. La acompañaba un chico musculoso, con bíceps exagerados adornados con tatuajes de colores y un torso hercúleo embutido en una camiseta elástica, piernas delgadas bajo unos vaqueros estrechos, barba perfectamente perfilada, cejas arregladas y peinado a la moda. Probablemente habían venido de la capital para pasar un fin de semana romántico. Al otro lado, junto a la ventana que daba al patio interior, vieron a dos hombres de cuarenta y tantos años; charlaban y sonreían. Uno, de piel broncínea y cabello corto castaño, iba en silla de ruedas; el otro, caucásico, pelirrojo y con gafas, servía una copa de vino a su compañero. Por la forma de mirarse y de comportarse, Marcos, Ariel y Martín dedujeron que eran pareja.

El abuelo Marcos salió en ese momento de la cocina. Portaba dos segundos platos y una cesta de pan. Llegó a la mesa de la pareja joven, les sirvió y recogió unas sonrisas y parabienes sobre los entrantes. Al ver a los chicos en la puerta del comedor, se acercó a ellos presuroso. No se habían visto desde la víspera y, en cuanto supo que pretendían cenar, los invitó a sentarse en la mesa del fondo, junto a la puerta que daba a la cochera. Caminaron entre las mesas recogiendo retales de las conversaciones de los huéspedes. La pareja madura apenas se decía nada y Ariel recordó con preocupación la famosa frase de *Dos en la carretera*, la amarga y certera película de Stanley Donen: el hecho que explica el silencio de una pareja —se decía en el film— es que se trata de un matrimonio. Los elegantes jóvenes, por su parte, cuchicheaban e intercambiaban sonrisas. Cazaron al vuelo palabras sueltas que daban pistas sobre proyectos de futuro, viajes y planes de boda. La pareja de hombres comentaba en voz baja las fotos que, muy juntos, veían en la pantalla del teléfono. Los colores que distinguieron al pasar no dejaban lugar a dudas: aquella mañana habían sido aeronautas.

Se acomodaron en la mesa que les indicó el abuelo: Marcos y Ariel, frente a frente; Martín, en un lado, de espaldas a la pared. Mari Carmen apareció como un huracán gorjeante por la puerta de

la cocina. Portaba dos platos de postre y esparcía sonrisas. Al ver a los chicos, los saludó como si no los hubiera visto en años. Dejó los postres a la pareja más mayor, que se abalanzó sobre los platillos, quizá para no tener la boca desocupada y verse entonces obligados a conversar. Luego se acercó a besar y achuchar con efusividad a los muchachos. Les preguntó por la excursión a las Tablas de Daimiel y a Las Termillas, los interrogó sobre las aves que habían visto y por los instintos migratorios. Martín escuchaba divertido la perorata de la señora.

—¡Pero qué guapo es Martín! ¡Y qué ojazos, oye! ¡El cartero más sesi de tol pueblo! ¡Qué bien te sienta el uniforme, jodio! ¡Madre mía, si yo tuviera treinta años menos! —exclamó, y se marchó, dejando al aludido con las mejillas sonrojadas y a sus amigos muertos de risa.

Félix apareció después. Los saludó y les preguntó que querían beber. Pidieron una jarra de vino de la casa, del que compraban en una cooperativa al por mayor y que, de haberse embotellado y bautizado con un nombre rimbombante, se podría haber vendido a un precio desorbitado por su gran calidad y excepcional sabor. En cuanto la sirvió, les tomó nota de la cena y desapareció como una exhalación. Marcos observaba a su abuelo entrar y salir apurado de la cocina y no pudo evitar preocuparse. Se preguntaba si valía la pena tanto sobresfuerzo y estrés a sus años. Y más teniendo una salud frágil que podía darle otro susto en cualquier momento. Dudaba de que los huéspedes valoraran el cariño y el trabajo que había detrás de cada plato, de cada elemento decorativo y de cada detalle de la hospedería.

Cenaron en abundancia. Martín tenía buen apetito y dio buena cuenta de sus platos y de lo que Ariel dejó, incapaz de terminar las generosas raciones que les sirvieron. Acabaron la segunda jarra de vino cuando el abuelo se acercó con paso más pausado, ya que la última pareja, la de los jóvenes y escultóricos enamorados, acababa de abandonar el comedor después de que las otras dos lo hubieran hecho unos minutos antes rumbo a sus respectivas habitaciones.

Mari Carmen recogía las mesas canturreando la misma melodía

con que los había deleitado por la mañana. Félix había salido a la recepción, seguramente a trabajar en el ordenador. El abuelo se sentó a la mesa de su nieto. Se enjugó el sudor que perlaba su frente con la servilleta que llevaba al hombro y les preguntó cómo habían pasado el día.

—¿Has visto que en esta mesa estamos casi todos los dulcineos? —bromeó Martín tras el relato de Marcos y Ariel sobre su excursión, del que tan solo omitieron el episodio de su encuentro con Matilde López.

—Por cierto, abuelo —dijo el nieto chasqueando los dedos cuando le asaltó el recuerdo de lo decidido en la reunión—, necesitamos habitaciones para nuestros amigos.

Como no estaba seguro de si había alguna reserva pendiente, abuelo y nieto se acercaron a la recepción, donde Félix consultaba las puntuaciones y comentarios que les habían concedido sus huéspedes en una página web de turismo rural. Ariel y Martín se quedaron en la mesa mientras el ordenador confirmaba que el fin de semana siguiente, el primero de octubre, no había reservas.

—Necesitaremos cuatro habitaciones. Para la Corcho, la Willow, la Pocahontas y Dina Azul, el artista nuevo.

—¿No pueden compartir dormitorios? —preguntó Félix, incómodo ante la idea de no dejar más que una habitación disponible para los eventuales turistas.

—Al cantante no lo conozco, pero te aseguro que los otros tres no pueden compartir cuarto de ninguna manera. Acabarían en el cuartelillo.

Félix los miraba con el ceño fruncido desde el otro lado del mostrador, sin disimular su contrariedad. Su marido, que lo conocía bien, intervino:

—Será como si invitásemos a unos amigos a nuestra casa, Félix. Son solo dos noches. No tenemos reservas ni es probable que las haya, y además vienen a ayudarnos.

—Pero también habrá que darles desayuno, comida y cena, ¿no? —se quejó Félix.

—Ellos tienen un bar. Seguro que os entienden y no van a

aprovecharse de vuestra hospitalidad. No os preocupéis, hablaré con ellos —terció Marcos, el nieto.

En ese momento aparecieron Ariel y Martín riéndose de forma mal disimulada, como si tramaran algo. Pasaron por detrás de ellos y enfilaron las escaleras con extrañas posturas, tratando de ocultar algo que llevaban en las manos.

—No arméis jaleo, que la pareja mayor es muy tiquismiquis —le previno Félix a Marcos.

—¡Solo vamos a ver una película! —se le oyó decir a Ariel.

—Tranquilos, yo me encargo —prometió el muchacho.

—Escucha —le dijo su abuelo cogiéndole del brazo cuando ya había subido un par de peldaños—. Mañana necesito hablar contigo a solas. Es sobre algo muy importante —le susurró para que su marido, enfrascado en el ordenador, no lo escuchara.

—Vale, abuelo. Estaremos por aquí todo el día —le respondió antes de darle un beso y correr escaleras arriba, sospechando lo que ocurría en la *suite*.

En efecto, cuando entró, Marcos se encontró en una habitación en penumbra en la que Ariel y Martín bebían unas cervezas que habrían cogido de la nevera de la cocina. Los miró con desaprobación, pero aquel gesto ceñudo le duró poco. Su novio se le aproximó bailando de forma sensual con un vaso en la mano, que le acercó a la boca para que bebiera. La televisión estaba encendida con el volumen no muy alto en un canal temático que solo emitía cine clásico. Acababa de comenzar *Casablanca*. Marcos bebió y le desapareció el mohín severo. Se dejó abrazar por Ariel, que sonreía y le ponía ojos insinuantes. Se pusieron a bailar. El televisor, en cuya pantalla se veían los créditos del film sobre un mapa de África, arrojaba algo de luz a la habitación. Martín observaba a la pareja desde el sofá dando largos sorbos a su cerveza directamente del botellín. Los miraba con una sonrisa picara dibujada en su atractivo rostro. Marcos y Ariel lo miraban a su vez, moviéndose lentamente, riendo. Luego sus bocas se acercaron la una a la otra, como atraídas por una fuerza magnética. Marcos cerró los ojos al sentir los labios de su novio pegados a los suyos, al saborear su lengua con regusto a

cerveza. Sintió que se excitaba, que su sexo rugía, que sus sentidos se aguzaban. Entonces abrió los ojos. Descubrió la mirada transparente de Martín acercándose a ellos. Vio que abría los brazos para envolverlos, que sus labios se le aproximaban, sugerentes, carnosos y húmedos, y supo que le apetecía besarlos. Creyó sentir el manto de Eros cubriéndolos. Su piel se estremeció con el primer contacto físico, con las caricias que lo siguieron, con cada beso que daba y recibía. Así, abrazados e intercambiando las húmedas succiones de sus labios y la sensual dulzura de sus lenguas, los tres continuaron una lenta y erótica danza mientras se despojaban de la ropa que les impedía acariciarse la piel con libertad. Entre susurros, gemidos y estremecimientos llegaron a la cama. Se arrojaron a ella desnudos, embriagados de deseo y apenas iluminados por la claridad que los alcanzaba desde la televisión del saloncito, en la que ya se veía el bar de Rick, aquel mítico local donde se jugaba, bebía, fumaba y conspiraba al son de la música que Sam le arrancaba a su piano.

Aquel primer y largo embate de abrazos, besos, caricias, acometidas, juegos, risas y goce terminó con los tres muchachos empapados en sudor, pictóricos de placer y sin resuello. Durante unos minutos de tregua en los que descansaron abrazados, envueltos por una bruma de deseo y testosterona que rezumaba de sus cuerpos, inhalaron sus mutuos aromas en silencio mientras en la televisión Rick se alejaba junto al capitán Renault y pronunciaba una de las frases más famosas del mítico film de Curtiz: «Creo que esto es el comienzo de una gran amistad».

La noche se transformó en una sucesión de horas embrujadas, de lapsos de tiempo que parecieron dilatarse o contraerse en función de los sentidos, del placer y del sueño. Los tres se dejaron llevar y se sorprendieron con la familiaridad que surgió entre ellos. Martín no fue un convidado de piedra ni un complemento a la pareja, sino que el equilibrio entre los tres, la complicidad y la camaradería reinaron durante toda la noche.

A la oscuridad la siguió la alborada, que tiñó de luz la cúpula de estrellas, cubrió el mundo de colores, penetró por las ventanas y se arrojó sobre la cama. Allí acarició con sus cálidos dedos aquellos tres

cuerpos, que seguían exprimiendo el deleite carnal, sin haber dormido, entrelazados, exhaustos, pero incapaces de decir que no a cada nuevo beso, a cada nueva postura de funambulista, a cada nueva ruta hacia el orgasmo, a cada combinación amorosa, que abrazaban con entusiasmo, con naturalidad y con el único propósito de disfrutar del regalo que les había concedido la noche.

La calidez del sol que se arrojaba desde encima del tejado de enfrente, combinada con el último clímax alcanzado, debió de arroparlos con una suavidad tan irresistible que los tres se hundieron en un sueño reparador. Y eso pese a las extrañas posturas en las que habían quedado sus extremidades: entrelazadas, enrolladas, dentro, encima y alrededor. De esa forma, el murmullo de sus respiraciones acompasadas fue tornándose calmo y profundo, zambulléndose al fin sus consciencias en el plácido mar de los sueños.

Despertaron a mediodía, entumecidos. A pesar de ello, lo primero que mostraron sus rostros fue una sonrisa. Deshicieron con cuidado el gordiano nudo de sus cuerpos, buscando cada uno de ellos reconocer sus propias formas, comprobar que todas sus partes seguían en su sitio y que aquel embrujo voluptuoso no había alterado las respectivas fisonomías que tanto les permitían disfrutar. Se sonrieron de nuevo, desperezándose con franca naturalidad. Se observaron, se escrutaron, como no lo harían en la calle o en cualquier situación cotidiana, aunque se desesperaran de ganas. Martín había quedado en medio, de lado, mirando a Marcos. Este paseaba las yemas de sus dedos por aquel exótico tatuaje que, desde el cuello del cartero, descendía hasta la ingle a través de su robusto torso y del ondulado y firme vientre. Estaba formado por ininteligibles símbolos pertenecientes a alguna lengua ancestral. Los ojos del muchacho ascendieron desde el pubis cobrizo de aquella suerte de vikingo de la Mancha, escalando cada ideograma, hasta posarse en unos labios carnosos que lo invitaban, orlados por el vello trigueño de su rostro, a besarlos una vez más. Lo hizo. Al mismo tiempo, Ariel abrazó a Martín por la espalda, ancha, recia, poderosa, y se la mordisqueó. Sus cuerpos se arrimaron y borraron los espacios que quedaban entre ellos. La mañana y las breves horas de sueño les

habían devuelto las ganas de continuar aquella aventura. No se lo preguntaron, pero de haberlo hecho los tres se habrían respondido que hacían lo que les apetecía y que no perjudicaban a nadie.

Cuando los dedos luminosos del sol ya no alcanzaban la ventana, puesto que el astro luda en lo más alto del orbe, el trío de exhaustos amantes miró el reloj para descubrir que eran las dos de la tarde. Martín les dijo que debía regresar a casa para comer con su madre. Marcos y Ariel le preguntaron si no le habría preocupado su ausencia nocturna y el muchacho de ojos garzos respondió que estaba acostumbrada a que se fuera de fiesta toda la noche, que aquella era la única parcela de libertad que había podido arrancar a la rígida moral materna. Les dijo que su madre se lo había justificado a sí misma y a sus amigas —tan beatas como ella— bajo el pretexto de que un hombre joven necesitaba divertirse con sus amigos y satisfacer las necesidades propias de su sexo. Eso le había permitido llevar a cabo sus escapadas de fin de semana y sentirse un poco libre de vez en cuando, pese a tener que mantener en Molinosviejos la comedia del noviazgo con Amparo.

Martín desapareció tras la puerta del baño para darse una ducha. Marcos y Ariel, tumbados aún en la cama, se miraron. Sonrieron y se abrazaron. «Estamos locos», se dijeron el uno al otro, sintiendo una extraña euforia que eliminaba cualquier atisbo de cansancio, pese a las pocas horas de descanso. El cartero no tardó en volver. Las ondas húmedas de sus cabellos dorados le caían por ambos lados de la frente, aunque él las retiraba sin descanso. Rebuscó por la habitación sus prendas de vestir, que fue poniéndose conforme las encontraba. Sus inesperados compañeros de cama lo observaban sin poder borrar una sonrisa de satisfacción de la cara. Al acabar de vestirse, se inclinó sobre ellos para darles un beso postrero. Luego se despidió.

—Procura que no te vean mi abuelo ni Félix —le pidió el uno.

—*Ciao ciao*, guapo. Nos vemos —le dijo el otro.

Una vez los hubo dejado a solas, la pareja prorrumpió en una carcajada. Había sido la primera vez que compartían su cama con otro hombre y la experiencia, tal vez a causa de haber surgido sin

haberla planeado, les había resultado deliciosa.

Permanecieron unos minutos tumbados boca arriba, desnudos y cogidos de la mano. De repente, como empujados por un resorte mecánico, se incorporaron. Debían bajar a comer a una hora sensata. Y, sobre todo, debían eliminar de la *suite* todo rastro de aquella noche que pudiera dar motivos para habladurías. Al fin y al cabo, estaban en la casa de su abuelo.

Mientras recogían y se deshacían, envolviéndolos en papel higiénico y escondiéndolos en el fondo de la papelera, bajo los botellines de cerveza, de los numerosos preservativos esparcidos alrededor de la cama, aumentaba su sorpresa por lo que había sucedido. Marcos pensaba en su abuelo y confiaba en que Martín no se lo fuera a contar. Nadie iba a reprocharles nada, pero el peso de lo que era socialmente aceptable o la posibilidad de que su madre llegara a tener noticia de que habían vivido una bacanal en la hospedería de la familia no le hacían gracia. Ariel, en cambio, lo vivía todo con una naturalidad pasmosa. Conforme recogía los profilácticos, rememoraba en voz alta este o aquel momento de la larga noche mientras su novio se sonrojaba.

Por fin, tras una ducha veloz, bajaron al comedor. Esta vez lo encontraron vacío. Los huéspedes ya habían abandonado la casa para apurar las últimas horas del fin de semana. Mari Carmen denotó su presencia en la habitación de la planta baja porque su voz jovial y cantarína los alcanzó en el refectorio. Estaba terminando de limpiar aquel dormitorio. El abuelo Marcos y Félix trasteaban en la cochera, cuya puerta estaba abierta. Los chicos se acercaron hasta allí. La pareja revisaba el estado de las bombonas de propano y comprobaba que todo estuviera en orden a la espera del siguiente vuelo.

—¡Vaya con los dormilones! —exclamó el abuelo al percatarse de su presencia.

—¿Trasnochasteis? —preguntó Félix, sonriendo—. ¿Qué película echaban?

—*Casablanca*, y luego una de superhéroes. Tal vez oyeron algo de jaleo —improvisó Ariel, convencido de que un sábado por la

noche alguno de los muchos canales de televisión habría emitido alguna de las docenas de películas del género que inundaban las carteleras desde hacía años.

—¿Habéis comido ya? —intervino Marcos el joven para desviar el tema.

—¿Y Martín? —insistió Félix.

—Se fue —zanjó Axiel.

—Os estábamos esperando. Mari Carmen tiene un puchero de lentejas al fuego —anunció el abuelo, provocando que los chicos empezaran a salivar como el famoso can ruso y sintieran espasmos en el estómago.

Los cuatro se acomodaron en una de las mesas, preparada para ellos desde hacía rato. La risueña mujer apareció con una olla que colocó sobre un salvamanteles en el centro de la mesa. Al destaparla, el vapor ascendió en livianas volutas y el aroma del guiso los cautivó. Félix sirvió el vino que acababa de descorchar y Mari Carmen, las lentejas. De nuevo tarareaba «La canción del molino» y el abuelo, furioso de repente, la mandó callar.

—Disculpe, m'he despistao —se excusó la mujer, con el rostro demudado, retirándose al momento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el nieto, sin comprender.

—Perdonadme. Es esa canción —se limitó a explicar el abuelo.

—«La canción del molino» es una tonadilla folclórica de la zona —explicó Félix—. Marcos está más sensible de lo habitual porque se acerca el aniversario de la muerte de Alejandro Torres.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —inquirió el nieto, sin ver la conexión entre aquella sencilla melodía y la muerte del poeta.

—Tiene que ver porque Alejandro se suicidó de la misma forma que la molinera de la canción: ambos se ahorcaron por amor.

—Para esperarme en el más allá —añadió Marcos a lo dicho por su marido, sin levantar la mirada de su plato, provocando que los muchachos se quedaran inmóviles, petrificados.

—¿Cómo sabes eso, abuelo? —balbució al poco su nieto, con la cuchara a medio camino hacia la boca, donde se había quedado al

escuchar aquella explicación.

—Él me lo dijo —murmuró Marcos—. Me lo explicó en la carta que me dejó —recordó con los ojos húmedos, que trató de calmar con un sorbo de vino aguado.

—De modo que escuchar esa canción justo estos días le trae a tu abuelo recuerdos tristes —concluyó Félix—. Se lo hemos dicho mil veces a Mari Carmen, pero parece que no conoce otra copla.

Marcos puso una mano sobre el brazo de su abuelo, sin decir nada, queriendo consolarlo de alguna manera. Notó que temblaba. El hombre miró a su nieto y solo vio sus ojos verdes, idénticos a los de su hermano Gus. Todos los recuerdos se amontonaban sobre sus hombros cansados. Pero debía ser fuerte. Debía aguantar un poco más.

El nieto retomó la comida sin poder dejar de pensar que el medio siglo que separaba aquellos dos meses de septiembre era un abismo extraño. Él acababa de disfrutar de una noche de sexo con su novio y un amigo, sin traumas o normas que los señalaran, mientras que su abuelo y aquel poeta, perseguidos y cercados por las leyes, la moral y los prejuicios, habían acabado separados por la más alta de las murallas: la muerte.

—Alfredo ha vuelto a llamar esta mañana —le informó entonces Félix a Marcos—. Quería saber por qué no lo hemos avisado este fin de semana; ha visto el globo. Le he dicho que solo podíamos pagar a un empleado y que necesitábamos más a Mari Carmen.

—¿No podemos pedirle que haga alguna reparación? —sugirió Marcos, tratando de encontrar la manera de ayudar económicamente al joven.

—Eso ya lo hicimos hace dos semanas —le recordó Félix.

—Adelántale algo de dinero, por futuros trabajos. Siempre hay algo que arreglar en una casa tan grande.

—No podemos, Marcos —refutó Félix, categórico—. Esto es un negocio. Si no llega a ser por la buena ocupación de julio y agosto, tendríamos que haber cerrado. No somos una ONG —añadió crispado—. Y no lo digo por vuestros amigos —les dijo entonces a los chicos, refiriéndose a las dos noches que iban a alojar a la Corcho

y su *troupe*—. Eso será nuestra contribución al Orgullo. Lo digo en general. He estado haciendo números y esto no va a dar mucho más de sí.

—Aguantaremos un poco, Félix. Y después, ya veremos —sentenció Marcos poniéndose en pie, sin haberse acabado el plato. Luego se marchó hacia la sala de estar.

Félix y los chicos terminaron de comer en silencio y se reunieron con el abuelo para tomar un café. Mari Carmen, ajena a todo, recogió la mesa y, viéndose sola, empezó a tararear «La canción del molino» otra vez, en un hilo de voz, eso sí, pero sin descuidar ni una nota. Así, la sonrisa le retornó al rostro.

Por la tarde, como en Molinosviejos no había absolutamente nada que hacer, los chicos decidieron echarse la siesta. Cayeron en la cama rendidos, hundiéndose en un sueño profundo al instante. Las horas dedicadas al placer durante la noche se las cobraba el cuerpo por la tarde, bien alimentado y en paz.

Despertaron cuando ya había anochecido. Ariel abrió la ventana. No vio estrellas adornando la bóveda sobre sus cabezas. Debía de haberse nublado y eso había provocado que subiera la temperatura. Una ligera brisa soplaba del este. El chico inspiró con fuerza y sintió aromas de tomillo, lavanda, romero, jazmín y otras flores que regalan sus perfumes a la noche.

Se refrescaron y bajaron al salón. Félix y Marcos charlaban en voz baja en el sofá. Estaban cogidos de la mano, se miraban a los ojos, intercambiaban alguna caricia y otros gestos íntimos colmados de cariño, como retirar una pelusa del cabello del compañero o intentar eliminar una arruguita de la camisa del amado. Los chicos los observaron durante unos segundos, sin atreverse a interrumpir aquel momento de enamorados, de esposos recién reconciliados.

Sin embargo, los mayores, alertados por un sexto sentido desarrollado desde la infancia, sintieron que no estaban solos, que eran observados. No podían evitarlo; siempre estaban alerta, pendientes del entorno, temerosos de ser acechados por la misma amenaza que los había perseguido desde pequeños, ese virus incurable inoculado por censores y represores que los convenció de

que su forma de amar estaba mal.

Sus manos, cuatro robustas palmas, veinte avezados dedos, se separaron al descubrir que eran observados, pese a que quienes los miraban eran de su misma condición. Pero, cuando uno tiene la vergüenza grabada a fuego en el alma, da lo mismo que quien lo mire sea su propio reflejo. Se levantaron y deshicieron aquel embrujo de cariño. Los chicos lamentaron su torpeza, su mal tino o, simplemente, su inoportunidad. Sus amigos de la ciudad, que les doblaban o incluso triplicaban la edad, les habían explicado muchas veces que aquella misma reacción que acababan de ver en Marcos y Félix nacía de un sentimiento de culpa secular. Pese a haber sido diseccionado, analizado, estudiado y combatido con todo tipo de teorías, fuerza de voluntad, activismo, solidaridad, deconstrucción personal y reconstrucción como integrantes de un colectivo tradicionalmente discriminado, aunque orgulloso de su diferencia, se había demostrado imborrable. Por eso era vital que las nuevas generaciones crecieran sin aquellos estigmas revoloteando como buitres sobre sus cabezas, porque estaba demostrado que heridas de tamaño calibre dejan una cicatriz indeleble. Lo habían visto en personas de su generación, como Amparo, Ina o Martín. Incluso lo habían intuido en ellos mismos hacía muy poco, como le explicó Ariel después de que los Cachorros los acecharan entre las sombras. Era un dolor que se perpetuaba en la historia, y la única vacuna posible era la visibilidad, porque mostraba su realidad a quienes no eran como ellos y, al mismo tiempo, los convertía en ejemplo y referente para los más jóvenes. Esa era la solución, a pesar de que suponía pagar el precio de esa exposición.

—Tengo que enviar unos *emails* —se excusó Félix, pasando junto a los chicos como una exhalación.

—Marcos, me gustaría hablar contigo un momento —le recordó su abuelo cuando Félix se hubo ido.

—Pues yo voy a aprovechar para dar un paseo hasta el auto y recoger la mochila, que me la dejé ayer. Tengo el dron allá y necesito ponerlo a cargar.

—Llévate un paraguas. Va a llover —le aconsejó Marcos el viejo

a Ariel, señalándole el paragüero de latón junto a la puerta de la hospedería.

—Pero si hace una noche divina.

—Hazme caso, jovencito. Te mojarás. Conozco muy bien este clima y sé que el viento parece muy apacible, pero, aunque no lo veas, está arrastrando nubarrones. Cuando menos te lo esperes, te arrojarán encima un diluvio.

Ariel sonrió. Eligió, de entre los que habían ido olvidando los huéspedes, un paraguas de color rojo con el mango en forma de cabeza de dragón. El abuelo le explicó que se lo había dejado una turista china el año anterior. A Ariel le pareció extraordinario poder usar el paraguas que alguien antes que él utilizó a miles de kilómetros de allí. Su mente trabajaba en historias y ficciones que tal vez pudiera llevar en el futuro a la gran pantalla. Lo cogió y dio dos pasos de baile mientras tarareaba «I'm singing in the rain». Entornó los ojos y sonrió imitando el estilo encantador de Gene Kelly. Luego salió y se adentró en la noche sin dejar de canturrear ni de dar alegres saltos con su paraguas rojo, ignorando que, en un rato, le borrarían la sonrisa de la cara.

Marcos y su nieto subieron a la primera planta. El abuelo entró en su dormitorio e invitó al joven a seguirlo. La habitación, amplia y sobria, era rectangular. La cama se hallaba en el lado de un ventanal que se asomaba a la calle. Al pie de la cristalera había una butaca orejera de cretona verde. El tapizado estaba visiblemente desgastado en la cabecera y en los brazos. Sobre uno de ellos reposaba una manta de lana con cuadros de colores. Era el viejo sillón de la abuela Palmira, el sillón en el que había pasado infinitas horas cosiendo, leyendo y rezando. Al fallecer ella y emprender las obras de la hospedería, Marcos lo guardó con mimo y después lo colocó al pie de su cama, para reposar y envejecer acariciando el mismo tejido en el que su abuela descansaba sus manos.

Al otro lado del cuarto, además de un armario ropero enorme que abarcaba todo el ancho de la estancia, había una mesita redonda con dos sillas donde el matrimonio podía desayunar, revisar papeles o echar una partida de cartas, afición que los entretenía bastante.

Junto a la entrada había otra puerta que daba al baño privado de la pareja. Frente a este, el joven Marcos descubrió una estantería con numerosos libros colocados en perfecto orden sobre sus baldas. Y, a su lado, un mueble que ni era una cómoda, aunque tenía cajones; ni un chifonier, pese a su altura; ni un mueble bar, a pesar de las puertas dobles que ocupaban su mitad superior; ni un secreter, aunque se distinguían dos gavetas del tamaño idóneo para guardar cuartillas, bolígrafos y demás artículos de escritura. La madera, taraceada, sorprendía por la delicadeza del acabado y por los adornos dorados que ribeteaban las esquinas, a juego con los tiradores, de forma acampanada. El abuelo, después de cerrar con cuidado la puerta del dormitorio, se dirigió directamente a ese mueble y abrió las dos puertas del espacio superior. Marcos se sorprendió al descubrir una caja fuerte. Su abuelo pulsó la combinación secreta para desbloquear los robustos pernos y las cerraduras de acero. Un «clac» sordo, que se amplificó por efecto del mueble en el que se encontraba, el cual actuó como caja de resonancia, anunció la apertura del cofre. El nieto observaba en silencio a varios pasos de distancia, sin saber qué se esperaba de él, si debía mantenerse donde estaba o aproximarse. No tuvo tiempo de preguntar. Su abuelo se volvió. Había sacado de la caja una cartera de piel, gruesa, cerrada con un broche y un candado. La dejó sobre la mesa redonda y se alejó, con pasos cortos y veloces, hasta la mesita de noche que estaba más cerca de la ventana. Buscaba algo en el interior del primer cajón. Marcos dedujo que era la llave de aquel candado y se preguntó para qué harían falta tantas precauciones. Su abuelo regresó al momento y le pidió que se sentara. Quería entregarle un legado, un secreto, unas fotografías, una carta y un poema. Había llegado la hora de que la luz iluminase todos los rincones de aquella casa.

—Marcos, quiero que conserves esto —le dijo con un tono serio y solemne cuando abrió el candado—. Aquí están las pruebas de que Alejandro y yo estuvimos enamorados, de que él me llamó «Dulce M» y mis recuerdos sobre aquel verano de 1970.

El viejo Marcos abrió la cartera. Extrajo, con cuidado y bajo la

atenta mirada de su nieto, unas fundas de plástico y una carpeta. Uno de aquellos envoltorios transparentes contenía una hoja de papel, una página amarillenta que en algún momento del pasado fue arrancada de un cuaderno, como se apreciaba por los bordes irregulares en uno de sus lados. Como si estuviera hecha de la más delicada porcelana, se la entregó al joven Marcos. El chico miró el papel. Unas líneas lo cubrían. La caligrafía era limpia, clara, elegante. Se trataba de un poema, de unos versos cuyo título lo calificaba de carta. En una esquina vio un número, el 57.

—¡Es la «Carta a Dulce M»! —exclamó el muchacho, mirando con los ojos muy abiertos a su abuelo—. ¡El poema que desapareció!

—Creo que Alejandro me llamó así porque firmé mi nota de despedida con una eme —recordó Marcos bajando la mirada, saltando cincuenta años atrás en la movióla de su memoria, viéndose a sí mismo escribiendo de forma atropellada aquellas líneas en las que le decía al poeta que debía abandonarlo, que así lo salvaría, pese a que ocurrió lo contrario.

El joven cogió otra de las fundas. Esa contenía algunas fotografías antiguas en blanco y negro. Las extrajo de su envoltorio. Las miró con una sonrisa dibujada en sus labios. Vio a dos jóvenes sanos y alegres en un día de excursión. Uno era su abuelo. El otro debía de ser el famoso poeta. El campo los rodeaba. Había un estanque, árboles, un par de bicicletas y una luz estival que se colaba entre las frondosas copas de aquel paraíso perdido, cayendo sobre sus cuerpos, iluminando a franjas su piel. En una de aquellas fotos el poeta hacía tonterías subido a un árbol. La instantánea estaba movida, pero se distinguía la acción. En otra, los dos muchachos, muy juntos, abrazados, y con sendas gorras, se reían mirando al objetivo. Marcos se fijó en la mirada de aquellos dos jóvenes de otra época. Irradiaban vida, esperanza e ilusión. Pero había algo más en el fondo de sus ojos. Ariel y él tenían muchas fotos parecidas. Cualquiera, pensó Marcos conmovido, vería que lo que aquellos chicos estaban sintiendo al fotografiarse era amor.

—Nos hicimos un selfi a la vieja usanza —comentó el abuelo, señalando la imagen.

—Es verdad que nos parecemos mucho —admitió el joven Marcos, fijándose en los rasgos de su abuelo cuando tenía su misma edad.

La última funda contenía una carta. Se trataba de un sobre en el que solo estaba escrito el nombre del destinatario, el nombre que ambos compartían. Dentro había una hoja plegada. El nieto miró a su abuelo para pedirle su consentimiento.

—Claro que la puedes leer, pero ya lo harás luego. Tendrás tiempo. Esa carta me la escribió Alex antes de suicidarse. Mi prima Elena la conservó durante veinticinco años, hasta que volví a Molinosviejos en el 95. En ella me explicó su plan, su idea para reencontrarnos algún día en el más allá —dijo un viejo Marcos con los ojos llorosos.

—Abuelo, no hace falta que hablemos de eso…

—Escucha, Marcos —le interrumpió, sacudiendo de su mente aquella melancolía en la que le resultaba tan fácil regodearse y hundirse, que lo envolvía con bellos recuerdos, como un arácnido que anestesiara a su presa para acabar devorándola—. El miércoles que viene, en el homenaje, voy a entregarle copia de la carta, de las fotografías y del poema a Liam Gibbons, el hispanista. Tú conservarás los originales por si le hace falta comprobar su autenticidad. Los originales son tuyos. ¿Entendido? —preguntó con firmeza, mirando fijamente a su nieto hasta que el chico asintió, confuso—. Otra cosa. Esa carpeta —continuó señalando el último de los legados que le estaba entregando— contiene unas notas mías, las memorias sobre aquel verano. Son para ti. Creo que te ayudarán a entender cómo soy y a conocer a tu tío abuelo Gus.

—Pero ¿por qué me lo das a mí? —objetó el muchacho pensando en su madre, hija única de su abuelo y a quien este se saltaba por algún motivo que no podía comprender—. ¿Y por qué ahora? Ya me lo darás más adelante.

—Creo que ahora es el momento. Lo siento así. Tú eres mi nieto, mi sucesor, el espejo en el que me miro. Tú eres lo más parecido a lo que a mí me hubiera gustado ser. Por eso tú debes conservar estas memorias y hacerlas públicas cuando lo consideres

oportuno —añadió mientras guardaba con delicadeza todos aquellos recuerdos en la cartera—. Estudias la noble carrera de informador. Deseo que, llegado el momento, le cuentes al mundo mi historia. Yo ya no tengo tiempo ni fuerzas. Soy el pasado y tú, Marcos, el futuro.

—Abuelo, todo suena demasiado trascendental —protestó el chico, abrumado.

—Cuando leas lo que hay aquí, lo entenderás —concluyó entregándole la llave del candado tras asegurarse de que lo había cerrado bien.

Sin permitir réplica alguna, un envejecido Marcos, más encorvado si cabe, se levantó de la mesa, apoyándose en ella, y se acercó a la caja fuerte para cerrarla. En un rápido vistazo, constató que en el interior del cofre reposaban un sobre blanco con las copias preparadas para el hispanista y una abultada carpeta azul, en la cual conservaba fotocopias de todos los documentos y notas que le acababa de entregar al muchacho.

Nieto y abuelo abandonaron la habitación. El joven se dirigió a la suya para adentrarse en los misterios de aquellos papeles. El viejo, por su lado, bajó despacio las escaleras pensando en Félix, por quien había hecho copia de todo, para que no se sintiera dolido llegado el día de abrir la caja. Su compañero del último tramo de su vida conocía sus secretos y qué hacer con ellos. Sin embargo, Marcos necesitaba que su historia, su verdad, fuera transmitida por su nieto, en quien él se miraba y quien creía que era la persona indicada para aquel cometido. Félix era la alternativa, el plan B, por si algo le impedía al muchacho cumplir su deseo. La carpeta azul, además de todas aquellas fotocopias, contenía una carta manuscrita para su marido con estas y otras explicaciones y con el ruego de que lo perdonase por sus decisiones.

Al llegar a recepción, Marcos vio a Félix trabajando, luchando para que el negocio no languideciera, y lamentó que, como en su corazón, su marido pudiera llegar a sentirse un repuesto en relación con los documentos que le acababa de confiar a su nieto. Aquel pensamiento hizo que lo amara un poco más, todavía un poco más, todo lo que le era posible amar con un corazón tan roto y dañado

como el suyo. Y, aunque no fuera todo lo que ambos habrían querido, ya era mucho.

CAPÍTULO VII

Martín González: «*¿Sabe, inspector? Después de lo que ha pasado, he reunido el valor para decirle a mi madre que soy gay. Casi se le rompe el corazón a la pobre, pero a mí ya se me rompió la noche del Orgullo. Espero que, dondequiera que esté, sepa que por fin me he atrevido a salir del armario, como él me aconsejó, y que eso le haga feliz*».

Ariel seguía canturreando el tema principal de *Cantando bajo la lluvia* acodado en la barra de la heladería y jugando con el paraguas. Se sentía tan bien que solo le apetecía bailar. Mientras esperaba que Abdou le sirviese los granizados de naranja que había pedido, observaba su reflejo en el panel de espejo que cubría la pared al otro lado del mostrador, buscándose entre las copas y tazas que descansaban sobre las repisas de cristal.

Se veía guapo. Su piel clara y sus ojos de color avellana, a juego con el cabello, irradiaban atractivo. Su cuerpo grácil, estiloso y sensual, que tantas alegrías le daba, lucía espléndido embutido en el peto vaquero de pantalón cortísimo que se había puesto, seguro de que aquella noche sería cuasiestival. La camiseta verde oliva, bien pegada a su piel, remarcaba las estilizadas líneas de su torso. Sus deportivas, de un blanco nuclear, le permitían dar sus pasos de baile con comodidad.

Había ido primero al coche a por su mochila y, de vuelta a la casa, como pasaba junto a la heladería, se le ocurrió pedir un par de refrescos para Marcos y él. El local estaba lleno a aquella hora. Se

dirigió directamente a la barra para que Abdou lo atendiera enseguida. Sin dejar de tararear, apartó un momento su mirada de su propio reflejo para observar el del local, que bullía a su espalda. Salvo la ocupada por el anciano con aspecto de cascarrabias, vio que las otras mesas congregaban a familias con niños ruidosos que apuraban la tarde noche del domingo y a adolescentes que no levantaban la vista de sus teléfonos, en los que, a falta de cobertura, visionaban vídeos musicales descargados previamente. Cuando le alcanzó la imagen de la mesa del fondo, Ariel dio un respingo. Acababa de darse cuenta de que la ocupaban los Cachorros Tóxicos.

No los había visto al entrar. Y ya había pedido los refrescos. Estuvo a punto de disculparse con Abdou y largarse a toda prisa. Sin embargo, consciente de que estaba sucumbiendo a un impulso alimentado por el temor, se rebeló. ¿Cómo iba a ceder a la tácita amenaza? ¿Por qué debía irse y otorgarles un poder y una victoria sobre su libertad? Además, marcharse significaría darles la razón, admitir que ser gay era motivo de vergüenza y que lo más conveniente era ocultarse. Recordó entonces las veladas en el Arcadia feliz escuchando a su amigo José Antonio Iribarren, la divina Corcho, cuando narraba a los parroquianos del bar sus experiencias en los calabozos del franquismo, cuando rememoraba las lecciones aprendidas con cada paliza o cuando les recitaba el decálogo que, emulando la ley mosaica, había inventado para reafirmarse ante el odio circundante. Todos sus amigos, y muchos de los clientes habituales, lo memorizaron como si de un mantra se tratara. Aquel irredento superviviente alzaba su copa y, tras pedir silencio, declamaba: «Amarás tu homosexualidad sobre todas las cosas».

Entonces la Willow y la Pocahontas recitaban a capela el resto de los mandamientos, o *gaydamientos*, mientras la hilaridad los desbordaba y brindaban con cada nuevo precepto como si festejasen el Año Nuevo: «No tomarás el nombre de Gloria Gaynor en vano. Irás a todas las fiestas. Honrarás tu polla y tu culo. Matarás, pero solo de placer. Cometerás todos los actos impuros que puedas. No robarás los condones a un amigo. Darás falsos teléfonos si no te

gusta el tío. No consentirás que te hagan lo que no quieras. No codiciarás novios ajenos».

Si un cliente nuevo conseguía repetir de memoria aquel decálogo sin equivocarse, los dueños del Arcadia feliz prorrumpían en aplausos y la Corcho le hacía un gesto al camarero para que le sirviera un chupito gratis. Ariel y Marcos se morían de risa cada vez que se celebraba aquel ritual, que semejaba una prueba para poder ingresar en una especie de fraternidad. Habían llegado incluso a imprimir aquellas normas en un póster. El diseño del cartel, obra de Ariel, se inspiraba en el del film clásico de Cecil B. DeMille, solo que, en vez de un Charlton Heston con túnica y luengas barbas blancas, el muchacho había elegido la imagen de un modelo de cincelada musculatura, ataviado solo con un suspensorio de brillantes, que sostenía en sus brazos dos tabletas electrónicas en las que se leían aquellos diez mandamientos gais en tipografía futurista. Aquel cartel se había convertido en un icono más del Arcadia feliz. Los gaydamientos, memorizados y recitados por muchos entre bromas y cachondeo, no dejaban de ser una filosofía de vida surgida como reacción a una historia de persecuciones, palizas y humillaciones.

—¿Qué haces tú aquí? —escuchó Ariel a su espalda, arrancado de repente por aquella voz acusatoria de los pensamientos que lo habían alejado de la heladería.

Al alzar la vista descubrió, en el reflejo que veía frente a él, al grupo de la cantera de TOS, capitaneado por el Bullas y rodeando el espacio que ocupaba en la barra.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? —preguntó con toda la entereza que pudo reunir, tras reprimir un estremecimiento, al tiempo que se volvía hacia ellos tratando de recordar cómo había luchado Gary Cooper contra sus enemigos en *Solo ante el peligro*.

—¡¿Tú de qué vas?! ¡Payaso! —le espetó el Bullas, jaleado por sus seguidores—. ¡¿No ves que aquí hay niños?! —le increpó señalando las mesas.

—¿Perdona? No te entiendo —replicó Ariel, agarrando con fuerza el paraguas.

—Que no puedes ir vestido de maricona loca en un establecimiento público donde hay menores —explicó a voces, como si fuera algo de una obviedad incuestionable.

—¡Mamarracho! —mugió el que llamaban Garrido, arrancando una carcajada a sus compinches con su pronunciación despectiva y el mohín que puso.

—¿Eres un tío o un travelo como Ina o Inma o como sea que se hace llamar Nacho? —insistió el Bullas, envalentonado por el coro de patanes que lo secundaban, acercándose a Ariel con gesto hostil, alzando la barbilla para mirarlo de forma despectiva.

—Yo me visto como me da la gana —logró responder Ariel, que sentía desbocarse su corazón por momentos.

—Eso a lo mejor lo haces en la Sodoma de la que has salido, sudaca, marica —bramó, aprovechando que a Ariel le brotaba un marcado acento argentino cuando perdía los nervios—. Pero en nuestro país te vistes normal, ¿está claro?

—¿«Normal»? ¿Quién decide lo que es normal? ¿Vos? —protestó Ariel.

—La gente decente. Y tú, desde luego, no lo eres. Los maricas queréis hacer normal lo que no lo es, con vuestras banderitas, vuestra ropa ridícula y los desfiles de frikis. ¡Y una mierda! —rugió—. ¡Cabrón! ¡Te voy a hacer heterosexual a hostias!

—¡Basta! —exclamó una voz al otro lado de la barra.

Abdou los miraba con el ceño fruncido y los ojos inyectados en sangre. Apretaba con fuerza los puños, apoyados en la barra, y sus bíceps parecían hinchados, como si fueran a reventar la camisa azul celeste, que resaltaba sobre su piel de ébano. Los Cachorros Tóxicos lo miraron con desprecio. Ariel solo se volvió un poco. No se atrevía a darles la espalda a aquellos indeseables.

—Tú no te metas, Kunta Kinte —le ordenó el Bullas, apuntándole con el dedo índice—, si no quieres cobrar también.

—Pagad vuestras consumiciones y marchaos —les pidió con tono contenido el camarero, luchando para no saltar al otro lado de la barra.

—Has visto que somos seis, ¿no? Sabes contar, ¿verdad? —

repuso el tóxico, tozudo.

—Sí. ¿Y vosotros veis esto? —preguntó a su vez Abdou, levantándose la camisa para mostrarles una cicatriz que le atravesaba longitudinalmente el vientre. Todos se fijaron en aquella fea marca esperando una explicación—. Me lo hizo un león. En la sabana. En el África salvaje. Luché a vida o muerte contra aquella bestia usando solo mis manos y le rompí la mandíbula —relató el joven, reproduciendo el gesto mientras apretaba los dientes.

Los cachorros se miraron entre sí. Dudaban. Habían oído historias. Se decía que aquel enorme africano había sido caníbal, o que luchó contra una anaconda, o que coleccionaba los testículos cercenados de sus enemigos. La gente hablaba; de aquellas historias seguro que alguna sería cierta. Quizá no era buena idea enfrentarse a él.

Un golpe seco sobre la barra los hizo dar un bote. Incluso Ariel se asustó. Los cachorros miraron a la derecha. Ariel a su izquierda. Un bastón reposaba sobre el mostrador. Lo aferraba una mano sarmentosa cubierta de piel reseca, moteada con manchas y heridas, de uñas largas, amarillentas, gruesas; una mano desgastada, curtida, con mil historias que recordar y otras tantas que desearía olvidar. La mano era el extremo de un brazo cubierto por una vieja chaqueta gris de punto. El cuerpo, el de un anciano enjuto con una sombra blanquecina de barba que recordaba a la lija; la mirada torva, de fuego, chispeaba desde dos simas negras que parecían ojos en el fondo de sendas cuencas grisáceas, sombreabas por cejas pobladas y la visera de una boina. Sus labios, invisibles, apretados, arrugados y temblorosos, se abrieron, dejando entrever una dentadura amarilla con algunas bajas entre sus filas:

—¡Pagad vuestras bebidas y largaos de mi local! —ordenó con voz de trueno.

—¡Eh, abuelo! —quiso discutir el Bullas.

—¡Fuera! —bramó el dueño, y acompañó la orden de un nuevo golpe de bastón sobre el mostrador, que retumbó en todo el establecimiento.

Las dos familias que quedaban, con varios niños asustados por

las voces, se levantaron, dejaron varios billetes y monedas sobre las mesas y salieron de la heladería de forma apresurada.

El señor Cortés seguía con la mirada clavada en el Bullas, quien, arropado por sus colegas, acabó por apartar la vista y relajar la postura.

—Invitará la casa al menos, ¿no? Por la molestia de tener que soportar a maricas como esta —se atrevió a proponer el tóxico, anhelando algún triunfo con el que presumir ante sus aduladores.

—En esta casa —comenzó el viejo, encarándose al grupo, con la cachaba bien asida— sabemos muy bien que todo se paga en la vida. Se puede pagar con la cárcel, con dolor o con dinero. Tú eliges.

—Gallardo, págale al negro —ordenó el Bullas al que parecía ser el tesorero del grupo tras considerar en silencio las palabras del dueño de la heladería.

—El negro se llama Abdou —apuntó el anciano remarcando cada sílaba—. Y es mi hijo. No lo olvidéis nunca más.

Cuando un montón de monedas se desparramaron por la superficie del mostrador, produciendo un tintineo que obligó a Abdou a apartar la vista del grupo y a reaccionar a fin de evitar que las monedas rodaran y cayeran por ambos lados de la barra, los Cachorros Tóxicos salieron del local a toda prisa. El Bullas, el Dumbo, Garrido y los otros tres anónimos esbirros, iguales en constitución física y mental, uniformados y con su pulsera identificativa, obedientes y sumisos, fieros cuando los azuzaban y pusilánimes sin la compañía de su jauría, se adentraron, como una manada de lobos, en la oscuridad de la noche.

Ariel suspiró y su cuerpo pareció desinflarse, encogerse, perder el fuelle que la tensión vivida le había insuflado. Se recostó en la barra. El viejo se acodó a su vez en el mostrador, se subió la visera de su boina y miró a su hijo, que estaba guardando el dinero en la caja registradora. En cuanto hubo arrojado las monedas en sus correspondientes cajetines, salió del mostrador con una bayeta y un bote de spray desinfectante para recoger y limpiar las mesas. Ariel se volvió y descubrió los granizados que había pedido hacía un rato descongelándose en sus vasos de cartón. Recordó que había entrado

allí a por los refrescos, que Marcos lo estaría esperando y que aún tenía un trecho hasta la hospedería. Sacó un monedero del bolsillo de su ajustado pantalón, ese que le marcaba el culo de forma espectacular, el mismo que tanto había ofendido a aquellos muchachos. Aunque estaba convencido de que no era su ropa lo que les molestaba. Era él: su sola presencia era lo que irritaba a aquella gente. Su existencia era una molestia, un desagrado y un error para la estrecha forma de pensar del Bullas, de los Cachorros y de la ideología que los amparaba, alimentaba y alentaba. No era él en particular. No lo conocían de nada; no sabían que era simpático, dicharachero, ocurrente, imaginativo, sensible, cariñoso, generoso, zurdo, ni que le chiflaban la tortilla de patatas, el queso azul y tomar mate; que amaba el cine por encima de todas las artes y que le asustaban las arañas. Nada de eso les importaba, ni tampoco que alimentara una colonia de gatos por las tardes ni que diera clases de repaso a una niña de ocho años, que tuviera un tic en el ojo derecho cuando hacía trampas a las cartas o que a veces le diera por ver musicales antiguos y ponerse a llorar al pensar que todos aquellos artistas ya habían muerto. No, nada de eso les importaba. Podría haber sido él o cualquier otro. Era el diferente, como Abdou, que llevaba la diferencia impresa en la piel. Ariel sabía que muchos gais y lesbianas habían disimulado y ocultado su diferencia aprovechando que esta no se veía. Él no la ocultaba. Incluso hacía alarde de ella. A veces, en el Arcadia feliz, había hablado de eso mismo con sus amigos. La Corcho decía que lo mejor habría sido ser de otro color. La Pocahontas, entonces, ponía cara de imaginarlo y exclamaba que le habría gustado ser de color rosa chicle. La Willow, que ya era señalado por su discapacidad, protestaba de forma airada. «De otro color —pensaba en voz alta—. Cuántos crímenes se habrían cometido a lo largo de los siglos si hubiéramos sido de otro color. Aunque, a lo mejor, una diferencia tan evidente habría servido para demostrar que somos muchos, más de los que la gente cree, y eso habría comportado normalidad. O, a lo peor, el mayor genocidio de la Historia», había aseverado la Willow desde su atalaya de metro treinta.

—Invita la casa —le dijo el señor Cortés a Ariel, acompañando sus palabras de un gesto elocuente con el que le pedía que guardara el dinero.

Ariel le dio las gracias al dueño del establecimiento. Abdou le entregó una bolsa para meter los granizados y lo acompañó a la puerta. Ariel, desde el umbral, miró hacia arriba. El viento había cambiado. Sus piernas, descubiertas casi hasta las ingles, notaron la bajada de temperatura y se le puso piel de gallina. «El abuelo de Marcos tenía razón», pensó. «Va a llover», dijo en voz alta, agarrando con fuerza el mango con forma de cabeza de dragón del paraguas rojo. Y echó a andar.

—Cámbiate, hijo. Luego recogeremos —le dijo el viejo a Abdou en cuanto vio salir a Ariel, con los ojos fijos en las baldosas del suelo, pero con la mirada de su mente sobrevolando el pueblo.

—Papá, ¿de verdad crees…?

—No lo dudes —le interrumpió el señor Cortés.

Todo ocurrió muy deprisa, aunque en su mente los hechos parecieron discurrir a cámara lenta, como en las peleas de las películas de acción y en algunos *westerns* de serie B, para deleitar al espectador. El golpe, la pérdida momentánea de consciencia, el sentirse arrastrado, los susurros, el olor agrio a sudor de sus captores, sus pies arrastrados por el suelo, el traqueteo metálico de la contera del paraguas, el viento que soplaba, las primeras gotas de lluvia, el sitio blando, mullido, húmedo y maloliente donde lo arrojaron y la recuperación de los sentidos.

Ariel comprendió enseguida. Se veía poco, pero se intuía todo. Se hallaba en un descampado, en el vertedero, en el solar detrás de la iglesia. Lo habían lanzado a un sofá raído, sucio y pegajoso. Alrededor vislumbraba montañas de escombros, chatarra, coches siniestrados y mucha basura. Los edificios, al fondo, no miraban hacia el descampado. Era el lugar perfecto para cualquier acto que se pretendiera invisible. El muro del templo y las puertas traseras de varios edificios convertían aquel solar en una alcantarilla gigante, en

un pozo negro, en un sumidero de malas intenciones. Nadie vería nada, nadie se percataría de nada. Ni siquiera había farolas. Solo llegaba algo de claridad indirecta. Pero era suficiente para que Ariel distinguiera tres figuras masculinas delante del sofá, en postura hostil, con las piernas ligeramente abiertas, con los brazos en tensión, paralelos al torso. Distinguía sus siluetas: la del Bullas, en medio; la del Dumbo, con sus inconfundibles orejas flanqueando su cabeza redonda; el tercero debía de ser ese que llamaban Gallardo, con el pelo cortado a cepillo. Los otros tres, los anónimos secuaces tan parecidos entre sí, con aspecto de matones y mirada bobalicona, debían de estar a su espalda. Creyó sentir sus alientos en la nuca. Tres y tres. Contra él y su paraguas con mango de cabeza de dragón.

Solo hizo falta un gesto del Bullas. Los tres cachorros anónimos cayeron sobre Ariel y lo inmovilizaron. Trató de defenderse. Intentó gritar. Una llamada de auxilio en plena noche alertaría a cualquiera. Ellos también debieron de pensarlo, porque le taparon la boca. Pero Ariel mordió la mano del que lo hizo. Escuchó un grito de dolor. Se vio libre.

—¡Ayuda! ¡Ayúdenme! —gritó poniéndose en pie.

Esta vez se le abalanzaron los seis. Imposible vencerlos. Lo amordazaron. Querría haber chillado. Los ojos se le salían de las órbitas. Le arrancaron la mochila y la arrojaron a un lado. Notó que le toqueteaban a la altura del torso. Buscaban los botones del peto. Los desabrocharon y se lo bajaron. Reían. Se intercambiaban susurros atropellados, nerviosos. Lo tumbaron boca abajo.

«Veamos el culo de la sirenita», escuchó con claridad. Le bajaron los pantalones. Rieron a carcajadas al descubrir que, en vez de calzoncillos, Ariel llevaba un suspensorio. Sus nalgas estaban a la vista, a su disposición. Uno le apretaba la cabeza contra el sofá pútrido y le impedía respirar. Otro le aferraba ambas manos por las muñecas, a la espalda. Un tercero le sujetaba los pies. Sintió la fría lluvia resbalar entre sus muslos. Sintió que se le erizaba la piel. Sintió pánico. Quería chillar con todas sus fuerzas, aunque apenas lograba emitir nada más que un gruñido ahogado. Le dieron una fuerte cachetada en el culo. A esa la siguieron varias más, rápidas,

lacerantes. Sonaban como latigazos y las acompañaban de risas exageradas. Ariel se revolvía, intentaba desembarazarse de aquellas garras que lo aferraban. Quería patalear, soltarse, correr, gritar, huir.

—¡No puedo respirar! ¡No puedo respirar! —logró apenas farfullar.

—Cálmate, princesa. Vamos a darte lo que te gusta.

Ariel cerró los ojos con fuerza. Había sido el Bullas quien pronunció aquellas palabras. Entonces escuchó el inconfundible sonido metálico de la hebilla de un cinturón. Odió haber tenido razón cuando dijo que aquellos cachorros cantaban sus himnos fascistas con un brazo en alto mientras palpaban el paquete al macho de al lado con la otra mano.

Sintió que se le acercaba. Escuchó las risas excitadas, enfermizas y ansiosas de los demás mientras el Bullas se encaramaba sobre él. Quiso resistirse. Se movía, sacudía un cuerpo que aquellos bestias habían hecho suyo.

Se puso a llorar.

No podía respirar.

—No llores, guapa. Si te va a encantar —oyó decir al Bullas, que se movía con espasmos, tratando de procurarse una erección con una mano mientras con la otra le separaba las nalgas—. Enséñame el vídeo ese de las guarras —le ordenó con urgencia a uno de sus secuaces—. Entre la puta lluvia y esta maricona que no se está quieta, no me pongo a tono.

—Lo voy a grabar, así luego lo vemos pa reírnos —oyó decir a otro de los anónimos, y enseguida vislumbró la claridad de la linterna de un móvil.

Al que se le había ordenado que reprodujera el vídeo porno colocó ante su jefe un móvil en el que se veía una escena vulgar, previsible, machista y violenta. Ariel, mientras se esforzaba por conseguir un poco de aire, escuchaba gemidos femeninos exagerados, jadeos masculinos que recordaban a gruñidos salvajes e instrucciones para cambiar de postura y estimular a los hombres de aquella ficción en la que las mujeres no importaban. Los cachorros reían como una jauría de hienas, admiraban las formas plastificadas

de las actrices, se animaban unos a otros, se retaban y se provocaban en un aquelarre orgiástico que auguraba una violación colectiva.

—Muy bien —se congratuló el Bullas, preparado al fin para su tropelía—. Ahora te vas a enterar de cómo es mi regaliz —dijo, recordando la burla que Ariel le hiciera.

—Cuando acabes tú, que siga el Dumbo, que tiene la trompa entre las piernas —bromeó otro de los anónimos, provocando la hilaridad desquiciada de aquella manada.

Ariel cerró con fuerza los muslos y apretó las nalgas. Entonces sintió el miembro palpitante del Bullas sobre su piel. Ese contacto caliente le produjo un escalofrío que sacudió su cuerpo con un espasmo incontrolado. Se puso rígido. Su atacante lo notó y le pegó un puñetazo en la espalda. El dolor hizo que cediera. El Bullas le abrió las piernas con sus rodillas. Ariel, mareado, balbució un «¡No!» desesperado que ni entendieron sus agresores ni pensaban tomar en consideración. Le presionaron aún más la cabeza contra el fétido sofá. Apretó los ojos. El aire apenas entraba en sus pulmones. Aquel trozo de carne trocado en arma se preparaba para desgarrar su piel, sus entrañas y su alma. Pero su mente borró el miedo, el frío, el dolor, los insultos y el ahogo. Aquel sofá maloliente fue entonces una amplia cama vestida con impolutas sábanas blancas. El sol bañaba aquel lecho y su piel desnuda sintió una calidez estival. Escuchaba el rumor de las olas lamiendo la orilla, y las manos que lo aferraban, el cuerpo que lo cubría, el miembro que lo buscaba no eran ya amenazantes, sino conocidos, deseados, amados. Escuchó la voz de Marcos susurrándole palabras tiernas que le hacían sonreír.

Entonces un grito rasgó aquella ensoñación, que se descorrió como un velo, devolviéndole a la realidad. La presión sobre su cabeza cesó y el aire pesado, pútrido, inundó sus pulmones. Respiró como si emergiera del fondo abisal del océano. Apretaba los ojos y abría la boca para llenarse de bocanadas de aire, que pasaba con dificultad a través de la mordaza. Su corazón cabalgaba desbocado. El peso sobre su cuerpo se retiró al tiempo que escuchaba gritos de dolor y maldiciones. En un segundo recordó dónde se hallaba: bajo la lluvia, sobre el sofá, entre enemigos. El aguacero caía generoso

sobre su espalda, se escurría libre por entre sus nalgas.

Escuchó otro aullido. Voces. Insultos. Otra exclamación de dolor. Se incorporó con dificultad. Su cuerpo temblaba de frío y de miedo. Abrió los ojos. Distinguió a uno de sus agresores en el suelo y a su lado a otro que lo asistía. Los demás estaban más lejos, escrutando la noche, capitaneados por quien había estado a punto de violarlo, que se abrochaba el pantalón maldiciendo su suerte. En frente de sus agresores, Ariel vislumbró otra figura.

Era una silueta menuda que enarbolaba algo. Un palo, pensó. Y entonces escuchó:

—Hace cincuenta años, ahí, donde están esas flores, maté a un muchacho. Él era inocente, pero vosotros no. ¿Creéis que me importa rajaros como a cerdos a mis setenta y cinco años?

—Usted era el líder de los Hijos del General. ¡Era nuestro ídolo! —aulló el Bullas.

—Yo era un imbécil y pagué por un crimen deleznable, cruel e innecesario. Aunque nunca se acaba de pagar por algo así —aseveró David Cortés con su bastón en una mano y una navaja afilada en la otra—. Sois escoria. Y dicen que sois la generación mejor preparada. ¡Payasos! Solo sois títeres en manos de unos locos intolerantes. Conozco muy bien a esa gentuza. No volverán a engañarme. Y ahora largaos si queréis vivir. Id a esconderos bajo las faldas de vuestras madres. Pobrecillas. ¡Qué hijos ingratos!

—No nos vamos. ¿Qué se ha creído? Somos seis contra un viejo traidor —replicó el Bullas abriendo los brazos y logrando que sus compinches recobraran el coraje, traducido en risas envalentonadas, gruñidos y escupitajos, que lanzaron casi a la vez—. ¿Qué piensa hacer? ¿Atizarnos con la cachaba?

De súbito, algo impactó contra el pecho del Bullas y lo lanzó de espaldas sobre sus amigos. Al mismo tiempo, Ariel, vestido ya, le arreó al Dumbo un paraguazo en la cabeza. Las fauces del dragón le hicieron daño, ya que el muchacho cayó de rodillas, palpándose el cráneo. El viejo se acercó y golpeó a Garrido con el bastón. Otro impacto surgió de la oscuridad y remató a uno de los anónimos, que ya se había repuesto. El Bullas, aturdido, sin entender de dónde

procedían los ataques, dio la orden de retirada. Los Cachorros Tóxicos, apoyados unos sobre otros, huyeron.

Ariel se sentó en el brazo del sofá. Le dolían mucho un tobillo y la espalda. Se deshizo de la mordaza y la arrojó al suelo. Se secaba las lágrimas con el dorso de una mano, mezclándolas con las gotas de lluvia. Sujetaba con fuerza el paraguas. Aquel dragón de fieros ojos amarillos le aportaba seguridad. Entonces vio que el viejo se le acercaba. Recordó las palabras de los cachorros. Aquel anciano era David Cortés, el otrora líder de los Hijos del General en Molinosviejos, aquel grupo de jóvenes franquistas que habían aterrorizado a la gente durante los últimos años de la dictadura. Él fue quien asesinó a Gus, el gemelo del abuelo de Marcos. Sin embargo, acababa de salvarlo de una brutal violación y, probablemente, de la muerte. El anciano cerró la navaja y se la guardó en el bolsillo. Miró a Ariel. Este no pudo resistir la náusea. Vomitó. Su cuerpo expulsaba la ansiedad por la boca y por los ojos. Bilis, ácidos, agua y sal. La lluvia, persistente, monótona, lo enjuagaba, lo acariciaba, lo purificaba.

—¿Estás bien? —le preguntó al cabo David Cortés, poniéndole una mano en el hombro.

—Me siento para la mierda —dijo, usando una expresión que solía utilizar su difunta madre cuando las circunstancias la sobrepasaban—. Pero, gracias a usted, al menos estoy vivo y entero —murmuró el joven incorporándose y hecho un mar de dudas, que sin duda el viejo captó en su voz y en su mirada.

—He hecho muchas cosas terribles en mi vida, imperdonables la mayoría —murmuró David Cortés, mirándole con unos ojos que parecían no encontrar nunca la paz—. Pasé veinte años en la cárcel. Aunque eso no es nada para el daño que causé. Así que, al salir, pensé que debía empezar a hacer cosas buenas. Esta es una de ellas.

Ariel no sabía qué decirle. Quería comprenderlo. Lo hacía, de hecho. Entendió que lo que aquel hombre anhelaba era un perdón que probablemente no lograría nunca.

—Vía libre, papá —oyó decir a Abdou, que surgió de la oscuridad totalmente vestido de negro—. Se han ido a sus casas.

—¿Eras vos quien los atacó? ¿Qué les tiraste? —preguntó Ariel.

—Piedras. En mi país luchábamos contra las milicias de Boko Haram a pedradas. Aprendí a lanzar antes que a escribir. Tengo una puntería excelente —respondió sonriendo, orgulloso de sus habilidades.

—Y un negro vestido de negro en mitad de la noche es un cazador invisible y formidable —añadió su padre, palmeando con orgullo los hercúleos hombros de su hijo.

—Gracias. Me salvaron. Ahora vámonos; podrían volver —sugirió Ariel al sentir un escalofrío.

—No volverán —aseveró el viejo—. Tienen que lamerse las heridas.

—Pero nos buscarán mañana —temió Ariel, empezando a tiritar.

—Mañana estarán entre rejas —afirmó David Cortés—. Te acompañaremos a la hospedería y desde allí llamaremos a la Guardia Civil. Va a ser una noche larga, muchacho. Pero, si me haces caso, te prometo que libraremos a Molinosviejos de los Cachorros Tóxicos durante una buena temporada.

—Mi padre estudió Derecho en la cárcel —le informó Abdou al tiempo que ayudaba a Ariel a incorporarse—. Hazle caso.

—Ese tobillo se está inflamando. Pediremos un informe forense para probar las lesiones —pensó en voz alta David Cortés—. Y las muñecas las tienes marcadas también —añadió cogiéndole las manos y llevándolas hacia la poca claridad que les llegaba.

—Y la espalda, probablemente —dijo Ariel, sintiendo todavía el puñetazo.

—Perfecto —repuso el viejo—. Además del informe de urgencias, del forense, de nuestro testimonio y del de los clientes de la heladería, he visto que uno de esos estúpidos lo estaba grabando todo con el móvil. Si conseguimos ese vídeo, están jodidos —sentenció con un extraño brillo en la mirada—. Dame el paraguas. A ver si sirve para algo más que para atizar a esos gilipollas.

Abdou le entregó la mochila a su dueño, que se la echó al hombro, y ayudó a Ariel a caminar haciéndole de apoyo; no

soportaba el dolor en el tobillo. El señor Cortés abrió el paraguas y se colocó a su lado, protegiéndolos del aguacero que el abuelo Marcos había pronosticado. Al llegar a la plaza, tuvieron que detenerse. El dolor era insoportable. Abdou lo cogió en brazos. Lo sostuvo como si su cuerpo fuera de aire. Ariel abrazó al titán y se dejó llevar. David Cortés se arrimó a su hijo y logró que el paraguas los cubriera a todos.

—¿Es cierto que luchaste con un león? —le preguntó Ariel a medio camino, con la cabeza apoyada sobre el hombro del joven, ya que se sentía mareado y febril.

—No, ¡qué va! Siempre cuento eso a los idiotas que se creen que en África todos vivimos en la jungla.

—Como Tarzán —apostilló Ariel con los ojos entornados, sintiéndose acunado y agotado.

—Exactamente. Pero la realidad no es así. Mis padres vivían en una ciudad llamada Ziguinchor, en la región de Casamanza, la parte sur de Senegal. Eran pobres, muy pobres. Y es una zona donde había disturbios, disparos, muchas muertes. Así que, siendo muy jóvenes, se trasladaron a Nigeria, a casa de unos parientes. Allí formaron una familia y tuvieron hijos. Todo iba bien hasta que apareció el integrismo religioso de Boleo Haram. Un día hubo un atentado terrible en mi escuela. Mis hermanos murieron. Yo tuve suerte y solo resulté herido —explicó señalando con la mirada su vientre—. Esta cicatriz me recuerda cada día lo que puede provocar el odio y lo que perdí. La vida allí dejó de ser vida; se transformó en un peligro constante. Ya no había futuro. Así que mis padres vendieron lo poco que teníamos para que los de las caravanas me trajeran a Europa.

—¿Mafias?

—Claro. Después de la travesía por tierra, nos hacinaron en lanchas y nos lanzaron al mar. Pasamos una semana en una barcaza. Fue horrible. Hubo peleas. Algunos murieron. Yo solo era un niño y pensé que iba a morir. Por suerte, nos encontró el barco de una ONG y nos trajo a España. Luego me llevaron a un centro de acogida. Después a otro. Al final me trasladaron a un centro de

menores y allí conocí a mi padre español.

—Era voluntario en una asociación de ayuda a migrantes —se oyó explicar al viejo desde debajo de la boina—. Y Abdou era un chiquillo con unos ojos muy grandes y muy tristes. Sabía que al cumplir la mayoría de edad acabaría en manos de otras mafias, vendiendo bolsos y gafas de sol de imitación en algún paseo marítimo, sin el futuro que sus padres le prometieron cuando se separaron de él para siempre. De modo que me dije que tal vez podía darle un apellido, un pequeño negocio y algo parecido a un hogar. Puro egoísmo, no te engañes, chaval —apostilló después de carraspear.

—Sí. Mi padre me adoptó por puro interés, porque hago los mejores helados de toda Castilla-La Mancha —añadió Abdou, mostrando una enorme sonrisa blanca que partía en dos el óvalo de su rostro.

Ariel quiso reírse, pero el dolor se lo impidió y no logró más que esbozar una mueca que imitaba una sonrisa.

Habían llegado a la hospedería. David Cortés cerró el paraguas y puso una mano en el pomo de la puerta. A través del cristal vio a Marcos, su viejo conocido, en la recepción, atareado con el ordenador. Sintió una punzada en el pecho al girar la manilla; nunca había hablado con él desde aquellos aciagos días de 1970. Nunca se atrevió a mirarlo a los ojos. Nunca encontró el valor para acercarse y pedirle perdón. Aunque habían pasado cincuenta años, el dolor y el arrepentimiento seguían siendo tan intensos como el día en que tuvo consciencia de que había asesinado a Gus.

Marcos, arrancado de sus quehaceres por el tintineo de la puerta, alzó la mirada. Cuando vio quién la abría, sintió que su corazón se paraba.

Querría haberle dicho que no diese un paso más, que no era bienvenido, que se marchara, que había destruido su vida, que le debía un hermano, una madre que murió de pena, un padre que lo abandonó, una vida entera. Pensó entonces que ojalá hubiera logrado odiarlo, porque así tal vez podría haber buscado la forma de vengarse. No obstante, Marcos no era capaz de odiar. No lograba

acumular suficiente materia de desprecio y rencor para odiar. Se acusaba a sí mismo de debilidad y sentía que le fallaba a Gus por no odiar a David. Llevaba años viviendo en Molinosviejos. Lo había visto mil veces. Sabía dónde vivía, sabía que había adquirido el traspaso de la vieja heladería de la plaza, sabía que había adoptado a aquel crío inocente. Pero jamás había cruzado una palabra con él. Siempre lo evitó y prefería pensar que había muerto en prisión.

Pero aquella noche, de repente, aquel fantasma del pasado estaba frente a él. Había franqueado la puerta de su casa, había recorrido cincuenta años con un solo paso.

Su cuerpo se quedó rígido, paralizado. Lo veía con su mano asesina en el pomo de la puerta, con su mirada centelleante fija en él. Pensó en su nieto, que se parecía tanto a Gus, y eso le hizo reaccionar. Dio un respingo y se puso en pie.

—¡No eres bienvenido! —bramó con una voz telúrica que le resultó ajena.

—Traigo al novio de tu nieto. Está herido —explicó David Cortés con voz balbuciente, sujetando la puerta, tras la cual solo se veía la noche, tamizada por una cortina de agua.

Al instante, a través del velo de agua surgió una figura grande, corpulenta, que portaba otra más pequeña y doliente. Reconoció a Ariel en brazos de Abdou. Marcos salió de detrás del mostrador y corrió hacia ellos. Ariel lo miró. Quería sonreír, pero lloraba y le castañeteaban los dientes. Marcos le indicó a Abdou que pasara al salón para que Ariel reposara en el sofá. David se quedó en la entrada. Había dejado el paraguas del dragón en el paragüero sin desasir el pomo de la puerta. Su hijo acomodó al herido. Marcos miraba sin comprender.

—Está empapado y aterido —le hizo notar Abdou—. ¿Tiene una toalla?

Marcos estaba paralizado. Su mente se había quebrado con la visión del viejo líder de los Hijos del General en su puerta. Sus ojos saltaban de Ariel a Abdou y de este hacia la entrada, donde, aunque no podía verlo desde allí, sabía que seguía David. Ariel gimió de dolor y eso le hizo reaccionar.

—¡Sí, sí! Claro —farfulló, y salió corriendo escaleras arriba para coger del almacén toallas y una manta y, de paso, avisar a su nieto y a Félix.

A su marido lo llamó en primer lugar, ya que su dormitorio común estaba más cerca de la escalera. Después corrió pasillo arriba. Tocó con urgencia en la *suite* y, sin esperar que le abriesen, se acercó al almacén.

—¿Qué pasa, abuelo? —le preguntó Marcos desde la puerta, con la mirada conmovida tras la lectura de algunos de los documentos que aquel le había confiado.

—Es Ariel. Está herido —le respondió saliendo del cuarto de la ropa, y el gesto de su nieto cambió por completo.

Bajaron atropelladamente. Félix ya atendía al muchacho. Abdou esperaba de pie, junto al sofá, y David seguía junto al paragüero. Había decidido cerrar la puerta para que no entrara frío. Marcos se abalanzó sobre su novio. Se fundieron en un abrazo y Ariel rompió a llorar. Estaba con el pie en alto y la postura le resultaba incómoda, pero ninguna medicina lo habría aliviado más. Marcos se dio cuenta de que tenía la ropa empapada. Volvió corriendo a la habitación y bajó ropa seca. Le ayudó a secarse y a cambiarse. Abdou se apartó un poco; no quería mirar mientras el chico se desnudaba. Félix trajo una bandeja con una jarra de leche caliente y unos vasos. Le sirvió uno a Ariel y le ofreció otro a Abdou. El abuelo miraba la escena desde una silla, sin decir nada, porque sabía que David Cortés estaba esperando detrás de la pared, junto a la puerta de la hospedería, en el antiguo recibidor de la abuela Palmira, donde medio siglo antes había dejado, deslizándola por debajo de la puerta, una nota dirigida a él y que interceptó su hermano Gus, una nota que, con la firma falsa de Alejandro como cebo, lo citaba en la trasera de la iglesia, donde aquellos fascistas lo esperaban para matarlo y donde asesinaron a Gus al confundirlo con él. David tampoco se atrevía a dar un paso más en aquella casa en la que había causado tanto dolor. Los demás notaban la atmósfera enrarecida. El joven Marcos preguntó:

—¿Qué te ha pasado? ¿Has resbalado?

—Lo han atacado —respondió Abdou, atrayendo todas las miradas.

—Fueron esos cabrones de los Cachorros, pero estoy bien —explicó el agredido, tratando de contener una situación que sabía que se desbordaba sin remedio.

—Hay que llamar a la policía —determinó Félix, levantándose para acercarse el teléfono de recepción. Entonces reparó en David, que esperaba aún junto a la puerta, cabizbajo—. ¿Usted que hace ahí? Pase, hombre —lo invitó.

—Mejor no. No soy bienvenido —repuso aquel alzando la mirada trémula, que se clavó en Félix, quien comprendió todo al instante.

—Como quiera —se limitó a decir, cogiendo el auricular.

—Llame a la Guardia Civil. Dígales que ha sido una agresión sexual —le indicó.

Su voz de trueno alcanzó a los demás en la sala de estar. Marcos miró a su novio con terror en los ojos. Este asintió. Entonces se levantó y corrió hasta la entrada.

—Pase y explíquenos qué ha pasado —le pidió el joven a David Cortés cogiéndole del brazo, del que colgaba su bastón.

David no se atrevía a adentrarse más en esa casa, pero el joven insistió. En el umbral del salón se detuvo. El viejo Marcos, sentado en una silla junto al sofá, no se atrevía a mirarlo. David se decidió a hablar. Les explicó lo sucedido, desde el enfrentamiento en la heladería hasta lo ocurrido en el descampado. Les contó que, temiendo que los Cachorros emboscasen al muchacho, había decidido seguirlo. Que le había pedido a Abdou que fuera con él. Que llegaron a tiempo de evitar que el crimen fuera a peor. Y que debían denunciarlo todo de inmediato. Les ofreció la asistencia jurídica de una conocida suya, abogada criminalista. Debían telefonearla sin pérdida de tiempo. Marcos miró a Ariel y este, de nuevo, asintió. Félix le pasó el teléfono al joven. David le dictó el número. Marcos habló con la letrada, que vivía en Ciudad Real, y ella les explicó los pasos a seguir.

Llamaron a la Guardia Civil, que no tardó en personarse en la

hospedería. Se cursó la denuncia y, siguiendo las instrucciones de la abogada, fueron a buscar el coche para ir al hospital de Tomelloso. Necesitaban un parte completo de lesiones. Al mismo tiempo, los agentes localizaron y detuvieron a los seis cachorros. Los llevaron al cuartelillo y allí pasaron la noche. La abogada consiguió hablar con la jueza de guardia y logró una orden para registrar los domicilios de los sospechosos. Aquella misma noche se hallaron sus teléfonos móviles. En uno de ellos apareció la grabación que los incriminaba. Ariel prestó declaración y también lo hicieron Abdou y David Cortés. Este facilitó los nombres de varios clientes que habían presenciado el altercado en la heladería y a quienes la policía tomaría declaración durante las jornadas siguientes.

Cada uno de los Cachorros Tóxicos fue acusado de varios delitos: agresión sexual, complicidad en el mismo delito respecto a cada uno de sus compinches, homicidio en grado de tentativa —en el vídeo se escuchaba a Ariel diciendo que no podía respirar—, lesiones y detención ilegal. Todos ellos sazonados con las agravantes de alevosía, actuación en grupo y discriminación por la nación de origen y orientación sexual de la víctima. En resumen, un rosario de actos tipificados en el Código Penal que permitió, por su gravedad, y una vez oído el fiscal, denegar la puesta en libertad bajo fianza de aquella manada. En una noche, tal como le había prometido David a Ariel, Molinosviejos se había librado de los Cachorros Tóxicos.

Pero, antes de que aquel viacrucis diera comienzo y los aparatos del Estado movilizaran su engranaje jurídico, el viejo Marcos, después de que los agentes de la Benemérita se marcharan y mientras su nieto corría a buscar el coche acompañado por Abdou, alzó al fin la mirada. David la esperaba desde el umbral de la entrada del salón. Sus ojos se encontraron por segunda vez en un rato después de cincuenta años. Pero era como si no hubiese pasado el tiempo. Marcos recordaba a su hermano; a su madre, que murió de pena; a su padre, que quiso aliviar el duelo alejándose y desapareciendo de la vida de su otro hijo, tan igual y tan diferente al asesinado; a Alejandro, que, abandonado por un Marcos roto y pusilánime, decidió ahorcarse y esperarlo en esa otra vida en la que

creía. Todas esas personas y él mismo, origen y epicentro de todo aquel drama, habían sufrido a causa de los celos de David. Su amor enfermizo por Alex, su deseo hacia otro hombre, primero reprimido, luego confiado pero no correspondido por el poeta y finalmente transformado en odio, había provocado un dolor que aún perduraba.

Lo tenía ante sí, apoyado en su cachaba, con su boina ocultando la calvicie y sus ojos pétreos e interrogantes mirándolo de nuevo. Sin embargo, aquel hombre, que era el origen de tanto mal, acababa de salvar a Ariel de una agresión que, de sobrevivir, lo habría herido de por vida. Y también había salvado a su nieto de un dolor perpetuo. David Cortés era, asimismo, el hombre que había dado las claves para librar al pueblo, sobre todo a sus estimadas Quijotas y Dulcineos, de unos enemigos hostiles e implacables.

Marcos se levantó y se acercó a su antigua némesis. Félix, sentado junto a Ariel, lo miraba, sin saber qué esperar. Ariel notó que temblaba y le cogió la mano. El abuelo se detuvo a un metro de distancia. No podía acercarse más. Lo miró a los ojos, a aquellos ojos torvos, que de repente descubrió pacíficos y conmovidos. Quería hablar; necesitaba decirle algo.

—Te doy las gracias por salvar a Ariel —farfulló al fin—. Pero no te perdono. Ni lo haré nunca. Aunque hayan pasado cincuenta años —añadió, lanzando estas palabras como Abdou había arrojado las piedras en el descampado.

—Cincuenta años no son nada —repuso David Cortés en una voz casi inaudible—. Te comprendo —aseguró tras carraspear y con los ojos bañados en lágrimas, que zigzagueaban por las arrugas que los orlaban.

Marcos no dijo nada más. Volvió al salón y se sentó. Permanecieron en silencio e inmóviles hasta que su nieto y Abdou regresaron con el coche. Ariel y David iban a ir con ellos al hospital de Tomelloso y después a Ciudad Real, al juzgado de guardia, al forense y a lo que los protocolos pertinentes indicasen.

Cuando todos se hubieron marchado, Marcos miró a Félix. Este ya se le estaba acercando. Abría los brazos, a los que se arrojó aquel para hundir su rostro en el pecho protector de su marido, que lo

sostuvo un buen rato. Luego cerraron la puerta principal, apagaron las luces y subieron a su dormitorio. Mientras Félix se lavaba los dientes, Marcos se sentó en el borde de la cama, junto a la butaca de su abuela. Acarició la cretona desgastada.

—Marcos, mi niño —creyó oír decir a la abuela Palmira—, ¿todavía no sabes que los rencores eternos acaban consumiendo el alma?

—Viejita… —susurró un agotado Marcos—. ¿Qué debo hacer?

—No te quedan mejillas para ofrecer —respondería el eco de la anciana, que podría haberlo mirado con sus pequeños ojos de sabia desde el sillón, con la labor entre las manos—. El perdón siempre alivia el dolor del corazón.

—Pero no puedo olvidar todo el daño que le hizo a nuestra familia —protestó Marcos.

—Quien olvida es como si no hubiera vivido —diría la voz sosegada de la abuela Palmira—. Debes recordar para aprender. Aunque también puedes perdonar para que los recuerdos no sigan sangrando.

—Lo intentaré, abuela.

—¿Qué dices? —le preguntó Félix, volviendo del baño.

—Nada, nada. Hablaba solo —contestó Marcos sin apartar la vista de la butaca, donde aún distinguía la mirada sonriente de la anciana, que se desvanecía ante los ojos de su mente.

Marcos y Ariel llegaron a la hospedería cuando el sol ya derramaba su luz sobre el campo. Los olmos y los cipreses proyectaban largas sombras que parecían rasgar la tierra. Estaban agotados y se fueron directamente a la cama. Ariel, con un par de fuertes calmantes corriendo por sus venas, se arrebujó en el cuerpo de su novio, que lo envolvió, queriendo protegerlo de todos los males del mundo. Así, muy abrazados, sucumbieron a un pesado y denso sueño.

Se despertaron a media tarde en la misma postura. El sopor los mantuvo un rato amodorrados, más fuera que dentro de este mundo, arrullados por su propia respiración y el latido de sus

corazones, que no tardó en acelerarse cuando sus mentes se activaron, convulsas todavía por lo ocurrido.

Marcos acariciaba a Ariel. Este se dio media vuelta para mirar a su novio. Sus frentes se tocaban, sus ojos se encontraron, sus manos se entrelazaron.

—Ayer, cuando iban a… violarme… pensé en vos —murmuró Ariel en voz queda, casi quebrada—. No sé por qué lo hice, pero de repente creí que estaba con vos en la cama; creo que recordé aquel hostal de Moncofa, el del año pasado. Me pareció escuchar tu voz, sentirte sobre mí… —añadió, y la confidencia rompió su voz.

—Cariño —dijo Marcos abrazándolo—. Escúchame. Acuérdate de lo que te dijeron anoche: tú eres la víctima. Te lo dijo el cabo de la Guardia Civil, te lo dijo la abogada, te lo dijo el médico de urgencias, te lo dijo la psicóloga, te lo dijo la jueza, te lo dijo el fiscal, te lo dijo todo el mundo porque es la verdad. Tú eres la víctima —repitió despacio, con convicción. Ariel se apartó un poco para mirarlo a los ojos y se dio cuenta de que ambos lloraban—. Nada de lo que hicieras o dijeras, nada, justifica lo que te hicieron y lo que pretendían hacerte. Nada —insistió—. Ni tu ropa, ni tu forma de hablar, ni tu forma de ser o comportarte. Nada. Tú eres la víctima —añadió una vez más, y Ariel asintió al tiempo que le rodaban lágrimas por la cara, atravesándola hasta depositarse en las sábanas.

—Pero… —quiso replicar.

—No hay peros —lo interrumpió Marcos—. Y, si pensaste en mí, imagino que fue porque tu mente quiso fabricar un escudo, un mecanismo de defensa para atenuar el dolor. No significa otra cosa. No podías escapar. Así que tu cabeza buscó una forma de alejarse de allí. —Ariel asentía, se enjugaba las lágrimas y miraba fijamente a su novio, quien sufría por no poder eliminar aquel suplicio como quien espanta una mosca—. Ariel, eres lo más bonito del mundo y lo vas a seguir siendo. Solo que vas a tener una pequeña cicatriz que te hará más fuerte.

—Como el protagonista de *Scarface* —apuntó, recordando la mítica película de Howard Hawks y esbozando una ligerísima

sonrisa.

—Sí, pero no la llevarás en la cara. Irá por dentro. Y tampoco te estropeará ni te hará malvado. Tú eres bueno. No voy a permitir que algo tan feo transforme algo tan grande y hermoso como tú. ¿De acuerdo?

Ariel solo logró asentir, porque el llanto lo ahogaba. Se aferró con fuerza a Marcos y lloraron abrazados hasta que, pasado un rato, el dolor fue apagándose y los besos endulzaron la amargura.

Marcos bajó al salón sobre las siete de la tarde. Había dejado a Ariel en la cama, medio dormido. Aunque este le dijo que no tenía hambre, el joven insistió en que comiera algo y le propuso llevarle la cena a la cama como si fuera una princesa, como a la Audrey Hepburn de *Vacaciones en Roma*. Esta alusión consiguió arrancarle una tímida sonrisa y que le lanzara un beso al aire desde el lecho con mucha gesticulación y teatralidad. Marcos, desde la puerta, sonrió a su vez, recogió el beso al vuelo de un salto y se puso a imitar al Charlot de las películas mudas, como solía hacer para provocar las carcajadas de su novio. Al salir del cuarto, aguantando la sonrisa en su semblante como si se tratara de una máscara, se alejó corriendo de la *suite*, y en la soledad del pasillo se le cayó el gesto y rompió a llorar. Se cubrió la boca para no hacer ruido, para contener el llanto, para que su amado no lo escuchara. Tuvo que sentarse en el suelo. Apoyó la espalda en la pared y se abrazó las piernas para esconder la cara entre las rodillas. Lloró la rabia y el dolor que lo desbordaban. Lloró el miedo y la impotencia que lo habían dominado. Lloró y lloró hasta que se quedó vacío. Al rato, más calmado, recordó lo que habían hablado en la habitación. Entonces suspiró, sintiendo cierto alivio, ya que estaba convencido de que aquella fea herida que supuraba en el alma de su novio pronto empezaría a cicatrizar.

El comedor era un hervidero de movimiento. Marcos se encontró con las Quijotas y Dulcineos al completo, atareados en la confección de las banderas para el día del Orgullo. Habían transformado el espacio en un taller de costura. Sobre varias mesas, que habían juntado, vio tres máquinas de coser y varios rollos de telas de colores, carretes de hilo, tijeras y rotuladores. Al fondo,

amontonándose sobre otra mesa, descubrió algunas banderas ya terminadas: del arcoíris, del colectivo trans, grandes o más pequeñas. Todas ellas preparadas para salir a reivindicar el derecho a ser, a estar, a existir, a decirlo y a no temer.

De pie junto a la mesa central estaban su abuelo y Félix cortando las franjas de tela de los rollos de colores conforme se los pedían los demás. Marga, Martín y Amparo, amorrados a sendas máquinas de coser, se afanaban en la composición de las insignias, pedaleando sin parar. Ina, por su parte, metro y rotulador en mano, iba señalando los fragmentos que se debían cortar. Charlaban, bromeaban, trabajaban en armonía y se sentían fuertes. Marcos sonrió al ver aquella estampa velazqueña y se obligó a bromear.

—A ver, mis hilanderas, que no os veo sudar.

Marga alzó la vista sobre las gafas que usaba para coser, el abuelo se volvió, Félix le lanzó una gran sonrisa y los demás dejaron sus quehaceres y se acercaron presurosos. El abrazo fue espontáneo y sentido. El abuelo y Félix esperaron un momento para saludarlo. No lo habían visto desde la noche anterior. Los habían oído entrar con la alborada, pero estimaron oportuno dejar que se acostaran. El matrimonio había pasado la noche en vela, preocupado, temiendo que regresaran los aciagos tiempos de los Hijos del General. Para el abuelo Marcos aquellos días estaban siendo especialmente dolorosos. Los viejos recuerdos lacerantes emergían de sus simas como sombras amenazantes y se sumaban a los nuevos problemas. Tal vez los ecos de la abuela Palmira tuvieran razón. Debía recordar para poder perdonar y para poder perdonarse.

—¿Cómo está Ariel? —le preguntó Marga, poniendo voz a la preocupación que todos tenían en mente.

—Está más tranquilo. Pero prefiere quedarse en la cama. Fíe bajado a por algo de comer.

—Yo me encargo —dijo Félix—. ¿Qué preparo? ¿Sándwiches? ¿Leche y cacao?

—Sí, está bien; cualquier cosa —respondió Marcos.

Félix desapareció tras la puerta de la cocina. Los demás regresaron a sus tareas. El abuelo abrazó a su nieto. Luego se

acercaron a las mesas y admiraron los progresos en los preparativos.

—He sacado de la cochera la vieja máquina de coser de mi abuela —le explicó Marcos a su nieto, intercambiando con él una tierna sonrisa—. Así avanzaremos más deprisa.

—La tía Concha tenía todo lo necesario, así que hemos empezado pronto —explicó Marga—. Y en cuanto Martín ha llegado de trabajar con su máquina de coser hemos podido acelerar el ritmo. En un par de días lo tendremos todo listo.

—¿Podemos ver a Ariel? —preguntó Martín con un gesto de sincera preocupación, desde detrás de su máquina, después de enhebrar un hilo de color verde.

—Es mejor esperar a que se sienta con fuerzas. Pero va a estar bien, ya lo veréis. Es muy fuerte, más de lo que parece —dijo, y sintió que se le quebraba la voz.

—Su idea para el Orgullo va a dejar a todos boquiabiertos —apuntó Amparo—. En el Ayuntamiento han alucinado.

—¿Qué tal ha ido con la burocracia? —inquirió Marcos.

—Bien. No nos han podido poner pegas. Pero hemos visto que el ambiente está revuelto —respondió Marga—. ¿Verdad, Amparito? —Y aquella asintió—. No se esperaban que sus Cachorros acabaran enjaulados. Creo que querían usarlos para sabotearnos el Orgullo. Esperemos que alguien tire la llave de la jaula al fondo del mar.

—Mejor que tiren la jaula con ellos dentro —añadió Ina, sin que nadie se opusiera a aquel deseo, pese a lo que implicaba, tanto era el miedo y el dolor.

—No veo la hora de que llegue la caballería el viernes —dijo el joven Marcos, después de que el silencio se apoderara del comedor, pensando en sus amigos, en la fuerza y la experiencia que traerían con ellos—. Veremos qué cara ponen cuando vean toda la pluma que vamos a sacar.

Félix apareció con una bandeja llena de comida. Marcos la cogió y se despidió del grupo. Las tazas de leche humeaban y los sándwiches, recién tostados, desprendían un aroma que hizo que el estómago del joven rugiese, hambriento. Subió las escaleras de dos

en dos, con una agilidad insultante para sus mayores, que lo vieron desaparecer con un nudo en el estómago, cerrado a cal y canto por la situación, al contrario que el del muchacho, deseoso de recibir alimento.

Marcos llamó a la puerta y abrió despacio. «Servicio de habitaciones», anunció, introduciendo una pierna entre el marco y la hoja y moviéndola en el aire, como una *vedette*. Ariel se incorporó, se frotó los ojos llorosos y sonrió. «¿Se puede, caballero? —insistió Marcos desde el pasillo, poniendo voz insinuante—. Le traigo algo caliente», añadió, impostando aún más el tono. Ariel dijo: «¡Adelante!», y en cuanto la puerta se abrió prorrumpió en aplausos. Marcos sonrió, entró, cerró la puerta empujándola con la cadera y se aproximó a la cama haciendo movimientos sensuales, exagerados e incluso cómicos, fingiendo que tropezaba, provocando la risa en su novio, cuya alegría temía tanto perder.

—Majestad, su cena —pronunció de forma afectada, colocando la bandeja sobre el regazo de Ariel, quien inspiró los aromas del pan tostado, del queso fundido, de la leche caliente y de la miel, esperando que su cuerpo aceptara algo de alimento.

Marcos saltó al otro lado de la cama y cruzó las piernas, colocándose en la postura del loto. Intentaba mostrarse sonriente, aunque por dentro estaba triste y preocupado. No obstante, mientras veía a su amado esforzándose por darle el primer bocado a la cena, se prometió no rendirse. Lo haría por Ariel, por su abuelo, por Félix, por las quijotas y los dulcineos, por él mismo y por todos los hombres y las mujeres con quienes compartía la misma forma de ser, de desear y de amar.

CAPÍTULO VIII

David Cortés: «*¡Qué me va a contar a mí, inspector! Fui como ellos, odié como ellos. O tal vez fui peor que ellos, porque yo también soy maricón y me odiaba a mí mismo. Por eso intenté hacer algo bueno, aunque este jodido mundo siempre prefiere la guerra y la muerte a la paz y la vida. No soy creyente, pero deseo de todo corazón que descanse en paz*».

El miércoles, 30 de septiembre de 2020, a las siete y media de la tarde, la sala de conferencias del Centro Cultural Alejandro Torres acogía un centenar de personas que esperaban asistir al homenaje que Molinosviejos concedía a su vecino más ilustre. Además de por un nutrido grupo de periodistas especializados enviados por las cadenas de televisión, radio, prensa generalista y publicaciones literarias, las primeras filas estaban ocupadas por un buen número de *paparazzi*, redactores de las revistas del corazón y tertulianos especializados en diseccionar la vida íntima de los famosos. La razón que explicaba la presencia de tan heterogénea prensa era, precisamente, la cuestionada heterosexualidad del poeta homenajeado, a favor de la cual asistía, arropada por la flor y nata de la derecha más conservadora y tradicionalista, Matilde López, la autoproclamada «Dulce M».

El omnipotente alcalde de Molinosviejos ejercía de maestro de ceremonias. Enfundado en su traje de los domingos, gris marengo sobre camisa blanca, y con un clavel níveo destacando en la solapa,

había estrenado un bote de fijador para domar su cabello negro, entreverado de mechones canos, que peinaba con esmero hacia atrás. En un inconfesable arrebato de coquetería, había puesto también un poco del ungüento en su frondoso y famoso bigote. El traje, que le habían tenido que arreglar tras engordar varios kilos durante el confinamiento, hacía resaltar el color de la corbata, a juego con el pin del partido y la pulsera que portaban todos los afiliados, militantes, simpatizantes y deudores de TOS. Su nombre y apellidos —con reminiscencias aristocráticas, por supuesto— destacaban en el centro de la mesa de conferenciantes, impresos en letras doradas sobre el fondo de nácar de la placa que identificaba a cada uno de los ponentes. A la derecha del alcalde, como se podía leer en las respectivas plaquitas, se iban a sentar el concejal de Cultura y Fiestas, Pedro Pozuelo, hijo del famoso exalcalde, encarcelado tras treinta años al frente del municipio, y la nueva celebridad y presunta amante del poeta homenajeado, Matilde López, la de Las Termillas. A la izquierda del regidor se sentarían el prestigioso hispanista y autor de la aún no publicada biografía definitiva del poeta, *sir* Liam Gibbons y, en nombre del Gobierno de España, la delegada segunda de la Subsecretaría Tercera de la Dirección General de Literatura de la Secretaría de Estado de Creación Artística del Ministerio de Cultura, Asunción Carvajal.

Las butacas inmediatamente posteriores a las ocupadas por la prensa correspondían a otras autoridades, como el representante de la Consejería de Cultura de la Comunidad Autónoma, la editora de Hexámetro Ediciones, el presidente del Patronato de Poetas, el famoso y polémico arquitecto que había diseñado el centro cultural, la secretaria primera adjunta a la Dirección de la Biblioteca Nacional y un delegado de las Naciones Unidas que estaba de paso por España y que acudía como invitado del Gobierno con el objetivo de internacionalizar el acto. Más atrás aún, la asociación de lesbianas, gais, trans, bisexuales, intersexuales, *queer* y más de Molinosviejos, Quijotas y Dulcineos ocupaba una fila completa. Detrás de la asociación se sentaron las mujeres del Club de Lectura, entre las que se encontraba Mari Carmen. Estaban hechas un manojo de nervios

y parloteaban sin parar, ya que iban a recitar una selección de poesías del homenajeado. El resto de los asientos estaban ocupados por habitantes de Molinosviejos y de las aldeas vecinas. Muchos asistían por curiosidad, unos pocos por interés literario, algunos porque habían llegado a conocer en vida al malogrado Alejandro, bastantes por ser los palmeros del alcalde y otros, simplemente, porque se habían enterado de que al finalizar el acto se serviría un cóctel con canapés, dulces y bebidas.

En el escenario, y presidiendo la sala, colgaba un mural inmenso con la reproducción de una fotografía en blanco y negro de AJejandro Torres. La imagen, que era un recorte de una instantánea grupal tomada durante las fiestas patronales de 1969, estaba algo borrosa debido a la pobre calidad del negativo original y a la hiperbólica ampliación. El joven poeta, de quien se veía solo un primer plano, sonreía. Su mirada acogedora, directa hacia el objetivo, parecía saludar a cada asistente. Su cabello, un poco largo y revuelto por el viento, se mecía como si aún viviera. Se podría haber asegurado que observaba con divertida curiosidad aquel acto que le rendía homenaje medio siglo después de su muerte. El público, al verlo, se sintió inmediatamente atraído hacia la imagen amigable y enigmática del malogrado molinense.

Marcos el viejo había sufrido un estremecimiento al entrar. Iba de la mano de Félix y tuvo que detenerse en mitad del pasillo. No podía dejar de mirar los ojos de Alex, quien, a su vez, parecía sonreírle desde lo alto del escenario. Félix acarició con el pulgar la mano de su sufrido marido y tiró suavemente de él, ya que entorpecía el paso. Su nieto iba detrás, del brazo de Ariel, que aún cojeaba un poco al andar. Este lucía una gabardina estilo detective y botas blancas de agua, desviando de forma eficaz la atención hacia su estilosa indumentaria. Marcos puso la otra mano en el hombro de su abuelo. Creía entender el impacto que había tenido la visión de aquel rostro tan vivido. Había pasado tres días leyendo los documentos y las memorias que le había confiado su abuelo y eso le había permitido conocer el amor que vivió con Alejandro cincuenta años atrás. Comprendía al fin la tristeza y el pesar que siempre vio

en su abuelo. Y sentía que lo quería más porque, dadas las circunstancias de la época, había entendido sus decisiones.

Tras ambas parejas caminaban Marga, Ina, Martín y Amparo, muy elegantes y henchidos de emoción, deseando aprender más sobre aquel poeta, al que iban a nombrar socio honorario de las Quijotas y Dulcineos. Su llegada no pasó inadvertida. Los familiares y amigos de los Cachorros Tóxicos, en prisión preventiva, y sus acólitos del partido culpaban a la asociación LGTBIQ+ de la caída en desgracia de aquellos muchachos encantadores, «injustamente acusados y sin duda provocados». Los murmullos a ambos lados del pasillo, alternados con algún exabrupto más o menos explícito y acusador, los acompañaron hasta que tomaron asiento e incluso después. Ariel se aferraba con fuerza a Marcos, quien, incómodo, miraba en derredor y solo descubría rostros y miradas hostiles.

El alcalde, tras saludar a los ponentes y comprobar que el público había terminado de ocupar sus butacas, consultó de forma ostensible su reloj de oro, cuyos destellos cegaron a las dos primeras filas y que era un regalo de un empresario amigo. Luego se sirvió un poco de agua del botellín que cada interviniente tenía junto a su micrófono, golpeteó con los dedos el suyo a fin de comprobar que funcionaba correctamente y empezó a hablar.

Durante un cuarto de hora que pareció alargarse *ad infinitum*, ensalzó las virtudes del pueblo cuyo destino tenía el honor de regir desde hacía poco más de un año. Enumeró los logros pasados de los molinenses, sus gestas durante la «Reconquista», la inquebrantable fe católica que protegió cual escudo de acero a sus humildes habitantes durante los tiempos difíciles de escasez, hambre y guerra y los principios patrióticos que habían elevado a su formación política y, por ende, a él mismo al «trono» —dijo— del Ayuntamiento. Después repasó las características del maravilloso y vanguardista palacio donde estaban y anunció, para sorpresa de todos, que el pleno iba a aprobar aquel mismo viernes el traslado de la casa consistorial al centro cultural y que este, que francamente no tenía un uso masivo por parte de los vecinos que justificara el dispendio que suponía abrirlo a diario y mantenerlo, sería trasladado

a la llamada Casa Verde, un viejo caserón conocido por el color de sus contraventanas.

Tras estas noticias, comenzó a elogiar la figura del poeta, cuyos versos universales habían sido traducidos ya a veinte idiomas y cuyos «valores morales, principios patrióticos y virilidad ibérica», afirmó ufano, eran modelo para la juventud que su partido soñaba. Muchos en el patio de butacas sintieron rabia, impotencia y náuseas ante una apropiación y tergiversación de la historia del pueblo, de la naturaleza misma de la poesía y de la persona del poeta.

A continuación, tuvo unas palabras para el más famoso exalcalde, Juan Pozuelo, y su esposa, Elena Benavent, allí presente, dijo señalando hacia algún lugar indeterminado de la platea, sumida en tinieblas. Esto supuso una sorpresa para Marcos, quien hacía años que no veía a su prima. Los nervios hicieron que apretara con fuerza la mano de Félix, el cual sabía que un encuentro con Elena sería tan inevitable como traumático para su marido.

—Gracias a ellos, que gestionaron con inteligencia y generosidad el legado del poeta, el Estado firmó con nuestra localidad el convenio de cesión de los derechos de autor de Alejandro Torres. Los beneficios de dicha explotación reportan anualmente al Consistorio unos *royalties* extraordinarios, riqueza que es de todos los vecinos de Molinosviejos.

Dicho esto, el alcalde presentó a los intervinientes y cedió la palabra al edil de Cultura y Fiestas. Pedro Pozuelo, con pin y pulserita del partido, habló del poeta, del edificio, del arquitecto, del museo en el molino, de su padre el exalcalde, «tan injustamente tratado y vilipendiado por envidiosos y antipatriotas», de las incontables ediciones de la obra de Alejandro (de lujo, sencillas, rústicas, cartoné, escolares, ilustradas, en formato electrónico, audiolibro, adaptaciones musicales e innumerables traducciones) y de lo curiosa que sonaba la poesía en vietnamita.

Tras una lluvia de aplausos por parte del sector del público afín al partido en el poder municipal, el alcalde retomó la palabra para presentar a la representante del Gobierno, la señora Carvajal. Esta no minimizó el arrepentimiento que sentían los responsables del

Ministerio de Cultura que en 2005 decidieron ceder al Ayuntamiento de un pueblo que ni se encontraba en los mapas los derechos de explotación de la propiedad intelectual de un poeta desconocido, muerto en 1970 y cuyo único heredero, un tío suyo, había fallecido a su vez a finales de los años noventa sin pariente alguno, resultando el Estado, por tanto, heredero de aquellos derechos cuya gestión le correspondía al Ministerio de Cultura. La poca visión de algún responsable ya cesado, explicó Carvajal, facilitó el traspaso de aquella explotación a las autoridades de Molinosviejos. La *alejandromanía* que vino después para sorpresa de todos, cuando la editorial Hexámetro publicó el primero de los libros del molinense, supuso un disgusto para el ministerio, donde aún se pueden oír los lamentos de las cabezas que rodaron. El fenómeno literario fue a más durante los años siguientes con la publicación, cada vez más esperada, del resto de los cuadernos. En 2010 apareció por primera vez la poesía completa de Alejandro Torres en un solo volumen y se vendieron los derechos de traducción en la Feria de Fráncfort a varios países. El resto, recordó de forma lacónica la representante del Gobierno, era ya historia. A continuación, forzando la sonrisa, felicitó a Molinosviejos por su tesoro, que era de todos, agregó, y apagó el micrófono. Se escucharon algunos aplausos, no muchos. Esto no la sorprendió: desde que había llegado al pueblo había sentido una hostilidad irracional hacia ella. El alcalde la había saludado con frialdad porque representaba a un Gobierno que él consideraba demoníaco. De modo que, concluida su alocución, Asunción Carvajal se recostó en su butaca y pareció desaparecer, máxime cuando el foco que la iluminaba se apagó misteriosamente.

Le llegó el turno a la famosa, a la más reciente y rutilante estrella del solar patrio: Matilde López. Esto incomodó a *sir* Gibbons, quien no entendía cómo el testimonio de una *celebrity* sobre una supuesta relación amorosa con el poeta podía formar parte de un acto cultural y, para colmo, tener preferencia y concitar más atención de la prensa que la investigación minuciosa de un catedrático y doctor en Literatura e Historia de España por cuatro

universidades británicas y norteamericanas.

La más popular de Las Termillas aferró el micrófono con ambas manos, como si fuera a liarse a cantar, sonrió a los periodistas, que se arracimaron ante la mesa para fotografiarla, y habló:

—Buenas tardes, molinenses. Gracias, alcalde. Gracias a todo el pueblo de Molinosviejos. Es un placer estar aquí para contar la verdad. Porque yo cuento *mi* verdad —insistió, subrayando el posesivo al tiempo que abría mucho los ojos y algunos de los asistentes se encogían en sus asientos, apesadumbrados—. Jandro, porque yo lo llamaba así, el poeta mundial, universal, *galáctico* —recalcó con la mirada relampagueante y el dedo índice extendido—, estaba enamorado de mí hasta las trancas. Sí, me amaba con locura. Yo fui su musa, su *Beatriche* —pronunció, impostando torpemente el acento italiano—. Yo, caballeros, damas, autoridades, señores *paparazzi*, yo soy «Dulce M». —Un murmullo se elevó sobre el patio de butacas, algunas risas y llamadas de atención. Los *flashes* de los fotógrafos impactaban en la nueva diva, que, con la mirada dirigida hacia las alturas, recordaba a una folclórica en éxtasis—. La «Dulce M» de sus mejores versos, la que le arrebató el corazón y el alma, esa soy yo. Vivimos una pasión revolucionaria. El poeta fue mi primer amor y mi primer hombre —afirmó Matilde con la mirada extraviada, moviendo las manos en el aire como si recolectara frutos invisibles o hilara fantasía.

—Disculpe, señora. *Excuse me* —intervino Liam Gibbons, revolviéndose en su butaca.

—Honorable míster Gibbons, le ruego que espere su turno —le interrumpió el alcalde.

—*Oh my goddess*. Alcalde, yo creo que debo intervenir. Como historiador, hispanista y experto en la obra de Alejandro Torres, a la que he dedicado diez años de mi vida, no puedo consentir que se viertan tales aseveraciones sin evidencias de ninguna clase. ¿Cuáles son sus pruebas, *misses* López?

—¿«Pruebas»? —replicó sorprendida Matilde—. Estoy contando la verdad, *mi* verdad. Es *mi* palabra. ¿Qué más quiere? Jandro y yo vivimos un amor de película. Un amor prohibido. Mi

padre, que en gloria esté —dijo santiguándose—, amenazó con matarnos si no nos decíamos adiós. Mi familia y el tío de Jandro se odiaban. Nosotros fuimos como Romeo y Julieta, los Mónteseos y Capuletos de la Mancha —exclamó, como si estuviera declamando —. Él escribió esos poemas por mí, su único amor. Los compuso así, con la inicial, con la eme de Matilde, para protegerme. Yo era casi una niña, pero con él me hice mujer —insistió—. Estoy diciendo la verdad, señor españista —afirmó rotunda—. Todo el mundo lo verá este próximo sábado, cuando me someta al polígrafo en televisión.

—¿«Polígrafo»? —repitió Gibbons, incrédulo a la par que divertido—. Dígame, ¿por qué Alejandro no utiliza, o mejor, por qué evita los adjetivos de género en sus poemas? *For example* —dijo abriendo un volumen de bolsillo de las obras completas—, en *Invierno*, poema 61, dice: «Tu cabello reluce y compite con el sol. / Dulce M, eres mi vida, llenas mi corazón. / Tu mirada de fuego y tu sonrisa de pastel, / abrazarte quisiera y envolverme con tu piel».

—Bueno, será por la rima —balbució Matilde.

—*Maybe, maybe* —concedió el hispanista—. Pero ¿y aquí? Poema 70 de *Invierno*, casi al final de sus días: «Te fuiste dejándome solo, / Dulce M, ¿quién amargó tu corazón? / Tan lleno de belleza y asustado, / si volvieras nos salvaríamos los dos». —Liam Gibbons se quitó las gafas y esperó un momento antes de hablar—. ¿Han notado la buscada ambigüedad del tercer verso? «Tan lleno de belleza y asustado», dice el poeta, en masculino. ¿A quién se refiere: a «Dulce M» o a su corazón?

—¡Él me amaba y puedo demostrarlo! —bramó Matilde, y se puso a rebuscar en su bolso de imitación.

—Mi experiencia me dice, *ladies and gentlemen* —continuó el catedrático mirando al público mientras se escuchaba de fondo a Matilde revolver entre sus cosas—, que un poeta heterosexual no sería ambiguo en el objeto de su amor y utilizaría adjetivos y pronombres femeninos sin ambages. El uso de vocablos neutros y de ambigüedades responde a querer ocultar que la eme es la inicial de un nombre masculino. Tal vez Manuel, Mario, Mariano,

Marcelino… *who knows?*

—Señor Gibbons —intervino el alcalde—. Todos sabemos que es usted una eminencia, pero nos molesta que ponga en duda la hombría de nuestro poeta —le espetó con una mirada centelleante, provocando un murmullo entre el público.

—La hombría y la virilidad nada tienen que ver con la orientación sexual —repuso el hispanista.

—Hombre, profesor, no irá a decir que un macho puede ser mari…

—¡Ya lo tengo! —chilló Matilde, interrumpiendo al alcalde y sacudiendo un papelito en alto para llamar la atención de la prensa, que le regaló incontables disparos de sus cámaras—. ¡Mire, mire, señor *hispalisto*! —añadió levantándose, acercándose al sabio y mostrándole un papel no más grande que una servilleta de bar, que sacudió ante la cara del británico, quien solo distinguió unas líneas garabateadas. Gibbons se ajustó las gafas con la intención de observar con detalle la hoja, pero ella no se lo permitió, volviendo a su asiento mientras sonreía al público con aire triunfal—. Leo, leo: «Querida Dulce M, / pienso en tus pechos; / las noches son eternas / sin compartir el lecho. / Me das placer y mucho amor. / Te quiero, mi niña. / Ven, que sin ti siento dolor».

—¿Lo ve? —le preguntó el alcalde al hispanista.

—¿De dónde ha sacado eso, *misses* López? —inquirió Liam Gibbons, cada vez más molesto.

—Lo encontré entre las páginas de un libro que Jandro me regaló. No dudará ahora de que me deseaba, ¿verdad?

—Estoy desarmado. *Speechless*, como decimos en Reino Unido —le concedió con una sorna que ella fue la única que no captó—. Solo una cuestión. En la biografía del poeta que voy a publicar la próxima primavera hay una pregunta que, sin duda, usted puede, y yo diría que debe, responder.

—Lo que quiera. Lo sé todo sobre el gran poeta. Para algo fui su musa, la única que puede hablar en su nombre. Estaría bien que me consultara antes de publicar ciertas cosas sobre mi Jandro, por lo de los derechos, ya sabe.

—Díganos, *misses* López: ¿por qué escribió usted aquella carta de despedida? —preguntó el experto con voz profunda, despacio, remarcando cada palabra.

En el patio de butacas se escuchó un grito ahogado. Marcos tapó la boca de Ariel, que lo miraba con intensidad. El silencio que siguió a un breve murmullo de sorpresa se concentró en la de Las Termillas, cuya sonrisa triunfal se le había congelado en la cara. Todo el mundo la observaba con expectación. Matilde, inmóvil, movía nerviosamente los ojos, como si buscara algo en la oscuridad de la sala.

—¿La carta? —farfulló al fin.

—*Yes*. La carta manuscrita en su cuaderno. La carta de despedida en la que decía, y leo —repitió, y volvió a ajustarse las gafas—: «… creo que este mundo, esta época, no es para nosotros…». Y luego añade: «… quizá el mundo cambie algún día, y tú y yo seamos libres para poder amarnos».

—Ya le he dicho, señor, que nuestro amor estaba prohibido. Mis padres querían que yo me casara con otro hombre —se defendió ella—. Tuve que romper de esa manera tan cruel con mi Jandro —añadió, prorrumpiendo en un llanto exagerado que la megafonía llevó al paroxismo.

—Señor Gibbons, esto es un homenaje, no un careo —intervino el alcalde—. Su postura ya ha quedado clara. Mejor dejemos esta discusión aquí. Tienen que subir las mujeres del Club de Lectura a leer algunos poemas.

—*Of course*, alcalde. No es mi intención causar dolor. Yo investigo para contar la verdad. Solo quiero hacer notar el hecho de que la señora López siempre llama Jandro al poeta, pero, en la carta a la que acabo de hacer alusión, ella, o quien realmente la escribió —añadió sin disimular la retranca—, se despedía así: «Adiós, Álex, hasta siempre. Te ama, M». ¿Por qué «M»? *Why?* ¿Por qué no «Matilde»? ¿Y por qué «Álex» y no «Jandro»? —se preguntó con indignación el sabio inglés—. Seamos claros. ¿Qué problema representa aceptar el hecho de que fuera gay? Su poesía cobra mucho más sentido si aceptamos, como todo indica, que Alejandro

Torres era homosexual. ¡*No matterú* era gay! *No próblem!* ¿O sí? Algunos de sus mejores poetas fueron *gay*: Lorca, Cernuda, Aleixandre, Gil de Biedma, Gloria Fuertes, por citar solo unos pocos —enumeró—. *Many of them!* Estamos en el siglo XXI, alcalde —añadió, arrancando los aplausos entusiastas de la fila de las Quijotas y Dulcineos, que recibieron la mirada reprobatoria del regidor, del concejal y de una buena parte de los asistentes.

La de Las Termillas, con el rímel corrido por el rostro como si hubiera llorado alquitrán, miró con desprecio al catedrático durante unos segundos. La tensión era patente y el único consuelo era la sonrisa del poeta en el mural, ajeno a lo que se discutía sobre su vida e identidad cincuenta años después de su muerte. Finalmente, Matilde apartó la vista del profesor, que le sostuvo el pulso sin esfuerzo, mirándola a su vez con severidad, como si estuviera examinando a una mala estudiante que intenta copiar la respuesta. La López llevó su mirada desgarrada hacia su bolso, guardó el poemita que había leído y que Liam Gibbons no pensaba siquiera pedirle, tan obvia le había resultado su falsedad, y extrajo un pañuelo con el que borrar de su cara los ríos de tinta, que le conferían aspecto de Medea venida a menos.

—Bien. Y ahora, Pedro —le dijo el alcalde a su edil—, es el turno del Club de Lectura.

—*Excuse me* —intervino el hispanista, perplejo—. Pensé que era mi turno.

—Su opinión, míster Gibbons, ya ha quedado perfectamente expuesta —zanjó el alcalde.

—Pero había preparado una breve ponencia sobre la obra de Alejandro —continuó el británico desplegando unos folios—. Se titula: «Alejandro Torres, 1948-1970. De los versos inocentes, de los sentimientos puros y de la poesía naíf. El poeta que fue y el que podría haber llegado a ser». Para eso he venido, ¿no es así?

—Estoy seguro de que será excepcionalmente interesante —pareció concederle el regidor de Molinosviejos—, pero el tiempo se nos ha echado encima y las señoras del Club de Lectura llevan un mes preparando su recital. Lo lamento muchísimo —añadió, y

movió su butaca hacia el otro lado del escenario, dándole la espalda al hispanista, que, tan sorprendido como decepcionado, volvió a plegar los folios con su intervención—. Si quiere —dijo el alcalde de repente, sin ni siquiera volverse—, puede entregarle su ponencia a la directora del centro cultural, que está por ahí —comentó señalando distraídamente hacia el patio de butacas—, y ella hará fotocopias para los vecinos interesados.

El concejal de Cultura y Fiestas, reaccionando entonces a un gesto impaciente del alcalde, quien se enjugaba el sudor que perlaba su frente, pidió un aplauso para todos los intervinientes y, a continuación, llamó al escenario a las mujeres del Club de Lectura. Media docena de señoras, encabezadas por Mari Carmen, ataviadas con sus mejores galas y recién salidas de la peluquería, subieron alborozadas al escenario portando un folio cada una. Se pusieron en fila detrás de un atril colocado allí al efecto y fueron turnándose en la lectura, con mayor o menor acierto en la cadencia y entonación, de una selección de poemas del molinense universal.

El acto de homenaje, como estaba previsto, concluía con un ágape en el atrio del edificio. El espacio, amplio, alto, diáfano, estaba flanqueado por múltiples columnas diagonales que ascendían y se curvaban en lo alto, formando una sucesión de arcos niveos sobre las cabezas de los asistentes. Los espacios intercostales, suponiendo que aquella bóveda estuviera formada por las costillas descarnadas de un ser gigantesco, estaban ocupados por amplias cristaleras que dejaban ver un cielo cuajado de estrellas. Un centenar de personas pululaban por aquel foro, ávidas de degustar los canapés y de beber los caldos y espumosos que el consistorio había contratado con la empresa del mismo que le había regalado el reloj al alcalde.

Marcos y Ariel, siempre de la mano, bebían una copa de champán junto al corro que formaban su abuelo, Félix y sus amigos. Comentaban el acto, tratando de digerir lo que acababan de presenciar. Marcos sonreía a su novio, quien, tras dos días sin salir de la habitación, por fin había recuperado las ganas de levantarse de la cama. Durante ese tiempo había vivido en una montaña rusa de

estados de ánimo. A veces se sentía triste y lloraba; otras lo inundaba la ira y discutía, poniendo a prueba el amor y la paciencia de su pareja, y otras se comportaba como si nada hubiera ocurrido.

La abogada que les había conseguido David Cortés lo telefoneó varias veces. Había que firmar algunos documentos que le hizo llegar por mensajería. Una psicóloga, amiga de la letrada, también había llamado a Ariel cada día para conversar y darle algunas pautas con el objetivo de manejar los momentos en que la angustia se volvía persistente. El muchacho le aseguraba que estaba bien. Sin embargo, ella insistió en enseñarle algunos ejercicios de respiración para silenciar los pensamientos y gestionar las emociones. Era importante rehacerse y poner por escrito, si lo necesitaba, todo lo que recordara. Llegado el momento, lo llamarían a la vista oral, aunque, como era habitual en la Justicia, podían pasar meses.

Lo que más ayudó a Ariel fue la omnipresencia de Marcos. Este lo cuidó día y noche. Lo mimaba, se preocupaba de que estuviera bien en todo momento y estaba siempre atento a la mirada del joven. En cuanto escuchaba un «¡Boludo!», o cualquier exabrupto que le naciera de lo más íntimo y auténtico, su origen porteño, sabía que Ariel estaba sucumbiendo al dominio de la angustia. Entonces lo abrazaba y dejaba que se desahogase. Lo acariciaba, lloraba con él y lo mecía entre sus brazos. Le susurraba que todo iba a ir bien, que estaba a su lado y que debía recordar que no había tenido la culpa de lo que le hicieron. La pareja decidió, y así se lo comunicó a sus anfitriones, no contarle nada a la familia del muchacho hasta que regresaran a casa.

Aquel miércoles por la mañana, al despertar, Ariel se abrazó a Marcos. Le dijo al oído que quería que hiciesen el amor. Marcos no lo había insinuado siquiera durante los días previos porque la psicóloga le había explicado que era preferible esperar a que su novio se sintiese cómodo antes de volver a mantener relaciones íntimas. De modo que le preguntó si estaba seguro y, como aquel asintió, se besaron, se acariciaron y dieron un par de vueltas sobre la cama antes de dejarse llevar por la pasión.

A mediodía bajaron al comedor, duchados y vestidos para asistir

al homenaje. Se encontraron con el abuelo, Félix, Marga e Ina, que estaban acabando los últimos retoques de las banderas.

—Aquí seguimos, dándole por culo a la aguja —dijo de forma socarrona Marga, sonriéndoles por encima de las gafas.

—¡Quedó todo relindo! —exclamó Ariel, que se disculpó por haberse ausentado de los preparativos del Orgullo.

—Lo importante es que tú estés bien —le dijo Ina después de abrazarlo.

Se sentaron en una mesa aparte. Los demás se enfrascaron en la tarea, en recoger las banderas, en guardar los retales sobrantes y en limpiar el comedor. La muchacha tenía ganas de hablar a solas con Ariel. Le cogió ambas manos entre las suyas y lo miró a los ojos. Él le sonreía. Sentía que había conectado con Ina de una forma especial.

—Durante el confinamiento, mi padre quiso cortarme los genitales —le lanzó a bocajarro, dejándolo boquiabierto—. La convivencia se había vuelto insoportable. Me raparon el pelo porque no soportaban que lo llevase largo, registraron mi habitación para robarme el maquillaje y la ropa que les parecía de chica. Un día, como yo seguía hablando en femenino, mi padre se puso hecho una furia. Cogió unas tijeras de podar y me tiró al suelo. Me bajó los pantalones y me agarró… todo. Estiraba, me apretaba y creí que me lo iba a arrancar de cuajo. El muy… pretendía cercenármelos con las tijeras. Me gritaba: «¡¿Quieres ser una mujer?! ¡Ahora mismo lo arreglamos!». Yo solo podía llorar desesperada. No era capaz de liberarme. Estaba paralizada y, además, mi padre pesa cien kilos. Por fortuna solo me hizo un rasguño. Mi madre lo detuvo. Se apiadó de mí. O igual lo único que quería era evitar que mi padre fuese a la cárcel. Al final se levantó y me escupió. Yo lloraba hecha un ovillo, aterrada. Me lo había hecho todo encima. Me insultaron. Me llamaron cosas horribles. Fue una pesadilla —relató con la mirada perdida, repleta de dolor—. Algún vecino que oyó los gritos avisó a mi hermana.

Ella vino enseguida y me sacó de allí. Así, como estaba, sucia y humillada. No he vuelto a ver a mis padres. Dicen que para ellos he

muerto y que me van a desheredar. Pues mira, mejor. Como dice Sancho Panza: «Desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano». En cuanto pueda, me iré a Madrid a empezar el tratamiento hormonal y una nueva vida. Una asociación de allí me está buscando un piso de acogida y un trabajo. Lo que no sé es si podré cambiarme los apellidos. Inventarme unos nuevos, quiero decir. Lo consultaré. No quiero llevar los de mis padres. Lo siento por mi hermana. Aunque, bueno, da igual el nombre. Nos querremos igual. Pero tengo que salir de su casa. Para ella es un compromiso tenerme recogida. Cuanto antes me vaya, mejor para todos.

Ina acarició a Ariel, que la miraba sin saber qué decir. Se abrazaron. Él rompió a llorar. Ella también. Y así, unidos por sus desgarradoras experiencias, estuvieron un rato dándose consuelo.

—Eres muy valiente, Ina —le dijo él, al fin.

—*Somos*, Ariel. Somos valientes, mujeres y hombres fuertes. Nunca olvides que somos muchísimos los que formamos parte de esta comunidad. Y que podrán hacernos daño, agredirnos, mutilarnos, matarnos incluso, pero no van a acabar con nosotras.

—Es verdad —aseveró Ariel, asintiendo con la cabeza y apretando las manos grandes, con largos dedos de pianista, de Ina —. Siempre saldremos adelante.

—Y con mucha elegancia, además. Ya verás el vestido que Martín me ha confeccionado para el Orgullo —bromeó ella poniéndose en pie y dando un paso de baile sin soltarle la mano a su amigo, que rompió a reír esta vez.

Aquella tarde, en el cóctel que siguió al homenaje, los asistentes, tras agotar los canapés y el vino, formaron corrillos. Marcos, el abuelo, escrutaba el atrio, buscando a alguien. Félix, a su lado, no ocultaba su preocupación. De repente, sus temores cobraron vida. Marcos había localizado a Elena, su prima, y se encaminaba hacia ella. Félix, cuya mano soltó su marido, lo siguió. Elena charlaba amigablemente con el alcalde, con su hijo y con el delegado de la ONU. Marcos la observó de cerca antes de irrumpir en el grupo. Elena había

envejecido. Su rostro, más delgado, demacrado por los años y los disgustos, mostraba numerosas arrugas que el maquillaje no lograba ocultar. Estaba guapa, sin embargo, con el cabello gris recién peinado y un traje azul muy elegante. Su cuello, casi un arpa, sostenía unas perlas a juego con las de sus pendientes. Su mirada, que pretendía resultar vivaracha, como cuando tenía diecisiete años y compartió aquel verano con Marcos, Gus, Max, Alex y los demás, no lograba disimular el sufrimiento, el tedio y la decepción atesorados durante tantos años. De repente, sus ojos, que revoloteaban nerviosos, atentos a cada estímulo, se posaron en un hombre mayor que la miraba intensamente, con una mezcla de alegría y temor. Ella lo reconoció al instante y su semblante se alteró.

—Elena —dijo Marcos como único saludo.

—Marcos —le devolvió ella, lívida.

—Qué sorpresa encontrarte aquí —repuso él con la voz trémula.

—No podía perderme el homenaje a Álex.

—Se ha hecho mundialmente famoso gracias a ti. Es de justicia que estés aquí. Pero te hacía en Valencia.

—Vivo en Valencia, en el piso de mis difuntos padres, ya lo sabes, desde que nos quitaron el chalé y todo lo demás —disparó ella con mirada airada—. Estos días nos quedamos en casa de Pedro —explicó señalando a su hijo, el concejal.

—¿Os quedáis?

—Tina y yo —respondió, refiriéndose a su hija pequeña—. Anda por ahí —añadió lanzando la mirada a toda la sala.

—Elena, yo…

—No tienes nada que decirme. Ya se lo dijiste a la Fiscalía, a la prensa, a los socialdemócratas y a quien te pareció oportuno. Puedes dormir tranquilo. Juan, nuestro Max —matizó—, ya está entre rejas. Y tal vez no salga nunca. Es un hombre mayor y la cárcel lo está matando —añadió con la voz quebrada.

—Marcos, vámonos —le rogó Félix cogiéndole del brazo, consciente del sufrimiento que estaría soportando el delicado corazón de su marido.

—Espera —repuso soltándose—. Elena, no quiero hablar de eso. Quiero hablar de Alex. Tú sabes la verdad. No puedes permitir que continúe este circo.

—Matilde es divertida. Y una tonta. Ya lo era entonces. Tú no la conociste. Recuerdo que, cuando íbamos a Las Termillas a tomar algo, todos amontonados en el Peacemóvil, ya se la veía enchochada por Alex —rememoró, sonriendo con nostalgia—. Él la ignoraba, claro. Pero ¿no resulta cómica? Disfruta del espectáculo, Marcos. Siempre has sido demasiado melodramático. Cuando Liam Gibbons publique su libro, todo el mundo sabrá que Matilde es una farsante. Para entonces la pobre ya habrá hecho caja unos meses. ¿Qué mal hace? Tranquilo, hombre. Sabes que acabará en algún *reality* y vendiendo nuevos amoríos y cuernos en los programas del corazón. Compréndela: todos nos buscamos la vida. Incluso tú, con esa casa rural en la que transformaste la casa de la abuela Palmira y a la que has llamado Dulce M para subirte al carro de la fama de Alex. Diviértete, primo. La vida es corta y está llena de sufrimientos y decepciones. Para algo que nos hace reír, ¿por qué no disfrutarlo?

Elena dio media vuelta y dejó a Marcos sin posibilidad de réplica. Félix volvió a asirle del brazo. Esta vez Marcos sí se dejó llevar. Caminaba cabizbajo, sorprendido por el cinismo, el conformismo y la amargura de su prima, preguntándose dónde había quedado aquella joven luchadora, fuerte y valiente que fue.

De camino hacia su grupo, vio a la que consideraba su sobrina, como llamaba a los hijos de su prima. Tina, de veinticuatro años, charlaba animadamente con unos jóvenes de su misma edad, sin duda amistades que había dejado atrás al abandonar Molinosviejos con su madre cuando llegaron los problemas legales para su familia. Quiso saludarla, pero la chica, al ver de quién se trataba, se escabulló. Los rencores eternos de los que le habría hablado la abuela Palmira se perpetuaban ante sus ojos, saltando de generación en generación y consumiendo nuevas almas.

Cuando los mayores se unieron a ellos, Ariel apuraba una copa de champán porque necesitaba ir al aseo. Se excusó con sus amigos y, aunque su novio quiso acompañarlo, insistió en que podía ir solo.

Su tobillo seguía doliéndole, también la espalda, a pesar de que la inflamación había bajado bastante. La cojera, evidente, lo acompañó hasta el baño.

En el otro extremo del atrio, el alcalde vio que el muchacho se separaba de su grupo. Con un gesto de la barbilla, que resaltaba sobre la doble papada estrangulada por la corbata, se lo indicó a su concejal de Cultura y Fiestas. Pedro Pozuelo, con mucho disimulo, se alejó del corrillo de autoridades y siguió al chico a los retretes.

Ariel había bebido tres copas de champán. Notaba un ligero mareo que, sin embargo, no le producía la desinhibida alegría que el alcohol solía causarle. Más bien lo empezaba a dominar una melancolía que lo molestaba, ya que él siempre había sido de naturaleza alegre y temía no recuperar su júbilo habitual. Se apoyó en el urinario para descansar el tobillo lastimado y se bajó la bragueta. Sus ojos, al orinar, se le cerraron de gusto. No oyó la puerta que se abría ni los pasos de alguien que comprobaba los retretes para confirmar que no había nadie más con ellos. Solo los abrió cuando escuchó la voz del concejal, haciendo pis a su lado.

—He visto que aún cojeas. Pero no es grave, ¿verdad?

—¿Disculpe?

—Oh, qué torpe. Perdona. Soy Pedro Pozuelo, el concejal de Cultura y Fiestas —se presentó ofreciéndole una mano. Ariel la miró y, tras deslizar rápidamente sus ojos hasta donde la había tenido hacía un momento y de vuelta al rostro del edil, se negó a estrechársela—. Sí, claro. Perdona otra vez.

—¿Qué quiere? —preguntó el joven, deseando que su organismo acabara cuanto antes para largarse de allí.

—No hemos tenido la oportunidad, desde el partido, del cual soy secretario, de transmitirte nuestro pesar por la incómoda situación que nuestros jóvenes te causaron.

—No creo que disculparse en el váter, mientras meamos, sea la mejor ocasión.

—Bueno, no queríamos molestarte en la hospedería —añadió el concejal, desplazándose a los lavabos, donde comenzó a enjabonarse las manos de forma compulsiva, como había aprendido durante la

pandemia—. Verás, el alcalde, como presidente del partido a nivel provincial, desea solucionar este malentendido.

—¡¿«Malentendido»?! —protestó Ariel, que por fin había terminado y estaba arreglándose la ropa.

—Creo que se han sacado las cosas de quicio —replicó Pedro.

—Lo que se sacaron sus Cachorros fueron las pijas para romperme el culo —espetó Ariel, con los ojos muy abiertos y estriados con venitas rojas.

—Estamos convencidos de que todo formaba parte de una broma, de muy mal gusto, sin duda, pero una broma al fin y al cabo, que se les fue de las manos. Son buenos chicos, un poco brutos, ya sabes, pero sin mala intención —continuó el concejal.

—¿Brutos? Estoy tomando pastillas para el dolor, para la inflamación y para poder dormir. Yo creo que sus chicos son unos psicópatas sacados de *La naranja mecánica*. Y, además, unos homófobos y unos violadores. Y el fiscal también lo cree —repuso Ariel, lavándose las manos.

—Vamos, cálmate. Solo quiero que hablemos —dijo el concejal, sonriendo y con tono conciliador—. Estudias cine, ¿no es cierto? —deslizó entonces, como por casualidad, mientras se enjuagaba las manos.

—¿Cómo lo supo? —preguntó con sorpresa Ariel.

—Bueno, no es ningún secreto, ¿verdad? El partido sabe muchas cosas —respondió Pedro Pozuelo sacudiéndose las manos—. Verás, lo digo porque el cine es una industria en la que el talento, por desgracia, no es lo más importante.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó el muchacho, preocupado por el cariz que tomaba la conversación.

—La suerte es importante, sin duda. Pero el dinero, ay, amigo, «poderoso caballero es don Dinero», decimos en España. Con dinero podrías costear un largometraje y abrirte camino en ese mundillo. Ya sabes que las subvenciones del Estado y de los grupos mediáticos van a los de siempre —añadió, haciendo gestos que querían identificar a un grupo de cineastas y artistas significados políticamente—. ¿Cuántos de tus compañeros de la escuela de cine

irán más allá de rodar media docena de cortometrajes cutres que acabarán colgando en Internet? Lo más probable es que tú también seas uno de ellos. Y, cuando dentro de diez años estés sirviendo copas o doblando camisetas, te acordarás de esta conversación.

—¿Pretenden comprarme? —se atrevió a preguntar un Ariel pálido.

—Por Dios, ¡no! Solo queremos compensarte por el daño que te hicieron nuestros chicos. Compensarte generosamente, por supuesto —susurró lentamente, mirándole a los ojos—. Ariel, te pedimos que reflexiones y pienses si realmente fue para tanto. Tu pie está casi curado. Y no pasó nada más. ¿Crees que merecen tantos años en la cárcel? ¿Crees que sus vidas tienen que quedar arruinadas para siempre por una broma pesada? Muchacho —susurró acercándose al chico, hasta estar tan cerca que este pudo oler el perfume que usaba el concejal—, te ofrecemos una solución digna para todos. Tú modificas tu acusación, quitas eso del homicidio, ¡por Dios, qué barbaridad!, y lo de la agresión sexual en grupo, claro; le pides a tu abogada que limite el asunto a unas lesiones para que los castiguen, no decimos que no, porque una lección merecen, pero una lección leve, de un año, dos como mucho, ¿de acuerdo?, y nosotros, a cambio, te ayudaremos a ser el director de cine en que sueñas convertirte —le dijo con voz bisbiseante, mirándole fijamente a los ojos—. ¡Piénsalo, por favor! —exclamó de repente, apartándose—. El sábado, cuando nos veamos en el acto del Orgullo, me contestas.

Sin darle tiempo a replicar, el concejal abandonó el baño. Ariel, apoyado en el mármol que sostenía los lavabos, se pasó la mano por el pelo, sin acabar de creer lo que acababa de pasar. Pensó en su admirado Scorsese y creyó haber caído en el mundo del hampa de las películas de gánsteres. ¿Le ofrecían acaso ser como Leni Riefenstahl, pero en la España de TOS? Se refrescó la cara y se enfrentó a su mirada, que lo observaba pensativa desde el espejo, con el agua resbalando por su rostro. Inspiró hondo un par de veces antes de salir de allí y volver con Marcos.

Abuelo y nieto habían dejado el grupo cuando Ariel regresó. Sus amigos le informaron de que habían ido a hablar con el famoso

hispanista. Martín señaló a lo lejos, cerca de la entrada principal. Allí los distinguió, charlando con el británico.

Marcos había pasado años observando la trayectoria del investigador. Quería saber cómo trataba la figura y la obra de Alejandro, con qué intención se había interesado por su antiguo amor, si lo estudiaba desde el respeto o si tergiversaría su obra, como creía que habían hecho otros estudiosos del poeta. El trabajo de Gibbons le satisfizo y, por eso, se decidió por él. Llevaba un tiempo convencido de que debía contar lo que había mantenido en secreto durante años y de que aquel era el momento idóneo para ayudar al catedrático a despejar las dudas que quedaban en la biografía de Alejandro. Lo había discutido con Félix. Habían acordado entregarle las pruebas, arrojar luz sobre las sombras y destruir las falsedades que, desde ciertos poderes, se trataban de erigir alrededor de la imagen del poeta. Marcos había reflexionado mucho. Había visitado incluso los restos del Peacemóvil para conversar con el recuerdo de su hermano Gus, quien habría opinado también que era hora de decir la verdad. Había pasado horas sentado junto al sillón de la abuela Palmira, cuyo eco le habría aconsejado desterrar secretos lacerantes y abrir las cortinas para que la luz de la verdad iluminase todos los rincones. Incluso había paseado hasta el molino, sin atreverse a entrar en él, como se había jurado, pero se había acercado lo suficiente para alzar la vista hacia los ventanucos, donde rememoró la figura de Alex y le preguntó qué querría él. No obtuvo respuesta de aquel fantasma, que se esforzó en ver asomado en lo alto del gigante.

En realidad, nadie más que él mismo tenía la respuesta que buscaba. De modo que decidió que aquel miércoles, 30 de septiembre de 2020, justo cincuenta años después de que Alejandro se quitara la vida por él, por la imposibilidad de vivir el amor que había nacido entre los dos, era el día indicado para que la verdad sobre el poeta escapara de la oscuridad y volara, al fin, libre.

Liam Gibbons los saludó con naturalidad. Sostenía una lata de cerveza en la mano y su expresión se veía relajada, calmada, diferente del rictus serio y académico que había adquirido en el

escenario, irritado por tener que lidiar con las fantasías ególatras de Matilde López. A su lado estaban la editora de Hexámetro, la representante de la Biblioteca Nacional, la del Ministerio de Cultura y la directora del centro cultural, quien se estaba lamentando del inminente traslado de aquel templo del saber del que ella era la suma sacerdotisa, de lo cual se había enterado unos minutos antes, cuando el alcalde lo había anunciado en público.

Marcos le pidió un aparte al hispanista, pues tenía algo importante que decirle. Gibbons lo escrutó con la mirada. El británico veía ante sí a un hombre de más o menos su misma edad, pero terriblemente marcado en sus facciones y en su mirada por el dolor.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —le preguntó el inglés.

—Marcos —respondió de inmediato—. Con eme —añadió en voz queda.

Liam Gibbons asintió y, con la flema propia del héroe de Conan Doyle, le preguntó qué podía hacer por él. Marcos miró a su nieto. El joven asintió, dándole el empuje que su abuelo necesitaba. Entonces sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y se lo entregó al catedrático.

—Aquí encontrará las fotocopias de una carta manuscrita que Alejandro me escribió antes de suicidarse. Explica sus razones y aclara muchas de las dudas que todo el mundo tiene.

—También hay un autógrafo de Matilde López, escrito de su puño y letra, con el que podrá comparar las caligrafías y corroborar que es una impostora —añadió el joven Marcos, quien había entregado a su abuelo el autógrafo que Ariel, gracias a un presentimiento, le arrancó a la celebridad el día que se la encontraron en Las Termillas.

—*Are you serious*? —inquirió el hispanista, visiblemente alterado, abriendo el sobre con las manos temblorosas.

—Además —continuó Marcos—, hay una fotocopia del poema 57, «Carta a Dulce M».

—*Oh my goodness!!* —exclamó en un susurro Gibbons, desplegando los papeles.

—También he incluido una copia de una fotografía que nos hicimos Alejandro y yo, un selfi de la época, un día que fuimos a nadar a un estanque que había cerca del pueblo. Aquella misma noche, Alejandro escribió el poema «Me estoy enamorando».

—Señor —balbució el hispanista tras examinar los documentos, fijándose en la caligrafía, en la forma inconfundible de las letras, en el estilo narrativo—, esto es oro puro. ¿De dónde lo ha sacado? ¿Por qué no lo ha hecho público hasta ahora?

—El poema 57 lo arranqué yo mismo del cuaderno *Invierno* años antes de que se empezara a publicar la obra de Alejandro. No lo hice con mala intención, créame. Era un poema que Alex escribió para mí. Por eso me lo quise quedar. Sé que formaba parte de un todo. Lo siento, de verdad. —El hispanista sacudió la cabeza, como para decirle que no tenía importancia, que acababa de corregir su error—. En cuanto al tiempo que ha pasado. Pues verá, señor Gibbons, no me atrevía a hacerlo público. Siempre me ha costado mucho admitir que soy gay. Pero mi nieto —añadió mirando al muchacho, que sonreía orgulloso a su lado— me ha demostrado que se puede y que se debe vivir con la cabeza bien alta.

—*Thank you so much*, Marcos —dijo Liam Gibbons, poniéndole sus grandes manos sobre los hombros—. ¿Cómo puedo agradecerle este regalo?

—Escribiendo una biografía honesta sobre Alejandro —le respondió Marcos con los ojos llenos de lágrimas, al igual que el inglés.

—Y, si quiere —intervino el nieto—, acompañándonos este sábado en el Orgullo. Vamos a celebrarlo junto a la casa-museo del molino y queremos reivindicar la figura del poeta.

—*Oh! Gorgeous!* ¡Eso es fantástico!

—Permítame que le invite a hospedarse en la casa rural que regento. Se llama Hospedería Dulce M. He puesto una tarjeta en el sobre.

—Será un placer. Espero poder venir.

La representante del Ministerio de Cultura se acercó en ese momento para recordarle al hispanista que el AVE a Madrid partía

en media hora. El grupo formado por ella misma, la representante de la Biblioteca Nacional, la editora de Hexámetro, el británico y el delegado de las Naciones Unidas debía dirigirse de inmediato a la estación para no perder el último tren hacia la capital. Liam Gibbons guardó los papeles en su chaqueta y saludó con sendos y rotundos apretones de manos a abuelo y nieto. Les sonreía pletórico y les prometió intentar volver para la celebración del sábado siguiente.

Cuando se quedaron solos, Marcos le echó el brazo sobre el hombro a su nieto y atravesaron el atrio, casi vacío ya, de camino a donde los esperaban sus amigos y amores. El abuelo sonreía sin esfuerzo. Su rostro lucía más vivo, menos gris, y su mirada tenía un brillo especial. Al alcanzar al grupo, abrazó a Félix sin motivo, solo dejándose llevar. Acto seguido, lo besó. Este, sorprendido, le correspondió. Los demás aplaudieron y la pareja, avergonzada de repente, finalizó aquel espontáneo y hermoso beso, aunque rieron sin dejar de abrazarse. Félix dedujo que la conversación con el hispanista había ido muy bien. Entonces Marcos, antes de que su marido le preguntase nada, lo condujo de la mano hasta la entrada del salón de actos. De camino se toparon con un camarero que portaba la última bandeja de bebidas, ya que los asistentes se habían marchado en cuanto se acabaron los canapés. Con sendas copas en sus manos, la pareja se asomó al auditorio. Las butacas estaban vacías y a oscuras. Una única luz brillaba sobre el escenario. Un foco solitario iluminaba el mural con el rostro del poeta. Alejandro parecía mirarlos desde su inmutable pasado en blanco y negro. Su sonrisa, congelada hacía tantos años, abrazó, sin embargo, de forma cálida a aquellos dos hombres que lo observaban desde la puerta del salón de conferencias. Marcos alzó su copa. Félix lo secundó. No dijo nada en voz alta. Sonreía a Alex. Por primera vez desde aquel verano de 1970, podía mirar su imagen y sonreír. El poeta pareció devolverle aquella sonrisa y, entonces, el medio siglo que los separaba se esfumó de un plumazo con el chasquido de las copas al brindar.

CAPITULO IX

Elena Benavent: «*Mi abuela Palmira era la persona más buena y justa que he conocido. Ella diría que el amor no puede ser causa de injusticias, inspector. He aprendido en mis propias carnes que quien la hace la paga. Así que, si ha sido un homicidio, el castigo resulta inexcusable. Me duele en el alma, créame, pero le contaré todo lo que sé*».

Octubre comenzó como lo hacen todos los meses, sin demasiado ruido, sin estridencias, sin triunfalismos por sustituir a otro miembro del calendario. Es un mes, no obstante, que se enorgullece de ser otoñal, de esparcir los colores de la estación añeja, de colmar los bosques de copas doradas, cobrizas, amarillentas antes de que los vientos arrecien y desnuden los árboles. El mes de siembra del cereal de invierno y de las legumbres, tareas que ocupaban todavía a un buen número de lugareños, llegó a Molinosviejos cargado de nubes pesadas, de viento húmedo y de melancolía. Amaneció un jueves gris, plomizo y silencioso. Uno de esos días en que se desearía que fuera festivo para verlo pasar desde un lugar cerrado, acogedor, al abrigo de ese frescor que nos arroja a la cara la indiscutible realidad de que el verano, sea el glorioso estío o el pequeño de San Miguel, se ha marchado definitivamente.

Marcos miraba la calle desde la ventana, sujetando con una mano la cortina. Ese espacio que abría permitía que la luz del día, tozuda, se desparramase por la *suite* y alcanzara en la cama a Ariel, que aún dormitaba. Él, sin embargo, llevaba un rato despierto. No

habiendo querido molestar a su novio con un carrusel de vueltas en el lecho, se había levantado. Miraba afuera, aunque pensaba en todo lo que había vivido durante la semana que llevaba en el pueblo. Lamentaba haberse hecho acompañar por Ariel, quien seguía teniendo un sueño intranquilo, domado a duras penas por los tranquilizantes que lo habrían de acompañar todavía una temporada tras el ataque de los Cachorros. Por otro lado, sentía sobre sus hombros la responsabilidad del legado que su abuelo le había entregado. No ya por la carta de Alejandro, por el famoso poema 57 o por las viejas fotografías, cuyas copias obraban igualmente en poder de Liam Gibbons, sino por el montón de cuartillas manuscritas en las que su abuelo había plasmado sus vivencias en aquel mismo pueblo cincuenta años atrás. Marcos había terminado de leer aquella historia la noche anterior. La había devorado, a decir verdad. Y le había conmovido. Recordó entonces el día de su decimocuarto cumpleaños, cuando salió del armario para su familia. Creyó escuchar de nuevo que su abuelo señalaba que era un chico muy afortunado, que medio siglo atrás las cosas eran muy distintas para los gais. Él le había replicado con desdén que cincuenta años no eran nada. Y su abuelo lo miró sorprendido. Marcos pensaba, apoyando la frente en el cristal de la ventana, que probablemente aquel día su abuelo se sintió dolido. Porque le había costado toda una vida superar los prejuicios, la educación recibida o el dolor que sufrió y solo después de haber leído aquellas páginas entendía el porqué. Se esforzó por mantener a raya el arrepentimiento que, a dentelladas, le subía por el pecho. «Era un niño entonces, un bocazas ignorante —se dijo—. He madurado», le insistió a su conciencia. Apaciguada la bestia, se sintió más tranquilo. Sin embargo, le asaltaba una pregunta: ¿qué debía hacer con el manuscrito?

Su abuelo le había indicado, sin concretar cómo o cuándo, que diera a conocer su historia.

Mirando por la ventana, desnudo, sujetando la cortina con una mano y abrazándose la cintura con la otra, sintiendo el frío de la mañana en su piel, Marcos decidió que en cuanto regresara a casa

mecanografiaría aquellas memorias. La letra de su abuelo, quizá por la edad o por la emoción al verter sobre el papel unos recuerdos dolorosos, no le había resultado fácil de entender. Algunas palabras y frases le habían resultado ilegibles, como arcanos que —confiaba en ello— su madre le podría revelar para que no se perdiera ni un matiz de aquella narración. Ella y el abuelo solían escribirse largas cartas a mano, como antes; por eso Julia conocía bien aquella caligrafía. Él, en cambio, pertenecía a una de esas generaciones del final del alfabeto que estaban olvidando el arte de escribir usando bolígrafo, pluma o lapicero. Las únicas misivas que había escrito de su puño y letra eran las notas que se había pasado a escondidas en clase con sus amigos, con sus ligues, con compañeras a las que hacía confidencias de carácter romántico o erótico sobre los chicos que le gustaban o de quienes recibía mensajes similares. Las escribía con urgencia, a espaldas de los profesores, en un trozo de papel rasgado y en cualquier color. Las plegaba hasta reducirlas al tamaño de la uña del dedo pulgar y las lanzaba hacia su destino en cuanto el sufrido docente miraba hacia otro lado.

Aparte de esos secretos garabateados sobre un trozo de papel, no recordaba haber escrito cartas, postales o tarjetas navideñas después de cumplir los diez años. Con sus amistades o conquistas siempre había optado por la inmediatez y versatilidad del mensaje electrónico. Los móviles inteligentes, de los que disfrutaba desde los trece años, eran su vehículo habitual de comunicación. Menos con su abuelo Marcos, el cual prefería hablar directamente por teléfono con su nieto. Así lo hicieron desde que aquel se mudó a Molinosviejos a cuidar a Palmira, la tatarabuela del muchacho, aquella anciana a la que solo había visto media docena de veces en su vida y de quien no recordaba más que su amable sonrisa, el tono meloso de su voz y el olor dulzón de una piel apergaminada. De modo que hablar por teléfono era una actividad que relacionaba con su abuelo, y escribir mensajes, con todos los demás, incluida su madre, a la que había introducido en el mundo de la mensajería instantánea.

Su padre, en cambio, en quien pensó de repente desde la

ventana de la *suite*, representaba el silencio. No hubo ni había cartas, notas, mensajes o llamadas. Aquel hombre era solo una imagen borrosa en su mente. La separación de sus progenitores, siendo él un bebé, había sido poco amistosa. Las razones se le escapaban. Durante su infancia lo había visto de vez en cuando, en un caótico régimen de visitas que parecía incomodar a todo el mundo. Poco a poco, los encuentros se espaciaron y la figura de su padre acabó desvaneciéndose hasta convertirse tan solo en un vago recuerdo. Al principio lo añoró. Pero con el tiempo y la distancia física se fue abriendo entre ellos un abismo emocional que acabó convertido en indiferencia. Su madre había sido discreta. Nunca le había hablado mal de su padre, pero tampoco hizo nada para que Marcos mantuviera el contacto con él. Esto, no obstante, no le causó trauma alguno. Raro era el compañero de clase que no tuviera padres separados o divorciados. También había muchos que solo tenían padre o madre. Algunos vivían con sus abuelos e incluso los había que tenían dos padres o dos madres. La variedad era la norma y cada inicio de curso resultaba harto divertido descubrir qué tenía de especial cada familia.

Marcos había sopesado alguna vez la posibilidad de telefonear a su padre. Se le había pasado por la mente la idea de tomarse una cerveza con él, de recuperar el contacto. Sabía que se había casado con otra mujer, aunque no había tenido más hijos. Le habría gustado tener un hermano o, mejor, una hermana. Sí, a veces pensaba en su padre. Sobre todo desde que se sentía adulto, desde que se veía a sí mismo como un hombre con sus propias responsabilidades o aspiraba a formar su propia familia. El amor que sentía por Ariel le había hecho pensar en independizarse, en buscar un lugar propio para compartir con aquel futuro cineasta, en construir una vida juntos. Tal vez eso podría incluir un hijo o dos; adoptados, por supuesto. Ariel y Marcos tenían claro que no traerían nuevos niños al mundo. Ambos eran conscientes de que la superpoblación era el problema fundamental del mundo y de que sus peores consecuencias los alcanzarían a lo largo de sus vidas. Sabían también que había millones de huérfanos o niños abandonados que

necesitaban un hogar. Además, no estaban de acuerdo con las técnicas de alquiler de madres por considerarlas un abuso contra las mujeres. Eran muy jóvenes, sí, pero llevaban en contacto con el mundo asociativo y activista desde siempre. Nunca habían dedicado tiempo a los videojuegos o a entretenimientos que consideraban vacuos. Adoraban el cine e intercambiaban lecturas. Ariel decía que, puestos a ser diversos, era preferible serlo del todo.

La cortina volvió a cubrir el hueco de la ventana. La penumbra se enseñoreó del dormitorio. Marcos se volvió y descubrió que su novio lo observaba desde la cama con la cabeza apoyada en una mano. Ariel solo distinguía una figura a contraluz, la silueta del hombre con el que era feliz, los hombros firmes en los que podía apoyarse, los brazos fuertes que lo levantaban si caía, la cintura estrecha en la que adoraba perderse. Sonrió. Extendió un brazo, invitándolo a unirse a él en la cama. Marcos se acercó, sintiendo la excitación apoderándose de su cuerpo. Se introdujo bajo las mantas y suspiró al sentir la calidez de la piel de Ariel, que lo abrazó y recibió con gusto el cuerpo frío de Marcos. Se besaron y sus descompensadas temperaturas corporales no tardaron en equilibrarse, en hacerse una, en fusionarse, como pronto harían también sus cuerpos.

Mientras desayunaban, vieron entrar a Alfredo, que se dirigió al mostrador de recepción. El ayudante eventual en los viajes en globo parecía desesperado y disgustado. Félix le intentó hacer entender una vez más que no podían contratarlo a tiempo completo, como antes. El otro se lamentaba de su situación, imploraba, intentaba demostrar que podía hacer muchas cosas además de ayudar en el globo. La hospedería requería reparaciones constantes, mantenimiento, una capa de pintura… Félix replicaba que todo funcionaba, que habían pintado hacía un año, que cuando tenían huéspedes les bastaba con la ayuda de Mari Carmen en la casa.

—¿Por qué ella y no yo? —protestó Alfredo.

El abuelo Marcos apareció en ese momento. Había escuchado la

discusión desde la cocina. Se acercó a recepción. Quiso calmar al muchacho. Conocía su situación, sabía de sus hijos, de sus deudas… Marcos sufría. Su nieto y Ariel se dieron cuenta. Félix era más duro, más pragmático, más difícil de convencer.

—Este sábado te vamos a necesitar. Tranquilo. Yo te llamaré —cedió al fin Marcos, produciendo un efecto balsámico en el rostro crispado de Alfredo—. Serán solo unas horas, pero algo es algo.

Lo acompañó a la puerta. Se despidieron con cordialidad. Al volver dentro, vio a Félix, que se iba escaleras arriba. Desde el comedor se escuchó el portazo. Marcos no se atrevió a mirar a los jóvenes. Subió en busca de su marido. Los chicos se encargaron de recoger y limpiar. De camino a la *suite*, escucharon voces y reproches a través de la puerta del cuarto de los mayores. Uno acusaba al otro de blando. El aludido achacaba al primero su insensibilidad. «Esto no es una casa de caridad», declaraba uno. «Debemos echar una mano», propugnaba el otro. «Vas a pagarle por algo que puedo hacer yo», se quejaba aquel. «No nos vamos a arruinar por eso», se defendió este.

Los chicos no se quedaron a escuchar. Después de asearse, de camino al piso de abajo, ya no se oía nada. Descubrieron enseguida que el abuelo Marcos estaba en recepción, arrellanado en el sillón, con la mirada perdida.

—Abuelo, ¿estás bien?

—Sí, sí —respondió Marcos, escapando de sus reflexiones—. ¿Vais a salir?

—Sí, con las quijotas —explicó Ariel.

—Amparo nos invita a comer en su casa.

—Bien, bien. Me alegra que hayáis congeniado. Son buenas personas.

—¿Seguro que estáis bien Félix y tú? —insistió Marcos.

—Tranquilo. Discutimos mucho, pero nos reconciliamos enseguida. Sabéis que vivimos tiempos complicados. Hemos encadenado crisis económicas y sanitarias y mucha gente lo está pasando mal. Creo que hay que ayudar todo lo que se pueda. Y a veces doy hasta lo que no es solo mío. Pero no os preocupéis.

Cuando volváis estaremos tan acaramelados como vosotros —bromeó el abuelo, contagiándoles su sonrisa.

Pasearon un rato antes de ir a casa de Amparo. Martín no salía de trabajar hasta las dos y media, cuando cerraba la oficina de Correos. Marga tenía que esperar en casa a que llegara Gladys María, la chica que cuidaba a su madre, e Ina no había confirmado si podría asistir: dependía de su hermana, de si la necesitaba para ayudarla en algo o para acompañarla a algún sitio. Era su manera de agradecerle el cobijo que le estaba proporcionando.

De modo que aún disponían de algo de tiempo. Al llegar a la plaza de España, se les ocurrió tomar algo en la heladería y, de paso, saludar a Abdou y a su padre. Marcos le preguntó a Ariel si le inquietaba volver allí, lo que hizo que el joven se echara a reír.

—Hace falta más que media docena de perros rabiosos para traumatizarme, cariño. Ni que fuera la Joan Fontaine de *Rebeca* —añadió con un gesto teatral que, sin embargo, no le ocultó a su novio que trataba de hacerse el fuerte.

Marcos lo besó en la mejilla. Atravesaron la plaza cogidos de la mano, como siempre hacían, caminando con naturalidad, aunque ninguno de los dos logró mantenerse indiferente a las miradas de aquellos con los que se cruzaban.

Abdou los recibió con su enorme y resplandeciente sonrisa. Los invitó a sentarse en sendos taburetes de la barra. Solo había dos mujeres en el local, en una de las mesas del fondo, charlando a viva voz sobre el acto de la víspera en el centro cultural. Una de ellas criticaba a Matilde López y la acusaba de aprovechada y de maleducada, ya que se había marchado del acto antes de que terminaran su recital las señoras del Club de Lectura. La otra la defendía y citaba las palabras que le había escuchado decir a un tertuliano en televisión. La primera aseguraba que un primo suyo tenía un amigo que afirmaba haber visto al poeta besando a otro chico. La segunda lo negaba con aspavientos: «Calla, chica. ¿Cómo se va a acordar, si han pasado tropecientos años?». «Pues yo me acuerdo mejor de lo que me pasó de cría que de lo que cené ayer». Las clientas continuaron un rato enfrascadas en su discusión, ajenas

a que Marcos y Ariel las escuchaban divertidos. El padre de Abdou no estaba. Al parecer solo iba por las tardes. Los chicos charlaron un rato con el camarero. Este se interesó por Ariel y por la situación procesal de sus atacantes. Bebieron un refresco mientras charlaban y la mañana, agotada, dio paso al mediodía.

Al salir, el cielo parecía más claro. Las nubes se fueron disipando y el viento se calmó. No hacía frío. Era un alivio. Tenían ganas de pasear.

Amparo vivía con sus padres en uno de los barrios modernos, a las afueras de Molinosviejos, pero en dirección opuesta a la que conducía a la hospedería desde el centro. Su edificio era el último que estaba habitado. Después comenzaban las cuatro calles con bloques de viviendas a medio construir y con parcelas que se quedaron en tan solo la promesa de una colmena de hogares felices. El aspecto no era agradable porque, en poco más de ciento cincuenta metros, se pasaba de edificios habitados a campo abierto, mediando tres manzanas de crisis petrificada. Las farolas perdían el lucero a medio camino y, un poco más allá, habían sido incluso despojadas del cableado por aquellos que sacaban algo gracias al cobre de su interior, que vendían al peso.

La muchacha respondió enseguida al portero automático. Subieron en un ascensor forrado de espejos, en el cual aprovecharon para besarse y fotografiar su reflejo multiplicado hasta el infinito.

—«Un sinfín de besos» —tituló Ariel la instantánea que había tomado y que los mostraba abrazados en una inacabable sucesión de besos.

—«Infinitos besos» mejor; suena más poético —apuntó Marcos, y su novio asintió, tomando nota mental del que se le antojó un título sugerente para un relato o un corto.

Amparo los estaba esperando en el rellano. Los abrazó y besó con efusividad. Luego entraron en casa. La muchacha les dijo que eran los primeros en llegar. Los chicos le preguntaron por sus padres. Ella les explicó que ambos eran maestros, que daban clase en la escuela y que, como trabajaban mañana y tarde, se quedaban a mediodía en el comedor escolar. Se acomodaron en el salón. Desde

el amplio ventanal se divisaba la urbanización que había quedado abandonada. Una de las muchas que conformaban el cinturón de andamios, hormigón y solares que rodeaba Molinosviejos y que deslucía el hermoso paisaje que se extendía tras el espacio hurtado al campo, el de las extensiones de campos de cereal, el de los viñedos, el de los olmos, el de las hileras de chopos y las llanuras salpicadas de encinas, el de los senderos de tierra y las lomas suaves, el de los molinos de viento coronando los páramos y las águilas planeando sobre sus dominios. Todo ese paisaje quedaba oculto detrás de los esqueletos de pilares, de los muros de cemento, de las vallas publicitarias en que idílicas familias de mentira con sonrisas ensayadas, cuyos colores se había ido comiendo el sol, prometían una vida de ensueño en acogedoras viviendas de calidades excepcionales que nunca se construyeron.

Se sentaron en el sofá. Amparo les ofreció algo de beber. Charlaron de forma animada. Era una chica entusiasta, con una mirada avispada que contrastaba con la apariencia recatada y sumisa que mostraba en público. Les explicó que sus padres no habían imaginado nunca que ella fuese lesbiana, pero que cuando se lo contó tres años antes, aprovechando las celebraciones del Orgullo Mundial en Madrid y el clima favorable creado por el constante bombardeo informativo en televisión, sus padres lo aceptaron con bastante naturalidad. Ambos habían estudiado la carrera en ciudades grandes y no les resultaba ajena la diversidad sexual. Le habían preguntado si lo tenía claro, si estaba segura, si conocía personas como ella o si salía con alguien. Todo resultó muy natural y fluido, hasta que le pidieron que fuera discreta. Amparo se sorprendió, dado que ya era la típica chica que pasaba desapercibida en clase, la alumna invisible cuyo nombre es el último que memorizan los profesores, que siempre se ven obligados a dedicar demasiado tiempo a estudiantes que ni quieren ni aprecian todo el esfuerzo que se les dedica en detrimento de los demás.

Amparo fue una de esas alumnas invisibles, desconocidas y desatendidas. Como buena hija de maestros, tenía una rutina de trabajo que le permitió ir superando los cursos sin dificultad. Era

como una hormiguita que hacía todas las tareas y que en clase se escondía tras la cortina de su cabello, constantemente cabizbaja, centrada en su propio y delicado mundo. No fue popular ni sufrió desprecios o iras irracionales. Era invisible. Y ella, desde su rincón, observaba y admiraba a las alumnas más populares, queridas y dicharacheras. Les contó que en cada curso se había enamorado de alguna compañera. Aquella idolatría platónica cobraba vida en los dibujos y viñetas que llenaban las últimas páginas de sus cuadernos. Habían sido historietas muy típicas e inocentes, escenas de juegos, de aventuras, de paseos y confidencias entre amigas. Su timidez e inseguridad le impidieron trabar amistad con aquellas estudiantes a las que amaba y que apenas sabían de su existencia. Cuando les mandaban algún trabajo en grupo, Amparo sufría de constantes nervios e incluso tartamudeaba.

Todo eso fue quedando atrás al adentrarse en la pubertad. Aquellas chicas o se refinaron en exceso, mirando a todo el mundo por encima del hombro, o se volvieron vulgares hasta hacerse desagradables. Entonces, con trece o catorce años, Amparo empezó a fijarse en sus profesoras. Dos de ellas, la de Sociales y la de Inglés, interinas y de unos veintipocos años, le parecieron el *summum* de la belleza, de la elegancia y de la femineidad. Sus calificaciones en esas materias se dispararon y la invisible Amparo se hizo visible. De repente había surgido una mariposa de bellos colores de un rincón oscuro, de detrás de la melena desde donde había estado observando el mundo. Fue una sorpresa para todos. Otra sorpresa fue el descubrimiento del sexo. Amparo comenzó a fantasear con aquellas profesoras y a disfrutarlo en la intimidad de su dormitorio. Unas búsquedas en la Red y algunos comentarios cazados al vuelo en el patio del instituto de entre la miríada de conversaciones adolescentes que giraban en torno al sexo le dieron las pistas para entender qué le ocurría. Y, así como lo entendió ella, se lo contó a sus padres en aquel mismo sofá durante una tarde lluviosa de domingo. La reacción positiva de su familia y la aparente normalidad del hecho con el que se veía identificada le infundieron seguridad para vivir como lesbiana. Entonces, de repente, le

aconsejaron aquello de la discreción y se vio arrastrada otra vez tras las cortinas al abrigo de las cuales había pasado su niñez. Sus padres le explicaron que el contexto social del pueblo era muy diferente al de una gran ciudad. Y que además era mujer. Que si hubiera sido hombre todo habría sido más fácil porque los gais eran más visibles y más aceptados que las lesbianas. Pocos años después, averiguó que la situación para los hombres era en ocasiones incluso peor. Dos mujeres podrían haber compartido casa sin problemas. Dos amigas solteras conviviendo eran toleradas. Habría rumores, pero siempre quedaría la duda en el aire. Dos amigos jamás. De hecho, sus propios padres aceptaron de buen grado que Martín y ella fingieran ser novios ante los vecinos del pueblo. No por ella, aunque Amparo intuía que también, sino por el chico, que, siendo uno de los pocos carteros de Molinosviejos e hijo de la señora Tomasa, tan devota ella, se ahorraría muchos problemas si ocultaba su homosexualidad. De modo que, hasta en una familia como la suya, culta y moderna, se perpetuaban la vergüenza, el tabú y el estigma.

Amparo bajó en rendimiento académico y se sumió en una época triste que la configuró tal y como la habían conocido Marcos y Ariel. Con personas como ellos se sentía libre; en cambio, en sociedad se volvía invisible. El gueto y el armario, como un sarcófago dentro de otro, como una lacerante sucesión de muñecas rusas. Eso la hizo desistir de estudiar bachillerato. Cursó un grado medio de Peluquería e hizo prácticas en el Salón Rosario, en la antigua calle Fantasía, muy cerca del añorado bar Don Quijote, haciendo mechas y poniendo rulos. Trabajó allí unos meses, pero luego vino la pandemia y de momento no la habían vuelto a llamar. Marcos y Ariel le dijeron algunas frases de ánimo, pero ella las rechazó con un gesto. No estaba desanimada. Había decidido estudiar algo por Internet y marcharse a una ciudad en cuanto pudiera.

Lo mismo que Ina. Lo mismo que hacía Martín de forma intermitente con sus escapadas liberadoras de fin de semana. Lo mismo que querría haber hecho Marga más a menudo de no haber tenido que cuidar a su madre. Las Quijotas y Dulcineos eran una

ficción con fecha de caducidad, un proyecto abocado a la extinción, porque no veían futuro en el pueblo. Marcos y Ariel se preguntaron entonces cuál era el sentido de la asociación y del Orgullo que iban a celebrar aquel próximo sábado. Amparo se encogió de hombros. Dijo que Félix y Marcos los habían embarcado en el proyecto, que las habían animado, que apostaban por construir un futuro mejor que el que ellos habían vivido, que pensaban que podían ser útiles para otras personas lesbianas, gais, trans que sin duda había, pero que continuaban viviendo en la más férrea invisibilidad. Era el tercer año que lo intentaban y en el que más problemas estaban encontrando. Las ideas retrógradas se estaban apoderando del estado de ánimo del pueblo. El odio flotaba en el ambiente y se buscaba un chivo expiatorio sobre quien descargar las frustraciones. Las leyes y los derechos, en definitiva, parecían no regir en todos los lugares por igual. Era como si la corona de edificios inconclusos que envolvía el pueblo fuera en realidad una muralla que lo mantuviera aislado del progreso.

El timbre sonó cuando los tres jóvenes se miraban en silencio tras la última reflexión de Amparo. Al abrir entraron Marga y Martín. Hubo abrazos y besos, incluido un enérgico y divertido beso en los labios por parte del cartero a los chicos.

—¿Viste? El cartero no solo trae facturas —bromeó Ariel.

—Llegáis justo a tiempo —les dijo Amparo—. Estábamos cayendo en la depresión.

—¡Ah, de eso ni hablar! —los riñó Marga—. Somo las quijotas y los dulcineos. Somos fuertes y nos enfrentamos a gigantes, encantamientos y a lo que haga falta.

—Además, mañana llegan refuerzos —recordó Marcos.

—Confiáis mucho en vuestros amigos —apuntó Amparo.

—¡Cómo no! Los tres tienen tanta energía como pluma. La Corcho, casi un abuelo, viste con una elegancia sublime; la Pocahontas, un migrante con rasgos muy marcados de nativo americano, y el tercero, la Willow, afectado de acondroplasia —enumeró Ariel.

—¿*Acondro*… qué? —preguntó Martín.

—*A-con-dro-pla-sia*. Un tipo de enanismo. No mide más que así —explicó Ariel, poniendo la mano a la altura de su cintura—. Metro y algo de corazón, inteligencia y mala leche.

—Los tres han salido adelante superando muchos obstáculos. Son muy buena gente —añadió Marcos.

—Estoy deseando conocerlos —dijo Martín, verbalizando lo que pensaban todos.

—Y vienen con un nuevo amigo, una especie de *vedette* —recordó Marcos.

—Madre mía —rio Marga—. No sé yo si Molinosviejos sobrevivirá a esto —añadió.

Estallaron en risas, aplausos y vítores de camino a la cocina. Amparo encendió el horno e introdujo unas *pizzas* congeladas. Mientras esperaban, abrieron unas cervezas y picotearon patatas fritas. En media hora, la campana del horno los avisó. Justo al mismo tiempo, el timbre de la puerta volvió a sonar. Martín abrió y se encontró a una Ina derrotada, con los ojos llorosos y abrazándose a sí misma. La chica se lanzó a los brazos del cartero, que la envolvió con su cuerpo, tratando de apaciguar el temblor que la dominaba. Pasaron al salón, donde todos la rodearon, interesándose por lo que había ocurrido. Ina, tras coger varias bocanadas de aire buscando calmar la ansiedad que se había apoderado de ella, se lo explicó como pudo: había pasado lo inevitable. Sus padres habían logrado minar la resistencia de su hija mayor. La habían empujado a una encrucijada, la habían arrastrado a una dicotomía cruel e injusta, la habían obligado a elegir, le habían dicho «O conmigo o contra mí», es decir, o ellos o *él* —porque para aquel matrimonio Ina siempre sería «él»—. Y su hermana se había rendido. Había vuelto a casa y le había dicho que se fuera lo antes posible, que en una semana tendría que desaparecer, que aquel plazo era lo único que había conseguido arrancarles a sus padres en unas capitulaciones draconianas.

Se sentaron en círculo en el salón. Ina llevaba el maquillaje corrido, el cabello mal peinado, el rostro desencajado y la mirada asustada. Tenía aspecto de estar rota en pedazos. Por ello recibió todos los abrazos del mundo. Todo el cariño de aquellas valientes

quijotas e incansables dulcineos.

—Tranquila, cariño. Tú te vienes a mi casa —decidió Marga—. Mi madre ni siente ni padece y hay sitio y comida de sobra.

Ina rompió a llorar. Se echó a los brazos de la presidenta. Amparo y Ariel decidieron que lo mejor era reponer fuerzas, de modo que repartieron las *pizzas*. Martín trajo bebidas y vasos.

Comieron despacio: Ina y Marga, en el sofá; Ariel, en un sillón; los demás, en el suelo, sobre la alfombra. Hablaron, compartieron impresiones, se consolaron. Maldijeron la ignorancia y la intolerancia que los rodeaban. Ina le preguntó a Ariel cómo se encontraba. El ataque de los Cachorros Tóxicos continuaba en la mente de todos. El muchacho se sinceró: seguía herido. Trataba de aparentar normalidad, pero tenía el miedo instalado en su interior. Le dolía haberse dado cuenta de aquella manera de lo mucho que aún les quedaba por conseguir, de que una ley no equivalía al fin de una persecución y de un odio secular. Marcos y él habían creído hasta entonces que casi todo estaba logrado; en cambio, habían aprendido por las malas que su despreocupada vida en la ciudad era la excepción, que habitaban en una burbuja urbana que, aunque tenía también sus sombras acechando en cualquier rincón, en general les permitía vivir como pensaban que lo hacía todo el mundo dentro de los límites del Estado. Pero ya habían comprobado que no. Las quijotas y dulcineos se enfrentaban a esa doble faz de la realidad en la que vivían: el viento a favor de la corriente legislativa y las rachas frontales del sector social más reaccionario.

—Si solo queremos desear y amar en paz, ¿por qué tenemos que pedir perdón? —se preguntó Martín, verbalizando un sentimiento común a todos ellos.

—Eso mismo, o algo muy parecido, escribió mi abuelo —murmuró Marcos, recordando pasajes de los papeles que le había entregado aquel.

—Al final, parece que nuestra asociación sí que es muy necesaria —concluyó Amparo, mirándolos—. Si nos rendimos, parecerá que no existimos. Volveremos a ser invisibles y los que nos odian dirán que aquí no hay gais ni lesbianas ni mucho menos trans.

«Molinosviejos, pueblo libre de LGTB» —citó, acompañando sus palabras de un gesto de sus manos como si mostrara un cartel similar a los que habían colocado las autoridades en muchas localidades de Polonia.

—¿Y qué debemos hacer? ¿Quedarnos y sacrificar nuestra vida por la causa? ¿Arriesgarnos a que nos hagan lo que le hicieron a Ariel? —preguntó Ina, furiosa.

—No digo eso —respondió Amparo—. Todas tenemos sueños, proyectos e ilusiones. Pero mientras estemos aquí deberíamos seguir luchando por nuestros derechos. No podemos dejar que los pisoteen.

Unos helados siguieron a las *pizzas*. Después tomaron café y la charla continuó durante la tarde. Todas las opiniones eran escuchadas con respeto y después rebatidas o apoyadas. Nadie deseaba arriesgar su salud o su integridad, pero tampoco podían aceptar la rendición, el destierro, el silencio y la invisibilidad en el interior de un armario cerrado con siete llaves. Se hallaban ante una encrucijada. Si tomaban el camino fácil, el día del Orgullo de 2020 podía ser el último. Decidieron que, pasase lo que pasase, harían que fuese recordado durante años. Si su esfuerzo daba frutos y los invisibles decidían salir a la luz, el trabajo y el sacrificio habrían valido la pena. Como había dicho Amparo, nadie renunciaría a sus sueños, pero tampoco a sus derechos.

La tarde, con el ocaso del debate, viró la atención del grupo hacia la televisión. Ariel se apoderó del mando a distancia y se zambulló en el menú de un canal de cine clásico. Allí encontró una comedia, una de sus preferidas, cuyos diálogos se sabía de memoria. Pensó que aquel filme bien podría poner una guinda de alegría a la velada. Cuando hubieron cerrado las cortinas para recrear la atmósfera de una sala de cine, el chico pulsó el botón y la magia del cinematógrafo dio comienzo. Durante dos horas rieron y soñaron disfrutando de *Con faldas y a lo loco*. Tras la última escena del magistral clásico de Billy Wilder, que les arrancó un sonoro aplauso, todos repitieron la genial frase: «Nadie es perfecto».

CAPÍTULO X

Máximo Grande Largo (alias la Willow): «*Pues claro que hay discriminación. Y homofobia. Y gordofobia. Y plumofobia. Y fobia a los discapacitados. Yo colecciono fobias, inspector. Aunque mi lema es "Lo que no te mata te hace más fuerte". La putada es cuando nos matan. Espero que los detengan y que los encierren para siempre*».

Félix consultaba la previsión meteorológica para el fin de semana. Como piloto aeronáutico, estaba dado de alta en algunas páginas web que ofrecían una información pormenorizada de la previsión del tiempo por comarcas. El detalle de los datos era asombroso y facilitaba mucho la organización de las excursiones en globo. Podían conocer la velocidad del viento a diferentes alturas, la nubosidad esperada en áreas de pocas hectáreas, la temperatura prevista a intervalos de quince minutos y el grado de humedad del aire; un compendio de información que se debía al trabajo combinado de satélites, ordenadores militares y civiles y sitios web oficiales, así como de grandes compañías aéreas. Todo ello permitía a Félix y Marcos garantizar la seguridad de sus vuelos con una fiabilidad digna de un reloj suizo.

—Parece que nos espera un fin de semana espléndido —anunció con una enorme sonrisa, tan blanca como su barba, al ver a Marcos y Ariel bajar a desayunar. Los chicos se asomaron detrás del mostrador para ver la pantalla—. ¿Veis? Esto es Molinosviejos —les explicó, señalando en la imagen una mancha gris que abarcaba la

mitad del mapa—. Esto, el anillo de urbanizaciones a medio construir; aquí, la ínsula Barataria —añadió indicando la urbanización más alejada del núcleo urbano, que se veía como una isla gris rodeada de áreas verdosas—; aquí, la ciudad deportiva, y todo esto son los campos de cultivo que quedan —concluyó señalando las parcelas, perfectamente divididas en rectángulos y otras formas geométricas bien delimitadas por vallados, acequias, muros y caminos rurales—. Ahora deslizo este comando… —murmuró entre dientes, con la mirada fija en la pantalla. Sobre el mapa fueron surgiendo manchas translúcidas de tonos azules, marrones, rojos y amarillos—. Eso es la nubosidad; esto, el viento; la temperatura, y la humedad. Y aquí vemos las franjas horarias. Nos da una previsión de hasta setenta y dos horas.

—¡Vaya! —exclamó Marcos—. ¿Y es muy fiable?

—En las primeras veinticuatro horas la fiabilidad es muy alta —respondió Félix señalando el tercio más a la izquierda en la barra, que indicaba los periodos de tiempo—. ¿Veis? Luego cambia la intensidad del color de los números. Más intenso, más probabilidad de acierto; menos, menor probabilidad. Se actualiza cada hora. Es muy práctico. Hace unos años volábamos a ciegas, como quien dice.

—Dentro de poco no hará falta ni piloto —le dijo Ariel palmeándole el hombro—. O lo pilotará por control remoto, como el dron.

—Eso sería una pena. Volar es hermoso, ya lo sabéis. Para cuando llegue ese futuro, yo me habré retirado. Que tengo setenta y dos años, chavales. ¿Cuándo vais a trabajar para pagarme la pensión?

—¡Che! —exclamó Ariel—. Espere sentado. Todavía estamos estudiando.

—A vuestra edad yo ya me ganaba el pan y estaba a punto de montar mi primer restaurante.

—Nosotros vamos más despacio. Hoy en día hacen faltan muchos títulos y diplomas para conseguir un empleo —replicó Ariel.

—Mi nieto político es un pipiólo —dijo Félix señalando a Marcos—. Pero tú eres mayor que él, ¿no? Ponte a currar ya.

—Tiene dos años más que yo, pero como repitió dos veces en secundaria estamos en el mismo curso. Mi Arielito era un vago —le reprochó en tono jocoso el novio.

—Un incomprendido, cari, como todos los artistas —replicó Ariel.

—Excusas —insistió Marcos.

—Bueno, sabes que desde que falleció mi madre me costó centrarme en los estudios. Y luego el instituto se me hizo muy cuesta arriba. Como no sabía qué quería hacer con mi vida, cuando tuve que elegir entre todas aquellas optativas, me equivoqué y perdí mucho tiempo —quiso zanjar el muchacho—. Ahora ya estoy en el buen camino, ¿viste? Y algún día ganaré un Óscar —añadió con una gran sonrisa.

—¡Ya está soñando! —rio Marcos, contagiando a Félix.

—*Subiré al escenario y diré: «Thank you, ladies and gentlemen. Dear academics and colleagues…»*.

—Y llorarás como una diva —bromeó Marcos.

—Y tú lo harás desde el patio de butacas, aplaudiendo a rabiar.

—Ojalá —deseó Marcos imaginando la escena: ambos vestidos de frac, el éxito de su novio, el Paseo de la Fama, las fotos al pie del mítico cartel de Hollywood…

—¡Chicos! —exclamó el abuelo Marcos, apareciendo por la puerta del comedor—. ¡Qué madrugadores! —Se acercó y les dio un par de besos a cada uno—. ¿Queréis desayunar?

Los jóvenes dijeron que sí al unísono y lo siguieron al comedor. Félix los acompañó, pidiendo al mismo tiempo un café cargado a su marido, que ya había franqueado la puerta de la cocina. Marcos y Ariel tomaron asiento y Félix entró a ayudar con las tazas. Enseguida los alcanzó el aroma del pan tostado y del café recién hecho y les hizo sentir hambre y mucha paz. Se cogieron de las manos sonriéndose, mirándose el uno al otro. Aquella ensoñación de un futuro éxito laboral era ya un proyecto común. Marcos deseaba que algún día ocurriera. Era consciente del amor de Ariel por el cine. Conocía su buen gusto y sus grandes ideas. Era un chico que siempre había demostrado ingenio e imaginación. Había

aprendido a ver buen cine desde pequeño, cuando sus padres lo introdujeron en el séptimo arte. En su casa no hubo televisor hasta que fue un adolescente. En cambio, su padre tenía un proyector y casi todas las tardes, después de los deberes, bajaban las persianas del salón y se sentaban a disfrutar de algún clásico. Desde bien pequeño rio con Chaplin, Keaton, Abbott y Costello o Laurel y Hardy. Después, conforme creció, le hicieron ver *westerns*, cine negro, dramas, comedias y cine realizado fuera de los Estados Unidos: europeo, latinoamericano o asiático. El pequeño Ariel preguntaba lo que no comprendía. Quería saber qué le había pasado a aquel señor que acababa robando una bicicleta o por qué ese detective tenía miedo a las alturas. Lloró con *King Kong* y disfrutó con las comedias de Blake Edwards. Imitaba los gestos adustos de Bogart y los diálogos brutales de *¿Qué fue de Baby Jane?* Para cuando Marcos lo conoció, aquel simpático y pizpireto chico de ojos seductores era una enciclopedia andante sobre el mundo del celuloide. Le encantaba que le susurrara al oído frases románticas que los galanes o las divas habían recitado a sus *partenaires* en la pantalla. Eso le hacía sentirse especial. Ariel lo sabía y lo hacía con destreza. A menudo Marcos veía películas de las que nunca había oído hablar, pero las disfrutaba porque su novio le explicaba que eran obras maestras. Juntos recordaron *El año pasado en Marienbad*, navegaron en *El acorazado Potemkin*, sufrieron *Los 400 golpes*, corrieron *La carrera del siglo* o cabalgaron en busca de *El Dorado*.

Marcos, por su parte, deseaba escribir, contar lo que ocurría en el mundo, denunciar las injusticias que descubría en todas partes. No obstante, desde que había empezado a salir con Ariel, le atraía la idea de especializarse también en crítica cinematográfica. Veía el cine como un instrumento de denuncia social y de transformación del mundo. A fin de cuentas, pensaba, el arte siempre había tenido esa función. Juntos podrían formar un tándem, un equipo, y llevar aún más allá la simbiosis que parecía existir entre ellos.

Mirándose a los ojos, cogiéndose las manos sobre el mantel y con una sonrisa candorosa en el rostro los encontraron sus mayores al salir de la cocina cargados con sendas bandejas repletas de tazas,

cubiertos, platos con tostadas, mantequilla, una jarra de café, otra de leche, tarros de mermelada, azúcar y la aceitera con su salero a juego.

—¡Chicos! —exclamó Félix al verlos embelesados en su mutua contemplación—. ¿Podríais echar una mano? Así va el mundo. Los viejos trabajando y los jóvenes haciendo manitas.

—¡Ah, sí, perdón! —se disculparon al romperse el encantamiento que los había dejado atolondrados a ojos de aquella pareja otoñal.

Cogieron las bandejas y pusieron sobre la mesa todo lo necesario para un buen desayuno. El abuelo Marcos se dejó caer en la cuarta silla que había alrededor de la mesa. Estaba sudando y su gesto ceñudo parecía indicar que le dolía algo.

—Abuelo, ¿estás bien?

—Cansado, nada más —respondió poniendo buena cara al tiempo que se servía un café con leche.

—Tu abuelo duerme poco, come aún menos y piensa demasiado —resumió Félix.

—No digas bobadas —protestó el aludido.

—Abuelo, tienes que cuidarte —le recordó Marcos.

—Póngase aceite de oliva en las tostadas —le aconsejó Ariel pasándole la aceitera—. Es bueno para la patata —añadió palmeándose el pecho a la altura del corazón.

—No seáis pelmas. Estoy bien. Un poco nervioso por todo lo del homenaje, el Orgullo, lo que te hicieron…

—¡Bah! —exclamó Ariel—. Ya ni me acuerdo —mintió.

—Por cierto —terció Félix—, ha llamado vuestro amigo, ese tal… Corcho. Ha dicho que ya salían de viaje. Creen que llegarán para comer.

—¿Tan pronto? —se preguntó Marcos, sin acabar de creerse que sus amigos llegaban ese mismo día a Molinosviejos.

—Verás como se pierden. Si conduce la Pocahontas, acabarán en Portugal —aventuró Ariel, que conocía bien a sus amigos—. Se pondrán a discutir. La Willow querrá ir de copiloto con el mapa. La Corcho gritará desde atrás: «¡A la izquierda! ¡Por ahí no! ¡Adelanta

de una vez!», y cosas por el estilo. Hace tres años fuimos al Orgullo Mundial de Madrid y regresé a casa en autobús. Son los mejores amigos del mundo, pero dentro del mismo auto pueden acabar con la salud mental de cualquiera.

—Pues pobre ese que viene con ellos —recordó Marcos—. Dina Azul. Por cierto, ¿cómo se llamaba? —le preguntó a su novio—. Nos lo dijo la Corcho.

—Ah, sí. Espera. Creo que dijo Saturnino. ¡No! ¡Erundino! —recordó Ariel—. Era profesor. Será un buenazo o acabará matándolos.

—Pronto nos enteraremos —concluyó Félix—. Si no acaban en, qué sé yo, la Val d'Aran —añadió enarcando las cejas, gesto que permitía ver lo azules que eran sus ojos, normalmente escondidos bajo las pobladas cejas y los párpados caídos.

Cuando terminaron, los mayores les pidieron ayuda para adecentar las habitaciones que iban a ocupar sus invitados. Mari Carmen las había dejado inmaculadas el domingo anterior, pero siempre convenía barrer y limpiar el polvo. A Marcos le gustaba que sus huéspedes encontraran los dormitorios no solo limpios, sino relucientes y con algún detalle aromático y hogareño: unas flores frescas, un ramillete de lavanda o un plato con un montoncito de flores de jazmín. El patio de la hospedería, de hecho, tenía varios jazmines y rosales a lo largo de las paredes, también unos cuantos jacintos azules en una jardinera, además de un rincón de plantas aromáticas, donde destacaban la lavanda y el romero.

Cuando todo estuvo listo y como el tiempo era templado, se sentaron en aquel patio a tomar un aperitivo. El abuelo les preguntó por la tarde anterior. Los chicos relataron la velada en casa de Amparo y lo relativo al problema sobrevenido de Ina. Les transmitieron las dudas y preocupaciones que atenazaban a los miembros de la asociación. Félix y Marcos eran conscientes de que aquel proyecto que habían puesto en marcha pendía de un hilo y de que era probable que, con el tiempo, sus queridas quijotas y dulcineos acabaran mudándose a vivir a lugares donde se sintieran más seguros. Los chicos les contaron también que, después de

acabar la película y coincidiendo con la llegada de los padres de Amparo, cada cual se había marchado a su casa. Ellos habían acompañado a Marga e Ina a casa de la presidenta. Amparo le había prestado algo de ropa para que tuviera qué ponerse hasta que pudiera recoger sus cosas de casa de su hermana. La situación de aquella muchacha era sangrante, ya que se había quedado en la calle sin nada. Era fácil entender las causas de los niveles de paro en el colectivo trans, sus problemas psicológicos y económicos, la prostitución a la que un gran número se veía abocado y las altas tasas de suicidio. Las Quijotas y Dulcineos se habían prometido y le habían asegurado a su amiga que no la dejarían a su suerte.

«La vida —les dijo el abuelo Marcos recordando lo que solía comentar su abuela Palmira— es una tómbola, como en la canción de Marisol. Por fortuna, lo malo suele venir acompañado de algo que alivia un poco el dolor y lo bueno, de algo que empaña la euforia». Entonces, al hilo de aquella reflexión, los chicos refirieron la anécdota que les había sucedido al llegar a casa de Marga. Se habían reído mucho y había conseguido iluminar la cara de la compungida joven. Al acercarse, habían escuchado voces. Enseguida descubrieron que se trataba de la madre de Marga. La anciana gritaba y eso los alarmó. La presidenta entró corriendo y llamó a Gladys María, pero la muchacha que cuidaba a su madre no respondió. Al llegar al salón, hallaron a la anciana en el sofá, donde normalmente pasaba las horas muertas tapada hasta el cuello con una manta de cuadros, con los ojos cerrados y conversando en susurros y balbuceos con los fantasmas de su pasado. A sus ochenta y seis años, con la mente y el cuerpo agotados, solo un corazón robusto y un apetito de deportista la anclaban a este mundo. Marga, cuyos hermanos la habían convertido en su exclusiva cuidadora y responsable, había tenido que dejar su trabajo y gestionar las ayudas a la dependencia. La exigua suma que recibía, sumada a la pensión de viudedad de la anciana, constituían los únicos ingresos de aquel hogar. La presidenta se debatía entre el deseo de que la fantasmal vida de su madre finalizara y el miedo culpable a quedarse sin ingresos. Solamente un detalle había tenido uno de sus hermanos: le

había regalado el robot aspirador que, al comprar un modelo mejor, le estorbaba en casa. Marga descubrió que la aspiradora inteligente no lo era tanto, pues raras veces regresaba a su base, aunque limpiaba muy bien. En cuanto a Gladys María, que siempre había sido muy diligente, resultó que había subido a la terraza. La muchacha había recibido una llamada telefónica de sus padres desde Bogotá y, viendo a la señora a su cargo adormilada en el sofá, había buscado el lugar de la casa con mejor cobertura para hablar con sus parientes.

El caso es que la vetusta progenitora, sola en el salón, no estaba tranquila y tapada, como era lo habitual, sino que daba voces con los brazos en alto, los ojos muy abiertos y la manta tirada a sus pies. La mujer exclamaba al vacío: «¡Honorio, ¿qué dices?, que no te entiendo! ¡Honorio, repítelo!». Marga se tapó la boca, como si hubiera visto una aparición. Honorio, a quien interpelaba la pobre mujer, era su difunto padre. No tardaron en descubrir que quien había alterado la brumosa paz en la que sobrevivía la madre de Marga era el robot aspirador. El artilugio se había quedado atascado en una alfombra e, incapaz de retomar su actividad, repetía en inglés con una masculina y profunda voz que a Ariel le recordó la de John Wayne: «*Please, place the vacuurn cleaner on a fíat floorand restart it*».

Todos rieron a carcajadas hasta perder el resuello, tal como les había pasado la tarde anterior en casa de Marga. Entonces sonó el teléfono de la hospedería y Félix corrió a contestar. Eran sus amigos, que efectivamente se retrasarían más de lo previsto. No dieron muchos detalles, pero Félix oyó dos voces discutiendo de fondo y otra que trataba de mediar. Un atropellado «Ya llegaremos. No nos esperéis para comer» fue lo último que se escuchó antes de que se cortara la llamada.

Los chicos decidieron salir a dar un paseo. Antes de dedicarse a callejear, a hacer fotografías y a respirar un aire que les resultaba vivificante, acompañaron al abuelo hasta la puerta del mercado y allí se separaron. Tras las compras diarias, Marcos pasó por el descampado antes de regresar a la hospedería. Quería sentarse en el destartalado Peacemóvil, estar solo y, al mismo tiempo, hablar con

la memoria de su hermano. La puerta del coche siempre se cerraba con un ronco sonido metálico, estruendoso y hueco, como si de repente las bisagras y el cerrojo fueran a hacerse añicos y la puerta entera estuviera a punto de desmoronarse. Cada día acudía al solar con la certeza de que no hallaría el seiscientos. Y cada vez que lo encontraba en su triste destino esbozaba una sonrisa de alivio. El coche, y por tanto el nexo con su pasado, seguía allí. Temía el día en que solo encontrara un chasis esquilmado, un esqueleto oxidado, un habitáculo yermo en el que ni siquiera pudiera sentarse. De momento, y por fortuna, el viejo utilitario lo continuaba esperando.

Suspiró y se acomodó en el asiento del acompañante. El viento soplaba ligero y se colaba por los huecos de las ventanillas rotas. El espejo retrovisor, al que le faltaba un trozo, reflejaba el asiento trasero. Marcos lo movió hasta vislumbrar la imagen que su mente reclamaba.

—¿Así que has dado el paso? —le preguntó Gus, su hermano añorado, invocado, imaginado.

—Me ha costado cincuenta años —murmuró Marcos, mirando en el reflejo los ojos verdes de su gemelo, tan parecidos a los de su nieto.

—¡Bah! —exclamó Gus, acompañando la expresión con un gesto indulgente de sus manos—. Cincuenta años no son nada, Marquitos. La eternidad es eso multiplicado por el infinito. Lo importante —añadió recostándose en el asiento— es que hayas empezado a decir la verdad.

—Es curioso —repuso esbozando una sonrisa, asaltado por un recuerdo de una fiesta de cumpleaños—, mi nieto Marcos dijo eso mismo una vez. Va a resultar que sois más parecidos de lo que pensaba. Pero bueno —añadió, retomando la idea que quería expresar—, en realidad no han sido cincuenta, sino veinticinco años —se corrigió Marcos—. Descubrí la «Carta a Dulce M» al volver a Molinosviejos en el año 95.

—De acuerdo —le concedió Gus—. Pero a esos veinticinco súmales otros tantos en los que llevaste una vida fingida.

—Lo hecho hecho está —se rindió Marcos ante el incontestable

argumento del eco de su hermano gemelo—. Ahora todo el mundo sabrá la verdad sobre Alex. Pero eso es precisamente lo que me inquieta. ¿Él querría que se supiera que era homosexual?

—¿Crees que preferiría pasar por el amante desquiciado de la chica de Las Termillas? ¿Sabes que yo la conocí aquel verano del 70? Menuda pájara era.

—Ahora es una mujer desesperada en busca de notoriedad y dinero.

—A costa del nombre de otra persona. De un muerto, para ser exactos.

—Tienes razón. Alejandro no lo habría tolerado. No creo que, de haber vivido, hubiera estado todavía en el armario.

—Él era un hombre valiente, hermanito. ¿Recuerdas cómo aguantó cuando le dieron la paliza en la plaza?

Marcos sintió un estremecimiento. La imagen de David Cortés y su corte de matones franquistas le vino a la cabeza. Recordó el día en que apalearon a Alex en la plaza, en que proclamaron en público que el poeta era homosexual y en el que Gus, Max y él mismo se enfrentaron a los Hijos del General para defenderlo.

—David ha cambiado —susurró, como si no quisiera creerlo, como si necesitara negarlo.

—Todo el mundo puede cambiar, ¿no? Tú también lo has hecho. Vives con otro hombre, te has casado con él, formas parte de una asociación de, ¿cómo lo llamáis ahora?, «gais, lesbianas, etcétera, etcétera».

—Sí, resulta que el ser humano es muy diverso. Hay diferentes maneras de sentir, de desear, de…

—No me des clases, Marquitos. Solo soy un recuerdo en tu mente. Lo que digo te lo estás diciendo tú mismo. Y ahora te estás preguntando si debes cerrar esa herida.

—No es una herida cualquiera. Él te mató, Gus. Y eso lo cambió todo —protestó Marcos mirando a su gemelo a través del espejo con los ojos bañados en lágrimas.

—¿Te acuerdas de que me gustaba jugar al billar? —preguntó entonces el Gus imaginado abrazando el asiento de su hermano para

susurrarle al oído sus palabras. Marcos cerró los ojos, emocionado —. Pues la vida es lo mismo: una bola golpea otra y la empuja hacia otro lugar. A su vez, la segunda bola choca con una tercera y la lanza hacia el lado opuesto. Es decir, un hecho cualquiera altera todo lo demás. Seguramente, sin mi asesinato tu vida habría sido muy distinta. Probablemente tu hija Julia no habría nacido, ni tampoco tu nieto. ¿Los borrarías ahora de la existencia?

Marcos se volvió de golpe con los ojos muy abiertos, estriados con venitas rojas zigzagueantes y orlados de arrugas temblorosas. Comprobar que estaba solo y que aquellas preguntas se las formulaba a sí mismo no las hacía menos oportunas ni hirientes. La cuestión, tramposa de todas formas, era pertinente. Enlazaba también con lo que la abuela Palmita, evocada o recordada, le había dicho sobre los rencores eternos que consumen el alma. Solo que Marcos acababa de descubrir que a quien guardaba más rencor por lo ocurrido aquel verano de 1970 no era a David, sino a sí mismo. Él foe quien abandonó a Álex en aquella estación, él huyó de la verdad, él se hundió en la depresión y en el alcohol, él engañó a Cristina, la que fue su esposa, diciéndole que la amaba, él vivió una mentira durante gran parte de su vida; él fue, en definitiva, quien nunca pudo perdonarse a sí mismo. David mató a Gus y pagó por ello con la cárcel. Pero el movimiento de las otras bolas de billar se debió a sus decisiones. Perdonar a David se le antojó de repente mucho más fácil que hacerlo a sí mismo, aunque esto último era lo único que lo separaba de la ansiada paz.

Dejó el Peacemóvil y salió del descampado. Notó que caminaba más ligero, como si aquella acostumbrada presión sobre los hombros que le hacía andar un poco encorvado desde hacía tanto tiempo hubiera desaparecido. Sus pasos lo encaminaron a un lugar al que no entraba desde hacía muchos años: la heladería. En un pueblo como Molinosviejos, todo el mundo sabía lo que hacían y deshacían los demás. No pasaron ni dos días desde la inauguración hasta que se enteró de que el antiguo líder de las juventudes franquistas, los temidos Hijos del General, había adquirido por traspaso la heladería de la plaza. David había estudiado Derecho en prisión, pero

también cocina. Y había descubierto que se le daban bien la repostería y los helados. Tenía algunos ahorros, la herencia de sus padres, que fallecieron estando él en la cárcel, y lo que fue sacando trabajando aquí y allá. El pueblo, cuando regresó tras cumplir su condena, lo había tratado como a un apestado. Él lo pudo comprobar con sus propios ojos. Su prima Elena se lo había explicado. Y, en ese ostracismo, David encontró el tiempo para trabajar y colaborar con asociaciones humanitarias. Más tarde le contaron que había adoptado a un niño. Un niño migrante y negro, además. Tal vez David sí supo perdonarse a sí mismo y corregir sus errores. Se había convertido en un pequeño empresario sin tacha y le había dado una vida y un futuro a Abdou. Además, había salvado a Ariel de un crimen atroz y, posiblemente, de la muerte. Y había logrado que los Cachorros Tóxicos —que todos los que tenían cierta edad veían como sucesores naturales de los Hijos del General— desaparecieran del pueblo. ¿No era eso una forma evidente de tratar de corregir sus errores? Marcos no se atrevía a responderse, pero algo lo empujó a visitar la heladería.

—Buenos días, Abdou —saludó Marcos desde la puerta—. ¿Está tu padre?

—Buenos días, señor —balbució el joven desde detrás de la barra, que sabía bien quién era aquel hombre y lo que lo unía y separaba de su padre adoptivo—. No. No suele venir por las mañanas.

—Vaya —se lamentó. Estaba a punto de marcharse cuando algo en su interior, un impulso que rompió la cadena de rencor que lo estrangulaba desde hacía décadas, le empujó a añadir—: ¿Podrías comentarle que he venido para invitarlo al acto del Orgullo de mañana? Empezará a las siete y media. Es en el aparcamiento del museo del molino.

—Claro, claro. Se lo diré. Se alegrará mucho.

—¿Crees que se alegrará? —le preguntó extrañado Marcos.

—Sí. Le aseguro que será una de las mayores alegrías de su vida —respondió Abdou, consciente de que a menudo palabras y hechos que no son el consabido «Te perdono» tienen el mismo o incluso

mayor significado.

Marcos se despidió y volvió a la hospedería. Félix le dijo que acababa de recibir una llamada de Liam Gibbons, el hispanista. Al parecer no podría asistir al Orgullo, pero quería hablar con él y explicárselo. Había dejado un número de teléfono y le pedía que lo llamase en cuanto pudiese. Dejó la compra en la cocina, se sentó en el sillón de la recepción y marcó el número del móvil del prestigioso académico. Tras un par de tonos, un vozarrón profundo al tiempo que meloso, con aquel acento tan simpático que delataba su origen británico, contestó: «*Helio?*». Marcos lo saludó y el catedrático lo reconoció enseguida. Estaba en la calle. Se escuchaba el fragor del tráfico de Madrid. Gibbons le rogó que aguardase un momento hasta que entrase en algún lugar tranquilo donde poder hablar.

—*I'm so sorry*, Marcos. No podré ir a Molinosviejos mañana. Me han llamado de la televisión —le explicó al cabo de un minuto.

—Lamento mucho oír eso, señor Gibbons.

—*Call me Liam, please. Podemos tutearnos*.

—Claro, Liam. Nos hubiese gustado contar con tu presencia para hablar de Alejandro. Podrías haber leído la ponencia que no te dejaron presentar el otro día.

—*Oh, I know. Thank you*. Pero escucha, Marcos, he leído y estudiado la carta y el poema. *It's amazing!* Es la caligrafía de Alejandro. No hay duda. Por supuesto, necesitaría cotejarlos con los originales para tener la certeza absoluta de cara al escrutinio de mis colegas. Pero ahora todo cobra sentido, todo queda claro.

—Mi nieto tiene los originales. Si no tienes inconveniente, le daré tu teléfono y que te llame para que los puedas examinar. Él suele ir a Madrid de vez en cuando.

—*That'sgreat! Listen*, Marcos. Me han invitado al programa *Cuéntame Luxury* para que rebata en directo a Matilde López, que también irá para insistir en su fantasía. Nunca he acudido a este tipo de programas. *However*, creo que con el autógrafo que le firmó al otro muchacho…

—Al novio de mi nieto —puntualizó Marcos.

—*That's it, his boyfriend*. Pues con ese autógrafo puedo

demostrar que ella no es «Dulce M». Además, con el poema 57 y la carta que Alejandro te escribió, probaré que el poeta era homosexual. Ella quedará desautorizada para siempre. *Forever and ever*.

—Eso está muy bien —farfulló Marcos, asaltado por nuevas dudas—. Liam, verás, yo no busco publicidad para mí mismo. Me gustaría que no dijeses mi nombre o, al menos, si es imprescindible decirlo, que no explicases nada de mí. El único que importa es Alejandro. Lo importante es su poesía y su legado literario. A él le habría gustado que sus poemas fueran un referente para otros hombres que sienten como él lo hacía. Eso es lo único que importa. ¿Estás de acuerdo?

—*Of course*. Puedo mantener tu identidad en secreto. *Absolutely! No problem*. Solo diré un nombre, ni apellidos ni nada que pueda señalarte. Tienes mi palabra.

—Te lo agradezco mucho, Liam. Estoy seguro de que Alex estaría contento.

Se despidieron con palabras cordiales y quedaron en mantener el contacto. Marcos pediría a su nieto que se entrevistara con el hispanista antes de las próximas Navidades para que pudiera estudiar los documentos originales. El libro que iba a publicar contaría al fin toda la verdad. La famosa y misteriosa «Carta a Dulce M» vería la luz y las futuras ediciones de la poesía de Alejandro Torres Quesada se publicarían completas por primera vez, con el poema número 57 en su lugar, sin más secretos, sin más vergüenzas. La «M» ya no sería la inicial de *miedo* o de *muerte* nunca más.

En la cocina, Marcos encontró a Félix preparando una suculenta ensalada. Este se secó las manos y se acercó para abrazarlo. Marcos hundió la cara en el cuello de su marido. Félix sabía qué significaban aquellas decisiones, aquellos cambios. Desde que conoció a Marcos, supo que estar con él suponía convivir con sus recuerdos y sus fantasmas. Porque memorias y pasado tiene todo el mundo, máxime cuando se comienza una relación pasados los cincuenta años. Sin embargo, Marcos era —como diría Ortega y Gasset— él y sus circunstancias. La presencia de Alejandro como una herida

sangrante que requería hacer lo que por fin había hecho los había acompañado como una sombra durante toda su relación. Félix sentía esperanza, quizá más que nadie, porque confiaba en que, con la revelación que Gibbons haría en televisión, Marcos podría dejar que el poeta descansara en paz y podría, al fin, empezar a vivir sin lastres del pasado. Esperaba que los años que les quedaran por delante fueran un estanque en calma, no un mar embravecido o con corrientes traicioneras bajo la superficie. Félix estaba enamorado de Marcos. Eso era incontestable. Por eso se alegraba tanto —aunque fuese reacio a demostrarlo de forma efusiva— de que su horizonte común apareciera por fin despejado y apacible.

Los chicos habían estado dando vueltas por Molinosviejos sin rumbo fijo. Se habían acercado al cementerio, donde visitaron la tumba de la tatarabuela del joven Marcos, Palmira Peñalver, de quien todo el mundo contaba bondades y de la que el muchacho apenas recordaba una sonrisa y una mirada tierna e intensa que ambos descubrieron en la fotografía ovalada que presidía la lápida. También habían comprado pasteles para el postre y habían visitado a Marga e Ina. De camino a la hospedería se toparon con Martín, que arrastraba su carrito de cartero y que les pareció tremendamente atractivo vestido de uniforme. Charlaron con él unos minutos y quedaron en encontrarse por la tarde, cuando hubieran llegado sus amigos de la ciudad.

Al llegar a la casa rural, los recibió el apetitoso aroma de un guiso. Comieron con deleite. De postre, degustaron los pasteles, junto con un buen café recién hecho, en el patio interior, envueltos en la fragancia de jazmines, jacintos, lavandas y romeros. Hablaron del hispanista, especularon sobre el espectáculo que el programa de televisión habría preparado —seguramente con el propósito de ridiculizar a aquella pobre codiciosa, que se estaba transformando en una caricatura de sí misma y en un personaje más de los que pueblan ese tipo de *shows* televisivos— e imaginaron el futuro que los esperaba. El de los jóvenes, claro, porque los mayores confesaron

conformarse con una vida tranquila, buena salud y verlos lograr sus sueños.

De repente escucharon un estruendo que provenía de la calle y voces en la entrada. Ariel y Marcos corrieron hacia la puerta, sonriendo. Tenían que ser sus amigos. Félix y el abuelo los siguieron para descubrir que, efectivamente, los esperados invitados ya habían llegado.

—¡Maricón! —exclamó el primero de ellos, dejando caer una maleta al suelo con estrépito al tiempo que se apartaba la larga melena azabache de la cara—. ¡Por fin! ¡Esto está en el quinto coño! Y encima hemos tenido que aparcar el coche a hacer puñetas.

—¡Che, Pocahontas! —lo saludó con efusividad Ariel, lanzándose a sus brazos.

Tras él, que estrechó con fuerza al muchacho, alzándolo en volandas, aparecieron otros tres hombres. Dos de ellos rondaban los sesenta años y el último tendría sobre cuarenta, aunque era difícil adivinarlo debido a sus particulares rasgos. Los dos mayores eran muy diferentes entre sí. El primero, la Corcho, que arrastraba una maletita de color fucsia, vestía unos vaqueros blancos muy estrechos, un cinturón de cuero negro con hebilla de plata, una camisa de marca —azul y con los dos últimos botones desabrochados para dejar a la vista una piel artificialmente bronceada sobre la que relucía una cadena de oro— y lustrosos zapatos negros. Llevaba un jersey negro de punto sobre los hombros y su rostro, muy bien afeitado, con las cejas perfiladas y el cabello teñido de negro peinado hacia atrás, resultaba simpático. Sonreía mirando en derredor con sus ojos pequeños, como si hubiera viajado a otro planeta.

El otro, un profesor jubilado llamado Erundino, lucía un aspecto clásico: pantalones de pinzas, un polo beis y la americana al brazo. Su cabello, corto, era gris. Su rostro, amable, lucía una mirada serena y una sonrisa agradable.

A su lado estaba el que llamaban la Willow, un hombre de no más de metro treinta con mirada sagaz, pero que parecía cansado. Iba en vaqueros y camisa de rayas verticales que estilizaba su figura chata y regordeta y cargaba con una bolsa de deporte que era casi tan

grande como él.

Antes de saludar a sus invitados, Marcos, su nieto y Félix contemplaron divertidos el abrazo que se daban Ariel y al que llamaban Pocahontas, un hombre de entre treinta y cuarenta años, de piel broncínea, alto, atlético, con ojos de tártaro y melena oscura. Luego, y durante un par de minutos, todos ellos se estrecharon las manos y se intercambiaron besos, abrazos y sonrisas en la recepción de la hospedería.

—Bueno, ¿qué tal el viaje? —preguntó Félix.

—¡Calla, calla, calla! —espetó la Corcho, llamado José Antonio Iribarren en su partida de nacimiento, aunque todo el mundo lo conocía por su apodo desde hacía décadas, desde que saliera a flote entre las malolientes aguas de la dictadura y la represión—. Que esta bellaca no sabe leer los carteles —acusó a la Pocahontas, Miguel Alfonso Suárez, como de hecho se presentó, pero que adoraba que lo llamasen como la mítica heroína nativa americana.

—Pero si eras tú, Corcho, que me taladrabas los oídos: «¡A la derecha, sigue, frena, adelanta, por ahí, no, da la vuelta!». ¡Casi me vuelves loca! —se defendió la Pocahontas, abriendo el abanico con los colores del arcoíris que siempre llevaba consigo para airearse y hacer que su melena de anuncio de champú ondease.

—Ha sido un viaje muy entretenido, a decir verdad —intervino Erundino Aznar Ulibarri, el profesor de Literatura jubilado y *vedette* travestí con el nombre artístico de Dina Azul—. Es un honor estar aquí, en la hospedería Dulce M, nada menos, y en Molinosviejos, el pueblo que vio nacer y morir a uno de los poetas más importantes del siglo pasado. Estoy muy emocionado.

—¿Le gustan los poemas de Alejandro Torres? —le interrogó con timidez Marcos.

—¿¡Que si me gustan!? —exclamó Erun, hipocorístico con el que todo el mundo lo llamaba—. ¡Me entusiasman! Los he explicado en clase mil veces. Cuando me dijeron que veníamos a Molinosviejos no podía creerlo. Es un sueño hecho realidad.

—Entonces lo va a pasar muy bien —le aseguró el joven Marcos, pensando en llevarlo a ver la casa-museo del poeta.

—Bueno, Erun, cariño, tú porque venías en éxtasis todo el camino y eres muy buena persona —terció la Willow, que irónicamente se llamaba Máximo Grande Largo—. Como eras profesor de instituto, estás acostumbrado al griterío —continuó—, pero con estas dos histéricas no me negarás que era para perder la cabeza. ¡Hasta nos ha parado la Guardia Civil! Yo ya me veía esposada y cacheada.

—Eso te habría gustado a ti, bonita, que te cachearan —intervino la Pocahontas—. Que no le quitabas ojo al paquetazo del agente. No tienes peligro tú ni na, cacho guarra.

—Nos han parado porque te han visto cara de ilegal —le espetó la Willow.

—Será puta la enana —protestó la Pocahontas, poniendo los ojos en blanco.

—No, cariño. En realidad ha sido porque nos llevabas a ciento veinte por una carretera en la que no se podía ir a más de noventa. Que la multa ya nos ha descuadrado el mes. ¡Estoy harta de vosotras! ¡Mamarrachas! Os voy a poner a chupar pollas a veinte euros para cubrir estos gastos imprevistos —amenazó la Corcho, siempre con un tono de sorna que quitaba hierro a sus excéntricas afirmaciones.

—¡Uy, la enana cachonda encantada! —intervino la Pocahontas —. La pones en medio de unos cuantos maromos y ella sola se los trabaja a todos. Así, dando vueltas en círculo. Pim pam, pim pam, como un tiovivo fálico. Pues si lo habrá hecho gratis mil veces la tía.

—¡Envidiosa! —replicó la Willow sin disimular la risa, que compartió la Pocahontas.

—De modo que un viaje entretenido —quiso concluir Marcos el viejo, poco acostumbrado a aquel tumulto y a esa forma de hablar—. Seguro que os apetece acomodaros y daros una ducha.

—¿Ya comisteis? —preguntó Ariel.

—Unos emparedados de jamón y queso —respondió la Pocahontas.

—¿«Emparedados»? A ti sí que había que emparedarte, o empalarte. Seguro que te gustaba más —bramó la Willow

dirigiéndose hacia las escaleras, por donde ya subían Marcos y Félix con las llaves de las habitaciones.

Los invitados, con su particular estilo, siguieron discutiendo escaleras arriba. Marcos les fue entregando las llaves y el grupo fue desapareciendo tras las puertas de sus respectivos dormitorios mientras daban las gracias a los anfitriones por su amabilidad. Erundino, quien recibió la llave de la habitación Invierno, se mostró extremadamente agradecido y feliz por visitar el pueblo de aquel poeta al que admiraba tanto.

Los dueños volvieron abajo, turbados aún por la peculiar forma de ser de sus huéspedes, y los esperaron en la sala de estar. El primero que apareció, pasados quince minutos, fue el socio fundador del bar Arcadia feliz, local que era ya como una segunda casa para Marcos y Ariel. La Corcho —apodo que les resultaba difícil de utilizar al abuelo y Félix, tan poco habituados al lenguaje desenfadado y feminizado que usaba aquel grupo— se había aseado y cambiado de camisa. Traía consigo una bolsa de papel enorme. Una nube de perfume floral lo envolvía cuando se sentó junto a sus anfitriones, a los que sonrió.

—Por favor, no tengáis en cuenta nuestra manera de hablar. Aunque no lo parezca, nos queremos mucho —les explicó en un tono suave y nada histriónico—. Somos una peculiar familia de mariconas que solo nos tenemos las unas a las otras. Estamos tan escaldadas por los palos que nos han dado durante toda la vida que a veces parece que solo sabemos hablar atacando.

—No, tranquilo. Si se ve que os queréis mucho —mintió Félix, ofreciéndole una taza de café.

—Mientes fatal, cariño. Pero créeme: esas dos —añadió refiriéndose a la Willow y la Pocahontas— no pueden vivir la una sin la otra. Son como hermanas. Y yo, la madre superiora.

—Lo que no pueden hacer es compartir habitación —apostilló Marcos el joven.

—¡Ah, no! —exclamó la Corcho—. Eso, imposible. Se matarían asfixiándose con la almohada —añadió, haciendo el gesto aludido con un cojín del sillón y provocando la risa de los demás—. Os

hemos traído un detalle, para vosotros o para la casa —les dijo, ofreciéndoles la bolsa que había dejado al llegar junto al sofá.

—¡Gracias! —exclamó Marcos—. No teníais por qué.

—Oh, qué menos. Procuraremos causar el menor gasto posible, que todas somos emprendedoras y sabemos cuánto cuesta ganar cada puto euro —dijo guiñándole un ojo a Félix.

Marcos extrajo dos estuches: uno con dos botellas de pacharán y el otro, con tres de chacolí. Leyó con atención las etiquetas y se las pasó a Félix, quien quedó gratamente admirado por el regalo, ya que durante sus años en el sector de la restauración había aprendido mucho sobre licores y vinos, convirtiéndose casi en un experto sumiller.

—Una añada excepcional —comentó, leyendo con esfuerzo la etiqueta del vino blanco.

—Por supuesto. En mi casa y en mi bar todo es bueno menos nosotras —bromeó la Corcho.

—¡No has podido esperar a que estemos todas, acaparadora! —se escuchó bramar desde la entrada del salón a la Pocahontas, seguida de la Willow, que caminaba tras su amigo con pasos cortos y los brazos en jarra.

—Vamos, no seáis teatreras. Sentaos y comportaos como señoritas victorianas —les ordenó la Corcho, y, para sorpresa de los dueños de la hospedería, así lo hicieron—. Félix es todo un experto en vinos. Tuvo una cadena de restaurantes.

—No, no, en absoluto. Solo un par de locales. Algo modesto —puntualizó el empresario—. Pero entiendo algo de vinos y licores, aunque los bebemos con mucha moderación, ¿verdad, Marcos? —le preguntó a su marido, quien asintió al tiempo que sonreía y se lamentaba en su interior de la época lejana en la que, tras perder a su hermano, abandonar a Alex y quedarse solo en el mundo, se lanzó en brazos de la bebida.

—Marcos me ha contado que la hospedería os va muy bien.

—Mi nieto es un joven muy optimista. El negocio de las casas rurales, y más aún una tan modesta como esta, da mucho trabajo y lo justo para vivir.

—Lo importante es que os haga felices. Porque nuestro Arcadia feliz va a ratos, pero no sabríamos qué hacer sin el bar. Es nuestra casa y el refugio de todos los maricones en diez kilómetros a la redonda. No es solo un bar. A veces hacemos terapia, acogemos a muchachos a los que han echado de casa o ponemos un hombro sobre el que nuestros clientes pueden llorar —admitió la Corcho, logrando que la Willow y la Pocahontas asintieran al unísono, como dos autómatas—. ¡Aquí llega la divina Dina Azul! —exclamó alzando los brazos en cuanto vio a Erundino entrando en el salón.

—Oh, por favor, llamadme Eran —les pidió sonrojado el viejo profesor—. Dina Azul soy solamente cuando llevo puesta la peluca.

—El nombre artístico se lo puse yo —intervino la Willow.

—Ya está la lista del pueblo presumiendo de ingeniosa —terció la Pocahontas, que parecía estar esperando siempre cualquier comentario de su amigo para saltar, cosa que también hacía el otro, como pronto todo el mundo pudo comprobar.

—Son como Walter Matthau y Jack Lemmon en *Dos viejos gruñones* —le susurró Ariel a Félix al oído, divertido.

Erundino se acomodó en otro sillón y aceptó el café que le ofrecieron. Él también les había llevado un presente. En su caso se trataba de un par de libros: una edición de lujo de la *Antología poética* de Gil de Biedma, otro de sus poetas preferidos, y un libro de relatos titulado *Vagos y maleantes*, escrito por un nutrido grupo de jóvenes promesas de la literatura, les explicó. Los destinatarios del regalo se mostraron muy agradecidos y prometieron leerlos y comentarlos con el profesor en una futura visita.

—Bueno, contadnos qué vamos a hacer mañana y qué pasa en este pueblo con esos descerebrados de TOS —les pidió la Corcho.

Marcos y su nieto se miraron, y después dirigieron sendas y significativas miradas a sus respectivas parejas. Félix, investido de la palabra por su marido, les resumió lo que había sucedido durante los últimos años. Les habló de la asociación, a cuyos miembros conocerían aquella misma noche durante la cena, les relató las experiencias de los dos primeros años de Orgullo en el pueblo y se centró en explicar las dificultades que habían ido surgiendo, en lo

político y, sobre todo, en lo social, desde que aquella derecha ultramontana se había hecho con el poder. Les contó también, mirando de poco en poco a Marcos para asegurarse de que asentía, todo el asunto del homenaje al poeta, la aparición en escena de Matilde López y el afán de aquellos políticos por convertir a Alejandro Torres en un Romeo heterosexual que se suicidó por su Julieta.

—¡Pero eso es inverosímil! —exclamó Erun—. Hasta mis alumnos se daban cuenta, analizando los bellos versos de Alejandro, de que sus pulsiones eróticas se inclinaban hacia el género masculino.

—¿De que qué? —preguntó confuso la Pocahontas.

—De que era maricón —respondió la Corcho.

—Que corta eres, bonita; con lo alta que eres —le recriminó la Willow—. Con menear la melena, tú, ya.

—¡Ay, calla, pitufa gruñona! —protestó la Pocahontas, consiguiendo que la Corcho chistase para que cejaran en sus disputas.

—El investigador Liam Gibbons, el famoso hispanista, ya tiene las pruebas que demuestran la verdad —apostilló Marcos, seguro de haber hecho lo correcto—. Y mañana va a salir en un programa de televisión para desenmascarar a esa Matilde y desmontar su farsa. Por eso no estará aquí. Iba a venir a acompañarnos en el Orgullo, pero le ha surgido esta oportunidad.

—Si ese poeta fue gay, ¿por qué ocultarlo? ¿Por qué hacerlo parecer lo que no es? —se preguntó la Corcho.

—Se trata de un icono. Y estamos inmersos en una batalla que decidirá si es un icono heterosexual, en el sentido más retrógrado del mito del macho ibérico, o un icono gay —quiso resumir Félix.

—Me parece bien que se dilucide el objeto de inspiración del poeta si se trata de evitar una tergiversación interesada. Sin embargo, no olvidemos que se trata de literatura —intervino Erun —. Lo importante son sus poemas, el amor que describía, los sentimientos que plasmó en sus versos, las figuras literarias que utilizó. En esencia, da igual que sintiera atracción por un hombre o

por una mujer. Alejandro describió sentimientos humanos y, por tanto, universales —añadió el profesor con pasión docente.

—¡Ay, Erun! Me habría encantado ser alumno suyo —dijo Ariel.

—Eso que dices, Erun, es cierto. Por eso, hasta ahora esa verdad había permanecido oculta —trató de justificarse Marcos—. No pensaba decirlo. No había por qué. Pero pretenden apropiarse de la poesía de Alejandro, de sus pensamientos, de sus sentimientos, escribir una historia falsa sobre su vida. Como bien sabrás, la ambigüedad que él buscó de forma deliberada permitía a cualquiera sentirse identificado con el poeta o con el destinatario del poema, aunque hasta un chaval de quince años intuyera lo que se escondía en sus versos. Podría haber seguido así —añadió Marcos bajando la mirada—. Nadie necesitaba saber quién fue «Dulce M» para admirar sus poemas. Sin embargo, no podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo le robaban su historia. Así que decidí decir la verdad, abrir la caja fuerte y sacar a la luz el poema 57.

—¡¿Qué dice?! —exclamó Erundino, poniéndose en pie—. ¿Insinúa que usted tiene la «Carta a Dulce M»? —balbució, tembloroso.

—Así es. La tengo porque yo soy «Dulce M».

Aquello fue como una bomba. Erun se dejó caer en el asiento y, con los ojos llorosos y la voz trémula, le pidió que se explicara. Los demás los observaban en silencio. El profesor de Literatura y el que fuera gran amor del poeta se miraban unidos por algo que trascendía lo simplemente académico. Erun había encontrado en aquellos versos un espejo en el que mirarse. Enterarse de que aquel hombre que estaba frente a él había conocido e intimado con Alejandro le resultaba extraordinario. Marcos le relató brevemente los hechos. Le contó que él había conservado aquel poema durante veinticinco años, tras arrancarlo del cuaderno *Invierno*. Erundino farfullaba; quería preguntar, pedirle algo que le costaba verbalizar. Marcos lo adivinó y pidió a su nieto que se lo enseñara. El joven subió a la *suite* a por el poema. Cuando Erun lo tuvo en sus manos y lo leyó en voz baja, aunque moviendo los labios, temblorosos, como si saborease

cada verso, no pudo evitar romper a llorar. Para él, aquel poema era una especie de piedra de Rosetta que daba sentido a toda la obra poética de Alejandro Torres. Era la clave de bóveda del edificio poético de aquel añorado soñador. El profesor les explicó las figuras poéticas, las metáforas, las alusiones a otros autores que tachonaban los poemas de Alejandro y que él había explicado mil veces en sus clases desde que leyera por primera vez los versos de aquel poeta desconocido. Todos lo escuchaban embelesados. Erun repitió cuánto se alegraba de estar allí. Les explicó que durante años había cuidado de su madre enferma y que había ido postergando hasta su jubilación todos sus planes. La vida, tremendamente caprichosa, le había permitido disfrutar de sus dos pasiones cumplidos los sesenta: ser la diva travesti que siempre soñó y visitar Molinosviejos.

La Corcho, con el rostro compungido, se levantó y abrió los brazos.

—¡Ay, Erun, qué delicia escucharte y haberte conocido!

Abrazó al profesor y todos sintieron que la emoción los invadía. La Pocahontas se levantó y caminó por la sala, abanicándose como si quisiera secar las lágrimas que acudían a sus ojos. La Willow se acercó a Marcos y Ariel y les susurró que sospechaban que la Corcho y Erun empezaban a sentir algo el uno por el otro. Ariel aplaudió en silencio y Marcos les pidió discreción. Si fuera cierto, pensó, aquellos hombres merecían que nadie se entrometiera en la posibilidad de vivir algo tan bonito y frágil como una historia de amor.

Cuando los anfitriones propusieron abrir una de las botellas de pacharán para celebrar la reunión y el prometedor fin de semana que los esperaba, las bromas, los comentarios picantes y las risas volvieron a iluminar la estancia. Sin embargo, quedaban temas delicados por tratar. La Pocahontas, con su habitual estilo espontáneo y deslenguado, le preguntó al cabo de un rato a Ariel:

—Bueno, mi niño, ¿y a ti qué te pasa?, porque te veo la mirada rara. Venga, va, que somos tus madrinas en el mundo mariconil, desembucha.

Ariel suspiró, cogió de la mano a Marcos y les explicó a sus

amigos, no sin hacer un gran esfuerzo que se tradujo en lágrimas que desbordaron sus bellos ojos, lo sucedido con los Cachorros Tóxicos y la charla con el concejal.

—¡Cabrones! ¡Hijos de Satanás! —exclamó la Corcho, transido de dolor.

—¡Miserables! —tronó la Willow, sin poder contener las lágrimas.

—¡Mi pobre Ariel! ¡¿Por qué no nos avisaste?! —chilló la Pocahontas, abrazándose al joven— ¡Ya sabía yo que te pasaba algo! ¡Ha sido verte y sospecharlo! ¡Malditos sean!

—Estoy bien, estoy bien, de verdad —tuvo que insistir el muchacho, aturdido por la reacción de sus amigos—. Están en la cárcel. Ya se acabó, ¿viste?

—No, cariño. Nunca se acaba —replicó la Corcho después de abrazar a Ariel y acariciarlo como si fuese su abuelo—. Bastardos desalmados hay en todas las épocas y en todas partes —añadió tras regresar a su sillón, cruzándose de piernas y brazos—. Pues yo soy la Corcho. Siempre he salido a flote y nunca me callarán. Ni a mí ni a mi familia. ¡Mamarrachos! ¡Pleistocénicos! ¡Barrabases! ¡Vamos a dar un espectáculo que se van a cagar! ¡¿No les gustan los maricones?! ¡Pues vamos a clavarles todas nuestras plumas, niñas!

—Ya sabía yo que hacía bien en traer el ordenador —dijo la Willow—. ¿Tenéis impresora? —les preguntó a los dueños de la hospedería.

—Por supuesto —respondió Marcos.

—¿Y *wifi*? —inquirió la Pocahontas, obteniendo el asentimiento de Félix—. Dale el *wifi*, dale el *wifi* —le urgió entonces—. La Willow es un genio de la informática.

—Voy a anotarlo, aunque no os creáis que funciona muy bien —dijo Félix, levantándose para acercarse a recepción y copiar la clave del Internet inalámbrico.

Durante el viaje en coche, explicó la Corcho, aparte de discutir en cada cruce y desvío, habían estado haciendo planes. Pretendían dejar huella en Molinosviejos y aplicar el dicho popular que reza: «Si no quieres caldo, toma dos tazas».

—¡Muy bien, Willow! —exclamó la Pocahontas cuando este volvió de su cuarto con el portátil e introdujo la clave que Félix le proporcionó—. Es el cerebro del grupo —explicó a sus anfitriones —. Tiene la cabeza grande y llena de ideas.

—Dios le quitó medio metro, pero a cambio le dio medio kilo más de sesera —añadió con orgullo la Corcho.

—¡Y un rabo así de grande! —apostilló la Pocahontas con las manos abiertas, una frente a la otra, para que imaginaran un miembro descomunal al tiempo que prorrumpía en una histriónica carcajada que contagió a los demás, disipando de un plumazo la atmósfera triste que se había enseñoreado del salón tras el testimonio de Ariel.

—¡Pocahontas! —chilló el aludido—. ¡Si lo digo yo, te quejas de que presumo!

—¡Ay, la tía! ¡Mal si ando, mal si no ando! —replicó Miguel Alfonso cruzando las piernas y abanicándose, fingiendo estar ofendido.

—Desde luego, no os aburriréis —les comentó Félix a Marcos y Ariel señalando con un gesto de los ojos a los invitados.

—Siempre es así —le confirmó Ariel—. Con ellos todo es diversión y escándalo.

Mientras la Willow y la Pocahontas trabajaban en la preparación de un programa para el Orgullo con el que sorprender al pueblo, Erun propuso dar un paseo y, si era posible, visitar la casa-museo del poeta. La Corcho se adhirió al plan y los chicos se ofrecieron a acompañarlos. El abuelo Marcos se excusó y prefirió quedarse en la hospedería. Félix, por su parte, se animó y se sumó a la visita al museo.

Resultó una tarde encantadora. Erundino desplegó sus conocimientos y les recitó muchos poemas de Alejandro que había memorizado y con los que se había ganado la simpatía de sus alumnos. Aunque existían un par de biografías del poeta, que el profesor tenía y había leído y releído mil veces, los apasionados del aedo de Molinosviejos esperaban ansiosos el trabajo que *sir* Liam Gibbons estaba preparando y cuyo lanzamiento se había retrasado

hasta la primavera de 2021 a causa de la pandemia que había paralizado el mundo. El retraso —reflexionó el profesor— que había impedido que la obra del hispanista pudiera publicarse en 2020, coincidiendo con el quincuagésimo aniversario de la muerte del poeta, habría tenido un inesperado efecto positivo gracias a la oportuna aparición de Matilde López en la escena pública reivindicándose como «Dulce M». Si Marcos, el verdadero amor de Alejandro, compartía con el mundo el poema perdido y otros documentos que completaban el rompecabezas de la vida y la muerte del poeta, la biografía que estaba escribiendo el profesor Gibbons podría considerarse la definitiva.

Erundino, que les deleitó el paseo con incontables detalles de la obra del molinense que le había permitido seguir creyendo en el amor, sintió que sufría un éxtasis teresiano o un mal de Stendhal durante la visita al molino. Tuvo que sentarse en un banco y pedir un poco de agua, que la Corcho urgió a traer a la chica que atendía el mostrador.

—No puedo creer que lo hiciera, que se ahorcara aquí mismo —farfulló el profesor ante la atenta y preocupada miraba de sus amigos.

—Parece que se deprimió mucho aquellos días —aventuró Ariel.

—Sí, pero no fue un arrebato. Lo hizo conscientemente, convencido de que así podría esperar a «Dulce M», a Marcos, en el más allá —matizó mirando a Félix, pronunciando el verdadero nombre del amor del poeta por primera vez.

—¡Qué trágico todo! Y luego me quejo de que la Pocahontas es una *drama queen* —exclamó la Corcho, cruzado de brazos, observando la barandilla.

—Aparte de la importancia que tuviera su fe religiosa, Alejandro siguió a pies j un tillas la letra de una cantilena popular de esta zona: «La canción del molino» —explicó Erun.

—¡Anda! —exclamó el joven Marcos mirando a su novio—. Esa es la tonadilla que tararea Mari Carmen todo el día —añadió mirando a Félix.

—Que se suiciden por uno debe de ser muy romántico —

comentó la Corcho, que seguía con la mirada fija en la balaustrada.

—Y una soberana estupidez —le corrigió Erun—. Saramago dijo que podemos más de lo que imaginamos. No, Alejandro se equivocó —añadió meneando la cabeza—. Perdió su vida y la posibilidad de seguir escribiendo versos sublimes. Incluso la posibilidad de vivir el amor. Con Marcos o con quien fuera. Tenía veintidós años. ¡Era solo un crío! —se lamentó—. Todos nos hemos enamorado y sufrido por desamor. Pero el mundo no se acaba —añadió, dolido y enfadado con el poeta, sentimientos que lo sorprendieron, ya que hasta entonces siempre lo había admirado—. La vida da muchas vueltas. Miradme a mí. Hasta hace unos meses era un profesor gris, serio y aburrido. Y ahora soy una *vedette* travestí. ¡Qué cosas!

—Y canta que no veas la jodía —comentó la Corcho—. Mi Erun es un sabio y una artistaza. ¡Un sol! —exclamó plantándole un sonoro beso en la mejilla que hizo sonreír al profesor y a los demás.

Acabada la visita, volvieron paseando al pueblo. Se acercaron a la heladería y saludaron a Abdou. Pidieron unos sorbetes para llevar. David Cortés estaba en su sitio habitual con su consabido poleo humeante. Ariel y Marcos lo saludaron. Se sabían en conflicto con aquel hombre, pero sentían simpatía y agradecimiento por él y por su hijo. Félix, que era quizá el más comprometido de todos con el dolor de Marcos, se acercó y le dio las buenas tardes. David alzó la vista y lo miró con aquellos ojos que pasaban de mostrarse torvos a frágiles en cuestión de segundos.

—Mi hijo me ha dicho que su marido ha pasado por aquí esta mañana para invitarme a asistir al Orgullo —le dijo, sorprendiendo y alegrando a Félix, que temía que Marcos nunca pudiera empezar a deshacerse de todo aquel dolor.

—Claro. Procure pasarse por allí. Mire, estos son dos de los artistas invitados.

—¡Uy, yo artista no! —replicó la Corcho—. Lianta nada más. Como mucho, presentadora —bromeó—. Encantada, señor. Soy José Antonio Iribarren, pero llámeme Corcho —se presentó al dueño de la heladería.

David Cortés abrió mucho los ojos. Su rostro enjuto y plagado de surcos pareció alisarse y la sorpresa se dibujó en su cara. Estrechó la mano suave de aquel hombre extravagante, a quien de repente envidió por haber sido quien quiso ser. Luego le presentaron a Erun —Dina Azul, le explicaron—, que tuvo que contar su historia de cómo pasó de profesor a estrella travestí. David los invitó a compartir mesa con él. Mandó a su hijo que les sirviera allí y, pese al atisbo de duda que asaltó las miradas de Félix, Marcos y Ariel, los únicos que conocían el pasado del señor Cortés, aceptaron.

La Corcho y Erun llevaron la conversación. David, al saber de la devoción del profesor por el poeta, le contó que lo había conocido de joven. Eso despertó la curiosidad del enseñante y el pasado volvió a la vida. David hablaba bajo con una voz ronca, la que le forjó el fumador empedernido que había sido durante casi toda su vida. Dijo algunas vaguedades y, de repente, decidió que cualquier día era bueno y lo soltó:

—Es que yo también soy… marica.

—¡Anda! ¡Todas mariquitas! —exclamó la Corcho alzando los brazos—. ¡Mayoría total!

—No, mi hijo Abdou es de la acera de enfrente. De enfrente de la nuestra —bromeó—. Ve una falda y sale corriendo.

—¿Estás haciendo un chiste, papá? —le preguntó el joven desde la barra, donde secaba un vaso sin perderse detalle—. Sepan que acaban de asistir a un milagro —añadió el muchacho con una amplia sonrisa que iluminó el local.

—¡Calla y trabaja! —protestó David—. ¡Zoquete! —añadió fingiendo que se enfadaba, aunque todos vieron que sus ojos sonreían, emocionados.

Un rato después se despidieron y volvieron hacia la hospedería. De camino, comentaron la actitud de David. Sin decir exactamente a sus invitados el motivo del paso por la cárcel de aquel hombre, les refirieron la fama que tenía y el cambio que había experimentado en los últimos años, sobre todo desde que adoptara a Abdou. Félix unía las piezas en su mente y se alegraba de que el rencor y el sufrimiento de Marcos hubiera empezado a desquebrajarse. Quizá, se dijo, si

todo seguía por ese camino, podría al fin vivir y amar al Marcos que, sabía, se ocultaba en el interior de su marido: un hombre jovial, inteligente y sensible que vivía prisionero tras un muro de dolor. Félix pensaba en ese futuro —breve o largo, tampoco pretendía engañarse, pues ya no eran unos críos— en el que Marcos desplegara toda su vitalidad y en el que él pudiera disfrutarlo a su lado. Lo imaginaba y sonreía, caminando con las manos a la espalda y escuchando las ocurrencias y anécdotas de sus invitados. Enseguida llegaron a la casa rural. Habían quedado con las Quijotas y Dulcineos para celebrar una cena todos juntos. Debían prepararse para el gran día que los esperaba. El ambiente era alegre y optimista porque la ilusión colmaba sus corazones.

Lástima que las cosas fueran a torcerse de aquella manera.

CAPÍTULO XI

Erundino Aznar Ulibarri (alias Dina Azul): «*La verdad es que nos acabábamos de conocer. Yo fui a echar una mano a mis amigos, a cantar. Inspector, ¿por qué sigue habiendo gente que odia al diferente?*
¿Quién le devolverá la vida? ¿Qué puede hacerla justicia para consolara quienes lo querían y ya no podrán verlo nunca más?».

Las Quijotas y Dulcineos se reunieron para cenar en la hospedería. Doce hombres y mujeres unidos por una historia común, por un anhelo de libertad y por el deseo de ser, de poder ser y de mostrarse ante el mundo sin tener que aparentar ser lo que no eran. Sobre los hombros de todos ellos recaía una historia de represión y persecución secular, de discriminación e intolerancia que cincuenta años atrás había comenzado a cambiar cuando a ambos lados del Atlántico se empezó a alzar la voz contra la injusticia. El legado de aquella lucha requería de energía ilimitada para continuar la contienda contra todas las fobias que aún seguían vivas. Cincuenta años no son nada en la conquista de la libertad. La Historia enseña que, en este tipo de batallas, el mito de Sísifo es la lección que no conviene olvidar. Todo el esfuerzo de años puede deshacerse en días, acabar en nada y empujar el conflicto a la casilla de salida.

Marcos el viejo, su marido Félix, el profesor Erun y la Corcho, el superviviente, tenían la memoria de la Historia. Habían vivido lo suficiente para saber cómo era la vida antes de poder decir «Te

quiero» a otro hombre sin estar cometiendo una ilegalidad. Habían vivido el oscurantismo, la violencia institucional, las leyes que los persiguieron y el comienzo de la lucha asociativa. Algunos desde dentro; muchos como meros espectadores, escondidos tras dobles vidas o vidas castradas.

Marga, la Pocahontas y la Willow pertenecían a una generación posterior. Sin embargo, no disfrutaron plenamente de las libertades que, poco a poco, se fueron conquistando. La primera, por ser mujer en una zona rural regida por normas y tradiciones consuetudinarias profundamente machistas; el segundo, por su procedencia y sus rasgos, y el tercero, por su discapacidad física, circunstancias que se sumaron a un deseo divergente al de una mayoría reticente a aceptar que otras formas de amar y desear fueran tan legítimas como las suyas. Ya fuera por tradición familiar, por integrarse para poder labrarse un futuro o por el anhelo de ser aceptados en sociedad, los tres postergaron la lucha por su idiosincrasia sexual hasta la madurez.

Marcos el joven, Ariel, Martín, Ina y Amparo pertenecían a la privilegiada generación nacida tras los cambios que se iniciaron después de que una mujer trans y negra gritara «¡Basta!» en Stonewall y desde que otro grupo de mujeres trans lo hicieran en Barcelona. Todos ellos habían crecido en un país en el que la diversidad afectiva y sexual se hacía cada vez más visible, sobre todo con referentes en la televisión y en la literatura que ya no eran negativos, traumáticos o criminales. La legislación había cambiado y la discriminación se perseguía y castigaba. Su generación disfrutaba de espacios propios de ocio y de un respeto creciente en el resto de la sociedad. Muchos miembros del colectivo habían alcanzado el poder mediático, político, económico y social.

Incluso la identidad de género había empezado a salir de la marginalidad y también conquistaba derechos.

Aquel grupo de jóvenes que se disponía a cenar en la hospedería debería haber sido la generación que hubiera recogido los frutos de los esfuerzos de las dos anteriores, que habían logrado en el tiempo que dura una vida revertir una injusticia ancestral. También debería

haber sido la que cuidara de aquel legado y la que garantizara que sus mayores disfrutaran, al igual que ellos, de una existencia tranquila y en igualdad. En cambio, la generación nacida en libertad se enfrentaba de nuevo a fuerzas hostiles que resistían el tiempo, que violaban las leyes y que buscaban retrotraer sus vidas al oscurantismo. Sufrían como sus mayores y, como aquellos, se enfrentaban a un odio injustificado y absurdo.

Los doce estaban sentados para cenar. Habían juntado tres mesas en medio del comedor. Mari Carmen corría de aquí para allá con pasos cortos y una enorme sonrisa. Ella, Félix y Marcos habían preparado un festín pantagruélico para celebrar que estaban a punto de vivir un día muy especial. Querían que aquel Orgullo en Molinosviejos resultara inolvidable. El mundo se adentraba demasiado rápido en zonas tenebrosas, empujado por fuerzas que apelaban al siempre efectivo miedo. Ellos querían ser una luz multicolor que recordara que con respeto todo el mundo puede vivir libre e intentar ser feliz.

Las presentaciones habían sido alegres y rebosantes de besos y abrazos. Amparo y Martín habían llegado los primeros. Nada más entrar, la presencia imponente del cartero revolucionó la hospedería.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó la Pocahontas—. Pero si es el mismísimo Thor, que ha bajado de Asgard para estrecharme entre sus brazos. ¡Qué ojazos! Y menuda napia. Lo que digo yo: conforme la nariz, el regaliz —añadió, levantándose para saludar a Martín.

—Ahí va la *Pocojuntas* salivando —bromeó la Willow al oído de Marcos y Ariel.

—¡Hola, guapísimo! Soy Miguel Alfonso. Encantadísimo —dijo, y acto seguido lo abrazó y le plantó dos sonoros besos rozándole la comisura de los labios.

—¡Hola! —se limitó a responder el cartero, sorprendido y turbado al notar la húmeda succión de aquellos carnosos labios tan cerca de los suyos—. Soy Martín —farfulló después, atrapado por la mirada profunda e intensa de la Pocahontas, que lo mantenía asido.

—¿Y este tatú? ¿Algún mensaje secreto que me quieras confiar?

—preguntó este, acariciándole sin disimulo el ideograma que le sobresalía al muchacho por el cuello de la camisa.

—Es una frase en japonés, creo —masculló, sin poder quitar su mirada celeste de los ojos oblicuos que lo abrazaban.

—¿Y qué dice?

—Dice: «La sorpresa está al final» —respondió Martín en tono seductor, recuperado ya el control de sí mismo tras la inesperada efusividad de aquel desconocido de mirada enigmática, mientras recorría con el dedo el tatuaje desde su cuello hasta la ingle.

La Pocahontas sonrió y se apartó para guiñarle un ojo, gesto que el cartero correspondió. La Willow sentenció que aquella noche saltarían chispas y todos prorrumpieron en una hilarante algarabía.

Amparo, luchando contra la timidez que la maniataba cuando se enfrentaba a situaciones nuevas, también fue presentada a los recién llegados, con los que no tardó en trabar amistad. Poco después aparecieron Marga e Ina, que parecía otra persona, mucho más alegre, vital y relajada. Salir de su entorno familiar le había hecho mucho bien. Se repitieron las presentaciones, las bromas y los comentarios amables y graciosos. Como ya estaban todos, Félix dio un par de palmadas para atraer la atención de sus invitados.

—Trabajo en equipo, señoras y señores. Hay que preparar el comedor y la cena.

—Vosotros no le quitéis el ojo al vikingo y a la Pocahontas, que a la mínima se escabullen —les indicó la Willow a Marcos y Ariel.

—Te corroen los celos —le reprochó en broma Marcos.

—Hombre. El tío está como un tren. No lo negaréis.

—No —repuso Ariel guiñándole un ojo a su novio—. No lo negamos.

En media hora empezaron a cenar y lo hicieron con un brindis. Marcos el viejo, sintiéndose como una especie de patriarca, se puso en pie y alzó su copa. Todos lo conocían desde hacía más o menos tiempo. Todos se percataban de su fragilidad, de su cansancio, de su debilidad. Quienes lo trataban desde hacía mucho se daban cuenta de cuánto se le notaba el peso de la vida. Veían ante sí a un hombre desgastado que, sin embargo, se esforzaba por mostrar una sonrisa.

—Me gustaría hacer un brindis por todos vosotros y por todas vosotras. Somos una familia. Una familia fuerte y unida porque nos hemos elegido los unos a los otros.

»En primer lugar, brindo por Félix, mi marido, mi compañero, mi sostén; un hombre lleno de paciencia y entrega. Sin él, quién sabe dónde estaría yo —se preguntó con la mirada de su mente muy lejos de allí durante un momento.

»Brindo por mi querido nieto Marcos y su extraordinario novio Ariel. Tenéis la responsabilidad de proteger un legado frágil y acechado por fuerzas hostiles. Gracias por haber venido, por ayudamos en esta batalla por la libertad.

»Brindo por mis hijas e hijo adoptivos, las Quijotas y Dulcineos. Sois los más valientes del mundo. Algún día se hablará de vuestro trabajo en unas condiciones sociales extremadamente adversas. Gracias por aguantar —añadió, regalando a aquel grupo una mirada llena de cariño y agradecimiento.

»Y brindo también por nuestros queridos invitados y ya amigos: Erun, Corcho, Pocahontas y Willow. Solo citar vuestros nombres es sinónimo de libertad. Gracias por venir a ayudarnos y por vuestro ejemplo.

»Brindo además por Mari Carmen —dijo alzando su copa en dirección a la entregada mujer, quien salía en ese momento de la cocina portando dos bandejas de croquetas y que no pudo contener las lágrimas al saberse parte de aquella familia—, que hace mucho más de lo que se le pide y que nos cuida como si fuéramos sus hijos.

»Como he dicho —añadió mirando de nuevo hacia la mesa—, creo firmemente que somos una familia y, por eso, vamos a brindar en familia a nuestra salud. ¡Por la libertad! —exclamó.

—¡Por la libertad! —repitieron todos uniendo sus copas.

—Somos los doce apóstoles del mariconerío —apuntó la Corcho, arrancándoles una carcajada.

—Y yo, María Magdalena —bromeó Mari Carmen acercando al grupo una copa que se había servido para unirse al brindis, antes de volver a pulular por el comedor y entrar y salir de la cocina para acarrear platos y botellas, sonriendo siempre.

—*Doce hombres sin piedad* —le susurró Marcos el joven a Ariel, refiriéndose a la cinta protagonizada por Henry Fonda que habían visto meses atrás.

—O *Los doce del patíbulo* —replicó en voz queda el futuro cineasta, sin poder evitar que un velo de preocupación cubriera su pensamiento.

La velada transcurrió entre chistes, anécdotas y comentarios jocosos. Hubo tiempo para lecciones de Literatura por parte de Erun, que acabó recitando poemas de Alejandro, de Lorca y de Cernuda; clases de Historia de la lucha del colectivo por parte de la Corcho, que tuvo el contrapunto de Félix, quien vivió aquellos años setenta en Cataluña, y apuntes de Cinematografía, cómo no, por parte de Ariel, que les habló de los actores y actrices homosexuales más famosos: James Dean, Monty Clift, Anthony Perkins, Rock Hudson, Marlene Dietrich, y de otros de los que había muchos indicios de que también lo hubieran sido, pese a que su vida personal fue menos conocida: Cary Grant, Marión Brando o Janet Gaynor. Su discurso apasionado los cautivó. Marcos lo escuchaba encandilado. No pudo evitar sentir un estremecimiento que ascendió por su espalda y se asomó a sus ojos en forma de lágrimas de amor.

Después del café, la Willow les enseñó los carteles que había estado preparando con la Pocahontas por la tarde, mientras los demás estaban de paseo. Habían imprimido cien copias a todo color —hasta que se agotó la tinta, para disgusto de Félix— y las repartieron entre todos para que aquella misma noche, de vuelta a sus casas, empapelaran el pueblo. Molinosviejos amanecería tachonada de carteles en los que se anunciaba el gran acto del Orgullo 2020. El póster, lleno de colores llamativos, mostraba en primer plano una imagen de Dina Azul, micrófono en mano, captada en su debut en el Arcadia feliz. La silueta de la diva se había recortado con destreza y se había insertado en un fondo que representaba un campo manchego. A un lado de la artista se erguía un molino y al otro, un globo, de cuya cesta colgaba una enorme bandera del arcoíris, la cual, ondulando, se perdía en el horizonte.

Al pie del cartel, orlado por sus cuatro costados por cientos de pequeños arcoíris, estaba la información del acto en letras grandes:

La asociación Quijotas y Dulcineos, de lesbianas, gais, trans y bisexuales de Molinosviejos, invita a toda la población a la celebración del Orgullo 2020.

Sábado, 3 de octubre, a las 19:30 h en el parking de la casa-museo del poeta Alejandro Torres, socio de honor.

Habrá música en directo a cargo del DJ Willow y la actuación estelar de la vedette internacional Dina Azul.

La Willow y la Pocahontas repartieron varios rollos de celo y chinchetas. Confiaban en que aquellos carteles llamaran la atención de los habitantes del pueblo para que, aunque fuera por curiosidad, se acercaran a ver el espectáculo.

Todos estaban emocionados y nerviosos. Tener tanto en contra y tanta ayuda al mismo tiempo convertía aquel evento en un acto muy distinto al que habían celebrado los dos años anteriores. Pero no todo iba a ser festivo. La reivindicación era el corazón del Orgullo. Marga volvería a leer un discurso denunciando la discriminación y la hostilidad creciente y exigiendo igualdad y libertad. Más que en otras ocasiones, la presidenta se disponía a poner el alma en un manifiesto que debía ser firme y abierto, serio y emotivo. El contador, tras cincuenta años, corría el peligro de volver a cero.

También Marcos el viejo iba a pronunciar unas palabras. Lo que un poco más tarde explicaría Liam Gibbons en televisión para todo el país y para el mundo entero él debía decirlo en Molinosviejos para quienes habían conocido o convivido con Alejandro. Era su obligación y el homenaje que le debía. Aquello le quitaba el sueño, aunque sabía que acercarse al molino donde su amor con Alex tomó forma y leer en público el poema 57 era lo que tenía que hacer. Lo

había consultado con Félix. Lo había hablado con el eco de su hermano Gus y con el recuerdo de la abuela Palmira. Lo había meditado y lo había decidido. Su vida, sus cincuenta años de silencio, habían llegado a su fin.

La Corcho y la Pocahontas harían de maestras de ceremonias. Presentarían el acto ataviados con vestidos de gala y el más mayor con una peluca rubia platino. Ariel les había pedido que llevaran aquellos trajes porque los había imaginado como a Marilyn Monroe y Jane Russell en *Los caballeros las prefieren rubias*.

La medianoche llegó sin avisar, de repente, cuando se divertían cantando éxitos incombustibles de una lista de canciones que la Willow siempre llevaba consigo por si había que improvisar una fiesta. Habían despejado el comedor y llevaban un rato bailando. No les importó que el reloj marcara aquella hora bruja. Félix descorchó otra botella de champán y continuaron disfrutando de la noche.

Marga e Ina sí se fueron con el cambio de día. Gladys María le había dicho que tenía que marcharse poco después de las doce. La madre de la presidenta no podía quedarse sola en casa por si, en un misterioso e inexplicable retorno de sus capacidades, se levantaba del sofá y sufría algún percance.

Marcos y Félix, concluidas la primera hora del nuevo día y aquella botella, de la que apenas probaron un sorbito, decidieron acostarse también. Lejos de convertirse en unos aguafiestas, animaron a los jóvenes a divertirse, aunque les rogaron que moderasen el ruido. La Willow bajó el volumen y así pudieron proseguir un poco más con la diversión. Mari Carmen bailaba y cantaba con una energía envidiable y el guateque parecía que continuaría todavía un buen rato. Los anfitriones cerraron la puerta de su dormitorio y comprobaron con alivio que apenas les llegaba un murmullo del piso de abajo.

Martín acompañó a Amparo a su casa cuando dieron las dos. Mari Carmen se fue con ellos. Antes de que se marcharan, la Pocahontas le susurró al cartero algo al oído. Entonces se acercó a la Willow y, acto seguido, lanzando besos al aire y dando las buenas noches, subió corriendo a su habitación.

Erun, que había cantado un par de piezas de sus admiradas Rocío Jurado y Lola Flores sin meterse de lleno en el papel, porque lo hizo sin travestirse, se vio de repente sumido en un sopor que lo urgía a acostarse. No conseguía reprimir los bostezos y decidió, para no forzar su naturaleza y estar fresco para la actuación del día siguiente, retirarse. La Corcho argüyó entonces que también estaba agotado y abandonó el comedor tras el profesor. La Willow sacudía la cabeza porque intuía todo lo que la noche había urdido a su alrededor. Marcos y Ariel se acercaron al DJ y le dijeron que ellos también se iban a acostar y que por qué no hacía lo mismo.

—Porque la Pocahontas me ha pedido que le abra la puerta al vikingo, que va a volver enseguida —les explicó con cierta tristeza en la voz.

Aquello no sorprendió a la pareja. Todos habían visto las miradas que Martín y Miguel Alfonso se habían cruzado durante toda la velada. La pareja quiso hacerle compañía al DJ, pero este les pidió encarecidamente que no se preocupasen y que se acostaran. Así que, tras darle un beso a su amigo, se encaminaron hacia la *suite*.

Martín regresó a los veinte minutos exactos. La Willow le abrió y, entre los dos, cerraron y apagaron las luces. Subieron juntos las escaleras y el DJ le indicó cuál era la habitación de la Pocahontas.

—¿Y cuál es la tuya? —le preguntó entonces Martín, para su sorpresa, guiñándole un ojo.

—Esta —masculló al fin la Willow, señalando la que tenía al lado.

—Pues, si quieres, después me paso a verte —le propuso el cartero con una picara sonrisa que no dejaba lugar a dudas.

—Bueno, va… vale —balbució el sorprendido DJ.

La noche resultó un sembrado de amor y pasión en la hospedería. El joven cartero cumplió su promesa y, tras pasar dos horas ardientes con la Pocahontas, lo abrazó hasta que se quedó dormido. Cuando la respiración satisfecha de Miguel Alfonso se hubo ralentizado, casi a las cinco de la madrugada, Martín se levantó, cogió su ropa y salió al pasillo en calzoncillos. Unos pasos más allá encontró el dormitorio que buscaba y, sin llamar, entró a

hurtadillas en la habitación de la Willow, quien lo estaba esperando con los ojos abiertos como platos, tapado hasta la barbilla y sin dejar de mirar la puerta de su cuarto.

Ariel y Marcos se besaron un buen rato antes de llegar a acostarse. Sentían que necesitaban más mimos que acción aquella noche, aunque sus cuerpos acabaron reclamando una ración de ambrosía erótica. Creyeron oír algunos gemidos al otro lado de la pared y se rieron de forma cómplice, tapándose la boca, tratando de imaginar de quién se trataba. Se abrazaron con fuerza, juntando sus cuerpos desnudos todo lo que pudieron, para que su piel se hiciera una, para que estar cerca el uno del otro fuera tan solo una descripción aproximada en comparación con lo unidos que se sentían. Sus bocas eran una, sus torsos eran uno, sus sexos, brazos y piernas se entrelazaron haciéndose uno y sus mentes hacía ya mucho tiempo que eran también una.

—¡Te quiero! —exclamó Marcos al oído de Ariel en un susurro tierno.

—¡Te amo, boludo! —respondió el chico en el cuello de su novio.

—No me suicidaría por ti, Ariel. Pero moriría para salvarte —le dijo Marcos mirándolo a los ojos, viéndole el alma a pesar de la poca luz que llegaba desde la calle.

—Y yo mataría por vos, Marcos —le confesó Ariel con un hilo de voz, con su pleno acento argentino, el que le salía en todo su esplendor en los momentos más íntimos y auténticos—. No nos dejaremos vencer, ¿oíste? Juntos siempre.

—Hasta el final.

—Como Newman y Redford en *Dos hombres y un destino* —añadió Ariel, provocando la risa en su novio.

En la habitación de los dueños de la hospedería no se durmió hasta mucho después de que se apagara la luz. Marcos estaba intranquilo. Mientras Félix se aseaba en el baño siguiendo su rutina de años, él lo esperaba sentado en el borde de la cama, frente al ventanal, con una mano sobre el brazo del sillón de la abuela Palmira. Pensaba en el grupo que había reunido bajo su techo, en las

vidas tan diferentes y, al mismo tiempo, tan parecidas que todos ellos compartían y en las circunstancias que lo unían a aquellos hombres y mujeres. También pensó en la vida que había llevado, primero confusa hasta los diecinueve años, cuando visitó Molinosviejos con su hermano Gus aquel verano del año setenta que lo cambió para siempre; después, una existencia llena de falsedad, mentiras y vergüenza tras conocer su verdadera naturaleza, descubrir el amor y sufrir la amargura de la muerte, de la pérdida y del miedo; una vida fingida que duró demasiados años, quizá los mejores. Por último, casi coincidiendo con el cambio de día, de mes, de año, de lustro, de década, de siglo y de milenio, como repetía la abuela Palmira en forma de retahíla en aquellas fechas, había gozado de una vida más honesta consigo mismo, aceptando su verdad, su naturaleza, y actuando con coherencia. Por fin había conseguido vivir una relación con otro hombre sin tener que disimularla, sin disfrazarla de amistad u ocultarla bajo cualquier otro subterfugio. Había logrado, gracias al apoyo de Félix, vivir aquel amor con bastante naturalidad. Pero no con total naturalidad, no. Todavía se le atragantaban ciertas palabras, aún le costaba nombrar en voz alta algunas realidades que a cualquier otro le saldrían de forma espontánea. Fue incapaz de referirse a Félix como su «novio». Y, después de casarse, decir «mi marido» le rasgaba la garganta como si en vez de palabras le salieran espinas. Los años le habían permitido irse convenciendo de que era verdad, de que se había casado, de que los documentos eran reales y válidos. Sin embargo, algunas palabras se le seguían atascando. Conocer a otros gais y lesbianas que sí las pronunciaban espontáneamente había sido un bálsamo, pero las cicatrices seguían allí, siempre tiernas. Cuando estuvo hospitalizado, primero a causa del infarto y después por el virus, le costó un gran esfuerzo referirse a Félix como su marido ante el personal sanitario. Los desconocidos seguían ejerciendo un papel censor sobre él. Le resultaba inevitable tratar de esconderse. Demasiados años disimulando. Ojalá hubiera sido fuerte, como lo fue su hermano o como lo eran Félix o la Corcho, que le parecía un huracán. Incluso Erun, aquel profesor de aspecto amable y circunspecto, correcto y

formal, había sido capaz de reinventarse y convertirse en una Dina Azul pletórica y orgullosa. Qué feliz le hacía que su nieto viviera su vida sin miedos ni armarios, que desde su pubertad hubiera podido hablar de su homosexualidad sin sentirla como algo negativo o como una fuente de peligros, tal como él la había vivido. Y qué terror le producían las sombras que vislumbraba en el horizonte y que buscaban encerrarlos de nuevo en la invisibilidad, arrojarlos otra vez al ostracismo de la vergüenza y de la ilegalidad, como cuando él era joven. Por eso era importante el día que los aguardaba, por eso estaba inquieto, porque sentía que faltaba un último paso. Faltaba hablar en público, revelar una verdad oculta durante cincuenta años, abrir las puertas y las ventanas y explicar que él y Alejandro habían vivido un amor breve e intenso, de esos irremediables e irresistibles, o, como decía la abuela Palmira, uno de esos amores eternos que duran un fin de semana.

La abuela sonreiría desde su sillón. Lo observaría sentado en el borde de la cama, en pijama, pensando en su vida herida, y lo miraría con ternura. Casi podía verla, con el ovillo de lana sobre el regazo, con las agujas de hacer punto bien sujetas bajo las axilas, cruzadas junto a sus manos huesudas, y la chaqueta, la bufanda, el gorro o las manoplas que estuviera tejiendo, a medio hacer, creciendo poco a poco, naciendo de la paciencia, como una planta. Su abuela le cogería una mano entre las suyas, sarmentosas y acartonadas. Le acariciaría la cara. Marcos sentiría su olor, ese aroma a crema almizclada con notas de rosas; sentiría la calidez de la palma de aquella mano desgastada por sus muchas décadas de trabajo y la tomaría a su vez para besarla y pedirle que aguantara un poco más, que viviera un poco más, que lo acompañara unos años más. Palmira, a sus noventa y cinco años, exhausta de una vida azarosa, como una Ursula Iguarán de la Mancha, objetaría que ya había vivido suficiente, que ya había llegado su hora, que su querido y añorado marido, el abuelo Francisco, la estaría esperando. Marcos replicaría si pudiera que nunca era demasiado, que la eternidad y el abuelo seguirían ahí, esperándola, que él la necesitaba en este mundo. Y la abuela Palmira, con su humilde sonrisa, con su brillo

especial en la mirada, habría sentenciado: «Marcos, no dejes que el miedo a la vida te impida vivir».

Cuando Félix volvió del cuarto de baño, encontró a su marido con una mano sobre la butaca de la abuela. Una lágrima recorría los pliegues de su mejilla. Le acarició el poco cabello que le quedaba y se sentó a su lado. Marcos lo abrazó y suspiró. Se sentía tan seguro entre aquellos brazos. Félix lo besó. Le sonreía mirándole a los ojos, aquellos ojos profundos y tan esquivos que a veces se preguntaba qué temían ver. Le susurró cosas dulces al oído mientras, con sigilo y maña, le desabrochaba los botones de la chaqueta del pijama. Marcos se percató de sus intenciones. Pensaba que era tarde, que se haría más tarde, que estaba cansado, que tenían que madrugar… Pero, por el rabillo del ojo, vislumbró el sillón de la abuela y pensó que ella le habría aconsejado vivir primero y preocuparse después. Así que respiró hondo, cerró los ojos y se dejó desnudar.

Hicieron un amor pausado, lento, saboreándolo con paciencia, con ternura y con momentos de pasión jovial. Hicieron un amor largo, profundo, silencioso, aunque a ratos no pudieran contener los gemidos, los suspiros, la respiración jadeante. Hicieron un amor sincero, divertido, placentero, en el que las palabras de amor fueron depositadas directamente en la boca o en el oído del amante, en que hubo abrazos intensos y un clímax acompasado y rotundo, con ecos y suspiros, como en una sinfonía grandiosa interpretada con instrumentos algo desafinados por el tiempo. Sin embargo, a pesar de que los intérpretes eran conscientes de que no se podían forzar aquellas cuerdas, seguía sonando bastante bien.

Luego se acurrucaron desnudos, se abrazaron, se acariciaron, se acomodaron, se arrullaron y se durmieron después de intercambiarse varios «Te quiero». Así, sin más adornos, sin razones ni explicaciones. Porque no hacían falta alguna. Esas dos palabras lo abarcaban todo, lo resumían todo. Y con eso les bastó.

CAPITULO XII

Miguel Alfonso Suárez (alias la Pocahontas): «*¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Asesinos! ¡Malnacidos! ¡Pobrecillo! ¡Pobre Marcos!*
¡Inspector, deténgalos, enciérrelos para siempre! ¡Solo queríamos llevar alegría y libertad al pueblo! ¡Ay, Marcos! ¡Cuánto dolor te han causado!».

La actividad en la hospedería comenzó tarde. Mari Carmen llegó a media mañana y se sorprendió de que la puerta estuviera cerrada. Llamó al timbre y, como nadie respondía, insistió, preocupada. No tardó en aparecer Félix, en bata y con los ojos entornados. Abrió el portón de madera descalzo y con el pelo revuelto. Ella lo miró extrañada desde el otro lado del cristal. Si había alguien madrugador, ese era Félix Capdevila. Este quitó el cerrojo de la otra puerta quejándose del sueño que tenía. Bromearon sobre la noche anterior y ella le contó que los carteles que habían aparecido por el pueblo eran la comidilla en todas las tiendas y que había expectación sobre el «*chow*» que habían organizado.

—Desde luego, el cartel es precioso, mu bonito —añadió Mari Carmen señalando el que lucía en la entrada de la casa rural.

—El pequeño Willow, que es un genio —repuso él, dirigiéndose hacia la cocina en busca de una taza de café.

Con el murmullo de la conversación, la casa pareció cobrar vida. Poco a poco, sus habitantes comenzaron a aparecer. Primero Marcos, el propietario, al que se veía rejuvenecido y sonreía de

forma peculiar. Luego su nieto y Ariel, duchados, frescos y alegres, sintiendo euforia y nervios a partes iguales a causa del día que los esperaba. Cuando tenían el café mediado llegó la Pocahontas, envuelto en una bata de estilo japonés y con la melena recogida en un moño. Al poco bajó la Willow, cuya sonrisa, que parecía habérsele fijado a la cara, despertó las sospechas de su amigo. Este comenzó un sutil interrogatorio que, sin embargo, no obtuvo fruto alguno. Al cabo de un rato, mientras charlaban animadamente, vieron entrar al comedor a la Corcho y Eran, cogidos del brazo. Todos los miraron preguntándose si era o no cierto lo que su complicidad en absoluto disimulada parecía indicar. Los aludidos dieron los buenos días y, antes de sentarse, se regalaron un veloz aunque elocuente beso en los labios que duró más de lo habitual para un pico entre amigos. Ante lo innegable, todos prorrumpieron en aplausos, parabienes y comentarios de sorpresa que ruborizaron a la sonriente pareja.

—¡Qué putis! —exclamó la Pocahontas.

—Eran y yo queremos comunicaros que hemos decidido dar inicio a una relación sentimental —anunció de forma aristocrática la Corcho mientras se servía un vaso de zumo de naranja.

—José Antonio y yo esperamos contar con vuestro apoyo —añadió el profesor.

—¿José Antonio? —le preguntó Félix a Marcos al oído.

—La Corcho —le respondió en un susurro.

—Ah, es que no me aclaro, entre los nombres y los motes —masculló Félix, amorrándose a la taza de café mientras su marido le chistaba para que bajara la voz.

—¡Voy a llorar! —gritó la Pocahontas.

—¡Enhorabuena! —exclamaron los demás.

—¿Y tú? Venga, responde. ¿Por qué tienes esa sonrisa bobalicona en la cara desde que te has levantado —le preguntó directamente la Pocahontas a la Willow— si eres la única que no ha mojado?

—Eso lo dirás tú, bonita —respondió él, dándole un mordisco a una tostada con mermelada que se desbordó de su boca y le chorreó

por las comisuras.

—¡¿Qué?! —aulló la Pocahontas—. ¡¿Con quién?! ¡Confiesa, pequeña sátira!

Pero la Willow se limitó a comer sin dejar de sonreír, añadiendo más misterio a aquel comentario y más satisfacción a una noche llena de voluptuosidad.

No tardaron en llegar Ina y Amparo, que habían quedado en pasar por la hospedería a recoger los carteles pendientes por colocar. Marcos, Ariel y la Pocahontas decidieron ir con ellas para terminar la tarea más rápido, aunque tuvieron que esperar un rato a que este último se vistiera. La Corcho y Erun, por su parte, salieron a pasear su recién estrenado amor por las calles de un Molinosviejos lleno de actividad aquel sábado por la mañana. La Willow se disculpó y adujo que prefería descansar, ya que, añadió guiñándoles un ojo a Marcos y Félix, apenas había dormido. Y los demás prefirieron quedarse.

Mientras Mari Carmen recogía los restos del desayuno y se encargaba de poner la comida al fuego, los amos de la hospedería volvieron a su habitación. Se preguntaban qué se habría fraguado aquella noche en su casa, quién habría estado con quién. Les resultó divertido y sorprendente hablar de aquello con naturalidad y que hubiera habido tanto amor y sexo en las habitaciones de su casa. Quizá algún día se enterarían de la verdad. Poco importaba. Lo importante era lo que estaba por llegar.

En la plaza, el grupo formado por Marcos, Ariel, la Pocahontas, Ina y Amparo estaba pegando carteles allá donde no los habían puesto la noche anterior. Descubrieron que algunos habían sido arrancados. No fue una sorpresa. A menudo, incluso en las ciudades, los hijos de las fobias se dedicaban a aquellos absurdos sabotajes, que no por previstos dolían menos. Lejos de caer en provocaciones, los sustituyeron por otros y pusieron más en las tiendas, en las farolas, en los pilares de los porches y en las marquesinas. Cuando llegaban a la plaza de la Legión Española —hasta hacía poco llamada plaza de Gloria Fuertes—, la cual hacía frontera entre el centro histórico y los barrios nuevos del norte del pueblo, se toparon con Alfredo, el

empleado ocasional de la hospedería. Lo encontraron charlando con Pedro Pozuelo, el edil de Cultura y Fiestas, quien les advirtió que no podían poner aquellos carteles en los edificios y lugares públicos. Citó tres o cuatro sentencias del Tribunal Supremo, que bien podía haberse inventado sobre la marcha, y se marchó prometiendo consultar a los servicios jurídicos municipales por si la asociación había incurrido en alguna irregularidad sancionable. Marcos, viendo que a la Pocahontas se le empezaba a inflar la vena del cuello, le pidió que se contuviese. Era preferible no caer en provocaciones ni alterar más los ánimos. Alfredo se despidió de los chicos hasta la tarde, ya que Félix lo había llamado para que los ayudara en el acto del Orgullo.

Después de terminar de colocar todos los carteles, los chicos pasaron por casa de Marga. La presidenta estaba enfrascada en la redacción de su discurso. Había empezado y vuelto a empezar incontables veces. Ninguna frase le parecía buena y se estaba desesperando.

—Cariño, el bloqueo artístico se cura con un buen lingotazo. ¿Qué tienes por aquí? —le preguntó la Pocahontas abriendo todos los armarios como si estuviese en su casa—. No imaginas cuántas veces la Willow y yo hemos discurrido ideas alucinantes después de un par de copazos bien cargados. El arte, cariño, requiere de estímulos. Es algo que ya lo sabían los antiguos y en la *belle époque* —añadió, cogiendo una botella de anís y unas copas de un mueble bar antiguo de madera—. Puedo, ¿no? —preguntó mientras servía varios vasos, con el asentimiento sorprendido de Marga.

—¿Martín está trabajando? —preguntó la presidenta a Amparo tras el primer sorbo.

—Hoy libraba —respondió la Pocahontas de forma espontánea, atrayendo la atención de todos.

—Es verdad —confirmó Amparo—. ¿Cómo lo sabes?

—Bueno… yo… —La Pocahontas se moría de ganas de contarlo, como bien supusieron Marcos y Ariel—. Bueno, veréis —dijo bajando la voz, acercándose al grupo y sirviéndoles una segunda copa—, es que anoche Martín y yo…

Ya no pudo continuar. Prorrumpió en una risa nerviosa acompañada de gestos y mohines que buscaban la complicidad y la admiración de los demás.

—¡Ah! Por eso ha llegado a las diez a su casa. ¡Qué tío! Pues se estará durmiendo hasta la tarde —se lamentó Amparo.

—¿A las diez? No, no. Si se fue mucho antes. A las seis me he desvelado y ya no estaba —explicó la Pocahontas—. Se habrá ido a algún *after* el muy pendón. Si es que rebosa energía ese vikingo. ¡Por Dios, qué hombre!

—Aquí no hay nada de eso, cariño —le informó Marcos.

—¿Entonces? ¿Dónde ha pasado el resto de la noche? —se preguntó Amparo.

La Pocahontas, Ariel y Marcos se miraron entre sí. De repente, cuando ataron cabos, abrieron mucho los ojos. La pareja prorrumpió en una carcajada, mientras que el gesto del tercero se crispó.

—¡Será hija de perra la enana cachonda! —bramó—. ¡Por eso tenía esa risita tonta cincelada en su cabezota!

—Vaya vaya con Martín —se limitó a comentar Marcos al oído de Ariel.

—Ya sabes: «el cartero siempre llama dos veces» —le respondió el joven aprendiz de cineasta conteniendo la risa.

—¿Qué pasa? No entendemos nada —preguntó Ina.

—Nada, nada, cariño —respondió la Pocahontas tras beberse de un trago su copa—. La Willow, que es una caja de sorpresas.

Marga, tras un par de anises, tuvo un ataque de inspiración y se puso a teclear frases llenas de entusiasmo, reivindicaciones, promesas de esfuerzo y compromiso con los derechos de todo el colectivo que representaban los colores de una bandera, quizá la única, que no excluía a nadie.

Viéndola en manos de las musas, los demás decidieron dejarla trabajar y se marcharon a dar una vuelta y quizá a tomar un helado. El resto de la mañana transcurrió con calma. Disfrutaron de un tiempo primaveral en pleno otoño y de unas horas que pasaban de forma pausada. Los jóvenes charlaron, bromearon y se contaron intimidades que la Pocahontas aderezaba con anécdotas que le

habían ocurrido alguna vez en su azarosa vida.

Por su parte, la recién formada pareja de la Corcho y Erun paseaba cogida del brazo como dos viejos amigos en el Berlín de los años 20, aunque cien años después y en un diminuto lugar de la Mancha. Su parecida edad y sus dispares vidas, unidas por la casualidad hacía tan solo unos pocos meses, les daban infinitos temas de conversación. El primero había experimentado mucho, había vivido y sufrido numerosos amores y tenía tantas cicatrices en el corazón como canas ocultas bajo el tinte. El segundo había sufrido por la renuncia, por el miedo al oprobio, por el qué dirán, porque su profesión requería de seriedad y ejemplo, por aquella madre que tuvo que cuidar hasta su muerte y porque la costumbre acaba doblegando la voluntad y enterrando el ánimo. Y, de repente, lo alcanzó la jubilación y uno de sus alumnos predilectos, Wilson, el hijo de su peluquero, le habló del Arcadia feliz, el bar de unos amigos. Todo había sucedido de la manera más simple. Salió del armario, cumplió su deseo de ser artista y encontró el amor. ¿Quién le iba a decir que a sus sesenta años sentiría mariposas en el estómago?

Todos ellos, jóvenes y mayores, se recogieron para comer a las dos. Unos lo hicieron en la casa rural y los otros en sus respectivos domicilios. Descansaron un rato y sobre las cuatro se reunieron en la hospedería. Alfredo apareció puntual, seguido de Marga, que había esperado a que llegara Gladys María para que se quedara a cargo de su madre. Con la presidenta venía Ina, que iba vestida con un original vestido de cuerpo entero, falda con muchos pliegues y corpiño ajustado, todo hecho con la bandera del colectivo trans. Las franjas azul cielo, blanco y rosa estilizaban verticalmente su ya esbelta figura. Martín apareció a los pocos minutos, recién duchado y de la mano de Amparo, siempre dispuesta a proseguir con la ficción de su noviazgo. La llegada del atractivo cartero desencadenó un intercambio de miradas cargadas de celos, deseo y reproches entre la Pocahontas y la Willow, que antes de comer se habían encerrado en el cuarto del primero y se habían confesado los pormenores de la noche anterior. Pero, si algo habían aprendido a lo

largo de sus vidas, era que la amistad estaba por encima de cualquier otra cosa y que la sexualidad era mejor si se entendía como algo libre y divertido. Ambos acabaron por sonreírse y admitir que los dos se habían llevado el gato al agua.

—Y menudo gato. Más bien un león —le dijo la Willow en un aparte.

—No, un tigre, que tienen el rabo más largo —tuvo que discutirle la Pocahontas por no avenirse a darle la razón.

—¿Y tú qué sabrás? ¡Ordinaria! —replicó la Willow.

—Mucho, que veo los documentales de animales por la tarde —contestó la Pocahontas.

—Sí, para echarte la siesta, que a los dos minutos ya estás roncando y se te cae la baba —añadió a modo de broche la Willow al ver que los demás se fijaban en su discusión.

Por fin se pusieron manos a la obra. Cargaron los rollos de banderas, las cuerdas y el resto del material en la camioneta. Félix, Marcos, Marga, Alfredo y Martín fueron en el primer viaje. Tenían que descargar el globo y comenzar a preparar la vela, la cesta, colgar todas las banderas de las cuerdas y organizar el espacio para el escenario. En cuanto hubieron descargado, Félix y Martín condujeron hasta la casa del joven para cargar en la parte de atrás los veinte módulos que formarían el escenario y que el dueño del Don Quijote había llevado hacía unos días. También tenían que recoger el generador, que el muchacho ya había llenado de gasolina, así como los focos, los cables, el micrófono y los altavoces que Amparo había llevado un par de días antes y que había guardado en una cochera contigua a la casa de sus padres. Enseguida se dieron cuenta de que en un solo viaje sería imposible transportarlo todo, de modo que cargaron lo que pudieron y se dispusieron a hacer aquel recorrido varias veces.

En la hospedería, Ariel ultimaba y repasaba el guión del acto con el resto del grupo. La Corcho y la Pocahontas, con sus vestidos y complementos en una bolsa, estudiaban lo que tenían que decir y ensayaban las frases más complicadas, haciendo muecas y gesticulando como si fueran a actuar en Broadway. Erun llevaba una

maleta con todo lo necesario para dar vida a Dina Azul. La Willow, por su parte, comprobaba que todos los discos que necesitaban estuvieran en su ordenador. Llevaba además, por si acaso, un par de memorias externas con copias de seguridad y una batería de repuesto por si fallaba la toma de corriente.

Un claxon sonó con urgencia en la entrada. Era Marcos al volante de su Volkswagen. Sin perder tiempo, la Corcho, la Willow, la Pocahontas y Erun colocaron las bolsas en el maletero y se acomodaron en el descapotable. Marcos los llevó hasta el molino, donde el escenario empezaba a tomar forma, y regresó a la hospedería a recoger al resto.

Hacia las siete los nervios estaban a flor de piel. La encargada del museo les había informado de que los aseos adosados que había en la parte de atrás no podrían usarse cuando cerrara el molino, de modo que se quedaron sin poder utilizarlos como camerino. El inconveniente era un nuevo intento de boicot por parte del Ayuntamiento, el cual les hizo saber, por boca de aquella administradora, que el uso de dependencias públicas por parte de una asociación ajena al consistorio era inapropiado, irregular e imposible. Aunque protestaron, el pragmatismo se impuso. Tendrían que improvisar. No sería la primera vez que se cambiaban en el coche o usaban el retrovisor como espejo para maquillarse. La Corcho les recordó, en un alarde épico repleto de aspavientos, que, como siempre, saldría a flote.

Los veinte módulos colocados en el aparcamiento, unidos entre sí con gruesas y resistentes bridas metálicas, formaron un escenario de cinco por cuatro metros. Un faldón con los colores del arcoíris cubría todo el frontal de los módulos, como un colorido cinturón de un metro de ancho. El generador, a un lado, rugió al encenderse y comenzó a producir la energía que iluminó los cuatro focos que pusieron en las cuatro esquinas del tablado sobre trípodes de un par de metros de altura. Un quinto pie, en el centro, era el del micrófono. En la esquina trasera derecha, mirando el escenario desde donde se colocaría el público, si es que acudía alguien, y de espaldas al molino, pusieron un atril para el ordenador de la Willow,

que desde allí ejercería de animador de la fiesta. Delante, a ambos lados del escenario, junto a dos de los focos, sendos altavoces llevarían la música, los discursos y las canciones hasta el público y el centro del pueblo. Al pie del escenario, justo donde estaba el DJ, Martín se pondría a los mandos del control de luces y sonido.

Ataron cuatro gruesas cuerdas a las patas de los cuatro módulos esquineros. Las de la parte delantera eran más largas que las de los módulos traseros. En cuanto el globo empezó a elevarse, entendieron por qué.

La idea que Ariel había tenido y que les había contado a las Quijotas y Dulcineos en su primera reunión en la heladería —hacía más de una semana— había sido la de usar el globo como reclamo. Al chico se le ocurrió que, si lo mantenían flotando sobre el escenario y anclado a él, con su majestuosa figura erguida por encima de cualquier otro edificio del pueblo, con una gran bandera del arcoíris de varios metros de longitud colgando desde la barquilla y otras muchas ondeando desde las cuerdas que harían las veces de amarres, la aeronave sería visible desde casi todo el pueblo y llamaría, sin duda, la atención. Tenía razón. En cuanto el enorme ingenio, pilotado por Alfredo, se alzó a fuerza de llamaradas y se elevó unos metros sobre el escenario, haciéndose visible desde muy lejos, atrajo la atención de los habitantes de Molinosviejos, que decidieron aprovechar la buena tarde de sábado que se había quedado para acercarse hasta la casa-museo a ver qué se les había ocurrido a los de la «asociación esa de gais y lesbianas». Otros muchos ya sabían que ese era el día elegido por las Quijotas y Dulcineos para reivindicar sus derechos. Habían visto los carteles y querían acompañarlos, dado que no estaban de acuerdo con la política ultraconservadora que se estaba apoderando del pueblo y de la sociedad. Hubo gente por toda la provincia que, gracias a las redes sociales, en las que la Willow se manejaba con agilidad, soltura y eficiencia y donde había anunciado y publicitado el evento, tuvo noticia del Orgullo de Molinosviejos y cogió el coche para acercarse a aquel pueblo.

Cuando quedaban unos minutos para las siete y media de la

tarde, una hilera de vehículos provenientes de Las Termillas, Tomelloso, Ciudad Real y otras poblaciones llegó y empezó a ocupar el lateral del aparcamiento. Pronto delante del tablado se reunieron cerca de doscientas personas. La camioneta de la hospedería y el Beetle de Marcos estaban aparcados detrás del escenario frente a frente, formando un ángulo obtuso cuyo vértice apuntaba a la tarima, de forma que aquel espacio entre ambos vehículos hiciera las veces de improvisado camerino y quedara a salvo de miradas indiscretas. El público, cada vez más numeroso, admiraba la curiosa estampa que formaba un molino de viento junto al que flotaba un globo aerostático, de cuya barquilla colgaba una inmensa bandera arcoíris como si se tratara de una cascada multicolor.

Marcos el viejo estaba en la camioneta. Delante, junto al coche de su nieto, veía a la Corcho, la Pocahontas, Erun y Ariel afanándose, braceando en un mar de nervios, para terminar su metamorfosis a tiempo. Los dos primeros, vestidos con sendos trajes de gala de color fucsia cubiertos de lentejuelas plateadas, tacones a juego y muy maquillados, se preparaban para iniciar el acto. La Corcho, además, lucía una peluca rubia que emulaba la cabellera de la Monroe y Ariel le estaba pintando el característico lunar sobre el labio. Erun se ajustaba la enorme peluca que lo acabaría de transformar en Dina Azul y la Pocahontas se abanicaba y resoplaba como si le faltase el aire.

Desde el asiento del acompañante de la camioneta, aislado de todo, el viejo Marcos alzó la mirada para contemplar el molino de viento, al que alcanzaban los últimos rayos de sol de aquel día. Lo observaba sumido en una incómoda inquietud, una mezcla de ansiedad y emoción. Recordó la última vez que había entrado en él, veinticinco años antes. Fue el lejano día en que su prima Elena lo llevó hasta el oasis y le reveló la verdad que él dejó atrás al huir del pueblo: la muerte de Alejandro. Aquel día, tras derramar ante la lápida de su amor las lágrimas que no pudo verter en tantos años y leer la carta que Alex le pidió a Elena que le entregara solo cuando volviese a Molinosviejos, Marcos visitó el molino. Entonces era una

estructura en ruinas a merced de las inclemencias del tiempo. Allí, en el interior de una caja de metal, como si de una cápsula del tiempo se tratara, descubrió los poemas que Alejandro le había escrito. Entre ellos estaba la «Carta a Dulce M», el poema que arrancó del último de los cuadernos y que pretendía leer ante aquel público que se arracimaba delante del escenario. Aquel lejano día de 1995, tras varias horas de lectura y de sincerarse con sus fantasmas, se tumbó sobre la cama destartalada y, viendo el titilar de las estrellas a través del desvencijado tejado del molino, dejó de llorar.

Observándolo con calma desde la camioneta, Marcos lo encontró cambiado. Diferente incluso a como lo recordaba si viajaba en su memoria hasta 1970. La restauración había sido completa. Los focos que iluminaban los muros encalados, que acababan de encenderse, realzaban su elegancia. La luz que brotaba de su interior por los ventanucos, cerca del tejado cónico, parecía devolverle la vida y la calidez que albergó medio siglo atrás. De repente, creyó distinguir una sombra en una de aquellas pequeñas ventanas. Por un instante, pensó que se trataba una figura conocida. Sacudió la cabeza. No era el momento de dejarse arrastrar por un remolino de nostalgias.

La puerta de la camioneta se abrió de improviso. Era su nieto. Entró en el vehículo y cerró, dejando atrás el estruendo, la música que la Willow había empezado a pinchar, las voces de los artistas que recordaban algún detalle olvidado y el murmullo del público. Marcos miró a su abuelo. Le cogió de la mano. Por fin logró que lo mirara.

—Abuelo, tienes que estar muy contento. Mira cuánta gente.

—Es todo mérito vuestro. De las Quijotas y Dulcineos, de tus amigos, de Ariel y tuyo —respondió cabizbajo.

—¿Qué te pasa? ¿No te alegras? Lo hemos conseguido.

—Claro que me alegro —repuso mirándolo con cariño, apretando la mano de su nieto, que se estaba preocupando—. Es que se me agolpan los recuerdos. Bueno, ya sabes. Has leído los papeles que te di, ¿verdad?

—Sí —respondió el nieto, comprensivo—. Pero precisamente

este acto demuestra que todo lo que ocurrió entonces se puede superar. El pasado pasado está, abuelo. Lo que importa es lo que has conseguido hoy. Esto es obra tuya, de Félix, de vuestra asociación. Habéis abierto una puerta, abuelo. Una puerta en el campo —bromeó—. Una puerta que muchas personas tienen miedo de abrir y más miedo de franquear. Vosotros la habéis abierto. Ahora es el momento de que pases a través de ella y de que invites a los demás a seguirte.

—Gracias, Marcos —le dijo conmovido, abrazándolo con fuerza.

Alguien tocó con urgencia en la ventanilla. Era Félix. Marcos abrió a su marido.

—Ya vamos con retraso. Venga, Marcos.

Abuelo y nieto bajaron de la camioneta. La Corcho y la Pocahontas estaban al pie de una escalerilla plegable que habían colocado para acceder al entarimado. Ariel corría de aquí para allá con el guion en la mano. Erun, ya transformado en Dina Azul, esperaba su turno en el coche. La Willow y Martín llenaban de música y luz el ambiente para animar a los asistentes. Marga, Amparo e Ina agitaban con fuerza las banderas arcoíris y del colectivo trans desde la primera fila. Tras ellas, un mundo entero desbordaba el aparcamiento. Los coches ya no cabían. El Ayuntamiento había enviado a la policía municipal para ordenar en lo posible aquella marea de personas que, desde el pueblo, iban acudiendo en masa hacia el molino.

—¡Hola! ¿Sois de las Quijotas? —le preguntó a Ina una chica pelirroja con el rostro colmado de pecas y los ojos verdes—. Lo digo por las banderas —explicó señalando el ramo de banderines que Ina llevaba bajo el brazo y que iba repartiendo entre los asistentes—. Soy Laura. Y esta es Gema. Ella, Manuela, y él, Hugo. Somos de Tomelloso. Nos gustaría asociarnos.

—¡Hola! —intervino Marga, cogiéndole algunos banderines a Ina para regalárselos a las recién llegadas—. Yo soy Marga, la presidenta. Sería genial contar con vosotras.

—¡Encantadas! Luego nos damos los teléfonos —dijo Laura, y

todas sonrieron.

Marcos el joven se reunió entonces con sus amigas, cogió una bandera y la agitó con energía, saltando y abrazado a Amparo. A su lado aparecieron Abdou y su padre, David Cortés. Ina les ofreció sendos banderines. El anciano dudó un instante, pero su hijo lo animó. Al final tomó aquel símbolo que representaba lo que en su juventud había despreciado, perseguido y atacado, aquella realidad de la que había renegado pero que, sin embargo, formaba parte de su naturaleza. Aquella verdad que lo llevó a liderar un escuadrón de odio, un grupo de matones, un batallón de fascistas que apaleaba a quien consideraba diferente al modelo de hombre que defendía una dictadura a los brazos sangrientos de la cual se había arrojado por el odio que sentía hacia sí mismo. Había llegado a asesinar impelido por el miedo, por el desprecio hacia los que, sobre todo cuando se miraba en el espejo, veía por doquier. Y también porque su amor, mal entendido, mal concebido, mal expresado, no fue correspondido. Pagó por sus errores. Necesitó toda una vida para aprender. Por eso lloraba mientras, cogido del brazo de su hijo, enarbolaba la bandera del arcoíris, sintiéndose auténtico por primera vez.

Eran las ocho menos cuarto. El público se impacientaba, aunque la Willow sabía perfectamente cómo mantener distraído a un auditorio exigente. A menudo, en el Arcadia feliz las actuaciones se retrasaban y a él le tocaba poner música para entretener a los clientes hasta que el *show* pudiera comenzar.

Entre aquel gentío impaciente se hallaba también Elena, la prima de Marcos, acompañada por su hija Tina. No se había resistido a acercarse al evento, sobre todo porque otro hijo suyo, Pedro, el concejal de Cultura y Fiestas, le había prometido que aquel Orgullo daría mucho de qué hablar. Este también estaba allí. Acababa de pedirle al sargento de la policía que levantara acta de todas las irregularidades que viera. Pretendía enterrar aquella asociación de pervertidos y enviarlos a las tinieblas del olvido. Su pueblo no podía ser un nido de libertinaje. Y, además, Marcos estaba detrás de los problemas que habían llevado a su padre a la

cárcel. Tras saludar a su madre y a su hermana, Pedro se abrió camino entre la gente y rodeó el escenario. Enseguida encontró a quien buscaba.

Ariel estaba poniendo en marcha el dron con el que grabaría todo el espectáculo.

—Buenas tardes —le saludó el edil.

—Ah, hola —respondió el joven, que había esperado poder librarse de aquella conversación.

—Estaréis contentos. Cuánta gente. Demasiada, ¿no? ¿Sabes si tenéis contratado algún seguro?

—¿Qué quiere? Tengo mucho que hacer —le espetó el joven.

—Quería saber si has pensado en la oferta que te hice.

—Sí, claro —respondió Ariel—. Y pienso que ya es suficiente humillación ser la víctima de un intento de violación y de homicidio como para ser además un vendido. Espero que sus Cachorros Tóxicos se pudran en la cárcel. Con suerte recibirán lo que quisieron darme. Y, ¿sabe qué más?, apuesto lo que quiera a que les gusta. Y ahora, por favor, déjeme en paz.

—Como quieras, muchacho ignorante y degenerado. Ya puedes irte despidiendo de tus sueños de gloria y glamur en el mundo del cine. Acabarás doblando camisetas en una tienda o chupando pollas por diez euros. Y deportado al hediondo barrio de Buenos Aires del que saliste, de eso puedes estar seguro —añadió, apuntándole con el dedo de forma amenazadora—. Tienes mi palabra. ¡Maricón de mierda!

—¡Maricón y muy orgulloso, ¿viste?! ¡Salí de acá, pelotudo! —exclamó Ariel al concejal, que se marchaba a grandes zancadas y no pudo escucharlo.

El joven se quedó temblando. Tras inspirar hondo varias veces con los ojos cerrados para calmar los nervios que se habían desbocado en su interior, como le había enseñado la psicóloga, sintió que recuperaba el control. Su corazón retomó su ritmo normal y sus manos dejaron de temblar. Entonces se obligó a sonreír y, acto seguido, conectó su teléfono al soporte que lo convertía en el control remoto del dron. A continuación, lo activó. El pequeño ingenio

echó a volar sobre el escenario. La imagen que vio era impresionante y le ayudó a olvidar el encontronazo que acababa de tener. Ascendió aún más para disponer de una perspectiva mejor. En su pantalla veía el molino iluminado por los potentes focos que el Ayuntamiento había instalado hacía años y que realzaban su imponente figura; veía el globo, iluminado de forma intermitente por las llamaradas que Alfredo arrojaba de vez en cuando a su interior para mantener la aeronave a una altitud estable; el escenario, con sus cuatro puntos de luz de colores lanzando ráfagas que obedecían la voluntad de Martín, quien trataba de seguir el ritmo que le marcaba la música que pinchaba la Willow. Y veía al público. Trescientas personas o más, arracimadas delante del escenario, como hacía tiempo que no se veía, agitaban docenas de banderas, sobre todo la del arcoíris, aunque había algunas de los otros colectivos que conformaban la gran familia diversa. El dron sobrevolaba a los asistentes, les arrancaba saludos, vítores y aplausos entregados, ascendía, giraba y regresaba, haciendo piruetas y grabando todo lo que veía su ojo mecánico de alta resolución.

Marcos el viejo subió al escenario. Se acercó al micrófono. Ya lo habían probado antes y funcionaba, pero él sopló, le dio algunos toques con sus dedos y saludó a los asistentes solo para comprobar que se le escuchaba. El público respondió con una ovación. El ambiente festivo era casi de euforia. Parecía que aquel Orgullo era mucho más que la celebración reivindicativa de un colectivo tradicionalmente discriminado. Era un acto de hermandad, de amistad, de solidaridad y de reencuentro social. Marcos miraba aquella masa enardecida, las caras alegres. La visión de tantos rostros apretados y anónimos le recordó de repente un sueño que había tenido hacía muchos años: una pesadilla en la que se hallaba a la deriva en una barca sobre las aguas del mar del Desamor, un océano de rostros desgraciados que lo animaban a saltar y a unirse a ellos en su eterno infortunio. Para su sorpresa, aquella pesadilla había quedado atrás. Había despertado, había logrado amar y había perdonado. Su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¡Buenas tardes! —saludó, alzando ambos brazos y recogiendo

una ovación.

Su nieto lo miraba desde la primera fila, abrazado a sus amigas y a Abdou, formando parte de un único cuerpo henchido de orgullo y felicidad. El dron se acercó despacio para grabarlo, para que su imagen se inmortalizara en la película de aquel inolvidable día en Molinosviejos.

—¡Guapo! —se oyó gritar a alguien que resultó ser Félix desde la parte de atrás, junto a la escalera donde esperaban su momento las presentadoras.

—¡Gracias por venir al Orgullo de Molinosviejos 2020, un Orgullo de lesbianas, gais, trans, bisexuales, intersexuales y de todas aquellas personas que son tan maravillosas como diferentes! —continuó, arrancando aplausos y vítores—. Hoy es un día muy especial de un año que ha sido muy difícil para todos. Por eso vamos a celebrar la vida y la diversidad en un acto que cuenta con unas maestras de ceremonias de auténtico lujo. ¡Con todos ustedes, la Corcho y la Pocahontas!

—¡Vamos, vamos, que nos toca! —chilló la Corcho empujando a su amigo escaleras arriba.

Ambos aparecieron en el escenario como dos divas llegadas desde la mismísima meca del cine. Martín dirigió los focos hacia ellos, cegándolos por un momento. La Pocahontas estuvo a punto de tropezar y se agarró a la Corcho, que también trastabilló sobre los tacones de vértigo que ambos calzaban. Un torrente de aplausos los recibió y un estruendo que resonó en todo el pueblo los hizo saludar con efusividad a la multitud. Marcos les cedió el puesto y bajó del escenario. Se fundió en un abrazo con su marido. Al lado de la pareja, grabándolo todo con su ojo volador, Ariel, que sonreía enternecido, les dijo:

—¡Esto es increíble! ¡Es fantástico!

—¡Hola! —saludó la Pocahontas al público, amorrándose sobre el micrófono y agitando la mano—. Yo soy Pocahontas, reina del sur y amiga de los árboles.

—¡Ni caso, es que se pasa con lo que fuma! —replicó la Corcho, acompañando sus palabras con gestos cómicos que provocaron las

carcajadas del público.

—Y esta es la Corcho. La llamamos así porque de tanto darle al *drinking* tiene su casa hasta el techo de tapones. ¡«Tapones», he dicho! Porque tampones no le hacen falta, ¡qué es un tío! —dijo en su turno la Pocahontas siguiendo el guión, plagado de burlas y chistes picantes.

—Gracias, guapa. Tú siempre tan zorrona —replicó mostrando una exagerada sonrisa—. Bueno, sigamos, que ya habrá tiempo de despellejarte. Ahí detrás, amenizando la velada, un DJ pequeño como un *pen drive*, pero que goza de un enorme talento, y de lo que no es solo talento. Chicos, ya me entendéis —dijo haciendo gestos elocuentes que provocaron la hilaridad general—. ¡Un aplauso para la Willow! —reclamó la Corcho señalando a su amigo, que alzó los brazos desde detrás del atril del ordenador para saludar al entregado público.

Las presentadoras continuaron aquel duelo dialéctico, con puyas y chascarrillos sobre vicios, manías, sexo, novios y momentos vergonzosos que eran tan divertidos como sorprendentes para los asistentes. Durante diez minutos, hicieron un repaso cómico y ácido a la actualidad y se centraron en la situación del colectivo LGTBIQ + en la llamada España rural. Acusaron a los políticos de hipocresía y de tolerar a los intolerantes, aunque era normal, añadieron, ya que esos mismos gobernantes, aseguraron, llevaban toda la vida engañando al pueblo, a sus parejas y a sí mismos. Adornaron el discurso con supuestos ejemplos de mandatarios anónimos que habrían pasado por sus respectivas camas.

—Incluso con las dos a la vez, qué horror, y no lo digo por aquel político, tan serio, aseado y con ropa de marca, sino por esta, que desnuda es una adefesia —añadió la Corcho para mayor regocijo del público.

—Bien, amigas. Esto no es solo una fiesta —dijo entonces la Pocahontas en un tono solemne que sorprendió a todo el mundo—. Los actos del Orgullo son, sobre todo, una reivindicación.

—Y, para explicaros lo que sigue siendo injusto en nuestra sociedad, está con nosotras la presidenta de una asociación

LGTBIQ+ pequeña, pero muy valiente. Con vosotras, en nombre de las Quijotas y Dulcineos de Molinosviejos, ¡Marga Pérez!

La aludida, que se había distraído charlando con las chicas de Tomelloso y no había ido hacia la parte de atrás del escenario cuando debía, se puso nerviosa al escuchar su nombre. Pasando por donde pudo, aplaudida y urgida por las presentadoras, llegó corriendo a la escalera, cogió el discurso que Ariel le había estado guardando y subió al escenario agitando su banderín. Se acercó al micrófono envuelta en una ensordecedora ovación. Las presentadoras se retiraron y los focos la iluminaron. Marga estaba mucho más nerviosa de lo que había imaginado. Notaba que el folio le temblaba en las manos. Viendo a todas aquellas personas allí abajo, sintió una enorme responsabilidad e inseguridad. El dron se le acercó. Ariel la veía a través de su móvil. Activó el altavoz del ingenio y le dijo:

—Lo vas a hacer muy bien, Marga, ¡dale!

—Estamos contigo, presidenta —añadió Félix, acercándose al control que Ariel sostenía entre sus manos.

Marga sonrió al dron, respiró hondo y miró al público. Entonces no vio ante sí una masa de desconocidos, sino una gran familia, un mar de amigos, cientos de personas que estaban allí para decirles que no estaban solos, que eran muchos más quienes los respetaban que quienes los odiaban. Por fin cogió el micrófono y saludó.

—¡Hola! Buenas tardes. O buenas noches ya —dijo mirando hacia arriba, donde un cielo oscuro los cubría por momentos—. La asociación Quijotas y Dulcineos nació porque cada uno de nosotros y nosotras se sentía sola, aislada y enfrentada a una sociedad de temibles gigantes, como los molinos de viento —añadió, señalando el que tenía a su espalda—. Sabemos bien que en los pueblos pequeños es dificilísimo ser lesbiana, gay, trans o bisexual. Lo vivimos cada día en nuestras propias carnes. Hemos sentido el desprecio de vecinos, de amigos e incluso de nuestras familias. Pero también sabemos que somos más de lo que parece. No obstante, somos conscientes de que el peso de la tradición, de las costumbres y del qué dirán nos mantiene a muchas y muchos dentro del armario.

»Por este motivo, hace un tiempo nos reunimos unas cuantas personas, gracias a la iniciativa de Marcos y Félix, los de la hospedería Dulce M, una casa preciosa, de verdad, visitadlos —apuntó sonriendo—; nos juntamos y pensamos que, si nos hacíamos visibles, a lo mejor lograríamos que otros reunieran el valor para unirse a nosotras o, al menos, para empezar a dar pasos. Cada persona es diferente y su ritmo es el que es. Por eso lo que pretendemos es que las circunstancias sean amables para que cada cual pueda dar el paso cuando quiera. Porque existimos, señores y señoras del Ayuntamiento y de los partidos que nos odian. Las lesbianas existimos, los gais existimos y las personas trans existimos. Siempre hemos existido. Y estamos en 2020, no en la Edad Media. No vamos a permitir que se dé ni un solo paso atrás —añadió con entusiasmo, arrancando una nueva ola de aplausos y vítores.

»Hace pocos días —continuó cuando se calmaron las ovaciones —, un grupo de jóvenes, qué pena que sean tan jóvenes y tengan ya tanto odio y tantos prejuicios, un grupo de chicos de este pueblo, decía, una pandilla que representaba a un partido político cuyo nombre no citaré porque me atraganto y me hace toser —dijo, provocándole al público una carcajada—, presuntamente, hay que decir "presuntamente", atacó de forma brutal a un chaval por ser gay. Solo por ser gay. No había pasado nada más. Ser gay fue suficiente para golpearlo y… Bueno, no puedo decir nada más porque el asunto está en los juzgados.

»Lo que reivindicamos las Quijotas y Dulcineos es que nadie sea agredido por ser gay, por ser lesbiana o por ser trans. Nadie merece que lo insulten o lo agredan por no ser como otros creen que deberíamos ser. Y, mientras haya gente para la que ser lo que somos nosotras es motivo suficiente para insultarnos o atacarnos, las quijotas y los dulcineos seguiremos luchando por nuestros derechos y por nuestra libertad.

»Acabo ya —dijo, acompañando sus palabras de un gesto de la mano para pedir silencio ante la nueva oleada de aplausos—. Quiero dar las gracias a nuestros nuevos amigos: Marcos, Ariel, Erun, Corcho, Pocahontas y Willow. Gracias por venir a ayudarnos y por

enseñarnos que nunca hay que rendirse y que hay que mantener la cabeza muy alta. ¡Muchas gracias! ¡Y ahora, todo el mundo a divertirse! —gritó.

Marga empezó a saltar y a aplaudir, emocionada y pletórica. La Willow subió el volumen de la música y la ovación devino ensordecedora. Las presentadoras volvieron al escenario aplaudiendo. Abrazaron a la presidenta, que se marchó saludando con una mano y enjugándose las lágrimas con la otra. La Corcho se acercó al micrófono.

—Siempre he dicho que hay que vivir con la cabeza bien alta y salir a flote, pase lo que pase.

—¡Vaya con la presidenta! —exclamó la Pocahontas—. ¡Cabrona, me has hecho llorar! ¡Se me corre el rímel! Marga, óyeme, cariño. Tú, de aquí al Congreso de las Diputadas, ¿vale? ¡Un aplauso muy fuerte para la presidenta de las Quijotas y Dulcineos!

El público estalló en un aplauso ensordecedor. Marga, junto a los coches, se abrazó a Félix y Marcos. A Ariel le dio un beso. Este le agradeció sus palabras sin apartar mucho la vista del control del dron, que sobrevolaba al público y enfocaba el escenario, con el globo sobre él.

Las maestras de ceremonias volvieron a deleitar a la gente con bromas y un anecdotario subido de tono antes de presentar a la estrella de la noche: Dina Azul. Erun, ya preparado, inspiraba y espiraba profundas bocanadas de aire con aroma a tomillo, lavanda y otras plantas que embriagaban la noche manchega. Se acercó al rincón de la Willow y este le confirmó mediante señas que tenía la música preparada. La Corcho y la Pocahontas la anunciaron con grandes y generosos epítetos que alababan su arte. Cuando escuchó su nombre, se acercó a las escaleras. Félix y Marcos, a ambos lados de los peldaños, le cogieron cada cual de una mano y lo ayudaron a subir. La luz lo cegó. Vio a la Corcho y a la Pocahontas venir hacia él, los escuchó darle ánimos. Oía el bullicio. Hizo visera con una mano para ver por dónde iba. Martín desvió las luces al percatarse de que Erun estaba cegado cual gato en medio de una carretera. Dina Azul, enseñoreada del escenario, caminó hacia el micrófono.

Los aplausos la abrazaron. Se sintió arropada y sonrió. Lucía un traje color plata orlado de detalles azules, con una banda y un broche del mismo color. Los zapatos, garzos, iban a juego con la peluca, de un celeste ornado con brillantina. Un collar de zafiros de incitación, como los pendientes, presidía el amplio escote, depilado aquella misma mañana. Sobre sus hombros descansaba un chal negro y plata con largos flecos al que llamaban *faletina* en honor a uno de sus artistas preferidos. Desplegó en una mano un abanico de los mismos tonos mientras con la otra cogía el micrófono. Miraba al público desde unos ojos muy pintados, con tonos azules, grises, blancos, ribeteados por una gruesa línea negra y protegidos por unas larguísimas pestañas postizas. Sus labios, de un rojo pasión, eran el elemento cromático discordante, pensado para atraer la mirada del público.

Saludó con la voz mil veces ensayada en la soledad de su casa. El tono, impostado para feminizarlo, no significaba poca potencia, ya que Dina Azul, cuando actuaba como Erun y daba clases en un instituto, había proyectado su voz con la energía suficiente para que lo escucharan en la última fila sus estudiantes más díscolos.

Después de dar las gracias, se volvió hacia la Willow, que le guiñó un ojo. Luego miró hacia el público y dijo:

—Buenas tardes. Es un honor indescriptible actuar en el pueblo de uno de los poetas más grandes de este país. Para mí, un sueño hecho realidad —dijo, conteniendo la emoción que le subía por la garganta—. Voy a comenzar cantando una copla excepcional, obra de los maestros Quiroga, León y Valverde, en el origen de la cual están la pluma y el arte de otro genio: Federico García Lorca. Con todos ustedes, y en la versión sin censura franquista que interpretó Concha Piquer en 1937, «Ojos verdes». —El público prorrumpió en aplausos. Dina Azul se volvió hacia la Willow—: Maestro, cuando quiera.

Enseguida comenzó a sonar la música. El público, entregado y generoso, coreó la letra de aquel clásico. Fue un éxito clamoroso.

A esa pieza la siguieron otras igual de famosas y conocidas. Las canciones, algunas de ellas verdaderos himnos de la copla y

emblemas en el imaginario colectivo *queer*, hicieron vibrar el ocaso manchego.

La noche, que concluía su conquista del cielo en poniente, lucía tachonada de estrellas, de hermosos luceros que se agrupaban en constelaciones que ya intuyeron los viejos astrónomos y que contaban historias eternas de amor, de celos, de envidias, de héroes y de muerte.

Dina Azul emuló a las más grandes: imitó el arrebato de Lola Flores, encarnó la pasión desmedida de Rocío Jurado, alegró el escenario como Marujita Díaz, lo inundó de la melancolía de Isabel Pantoja y lo aupó a la gloria cual Imperio Argentina. Después de varias actuaciones que arrancaron otros tantos *tsunamis* de aplausos y vítores a los allí congregados, la artista repartió besos que lanzaba al aire, saludó con efusividad y solo con la intervención de las presentadoras se retiró del escenario para recuperar el resuello y encarar la segunda parte de su actuación. Bajó las escaleras y se abrazó a Félix, que la felicitó con efusividad. Le pidió que le abriera la camioneta para tumbarse unos minutos en el asiento trasero hasta que le llegara de nuevo el turno de actuar.

Mientras, sobre el escenario, la Corcho y la Pocahontas se encargaron de que el público siguiera riendo y gozando de un espectáculo que había superado con creces cualquier expectativa de sus organizadores y los peores augurios de sus detractores. El concejal de Cultura y Fiestas, con los ojos inyectados en sangre, apretaba los puños ante el inesperado éxito de aquel Orgullo, que atentaba contra los principios que inspiraban su partido y que, en su fuero interno, suponían una humillación personal. Su madre, Elena, lo alcanzaba de vez en cuando con la mirada, que él entendía como reprobatoria y que parecía querer recordarle que su padre, el otrora alcalde, seguía en prisión por culpa de Marcos.

Precisamente este acababa de acceder al escenario tras ser presentado por las maestras de ceremonias, que habían anunciado una intervención especial relacionada con el poeta más internacional que había dado la región y, en concreto, Molinosviejos. Pedro, el concejal, elevó la vista hasta el globo. Alfredo miraba hacia abajo y,

por un instante, sus miradas se encontraron.

Marcos saludó y pidió silencio. Sostenía un par de folios en sus manos, que temblaban. Se puso unas gafas estrechas que extrajo del bolsillo interior de la chaqueta, carraspeó y comenzó a hablar.

—Buenas noches, una vez más —saludó con una voz insegura —. Me alegra que estéis disfrutando de este acto. Las Quijotas y Dulcineos estamos muy contentos de haber conseguido celebrar el Orgullo este año 2020. Es un año señalado y me gustaría explicaros por qué. Hace cincuenta años, el 30 de septiembre de 1970, en este molino que tenemos aquí al lado —añadió señalando el edificio, solemne y hierático, en cuyo ventanuco superior creyó distinguir otra vez una silueta que lo hizo enmudecer un segundo—, en este molino, decía —logró continuar tras parpadear, carraspear y conjurar aquella sombra hasta que desapareció—, el poeta Alejandro Torres se quitó la vida. Todos conocéis su historia. Al menos, conocéis lo que se ha escrito y dicho sobre su vida y su muerte.

»En los últimos quince años, desde que se descubrió su obra y se publicó, se han contado muchos rumores sobre un hombre que nos dejó demasiado pronto —dijo. El público lo escuchaba en silencio. Entre la multitud, dos personas sintieron que la emoción ascendía a sus ojos, que acabaron por desbordarse: una era Elena; la otra, David —. Alejandro tenía veintidós años cuando decidió suicidarse. Todos sabéis que lo hizo por amor. Y también sabéis que su amor se esconde tras el seudónimo "Dulce M". —Marcos hizo una pausa y tragó saliva. Martín había girado los focos para que lo iluminaran directamente—. Esta noche, en la televisión, el hispanista Liam Gibbons, biógrafo del poeta y que pronto publicará el libro más completo sobre Alejandro, desvelará cómo se llamaba en realidad «Dulce M». Y leerá el desaparecido poema número 57, el titulado «Carta a Dulce M» —añadió, y un murmullo recorrió la masa de gente—. Quizá os estáis preguntando cómo ha conseguido el estudioso británico esa información o cómo sé yo que la tiene. La respuesta es muy sencilla: yo mismo se la entregué el miércoles pasado en el homenaje que se le hizo al poeta en el centro cultural de nuestro pueblo. Y yo tenía esa poesía porque yo soy «Dulce M»

—dijo con la voz quebrada, sintiendo que de su garganta no solo brotaban palabras, sino años de secretos, de culpa y de dolor. Un murmullo se elevó desde el aparcamiento. Se escucharon suspiros, ayes, aplausos y expresiones de sorpresa.

»Hace cincuenta años, yo era un jovencito que vivía con miedo, que negaba su propia homosexualidad y al que le aterraba que llegara a saberse. Vivíamos en una dictadura que nos consideraba delincuentes. Aquel mismo verano del año 1970 el régimen había aprobado la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social. Esa ley incluía la homosexualidad como delito. Y aquí, en Molinosviejos, y en otros pueblos, grupos de jóvenes fascistas llamados los Hijos del General se dedicaban a perseguir a quienes, en su opinión, suponíamos una amenaza o un peligro. Hace cincuenta años, al poeta Alejandro Torres le dieron una paliza en la plaza de España, a plena luz del día, y lo hicieron porque era homosexual. La gente de este pueblo lo observó impávida. Las autoridades miraron hacia otro lado. Solo una señora mayor, una muchacha y un joven idealista que se hacía llamar Max, además de mi hermano Gus y yo, nos enfrentamos a aquellos Hijos del General. Salvamos a Alejandro, pero nos condenamos.

»Lo que nadie se esperaba, ni yo mismo, es que Álex, como él se hacía llamar, de forma muy moderna, es que Álex, repito, y yo nos enamoráramos.

Las palabras se le atragantaban; la emoción quebraba su discurso. Marcos se esforzó en continuar ante la mirada entregada de todos, la mirada conmovida de los suyos. De la Corcho y la Pocahontas, que no podían evitar las lágrimas; de las Quijotas y Dulcineos, que se cogían de la mano; de Marcos, su nieto, y de Ariel, que filmaba todo a poca distancia, quienes sabían lo importantes que eran aquellas confidencias, y de Félix, que escuchaba con los ojos cerrados, embargado por un torrente de amor y dolor difícil de soportar.

—Es verdad. El chico que era yo hace cincuenta años habría sufrido un ataque si hubiera sabido que lo admitiría en público medio siglo después. Teníamos tanto miedo entonces. Por eso me

resulta insoportable que hoy en día siga existiendo odio y miedo. Como si los cincuenta años transcurridos no fueran nada. Mirad. Alejandro y yo vivimos una historia de amor muy intensa, pero muy breve. Su sensibilidad, la pasión con la que lo vivía todo y su alegría son indescriptibles. Me sentí abrumado ante tanto amor. Y también asustado. Entonces quisieron matarme. Aquellos fascistas, los Hijos del General, decidieron matarme. Pero, en vez de a mí, asesinaron a mi hermano gemelo por error. —El público lanzó una expresión de sorpresa, tristeza y empatía con aquel hombre, que se veía frágil y dolido—. Me dominó el pánico. Pensé que después irían a por Álex y hui de Molinosviejos. Me marché lejos creyendo que de esa forma lo salvaría, que así lo dejarían en paz. —De nuevo calló. Bajó la mirada y reunió fuerzas para poder continuar—: »Antes de escapar, le escribí una carta a Alejandro, una nota de despedida que garabateé en uno de sus cuadernos. Fue ahí arriba —añadió señalando lo alto del molino—, la última noche que pasamos juntos. Firmé con una inicial, con una «M», porque no me atrevía a escribir mi nombre, Marcos, por si alguien lo encontraba y lo usaba como prueba contra Álex. Aquella «M», de *miedo* y de *muerte*, que el poeta convirtió en «Dulce M», para mí fue una eme de *mentiras* y de *melancolía*. Porque mi vida fue una sucesión de falsedades, ficciones y tristeza. Y Alejandro, que no pudo soportar que me hubiera marchado, que lo hubiera abandonado, se quitó la vida. —Marcos sucumbió al llanto. Se cubrió la cara con ambas manos. Una ahogada ovación ascendió desde el público para abrazarlo, para consolarlo, para acompañarlo. David Cortés se abrazó a Abdou, ahogando un llanto desgarrado en el pecho de su hijo. Elena hacía lo propio abrazada a su hija Tina. Pedro miraba con ojos centelleantes hacia la cesta del globo, donde Alfredo se afanaba en algo. Marcos hizo un esfuerzo y enseguida, con un gesto de agradecimiento, pidió continuar:

»Antes de dar aquel salto, Alejandro escribió muchas poesías. Seguramente las habéis leído. *Invierno* es su libro más emotivo. Sus cuadernos permanecieron veinticinco años ocultos en el molino, ignorados y olvidados. En 1995 regresé a Molinosviejos y visité este

viejo molino, su hogar, donde nos habíamos amado. Encontré sus cuadernos, los leí y, en un gesto que tal vez consideréis egoísta, me llevé una de sus poesías. Era la "Carta a Dulce M", el poema 57. Lo he guardado todos estos años. Aquí está —dijo mostrando una hoja en la que se distinguían unos versos, fotocopia del original, que guardaba su nieto—. Me gustaría aprovechar este acto, con el que la asociación Quijotas y Dulcineos nombra socio de honor al poeta, para compartirlo con todos vosotros, con todas vosotras, con todo el mundo.

»Hay personas que están intentando utilizar vilmente la figura y la memoria del poeta. Creo que no habría decidido hacer pública la relación que tuve con Alejandro si estas personas no hubieran querido apropiarse de un hombre y de una obra que es de todos. Álex era un hombre bueno. Y era un hombre homosexual. Los que tuvimos la suerte y el honor de conocerlo debemos defender su legado y su memoria. Esa es la razón de todo lo que os acabo de contar. Yo estoy en paz, por fin. Me ha costado toda la vida, pero he conseguido perdonar —dijo mirando a alguien entre el público, que, abrazado a su hijo adoptivo, sintió que revivía—. La memoria de Alejandro tiene que servir para unirnos, no para separarnos. El escribe sobre el amor. Hagámosle caso. Que imperen el amor y la fraternidad frente al odio y los prejuicios que los nuevos Hijos del General pretenden imponer. Y ahora —añadió desplegando el folio — os voy a recitar la poesía número 57 del cuaderno *Invierno*, titulada "Carta a Dulce M".

Marcos comenzó a declamar aquellos versos ante un público en completo silencio. Erun, desde la camioneta, susurraba el poema que ya había leído en la hospedería, tratando al mismo tiempo de no echar a perder el maquillaje a causa de las lágrimas, que no le daban tregua. Cada verso, cada palabra sobrevolaba a los congregados, revoloteaba sobre sus cabezas, caía sobre ellos como polvo de estrellas. La noche, derrotado el día, abrazaba aquella parcela de campo, regalaba su serena belleza e iba ocultando las formas del mundo bajo su manto de oscuridad. La palabra *corazón* concluía el poema. Marcos la pronunció con los ojos cerrados, los brazos caídos,

sintiéndose liviano y libre por primera vez en años. Su corazón latía con fuerza, fatigado, conmovido, colmado de emociones. Félix subió al escenario, seguido de la Corcho y la Pocahontas, al tiempo que un aplauso ascendía desde el público para unirse al abrazo que se produjo sobre el entarimado. La pareja se fundió y se besó, provocando un clamor que resonó en todo el pueblo. La Willow subió el volumen de la música. Las maestras de ceremonias, mientras Marcos y Félix se retiraban, se hicieron con el micrófono y retomaron el guion, ya que tocaba presentar la segunda y última parte de la actuación de Dina Azul.

Cuando habían bajado un par de peldaños, Félix delante de Marcos, unos gritos llamaron su atención. Se volvieron y descubrieron que el globo descendía. La barquilla tomó tierra sobre el escenario, en la parte de atrás, junto a la escalerilla.

—¡Uuh! ¡Nos atacan! —bromeó la Pocahontas al ver la cesta sobre el escenario, provocando la risa del público, que pensó que aquello formaba parte del *show*.

—¿Qué pasa, Alfredo? ¿Qué haces? —le preguntaron Félix y Marcos a su ayudante, quien, tras abrir la portezuela de la cesta, salió apresuradamente de ella.

—¡Con todos ustedes, la inigualable, la insuperable, la inimitable…! —anunciaba la Corcho en ese momento, fiel a su filosofía de que el espectáculo debía continuar.

—Lo siento. Tengo que marcharme. Ha pasado algo —explicó de forma atropellada Alfredo al escabullirse escaleras abajo, donde se cruzó con Eran, preparado para cantar.

La vela comenzaba a perder rigidez. Había que introducir aire caliente enseguida o el globo se deformaría y acabaría desplomándose sobre el molino, con el peligro añadido de enredarse en las aspas, o sobre el escenario, arruinando el acto.

—¡Hostia, Alfredo, *collons*! ¡¿Justo ahora tienes que irte?! —exclamó Félix, dando media vuelta para entrar en la barquilla.

—¡… Dina Azul! —anunciaron a coro la Corcho y la Pocahontas, arrancando al público una ovación entregada.

La artista subió al escenario con menos nervios que la primera

vez. Cuando las primeras notas de aquella melodía se derramaron desde los altavoces, Marcos y Félix se volvieron hacia el escenario, impelidos por una fuerza irresistible. La música los atravesó como si se tratara de una corriente eléctrica.

—Esta canción es un homenaje al cariño y a la hospitalidad de todos los molinenses —dijo Dina Azul cruzando la faletina sobre su pecho en un gesto que mezclaba inocencia y sensualidad—. Con todos ustedes, ¡«La canción del molino»! —exclamó, y se arrojó al fluir de la famosa canción popular, que hablaba de una molinera y un caballero, de un amor interrumpido por las Cruzadas, de una promesa de espera, de una muerte trágica y de una esperanza en el más allá.

—¡Félix! ¡El abanico, el abanico de Erun! —le urgió entonces la Corcho, siempre atento a todos los detalles de las actuaciones que dirigía, al percatarse de que Dina Azul no llevaba el complemento que solía usar en su espectáculo—. ¡Mírala! No para de mover las manos. Se lo habrá olvidado en la camioneta.

—Parece que está cazando moscas la jodía —bromeó la Pocahontas a su lado.

—Ve tú, corre —le indicó Marcos a Félix con una mano en la portezuela de la barquilla, apoyado en ella más que sujetándola, turbado por aquella canción que le retorcía las entrañas y que cincuenta años atrás afirmó haber olvidado desde la ventanilla del tren que lo alejaba de Alejandro, quien se la había enseñado durante su breve historia de amor y quien corría sin resuello por aquel andén junto al vagón en el que Marcos huía, tendiéndole la mano, rogándole que no lo abandonara y que cantara con él aquella melodía que se había convertido en el himno del amor que compartieron—. Yo me encargo del globo.

Félix lo miró durante un momento. Veía en sus ojos un brillo que no había visto nunca. Sabía del dolor que a buen seguro padecía Marcos en ese momento y eso le hacía quererlo más. Sentía que su corazón le reventaba en el pecho, que era muy afortunado por haber encontrado a aquel hombre lleno de cicatrices, a aquel *kintsugi* humano, bello y herido, al que adoraba cuidar y con quien deseaba

vivir hasta el final de sus días.

Le sonrió y le tendió una mano. Marcos la acarició un instante antes de entrar en la barquilla, cerrar la portezuela, pasar el seguro, ponerse a los mandos y accionar la espita de gas para que el *dragón*, como lo bautizó Ariel el día en que se convirtió en aeronauta, arrojara una bocanada de fuego y rellenara de aire caliente el globo, que enseguida comenzó a recuperar su rigidez y elevarse.

Félix corrió hasta la camioneta y recogió el abanico, que efectivamente Erun había olvidado en el asiento de atrás. Regresó al escenario, donde las presentadoras lo esperaban junto a la escalerilla. Se lo alargó a la Corcho y este se lo entregó a Dina Azul, quien cantaba con toda la pasión que logró reunir aquel hermoso tema del que Mari Carmen, la dicharachera empleada de sus anfitriones, les había hablado la víspera a él y a la Willow.

El público, entregado, la acompañó en la interpretación. «La canción del molino», entonada en aquel momento por cientos de personas ante el que fuera hogar del poeta, sonó más hermosa que nunca mientras Marcos se elevaba poco a poco dentro de la cesta, arrastrado por el globo, el cual —quién podría haberlo sospechado — emprendía el que iba a ser su último vuelo.

Enseguida percibieron que algo no iba bien. La Corcho y la Pocahontas, bailando al compás de la *vedette* en la parte de atrás del escenario, fueron los primeros que notaron que el suelo temblaba bajo sus pies. A continuación, un movimiento brusco pareció sacudir el tablado, como si hubiera dado un salto. Su pericia llevando tacones altos los libró de caer al suelo, aunque trastabillaron y tuvieron que sujetarse el uno en el otro. Dina Azul se aferró al pie del micrófono y la Willow tuvo que sostener el ordenador. Martín y él cruzaron una mirada de inquietud. Luego el DJ observó que los ojos azules del muchacho miraban hacia lo alto y que una llamarada se reflejaba en su mirada aguamarina. La Willow se volvió y descubrió, como todos ya podían ver, que el dragón lanzaba su fuego sin parar. El globo se había elevado hasta tensar por completo los cuatro cabos que lo aferraban al escenario, pero el constante rugido del quemador continuaba introduciendo aire caliente en la vela, que

se elevaba con más ímpetu cuanta más diferencia de temperatura había entre el aire del interior y el del exterior.

Félix puso las manos en bocina y le gritó a Marcos que cerrara el gas, que se diera prisa. Al momento vio que Marcos se asomaba al borde de la barquilla; estaba pálido.

—¡Está atascada! ¡No puedo cerrarla! —gritó, y su voz rebosaba desesperación.

—¡¿Qué pasa?! —preguntó Marcos el joven, que llegaba en ese momento al pie de la escalerilla tras percatarse de que algo iba mal.

—¡Cierra el gas de las bombonas! —le urgió Félix—. ¡Quítales el capuchón y abre la válvula de desgarre! —le indicó, pensando que, si la llave de paso se había atascado por alguna razón, retirando las piezas que conectaban los tubos a las bombonas de propano por un lado y dejando salir el aire caliente a través del extremo superior por el otro se solucionaría el problema y podría aterrizar.

Félix se volvió buscando a Alfredo, pero el ayudante había desaparecido. Entonces llamó a Martín, Ariel y Marcos y les dijo que, en cuanto se apagara el quemador y se abriera la válvula, tendrían que prepararse para tumbar hacia atrás la vela y evitar que se desinflara sobre el molino, el escenario o el público. Sin embargo, la figura asustada de Marcos el viejo volvió a asomarse al borde de la barquilla. Gritaba algo que no entendían porque el rumor de la gente, entre la que iba cundiendo el pánico, cubría su voz. Félix palpó sus bolsillos. Buscaba el *walkie-talkie*, pero no lo llevaba encima. Uno lo debía tener Alfredo y el otro estaría en el globo, con su marido.

—¡Tengo una idea! —exclamó Ariel, guiando el dron hacia la barquilla y activando el micrófono y el altavoz del artilugio.

En un instante, el pequeño ingenio alcanzó la cesta. Félix, Ariel y Marcos vieron en la pantalla al abuelo tratando de arrancar el capuchón de una de las bombonas, sin éxito.

—¡Marcos! ¿Qué ha pasado? —le preguntó Félix a través del dron, que volaba estático junto a su marido, a quien vieron arrodillado al lado de la bombona luchando por cerrar el suministro de gas, que seguía recalentando el aire del globo e impulsándolo

hacia arriba.

—¡Les han puesto bridas metálicas! —gritó, mirando con angustia a la cámara del aparato volante y dejando ver que, efectivamente, alguien había saboteado la aeronave.

—¡Alfredo! —rugió Félix al tiempo que la estructura del escenario se sacudía—. ¡Abre la válvula, Marcos! —volvió a chillar hacia la barquilla, sintiendo la angustia apoderándose de su vida, de una existencia que creía plácida de cara al futuro.

Las cuatro cuerdas que anclaban el globo a la tarima rugían como las maromas de los barcos en el puerto, con ese ruido angustioso de fibras retorciéndose y soportando una inimaginable tensión. El globo, hinchado de forma extraordinaria, sufría una presión que no duraría mucho antes de liberarse. Félix lo sabía y lo explicó muy deprisa al nieto del aeronauta y a su novio. La baja densidad del aire caliente hacía que este se expandiera y ascendiera, empujando hacia arriba la aeronave hasta la altitud en la que recuperara el equilibrio con la densidad del aire del exterior. Esto solo se lograba de dos maneras. La primera era ascendiendo, que era la normal en un globo, como si fuera una pelota de goma bajo el agua que sube a la superficie. La segunda era dándose de sí. Pero el tejido de la vela no podía expandirse. Es decir, si no ascendía, se desgarraría. Y, si ocurría eso, la tela caería sobre el chorro de fuego y se prendería. Toda aquella masa incendiada de nailon podía desplomarse sobre el público como un manto de fuego. Marcos y Ariel se miraron aterrados y a continuación miraron hacia el público. La gente seguía allí, en medio de un peligro que no podía imaginar, aglomerada ante el escenario tembloroso, sujetando un tablado que apenas se apoyaba ya en tierra y sobre el que permanecían paralizados cuatro de sus amigos.

Marcos se levantó y estiró con fuerza de la cuerda que abría la válvula de desgarre para que el aire caliente escapase por lo más alto del globo y la presión se aliviase. Como temían todos, los que desde tierra siguieron la maniobra a través de la cámara del dron y el propio Marcos, la cuerda se le vino encima con el primer tirón. Alfredo también la había saboteado. Entonces vio, sobresaliendo

tras una de las bombonas, algo que brillaba. Era un cuchillo, el que habría usado aquel miserable para cortar la cuerda. Marcos lo cogió e intentó cortar la brida metálica que impedía apagar el gas. No lo logró. Tampoco podía cortar las gomas del gas al ir forradas de metal. Se arrodilló junto a la bombona. Observó el pequeño dron que zumbaba frente a él. Sabía que al otro lado de aquel ojo mecánico estaba su familia. Sabía que Félix lo miraba, que su nieto estaba a su lado, que sus seres queridos no podrían hallar una solución a tiempo. También sabía que el peso del entarimado impediría que el globo se elevase antes de reventar y que, si eso ocurría, un velo de fuego caería sobre todos ellos.

El tiempo apremiaba. Se empezaron a escuchar gritos: la gente se había percatado del peligro y el pánico entraba en escena. El globo se había inflado hasta el límite. El tejido que formaba la vela no daría mucho más de sí y las costuras empezarían pronto a desgarrarse. El escenario se había elevado medio metro sobre el suelo y la brisa empezaba a desplazar el globo y el entarimado con él. Mucha gente podía resultar herida. Si no actuaba rápido, muchos podían morir.

Marcos se puso en pie. Se asomó y ante él vio el molino. Tenía los ventanucos a su misma altura. Casi podía ver a través de ellos. El interior estaba levemente iluminado. De nuevo creyó ver una figura, una silueta que, poco a poco, distinguía. Temió estar alucinando. Habría jurado que era Alex quien lo miraba, quien le sonreía con ternura, ajeno al drama que se desarrollaba delante de lo que había sido su hogar, el lugar donde escribió, donde amó y donde murió. Un gritó sustrajo a Marcos de aquella fantasía. Sin pensarlo más, se lanzó a cortar las cuerdas que anclaban el globo.

Sobre su cabeza rugía el quemador y retumbaban las costuras de la vela, que iban a desgarrarse de un momento a otro. De repente, sintió un agudo dolor en el pecho, un ahogo y una presión insoportable en el brazo. Apretó con fuerza los ojos. Trató de respirar hondo. Conocía aquel dolor, aquel ahogo, aquella presión. Tres años habían pasado desde que tuvo el infarto. Aquel viejo lobo había regresado para despedazarle las entrañas a dentelladas.

Conocer a su enemigo le recordó que tenía algo de tiempo antes del azote letal. Logró controlar el miedo y siguió adelante.

El primer cabo se cortó. Abajo se escuchó un aullido. La Corcho y la Pocahontas rodaron por el suelo cuando un extremo del escenario impactó en tierra. El público comenzó a gritar y dispersarse. Una miríada de gente asustada huía de un gigante que se inflaba, rugía y llameaba sobre sus cabezas. La policía municipal intentaba ayudar, aunque el caos ya se había convertido en amo y señor de la situación.

Marcos cortó el segundo anclaje. La parte trasera del escenario chocó contra el suelo. La Willow perdió el equilibrio. Movía en círculos sus pequeños brazos en el borde de la tarima. La Pocahontas lo vio y gritó. La Willow cayó justo donde Martín lo esperaba con sus grandes brazos abiertos. Tras ponerlo a salvo, el joven se encaramó al escenario para auxiliar a los tres artistas. Marga, Ina y Amparo llegaron a la parte de atrás de la tarima en ese momento. La presidenta siguió a Martín y ayudó a bajar a la Corcho. La Pocahontas, desprendiéndose de sus tacones, se puso en pie y pudo bajar sin ayuda. Corrió junto a la Willow, a quien abrazó con fuerza. Dina Azul llegó al borde del escenario del brazo de Martín.

Todos estaban a salvo cuando Marcos logró cortar la tercera cuerda, que restalló como un látigo y se desplomó sobre el escenario, con las banderas multicolor aleteando a su alrededor. El entarimado, inclinado solo por uno de sus extremos, sujetaba el globo como si fuera una cometa a punto de ser arrastrada por el viento.

—¡No lo hagas! ¡Salta, Marcos! ¡Salta! ¡Te cogeremos! —chilló Félix, que seguía los movimientos de su marido a través del ojo mecánico de dron.

—¡Es demasiado tarde, amor mío! —le respondió Marcos a través del micrófono del ingenio, regalándole una última mirada rebosante de ternura—. ¡Nadie morirá por mi culpa nunca más! —gritó entonces, al tiempo que hacía un último esfuerzo que segó el cuarto cabo, liberando por completo el globo, el cual salió disparado hacia las alturas.

—¡¡Abuelo!! —gritó el otro Marcos, colmado de impotencia.

—¡¡Marcos, Marcos!! ¡¡No!! —chillaba desesperado Félix a los mandos del dron.

Ariel luchaba por mantener su máquina voladora dentro de la cesta, que se alejaba a toda velocidad. Lo hizo aterrizar en una esquina, manteniendo la cámara y el sistema de audio en funcionamiento. De esa forma vieron a Marcos sentarse en el suelo de la barquilla. Respiraba con dificultad y se sujetaba el brazo izquierdo mientras un gesto de dolor le resquebrajaba el rostro. Apoyó la cabeza en la pared de mimbre. Sus ojos, llenos de lágrimas, se cerraron.

—Pero ¿hasta dónde va a subir? —preguntó alguien, poniendo palabras a lo que todos se preguntaban, arremolinados alrededor de Ariel, Félix y Marcos.

—Cuando llegue a los 4.500 o 5.000 metros, la llama se apagará —explicó con voz trémula Félix.

—Porque no habrá oxígeno suficiente —apostilló Martín con un nudo en la garganta.

—¿Y cuando se apague el fuego? —se atrevió a preguntar Amparo.

—Ya no importará —respondió Félix, roto, consciente de que ese era el fin.

Se abrazó a Marcos el joven. Ariel les informó de que la señal del dron empezaba a perderse. Todos miraron la pantalla. Marcos el viejo seguía inmóvil, con los ojos cerrados, sujetándose el brazo, aunque su rostro ya no mostraba gesto alguno de dolor. Veían una cara sosegada, tranquila, incluso en paz. Luego se perdió definitivamente la señal y la pantalla se tornó un rectángulo negro en el que se reflejaron las caras compungidas de aquella familia herida.

Alzaron la vista y vieron el globo alejándose, perdiéndose en una noche de luna fría en la que titilaban las viejas constelaciones. Había ascendido tan rápido que ya era solo un punto tenue en medio del cielo, una estrella más, un lucero grande y solitario que se adentraba en la inmensidad del firmamento, arrastrando tras de sí una estela

con los colores del arcoíris.

—Marcos —escuchó que le decía una voz a su lado—. Marcos —repitió aquella voz, que no provenía del dron, el cual hacía ya un par de minutos que había quedado fuera de cobertura.

Abrió los ojos. Sentía mucho frío. Debía de estar ya bajo cero. A pesar de que el dragón seguía rugiendo con toda su fuerza, tiritaba y le castañeteaban los dientes. Parpadeó. Entonces lo vio. Estaba a su lado. Sonreía de forma luminosa. Distinguió su rostro juvenil y bronceado, sus enormes ojos marrones, su pelo largo, oscuro, reposando sobre sus hombros. Vestía de blanco: una camisa de manga larga y un pantalón que resaltaban el tono de su piel dorada. Lo miraba con ternura, con un amor infinito que actuó como un bálsamo y le hizo olvidar por un instante el dolor de su cuerpo moribundo.

—¿Alex? —preguntó con un murmullo ahogado, transido de un dolor intenso que reapareció con fuerza, con insistencia y que le estrangulaba el brazo y el centro del pecho—. ¿Eres tú?

—Claro que soy yo. Te dije que te esperaría. Y aquí estoy —le respondió Alejandro, cogiéndole las manos yertas entre las suyas, que estaban calientes y eran de una suavidad excepcional.

—Yo… Alex, yo… —balbucía Marcos, sin conseguir articular palabra, roto por la emoción.

—Ssssh… —Alex le puso un dedo sobre los labios—. No hace falta que digas nada, Marcos. Lo sé todo. Ya te lo dije en mi carta: no fue culpa tuya.

—¡Alex…! —pronunció Marcos con un postrero esfuerzo, sus ojos colmados de lágrimas y el corazón exhausto, desangrado entre las fauces del infarto.

—Sé que has vuelto a amar y a ser amado. Me alegra mucho que hayas podido vivir un amor como el que nosotros no pudimos tener —le dijo acariciándole la mejilla. Marcos creyó sentir su calidez y aferró con las suyas aquella mano—. Te lo merecías. Eras todo ternura y bondad. Por eso te llamé Dulce M —le susurró con una voz que lo envolvió en un sentimiento de paz del que ya no se separaría—. Ahora podremos tener nuestra oportunidad para estar

juntos.

—Pero si han pasado cincuenta años —musitó apenas Marcos mientras su corazón dejaba de latir.

—Amor mío —sonrió Alex, acercando sus labios cálidos a los de Marcos, gélidos ya, que en ese instante exhaló su último aliento—, cincuenta años no son nada.

EPILOGO

Alfredo González: «*Lo siento, lo siento muchísimo. Yo… necesitaba el dinero. Tengo familia, hijos, deudas… El concejal me ofreció una buena cantidad. No pensé que fuera a morir nadie. Solo tenía que sabotear el globo. Lo siento, inspector, lo siento, créame, lo siento…*».

Pedro Pozuelo: «*No debería haber ocurrido eso. Estoy rodeado de incompetentes. Le ordené al tontolaba de Alfredo que estropeara el globo Solo tenía que desinflarlo e interrumpir el acto. El plan era meterles un buen puro a esos pervertidos. Crujirlos a multas. No tenía que morir nadie. Pero, bueno, Marcos arruinó la vida de mi padre. No voy a decir que lo lamente, inspector*».

Marcos Jáuregui: «*Mi abuelo Marcos es… era un hombre bueno y sensible. Tuvo mala suerte y vivió una época muy difícil para ser gay. Nos queda el consuelo de que, al final, encontró la felicidad y la paz mental que tanta falta le hacían. Su legado, inspector, el regalo que me hizo, servirá para que nadie más renuncie a su vida y a su felicidad*».

Iban de la mano. Marcos y Ariel caminaban despacio, muy juntos. A su espalda, con sus grandes manos sobre los hombros de ambos muchachos, Martín seguía el ritmo que ellos marcaban. La acera era estrecha y cada poco se cruzaban con otras personas, la mayoría

hombres, solos, en pareja o en grupo. Los locales, a su derecha, eran casi todos bares y restaurantes. También había negocios de ropa y de regalos. La mayoría de los escaparates estaban poblados por maniquís que representaban a hombres muy musculados con enormes atributos. Las camisas, camisetas, pantalones y ropa interior de los figurines remarcaban aquellas anatomías tan deseadas como inalcanzables para mucha gente.

El tiempo era caluroso. El mes de junio había sido seco y tórrido y julio comenzaba igual. Pero las multitudes que paseaban por las calles del barrio de Chueca aquel verano de 2021 agradecían el calor: podían ir muy ligeras de ropa y mostrar los frutos de las largas horas de gimnasio.

—Aquí es —dijo Ariel señalando el cartel de la librería, de color fucsia, con el nombre de una de las runas de la antigua cultura nórdica escrito en letras negras y un triángulo rosa a su lado, símbolo usado por los nazis para marcar a los homosexuales en sus aberrantes campos de concentración.

El escaparate mostraba las novedades de la temporada. Junto a las novelas más recientes, y en un lugar privilegiado, los chicos descubrieron el nuevo libro de Liam Gibbons: *La canción del molino. Vida, poesía y muerte de Alejandro Torres*. Marcos sonrió a su novio. Uno de aquellos ejemplares, dedicado para ellos por el británico, descansaba ya sobre su mesita de noche.

Al entrar al local, un espacio rectangular no demasiado grande, se hallaron rodeados de incontables libros que se arracimaban sobre las estanterías que forraban las paredes laterales desde el suelo hasta el techo. Al fondo estaba el mostrador. Había banderas del arcoíris, la del colectivo trans y algunos carteles reivindicativos con imágenes y frases entrecomilladas de ilustres escritores y artistas lesbianas, gais y transexuales que han ido abriendo brechas para la libertad a lo largo de la Historia.

Descubrieron multitud de libros cuyas portadas y títulos les llamaron de inmediato la atención. Novelas, ensayos, poesía y obras dramáticas que trataban sobre la vida y los azares de homosexuales y otros colectivos silenciados durante demasiado tiempo. Se fijaron en

que había varios sellos editoriales especializados en publicar historias con referentes que muchísimas personas —sobre todo las de generaciones anteriores a la suya— habían echado en falta y anhelado. Sonreían, porque sintieron que habían llegado a una especie de paraíso donde el aire era fresco y reconfortante.

—¡Hola! —los saludó entonces la librera, una mujer de mediana edad, jovial, con un tupé teñido de azul coronando su figura—. ¿Os puedo ayudar?

—Hola. Buenos días. Estamos buscando a… —respondió Marcos sin completar la frase, ya que se había quedado en blanco.

—Pili. Pili Fernández —intervino Ariel, quien siempre retenía en su memoria los detalles, los nombres, los números de teléfono y las direcciones de *email*.

—Soy yo —replicó la librera, sonriéndoles—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Creo que ha hablado con usted Iñaki Lesaka, de la asociación Septentrión LGTBIQ+. Soy Marcos. El chico del manuscrito.

—¡Ah, sí! —exclamó Pili tras rebuscar en su ajetreada memoria la conversación a la que aludía aquel muchacho guapo de llamativos ojos verdes—. Me comentó que tenías una novela que nos podría interesar para nuestra editorial. ¿Me la has traído? —le preguntó, invitándole a pasar al otro lado del mostrador, donde había una pequeña mesa camilla repleta de libros, albaranes y facturas—. Siéntate. A vosotros os puede atender César si necesitáis algo —les indicó en voz alta a Ariel y Martín, que se habían quedado curioseando los títulos que poblaban la librería, en referencia a su ayudante, el chico alto, delgado, con gafas y barba a la moda que estaba frente al ordenador, enfrascado en alguna tarea absorbente que requería toda su atención y que al escuchar su nombre apartó la vista de la pantalla y sonrió a los clientes.

—¡Hola! —saludó entonces una mujer alta, espigada, con el pelo cano peinado hacia atrás y las gafas sobre la punta de la nariz, asomándose desde la puerta del almacén.

—Es Paz, mi mujer —le explicó Pili.

—Hola, Paz. Encantado —saludó Marcos.

—Si me necesitáis, aquí estoy, ordenando esto —añadió, desapareciendo entre las cajas que colmaban el almacén.

—Le agradezco mucho que acepte valorar el manuscrito —le dijo entonces Marcos a Pili, retomando la conversación—. Es muy importante para mí.

—Tutéame, ¿vale? Que aunque llevo en la militancia lesbiana desde el año de la Tana no soy tan mayor. Y, a ver, escúchame. Si Iñaki Lesaka me dice que el libro es bueno y que debería publicarse, yo lo valoro. En la editorial buscamos buenas historias para el colectivo. Hacen falta referentes y novelas escritas aquí. Cuando abrimos, solo disponíamos de traducciones. Pero, por suerte, estamos reuniendo poco a poco una estupenda cantera de escritoras y escritores con mucho talento y mucho que contar. De todas formas, respecto a tu manuscrito, te digo que antes de responderte tienen que leerlo también mis socias de Barcelona, Toñi y Angela. Si nos gusta a las tres, podríamos programarlo para que saliera a finales de año o, probablemente, el que viene. Sí, mejor en primavera, para poder presentarlo en la Feria.

—¡Qué bien! —exclamó Marcos, dominado por una oleada de nervios que le hizo sonreír y que confirió a sus ojos un brillo especial —. A mi abuelo le haría mucha ilusión.

—¿A tu abuelo?

—Sí. Él es el autor del texto.

—¡Ah! ¿Entonces este Marcos es tu abuelo? —inquirió Pili señalando el nombre que aparecía en la primera página.

—Sí. Yo me apellido Jáuregui. Mi abuelo falleció el año pasado, a principios de octubre —recordó el joven, rememorando por un instante la tragedia: el globo perdiéndose en la noche, el destello del fogonazo en mitad del cielo cuando la vela reventó y se incendió, la explosión que vieron después, la caída de la aeronave envuelta en llamas, rasgando el cielo nocturno como una estrella fugaz; la búsqueda de los restos, la investigación subsiguiente, la autopsia, la grabación del dron durante la gala que descubrió en segundo plano a Alfredo saboteando el mecanismo del quemador, su confesión cuando lo arrestaron, la posterior detención del concejal, el

escándalo en el pueblo, las dimisiones; el dolor compartido, el de su madre, el corazón roto de Félix, de sus amigos, de los vecinos, la impotencia que vino con el duelo y la paulatina aceptación, conservando en el recuerdo, a pesar de todo, lo bueno que su abuelo había dejado en todos ellos.

—Lo siento mucho —dijo Pili—. ¿Fue por el virus?

—No, no —reaccionó Marcos, frenando en seco la emoción que empezaba a dominarlo—. Un accidente, un infarto. Las dos cosas.

—Mira, cari, qué libro más lindo —le dijo entonces Ariel acercándose con un volumen en la mano, en cuya portada se veía la ilustración de un gato sobre fondo verde.

—Ah, esa antología es una maravilla —explicó Pili—. Son historias sobre gatos. Os encantará —aseguró la librera.

—Es Ariel, mi novio —explicó Marcos mirándolo con ojos tiernos, admirado por lo bien que había superado los momentos trágicos del año anterior, porque al fin pudiera dormir sin tomar pastillas y porque no quedara apenas cicatriz en el alma y la personalidad del muchacho; contento porque el juicio hubiera terminado ya con una condena ejemplar para los Cachorros y feliz por poder seguir construyendo una vida junto a él—. Hemos venido a Madrid para el Orgullo, a ver a una amiga. —Pensaba en Ina. Habían quedado más tarde con ella. Se había mudado a la capital a principios de año para iniciar por fin su transición y una nueva vida —. También vamos a pasar unos días con nuestro amigo Martín —añadió señalando al rubio dulcineo, con quien compartían habitación y cama en una pensión cercana—. Y para hablar con usted. *Contigo*, quiero decir —se corrigió.

—Lo pasaréis muy bien. Hay muchas ganas de fiesta en el aire, de celebración y reivindicación después de lo del año pasado. —Marcos asintió—. Bueno, pues yo me quedo el manuscrito y en cuanto podamos te digo algo, ¿vale? ¿Están tus datos de contacto? —inquirió ella examinando el taco de folios encuadernados, en cuya portada, sin embargo, solo aparecía el nombre del malogrado autor.

—Sí, sí. Lo he apuntado al final, en la última página. Mi teléfono, el correo… todo.

—Perfecto. ¿Y cómo se titula la novela? —preguntó la librera y editora, señalando aquella primera página.

—De momento no tiene título. Mi abuelo no se lo puso. Eran sus recuerdos, las memorias de una época muy concreta de su vida, del verano en el que conoció el amor y se descubrió a sí mismo como gay. La verdad es que la historia de mi abuelo tiene relación con lo que cuenta en su nuevo libro el señor Gibbons —dijo mientras miraba el montón de ejemplares del hispanista—. El manuscrito original, el que mi abuelo escribió a mano, estuvo guardado en su casa muchos años. Creo que nunca pensó en publicarlo, hasta que poco antes de su muerte cambió de opinión. Por eso me lo entregó y me pidió que lo diera a conocer. Después de que falleciera, lo hablé con mi madre —su hija— y pensamos que podía convertirse en una novela. Así que lo mecanografiamos y lo corregimos. Entonces se lo dejé leer a Iñaki, que, como ya había publicado un par de libros, me podría aconsejar qué pasos dar en el mundo editorial. Él me dijo que le había gustado mucho, que la historia de mi abuelo podía ayudar a mucha gente y que debería publicarse. Me habló de tu editorial y aquí estoy —añadió a modo de conclusión—. Lo que no sabía es que debía ponerle el título.

—A ver, nosotras podemos proponerte uno, pero me parece que ya tienes algo en mente, ¿verdad? —preguntó Pili, escrutando con su experimentada mirada los ojos del muchacho, que miró a su vez a la astuta librera y asintió sonriendo—. Bien, pues dintelo y lo apunto —le pidió, tomando un bolígrafo ornado con los colores del arcoíris.

El joven, tras vacilar unos instantes, la miró y dijo:

—*El viaje de Marcos*.

FIN

ÓSCAR HERNÁNDEZ CAMPANO (San Sebastián, 1976) A los dieciséis años publicó la novela *La aventura más excitante de los últimos 10.000 años*, pero la fama le llegó en el año 2002 con *El viaje de Marcos*, novela ganadora del IV Premio Odisea de Literatura, que narra la historia de amor entre dos chicos jóvenes durante los últimos años del franquismo. El boca a boca hizo que la novela se reeditara sin apenas publicidad, siendo el libro más vendido de la Editorial Odisea, especializada en literatura gay. El éxito en ventas hizo que dos años después, la editorial DeBolsillo, sacara a la venta la novela en edición de bolsillo.

En el año 2004 apareció su novela: *Esclavos del destino*, dentro de la colección Inconfesables de la Editorial Odisea.

Actualmente, Óscar Hernández reside en Valencia y colabora en algunos medios: es articulista en la revista Lupa y conduce el programa de radio La nostra veu en una emisora local.